

*Ernest Hemingway*

## **Islas A La Deriva**

Comentario [LT1]:

Título original: Islands in the stream

### I. Bimini

I

LA CASA SE ALZABA en la parte más alta de la estrecha lengua de tierra entre el puerto y el abierto mar. Había aguantado tres huracanes y su construcción era tan sólida como la de un barco. Estaba situada a la sombra de unos altos cocoteros curvados por los alisios, y por la parte del océano bastaba trasponer el umbral y bajar al acantilado y atravesar la arena blanca para encontrarse en la Corriente del Golfo. El agua de la Corriente tenía por lo general un azul intenso si se la miraba en un día sin viento. Mas si se penetraba en ella sólo podía verse su verde luz en la arena de un blanco harinoso y era muy fácil divisar algún pez grande antes de que alcanzase la playa.

Durante el día era un lugar hermoso y seguro para bañarse, pero de noche no era sitio para nadar. De noche los tiburones se acercaban a la orilla para cazar al filo de la Corriente y desde el porche, en las noches tranquilas, se oían perfectamente las zambullidas de algún pez por ellos perseguido y si se bajaba a la playa se divisaban los surcos fosforescentes en el agua. De noche los tiburones no tenían miedo de nada y eran de todos temidos. De día en cambio permanecían muy alejados de la arena blanca y limpia y cuando alguno se acercaba era muy fácil ver su sombra desde lejos.

Un hombre llamado Thomas Hudson, excelente pintor, habitaba la casa y trabajaba en ella y en el resto de la isla la mayor parte del año. Después de vivir un tiempo en aquellas latitudes, los cambios de estación resultaban tan importantes como en cualquier lugar y Thomas Hudson, que amaba la isla, no se hubiera perdido una primavera, ni un verano, ni tampoco un otoño o un invierno.

A veces los veranos eran demasiado calurosos si el viento de agosto dejaba de soplar

o fallaban los alisios en junio y julio. En setiembre y octubre podía producirse algún huracán, incluso ocasionalmente a principios de noviembre, y podían presentarse caprichosas tormentas tropicales en cualquier momento a partir de junio. Pero los verdaderos meses propicios al huracán eran los de buen tiempo, cuando no hay tormentas.

Thomas Hudson había estudiado las tormentas tropicales durante años, y mirando el cielo podía decir cuándo iba a producirse una perturbación antes de que el barómetro la indicase. Sabía la forma en que se desarrollaría la tormenta y las precauciones que era necesario tomar para defenderse de ella. También sabía lo que significaba vivir un huracán junto a los otros habitantes de la isla y el estrecho vínculo que se establecía entre las gentes obligadas a soportarlo. Sabía igualmente que un huracán puede ser tan terrible como para arrollarlo y destruirlo todo, y sin embargo siempre acababa decidiendo que si realmente se presentaba uno de tal especie prefería estar allí y volar por los aires con la casa si es que ésta volaba.

La casa era a la vez una casa y un barco para él. Situada allí para hacer frente a tempestades, había sido construida en la isla como formando parte de ella; pero el mar podía verse desde todas las ventanas y la ventilación era excelente, por lo que se podía dormir bien incluso en las noches de mucho calor. Estaba pintada de blanco para que fuese más fresca en verano y también para que se la divisara desde muy lejos en la Corriente del Golfo. Era el punto más alto de la isla, con excepción de una gran plantación de altas casuarinas, lo primero que se veía al emerger la isla del mar. Inmediatamente después de la mancha oscura de las casuarinas por encima de la línea del mar, surgía la silueta blanca de la casa. Luego, conforme uno se acercaba más, podía apreciarse la isla en toda su extensión, con sus cocoteros, sus casas de madera, la línea blanca de la playa y el verde de la isla Sur que la cruzaba. Thomas Hudson nunca veía la casa, allá sobre la isla, sin que esta visión lo hiciera feliz. La imaginaba como un barco. En invierno, cuando soplaban vientos del norte y hacía frío, la casa estaba caliente y confortable, pues tenía la única chimenea de la isla. Era una chimenea espaciosa y Thomas Hudson quemaba en ella la madera recogida en la playa.

Tenía una gran pila de maderos amontonados contra el muro sur de la casa. El sol los blanqueaba y el viento los salpicaba de arena y algunos trozos le eran tan familiares, que casi se resistía a quemarlos, pero después de una tormenta siempre podía hallar más madera sobre la arena de la playa y por fin encontraba divertido hasta quemar los pedazos que había aprendido a amar. Sabía que el mar iba a proporcionarle otros y en cualquier noche fría, sentado en su gran sillón ante el fuego, leyendo a la luz de una lámpara colocada sobre la fuerte mesa de madera, apartando un momento los ojos del libro para escuchar el viento del noroeste que soplaba afuera y las olas que iban rompiendo, se quedaba observando cómo los grandes y blanqueados leños se consumían.

A veces apagaba la lámpara y se echaba en el suelo sobre una alfombra para mejor observar las aristas de colores que la sal del mar y la arena dibujada en la madera ponían en las llamas al arder. Desde el suelo, sus ojos quedaban al mismo nivel que el leño ardiente y le era fácil divisar la silueta de la llama que abandonaba la madera, y ello le ponía a la vez alegre y triste. Toda leña ardiendo le afectaba así. Pero quemar la madera recogida en la playa producía en él una sensación indefinible. Decidió que posiblemente hacía mal en quemarla ya que tanto la amaba; pero no se sentía culpable por hacerlo.

Tumbado en el suelo se creía como a merced del viento, aunque en realidad éste azotase los rincones más bajos de la casa y los matorrales más pequeños de la isla y hurgase entre las raíces de las hierbas barrilleras y en las caracolas y hasta en la misma arena. Tirado en el piso, escuchaba el golpeteo de la marejada, en idéntica forma en que recordaba haber oído el disparo de la artillería pesada, tumbado en tierra, junto a una batería, hacía muchos años, siendo un muchacho.

La chimenea era una gran cosa en invierno. Durante los demás meses del año solía mirarla con cariño, pensando cómo estaría cuando el invierno llegase otra vez. El invierno era la mejor estación en la isla y él lo esperaba durante el resto del año.

## II

EL INVIERNO HABÍA TRANSCURRIDO y la primavera estaba a punto de acabar cuando los hijos de Thomas Hudson llegaron aquel año a la isla. Se había convenido que los tres se encontrarían en Nueva York para viajar juntos en el tren y volar después desde el continente. Surgieron las dificultades de siempre con la madre de dos de los chicos. Ella, sin consultar con su ex marido, había planeado un viaje a Europa y pretendía quedarse con los muchachos todo el verano. En cambio estaba dispuesta a cedérselos para las vacaciones de Navidad; por supuesto después del día de Navidad, porque para aquella fecha los quería con ella.

Thomas Hudson estaba acostumbrado a esta clase de lances y finalmente se llegó como siempre al acuerdo habitual. Los dos chicos menores visitarían la isla para permanecer en ella con su padre cinco semanas y luego volverían desde Nueva York, en la clase para estudiantes, en una línea naviera francesa, a fin de reunirse con su madre en París, donde ya les habría comprado la ropa necesaria. Durante el viaje su hermano mayor, el joven Tom, cuidaría de ellos. Tom iba a reunirse con su madre que estaba rodando una película en el sur de Francia.

La madre del joven Tom no había reclamado su presencia. A decir verdad, hubiera preferido que se quedara en la isla, con el padre, pero al verlo se alegraría mucho y permitirselo significaba un formal compromiso con la tajante decisión de la madre de los otros dos muchachos. Era una mujer encantadora y deliciosa que nunca en la vida alteraba un plan establecido. Hacía los planes siempre en secreto, como un buen general, y eran igual de fuertes, igual de rígidos que los de éste. Se podía llegar con ella a un compromiso, pero jamás a cambiar algo básico en sus planes, ya los hubiera concebido en una noche de insomnio, en una madrugada de mal humor o durante una noche a impulsos del gin.

Un plan era un plan. Una decisión, verdaderamente una decisión. Sabiendo esto y conociendo a fondo los usos y costumbres del divorcio, Thomas Hudson se alegró de haber podido llegar a un arreglo y de que sus hijos pudieran pasar cinco semanas con él. Si tenemos cinco semanas, hay que sacarles el jugo, pensó. Cinco semanas es bastante tiempo para estar junto a los seres que uno quiere y con los que le gustaría estar siempre cerca. Pero, para empezar, ¿por qué se me ocurrió separarme de la madre de Tom? Mejor no pensar en eso, se dijo. Y los hijos que te dio la otra son dos muchachos estupendos. Muy extraños y muy complicados, y bien sabes cuántas de sus buenas cualidades las heredaron de la madre. Es una mujer excelente y tampoco debiste dejarla, pensó. Pero al instante añadió para sí: Tuve que hacerlo.

Sin embargo no pensaba mucho en una ni en otra. Hacía tiempo que había dejado de preocuparse y que el trabajo le servía en la medida de lo posible como exorcismo contra el sentimiento de culpabilidad, y lo que le importaba en aquellos momentos era que los muchachos iban a llegar y que deseaba darles un buen verano. Después volvería a trabajar.

Gracias a su trabajo y a la vida laboriosa que llevaba en la isla había logrado sustituirlo todo, menos a sus hijos. Estaba seguro de haber logrado algo susceptible de perdurar y de retenerle. Ahora, cuando sentía nostalgia de París, recordaba a París en vez de irse allá. Y lo mismo hacía con toda Europa y buena parte de Asia y de África.

Recordó algo que dijo Renoir cuando supo que Gauguin se había ido a Tahití a pintar. «¿Y para qué gastar dinero en ir tan lejos, con lo bien que se pinta en Batignolles?» En francés todavía quedaba mejor, «*quand on peint si bien aux Batignolles?*», y Thomas Hudson pensaba en la isla como su *quartier*, y se sentía arraigado en ella, y conocía a sus vecinos y trabajaba tanto como en París, cuando el joven Tom era un bebé.

Algunas veces salía de la isla para pescar en las proximidades de Cuba o ir a la

montaña en otoño. Pero había alquilado su rancho de Montana porque allí la mejor época era el verano y el otoño, y ahora los chicos tenían que ir siempre a la escuela en otoño.

Ocasionalmente tenía que viajar a Nueva York para ver a su agente, pero en los últimos tiempos su agente había dado en visitarle frecuentemente a él, y se llevaba las telas consigo. Hudson era muy conocido como pintor y se le respetaba tanto en Europa como en su propio país. Tenía una buena renta asegurada gracias a determinadas tierras petrolíferas que habían pertenecido a su abuelo. De la venta de ellas se había reservado los derechos minerales. Aproximadamente, la mitad de la renta se le iba en impuestos, pero el resto le proporcionaba la seguridad de que podía pintar a gusto sin presión comercial alguna y le permitía vivir donde quería y viajar cuando le apetecía.

Había triunfado en casi todo, excepto en su vida matrimonial, aunque en realidad esta clase de triunfo nunca le importó gran cosa. Lo que verdaderamente le importaba eran la pintura y sus hijos, y todavía seguía queriendo a la primera mujer de quien se había enamorado. Desde entonces había amado a muchas mujeres y de vez en cuando alguna se quedaba una temporada en la isla. Le gustaba tenerlas con él, a veces durante bastante tiempo. Pero al final, cuando se marchaban sentía alegría, aun cuando le gustaran mucho. Había conseguido aprender a no discutir con las mujeres y arreglárselas para no casarse. Ello le había resultado casi tan difícil como aprender a sentar cabeza y a pintar de manera constante y ordenada. Pero al final lo había aprendido y esperaba haberlo hecho para siempre. Hacía mucho tiempo que sabía pintar y estaba seguro de hacerlo cada año un poco mejor. Pero sentar cabeza y pintar en forma disciplinada le resultaba muy difícil, ya que en cierta época de su vida había sido muy indisciplinado. No había sido nunca irresponsable, pero sí indisciplinado, egoísta, despiadado. Ahora lo sabía, no sólo porque se lo habían dicho muchas mujeres, sino porque él mismo había terminado por descubrirlo. Desde entonces decidió ser sólo egoísta para su pintura y despiadado en su trabajo y resolvió de una vez imponerse una disciplina y aceptarla.

Iba a disfrutar de la vida dentro de los límites de una disciplina que él mismo se supo imponer y trabajar de firme. Y hoy se consideraba dichoso porque sus hijos llegaban a la mañana siguiente.

— ¿Señor Tom, no necesita nada? —preguntó Joseph, su criado—. Estará todo el día fuera, ¿no?

Joseph era muy alto, tenía el rostro muy alargado y muy moreno y unas manos grandes y unos pies enormes. Llevaba americana y pantalón blancos e iba descalzo.

— Gracias, Joseph. Creo que no necesito nada.

— ¿Un gin con tónica ?

— No. Creo que iré a tomarlo al bar del señor Bobby.

— Tómelo aquí. Es más barato. El señor Bobby estaba de mal humor cuando pasé por allí. Le piden demasiados combinados según él. Alguien desde un yate le pidió algo que se llama un Dama Blanca y él le sirvió una botella de esa agua mineral norteamericana que en la etiqueta tiene una señora vestida de encaje blanco sentada junto a una fuente.

— Será mejor que vaya en seguida.

— Deje que le sirva un trago. En el bote del práctico llegó correspondencia para usted. Puede leer sus cartas mientras bebe y luego ir al bar del señor Bobby.

— Está bien.

— Qué suerte —dijo Joseph—. Porque ya se lo había preparado. Las cartas no parecen muy importantes, señor Tom.

— ¿Dónde las has metido ?

— En la cocina. Voy a traerlas. Hay un par de ellas con letra de mujer. Una viene de Nueva York. Otra de Palm Beach. Bonita letra. Una del señor ése que le vende los cuadros en Nueva York. Y otras dos que desconozco.

— ¿Quieres contestarlas por mí?

— Sí, señor, si usted lo desea. Soy más instruido que los de mi clase.

— Mejor que las traigas.

— Está bien, señor Tom. También hay un periódico.

— Guárdamelo para el desayuno, por favor, Joseph. Thomas Hudson se sentó a leer la correspondencia mientras sorbía la fresca bebida. Leyó una de las cartas repetidamente y después las guardó todas en un cajón del escritorio.

— Joseph —llamó—. ¿Lo has preparado todo para los chicos?

— Sí, señor Tom. Traje dos cajas extra de Coca-Cola. El joven Tom debe de estar más alto que yo, ¿no es cierto?

— Todavía no.

— ¿Cree que ahora podría darme una tunda ?

— Creo que no.

— Hay que ver las veces que he peleado con ese chico —dijo Joseph—. Seguro que va a resultar gracioso llamarle señor. Señor Tom, señor David, señor Andrew. Tres de los mejores diablejos que conozco. Andy es el que tiene más genio.

— Nació con él —dijo Thomas Hudson.

— Y sigue teniéndolo —dijo Joseph con admiración.

— Tienes que darles buen ejemplo este verano.

— Señor Tom, no espere que dé a esos chicos buen ejemplo este verano. Hace cuatro años, tal vez, cuando yo era inocente. Voy a tomar como modelo al joven Tom. Ha estudiado en un colegio caro y sus modales serán de rico. No puedo ser como él. Pero sí puedo hacer lo que él haga. Suelto y natural, pero correcto. Y también seré vivo como Dave. No me será fácil. Por último, quiero aprender el secreto de cómo consigue Andy su genio.

— Pero no saques el tuyo por aquí.

— No, señor Tom. Usted no me entiende. No quiero sacar el genio en esta casa. Es para mi vida privada.

— Va a ser magnífico tenerlos aquí, ¿verdad?

— Señor Tom, nada puede compararse a eso desde el gran incendio. Lo comparo a la segunda venida de Cristo. ¿Y me pregunta usted si va a ser magnífico? Sí, señor, claro que sí.

— Tendremos que hacer muchos planes para que se diviertan.

— No, señor Tom —dijo Joseph—, lo que verdaderamente hemos de pensar es cómo hacerles olvidar los terribles proyectos que se les ocurran. Eddy nos puede ayudar. Los conoce mejor que yo. Yo soy amigo de ellos, y eso dificultaría las cosas.

— ¿Qué tal está Eddy?

— Estuvo bebiendo un poco para celebrar por adelantado el cumpleaños de la reina. Está en forma.

— Será mejor que me vaya al bar del señor Bobby mientras le dura el malhumor.

— Me preguntó por usted, señor Tom. El señor Bobby es un caballero, si es que en verdad los hay. A veces la gentuza que viene en los yates le deja por los suelos. Y bien por los suelos que estaba cuando yo me fui.

— ¿Qué hacías tú por allí ?

— Buscar la Coca-Cola, y me quedé un poco con el naipe.

— ¿Qué tal la mesa ?

— Peor que nunca.

— Daré una vuelta —dijo Thomas Hudson—, pero antes quiero darme una ducha y cambiarme.

— Lo dejé todo preparado sobre la cama —dijo Joseph—. ¿Quiere otro gin con tónica?

— No, gracias.

— El señor Roger está en el bote.

— Bueno. Me encontraré con él.

— ¿Se va a quedar aquí ?

— Quizás.

— Prepararé una cama por si acaso.

— Bueno.

## III

THOMAS HUDSON SE DUCHÓ, frotándose bien la cabeza con jabón y enjuagándose después bajo el punzante embate de los violentos chorros. Era un hombre corpulento y parecía más grande desnudo que con la ropa puesta. Estaba muy tostado y tenía el pelo descolorido y veteado por el sol. Tenía el peso adecuado a su estatura y en la báscula confirmó que apenas superaba los 88 kilos.

Tendría que haber ido a nadar un poco antes de ducharme, pensó. Pero ya nadé bastante esta mañana antes de empezar a trabajar y estoy cansado. Cuando vengan los chicos nadaremos mucho más. Y Roger también estará con nosotros. Va a ser estupendo.

Se puso unos *shorts* limpios, una vieja camisa ceñida y mocasines, salió y descendió por la pendiente hasta franquear el portón de la cerca de estacas, dirigiéndose hacia el resplandor blanco de los corales desteñidos por el sol de la carretera real.

Delante de él, un negro viejo y erguido que vestía americana de alpaca negra y oscuros pantalones muy bien planchados salió de una de las chozas de madera sin pintar que flanqueaban el camino y que recibía la sombra de dos altos cocoteros y echó a andar delante de él. Thomas Hudson vio su hermoso rostro oscuro vuelto hacia donde él estaba.

Detrás de la choza se oyó la voz de un niño que entonaba una vieja canción inglesa:

*El tío Edward vino de Nassau  
para vender caramelos.  
Yo le compré y también P. H.  
Y el caramelo nos sentó mal.*

El tío Edward volvió su hermoso rostro, tan triste como enojado, al resplandor de la tarde.

— Te conozco —dijo—. No puedo verte, pero sé quién eres. Se lo diré al vigilante.

La voz del chiquillo siguió sonando clara y alegre:

*Oh, Edward,  
Oh, Edward,  
Fuerte, áspero, rudo tío Edward.  
Tus podridos caramelos.*

— El vigilante se va a enterar de esto —manifestó el tío Edward—. Y ya sabrá lo que ha de hacer.

— ¿No tienes hoy caramelos podridos, tío Edward? —preguntó la vocecilla del chiquillo, que se cuidaba bien en mantenerse oculto.

— El hombre es perseguido —exclamó en voz alta Tío Edward mientras seguía caminando—. Arrancan el manto de su dignidad y lo desgarran. Oh, Dios mío, perdónalos, que no saben lo que se hacen.

Un poco más adelante, en la carretera real, se oían más canciones provenientes de las habitaciones del piso alto de la posada Ponce de León. Un muchacho negro huyó precipitadamente por el camino del coral.

— Ha habido pelea, señor Tom —dijo—. O algo parecido. Un caballero de un yate empezó a tirar cosas por la ventana.

— ¿Qué cosas, Louis?

— Toda clase de cosas, señor Tom. El caballero tira todo lo que encuentra a mano. La señora trata de impedirlo y él la amenaza con tirarla a ella también.

— ¿De dónde es ese caballero?

— Es un tipo importante del norte. Dice que tiene dinero para comprar y vender la isla entera. Supongo que podía conseguirla muy barata si sigue destrozándolo todo.

— ¿No tomó ninguna medida el vigilante, Louis?

— No, señor Tom. Nadie lo ha llamado aún. Pero todo el mundo dice que ya va siendo hora de que lo haga.

— ¿Estuviste con ellos, Louis? Quiero conseguir cebo para mañana.

— Sí, señor, le conseguiré cebo, señor Tom. Por el cebo no se preocupe. Estoy harto de esa gente. Me contrataron esta mañana para llevarles a pescar bonito y he estado desde entonces con ellos. Sólo que no hemos estado pescando bonitos. Salvo que pescar bonitos sea tirar vasos y tazas y sillas, y cada vez que el señor Bobby le lleva la cuenta, hacerla pedazos y decir al señor Bobby que es un piojoso ladrón y un bastardo.

— Al parecer es un caballero difícil, Louis.

— Es el caballero más maldito que uno haya visto en su vida, señor Tom. Me pidió que cantase para ellos. Usted sabe que no canto tan bien como Josey, pero hago lo que puedo y a veces canto mejor de lo que puedo. Y canté todo lo bien que puedo; usted lo sabe, ya me ha oído cantar. Pero lo que el caballero quería oír es la canción de mamá no quiere arroz, ni alubias, ni aceite de coco, una y otra vez. Es una canción antigua, así que me canso y le digo: «Señor, yo sé canciones modernas. Buenas canciones, canciones hermosas. Y sé también canciones viejas como la de John Jacob Astor en el *Titanic* cuando éste chocó con un iceberg» y le dije que prefería cantar cualquiera de esas otras en vez de siempre aquello de mamá no quiere arroz, ni alubias, ni aceite de coco. Se lo dije con educación y buenos modos, como puede usted imaginar. Pero él ya y me grita: «Escucha, pequeño negro ignorante, tengo más negocios y fábricas y periódicos que escupideras pudo tener ese John Jacob Astor ya sabes para qué, y si intentas decirme lo que quiero oír, te voy a agarrar y meter tu cabeza en las escupideras». Y entonces la señora dice: «Querido, ¿es realmente necesario que seas tan grosero con ese muchacho? Yo opino que canta muy bien y me agradaría oír alguna canción de las nuevas». Y el caballero dice: «Escucha. Nada de eso. Tú no vas a oír ninguna de esas canciones nuevas porque él no va a cantarlas». Le digo, señor Tom, que es un caballero la mar de raro. La señora sólo dijo: «Eres un hombre difícil, querido». Pero le aseguro, señor Tom, que es más difícil que un motor Diesel para un mono recién salido del vientre de su madre. Y perdone si hablo demasiado. Todo esto me ha sacado de quicio. A la pobre señora le está haciendo sufrir mucho.

— ¿Qué vas a hacer ahora con ellos, Louis ?

— Estuve buscando perlas —dijo.

Mientras hablaba el muchacho, se habían detenido a la sombra de una palmera y sacó del bolsillo un trozo de tela bastante limpia y desdoblándolo, mostró media docena de una especie de perlas, sin forma de perla, color rosa nácar, de esas que a veces encuentran los nativos al limpiar las ostras, y que ninguna mujer entre todas las que Thomas Hudson conocía, a excepción de la reina María de Inglaterra, apreciaría como regalo. Claro que Thomas Hudson no podía decir que conocía a la reina María más que por los periódicos y los retratos y una pequeña biografía aparecidos en el *New Yorker*, pero el hecho de que le agradasen tales perlas le hacía creer que la conocía mucho mejor que a otras con quienes tuvo relación durante mucho tiempo. Pensó que a la reina María le agradaban las perlas naturales y la isla celebraba aquella noche su real cumpleaños, pero mucho se temía que la señora del extraño caballero de arriba no iba a consolarse con unas cuantas perlas. Además, había la posibilidad de que la reina

María dijese que le agradaban para contentar a sus subditos de las Bahamas.

Habían seguido caminando hasta la posada Ponce de León y Louis decía: «La señora lloraba, señor Tom. Lloraba amargamente. Entonces sugerí que podía llegarme hasta casa de Roy para pedirle unas perlas prestadas a fin de que ella pudiese verlas».

— La harán muy feliz —dijo Thomas Hudson—. Suponiendo que le agraden.

— Espero que sí. Ahora voy a llevárselas.

Thomas Hudson entró en el bar, que estaba fresco y casi oscuro después del resplandor del camino de coral y pidió un gin con tónica, un trocito de corteza de limón y unas gotas de angostura. Detrás del mostrador, el señor Bobby tenía un aspecto terrible. Cuatro muchachos negros jugaban al billar y ladeaban a veces la mesa para conseguir una carambola difícil. En el piso alto ya no se oían canciones, y en la pieza todo estaba silencioso, salvo el entrecuchar de las bolas. En el bar había dos marineros del yate amarrado en el embarcadero y Thomas Hudson decidió que el ambiente era agradable y fresco. Louis bajó la escalera.

— El caballero duerme —dijo—. He dejado las perlas a la señora. Está mirándolas y llorando.

Observó que los dos marineros del yate cambiaban una mirada aunque sin decir nada. Tom permaneció de pie con su alto vaso lleno de agradable bebida amarga en la mano, saboreando el primer sorbo que le hizo pensar en Tanga, Mombasa y Lamu y en toda la costa aquella y sintió una súbita nostalgia de África. Aquí estaba, establecido en la isla, cuando podía perfectamente encontrarse en África. Al diablo, pensó. Siempre puedo ir allá cuando quiera. Donde hay que resolver las cosas es dentro de uno mismo, no importa donde se esté. Y eso lo estás haciendo aquí muy bien.

— Tom, ¿de veras te gusta el sabor de ese mejunje? —preguntó Bobby.

— Pues claro. De lo contrario no lo bebería.

— Un día abrí una botella por equivocación y la probé. Me supo a quinina.

— Es que tiene quinina.

— La gente anda loca sin remedio —dijo Bobby—. Un tío puede beber lo que quiera. Tiene dinero para pagarlo. Se supone que lo hace por placer y él va y estropea un excelente gin echándole una especie de purgante hindú, que además tiene quinina.

— A mí me gusta. Me gusta el sabor de la quinina con corteza de limón. Siento como si me abriera los poros del estómago o algo así. Lo prefiero a cualquier otro combinado de gin. Me sienta muy bien.

— Lo sé. La bebida siempre te sienta bien. A mí en cambio me cae fatal. ¿Dónde está Roger?

Roger era un amigo de Thomas Hudson que tenía una cabaña de pesca en la parte baja de la isla.

— No puede tardar. Vamos a comer con Johnny Goodner.

— Lo que no entiendo es que hombres como tú y como Roger Davis y como Johnny Goodner, que han corrido mundo, se quedan aquí en esta isla.

— Es una buena isla. ¿Por qué te quedas tú?

— Me gano la vida aquí.

— En Nassau te la ganarías también.

— Nassau. Para mí es como el infierno. Esto me gusta más. Es una buena isla para divertirse. También se puede hacer mucho dinero.

— A mí me gusta vivir aquí.

— Claro —aseguró Bobby—. Y a mí también. Y tú lo sabes. Siempre que pueda ganarme la vida. ¿Sigues vendiendo todos esos cuadros que andas pintando por ahí?

— Ahora se venden estupidamente.

— Pensar que la gente paga dinero por un retrato del Tío Edward. Cuadros de negros en el agua. Negros en tierra. En botes. Botes cargados de tortugas. Chinchorros con esponjas. Borrascas que se acercan. Trombas de agua. Goletas que naufragan. Goletas en construcción. Todo lo que puede verse sin pagar ni un céntimo. ¿Seguro que lo compran?

— Naturalmente. Una vez al año expongo en Nueva York y se venden todos.

— ¿Subastados ?

— No. El agente que los vende les pone precio. La gente los compra. De vez en cuando los museos adquieren alguno.

— ¿Tú puedes venderlos por tu cuenta ?

— Claro.

— Me gustaría comprar una tromba de agua —dijo Bobby—. Bien grande. Negra como el infierno. Puede que hasta dos trombas que rugiesen sobre los bancos con un ruido ensordecedor. Engullendo el agua y haciéndole a uno morir de miedo. Y yo en mi pobre esquife mirándola impotente. Y la tromba que me arranca la máscara submarina de la mano. Y casi saca mi esquife del agua. Una tromba infernal, maldita. ¿Cuánto crees que puede costar? Podría colgarlo aquí. O en mi casa, siempre que la vieja no se muera del susto.

—Todo depende de su tamaño.

— Hazlo tan grande como quieras —dijo Bobby fanfarroneando—. Un cuadro así no puede ser demasiado grande. Ponle tres trombas. Una vez vi tres avanzando juntas en los alrededores de la isla de Andros. Llegaban hasta el cielo y una de ellas engulló un bote que buscaba esponjas y lo lanzó al aire y cuando volvió a la superficie el motor le atravesaba el casco.

— Su precio podría ser lo que valga la tela —dijo Thomas Hudson—. Sólo te cobraré la tela.

— Por Dios, pues entonces busca una tela grande. Pintaremos unas trombas que den tal pánico a la gente que se vaya del bar y hasta de la maldita isla.

Emocionado por la grandeza de su proyecto, apenas si empezaba a vislumbrar sus posibilidades.

— Tom, muchacho, ¿crees que podrías pintar todo un huracán? ¿Pintarlo exactamente en el ojo de la tormenta cuando ya sopló de un lado y se calmó y empieza a soplar de otro? ¿Y poner todo, desde los negros proyectados contra los cocoteros hasta los barcos volando sobre la isla? ¿Y el gran hotel volando? ¿Y maderos girando al viento como lanzas y unos pelicanos muertos cruzando el cielo como si fuesen ráfagas de lluvia ? Haz que el barómetro descienda a veintisiete y el viento alcance una velocidad endemoniada. Haz que el mar rompa en la línea de diez brazas y la luna asome por el ojo de la tormenta. Haz que venga una ola enorme y se engulla a todo bicho viviente. Haz que las mujeres vuelen hacia el mar mientras la fuerza del viento las desnuda. Y que haya negros muertos flotando por todas partes y volando por los aires.

— Necesitaríamos una tela terriblemente grande —dijo Thomas Hudson.

— ¡Al diablo con la tela! —dijo Bobby—. Arrancaré la vela mayor de una goleta. Pintaremos los cuadros más grandes del mundo y pasaremos a la Historia. Hasta ahora sólo has pintado ridículos cuadritos.

— Empezaré por las trombas —dijo Thomas Hudson.

— Estupendo —dijo Bobby, resistiéndose a abandonar su gran proyecto— Me parece muy bien. Pero, por Dios, que podemos pintar grandes obras con lo que tú y yo sabemos y la experiencia que tienes.

— Mañana empezaré con las trombas marinas.

— Bueno —dijo Bobby—. Será un buen principio. Pero por Dios que me gustaría pintar también ese huracán. ¿Pintó alguien alguna vez el hundimiento del *Titanic*?

— En toda su magnitud, no.

— Podríamos pintarlo. Es un tema que siempre me ha cautivado. Podrías plasmar la frialdad del témpano que se aleja a la deriva después del choque. Pintar el conjunto envuelto en una densa niebla. Con todo detalle. Pintar al hombre que saltó al bote con las mujeres porque pensó que podía ayudar por saber manejar un yate. Pintarlo de tamaño natural en el preciso instante de pisar la embarcación, pisando a muchas pasajeras. Me hace pensar en el tipo ese que hay arriba. ¿Por qué no subes y le haces un dibujo mientras duerme y lo aprovechas para el cuadro?

— Me parece mejor empezar con las trombas.

— Tom, quiero que seas un gran pintor —dijo Bobby—. Déjate de tonterías. Te estás desperdiciando. Hemos planeado juntos tres grandes cuadros en menos de media hora y yo ni siquiera empecé a estrujar mi imaginación. ¿Qué has hecho hasta ahora? Pintando un negro en actitud de volver boca arriba en la playa una tortuga cabezona. Ni siquiera verde. Una tortuga vulgar. O pintando dos negros en un sucio esquife presumiendo entre un montón de bogavantes. Has desperdiciado tu vida, hombre.

Se detuvo y echó al coleteo un rápido trago por debajo del mostrador.

— Éste no cuenta —dijo—. Ni me viste tomarlo. Mira, Tom, serán cuadros grandiosos. Grandes cuadros. Universales. Dignos de figurar en el *Crystal Palace*, junto a las obras maestras de todos los tiempos. Excepto el primero, claro está, que es un asunto sencillo. Pero aún no empezamos. Y habrá que empezar por uno si queremos pintarlos todos. ¿Qué te parece?

Se sirvió rápidamente otro trago.

— ¿Sobre qué?

Se inclinó sobre el mostrador para que los demás no pudieran oírle.

— No te achiques ahora —dijo—. No te sorprendas por la magnitud de nuestro plan. Tienes que ser un visionario, Tom. Podríamos pintar el fin del mundo —hizo una pausa—. De tamaño natural.

— ¡Infierno! —exclamó Thomas Hudson.

— No. Antes del infierno. El infierno acaba de abrirse. Los *Rollers*<sup>1</sup> van por el templo, hasta por el tejado, y hablan lenguas desconocidas. Y hay un demonio ensartándolos con su horquilla y los va tirando a una carreta. Ellos se quejan, aullan e invocan a Jehová. Hay negros prosternados por todas partes con murenas, cangrejos y peces araña moviéndose en torno de ellos y sobre sus cuerpos. Hay una especie de gran escotillón abierto en el suelo y los diablos van metiendo allí a los negros y a sus predicadores y a todo el mundo y desaparecen todos. El agua sube en torno a la isla y hay peces martillo y cazones y tiburones-tigre y toda clase de tiburones dando vueltas y vueltas alrededor y devorando a quienes tratan de escapar nadando para que los diablos no los enganchen y los arrojen al escotillón, que humea continuamente. Y hay borrachos atizándose el último trago y golpeando a los diablos con las botellas. Pero los diablos siguen ensartándolos o se los traga el mar que sigue creciendo y en el que pululan tiburones-ballena, grandes tiburones blancos, feroces ballenas y otros peces enormes que esperan dando vueltas más allá de donde los tiburones destrozan a los

<sup>1</sup> Secta religiosa de los negros. (*N. del t.*)

del agua. La parte alta de la isla está llena de infinidad de perros y gatos, y los diablos los ensartan a ellos también y los perros se encogen y aullan y los gatos huyen y arañan a los diablos y se les eriza el pelo y finalmente se arrojan al mar y nadan, por extraño que parezca. Y de vez en cuando un tiburón ataca a un gato y se ve cómo se hunde. Pero la mayoría escapa nadando.

Un calor espantoso empieza a salir del escotillón y los diablos tienen que arrastrar a la gente hacia allí porque ya rompieron sus horquillas de tanto ensartar a los de la iglesia. Tú y yo permanecemos de pie en el centro del cuadro, observando todo muy tranquilos. Tú tomas unos apuntes y yo bebo algo de una botella y te convido a veces. De cuando en cuando, un diablo sudoroso de tanto trabajar pasa cerca de nosotros intentando atrapar a un alto dignatario del clero, que trata de abrir con los dedos un pozo en la arena para que no lo arrojen al escotillón, e invoca a Jehová, mientras el diablo dice: «Disculpe, señor Tom. Disculpe, señor Bobby. Estamos hoy muy ocupados».

Y cuando el diablo vuelve, sudoroso y tiznado, en busca de otro clérigo, yo le ofrezco un trago y él dice: «No, gracias, señor Bobby. Nunca bebo cuando trabajo»,

Sería un cuadro fabuloso si pudiéramos transmitir todo el movimiento y la grandeza que tiene. Creo que por hoy proyectamos imaginariamente todo cuanto podemos hacer.

— Por Dios que tienes razón —admitió Bobby—. Bosquejar un cuadro así me hace tener sed.

— Había un hombre llamado Bosch que pintaba muy bien en esa línea.

— ¿El de las magnetos?

— No. Hieronymus Bosch. Un pintor muy antiguo. Y muy bueno. Pieter Brueghel hizo algo semejante.

— ¿También es antiguo ?

— Muy antiguo y muy bueno. Te gustaría.

— ¡Al diablo! —dijo Bobby—. No hay pintor antiguo que nos iguale. Además de que el mundo no se ha acabado todavía, así que ¿por qué habría de saber él del asunto más que nosotros?

— Va a ser muy difícil superarlo.

— No creo una palabra de todo eso —dijo Bobby—. Pintaremos un cuadro que lo dejará así de pequeño.

— ¿Qué te parece otro trago?

— Sí, maldita sea. Había olvidado que estamos en un bar. Dios salve a la reina, Tom. Estamos olvidando qué día es hoy. Toma, beberemos a su salud.

Se sirvió un vasito de ron y tendió a Thomas Hudson la botella de gin Booth's, un plato con limones, un cuchillo y una botella de tónica Schweppes.

— Prepárate tu maldito mejunje. ¡Al diablo con las mezclas!

Después que hubo preparado su bebida como siempre con unas gotas de angostura de la botella que tenía el cañón de una pluma de gaviota en el corcho, levantó el vaso y volvió la cabeza hacia el otro extremo de la barra.

— ¿Qué estáis bebiendo vosotros dos? Decídmelo si es cosa sencilla.

— *Dog's Head*<sup>2</sup> —contestó uno de los marineros.

---

<sup>2</sup> Conocida marca de cerveza. (N. del t.)

—*Dog's Head* —repitió Bobby, y fue hacia la nevera y les dio dos botellas de cerveza helada—. Los vasos se han terminado. Los borrachos se pasan todo el día tirándolos. ¿Tiene todo el mundo bebida? Caballeros, por la reina. No creo que a ella le importe mucho esta isla, ni estoy seguro de que aquí le fueran bien las cosas. Pero, caballeros, brindemos por la reina. Que Dios la bendiga.

Todos bebieron a su salud.

— Seguramente es una gran mujer —prosiguió Bobby—. Un poco estirada para mi gusto. Me gustaba más la reina Alejandra. Un encanto. De todos modos, tratemos de celebrar el cumpleaños de la reina con el debido honor. Esta es una isla pequeña pero patriótica. Un hombre de aquí fue a la última guerra y volvió sin un brazo. No creo que se pueda pedir más patriotismo.

— ¿De quién ha dicho que es el cumpleaños? —preguntó uno de los marineros.

— De la reina María de Inglaterra —explicó Bobby—. La madre del actual rey-emperador.

— Es la que da nombre al *Queen Mary*, ¿no? —preguntó el otro marinero.

—Tom —dijo Bobby—. El próximo brindis beberemos tú y yo solos.

## IV

HABÍA OSCURECIDO y soplabla brisa, de modo que no había mosquitos ni moscas de arenal y los botes habían vuelto, levantando los pescantes al penetrar en el canal, y ahora estaban amarrados en los embarcaderos de los tres muelles que desde la playa se adentraban en el puerto. La marea bajaba rápidamente y las luces de las embarcaciones se reflejaban en el agua, verde bajo su brillo, y se movía sin cesar lamiendo los pilotes de los muelles y formando remolinos a popa del gran crucero a bordo del cual se hallaban. A lo largo de la nave, en la zona de agua donde la luz reflejada espejeaba sobre los pilares sin pintar del muelle, a los que se ataban como defensas viejos neumáticos de automóviles y de camiones, que se veían como oscuros anillos, distinguíanse los peces aguja atraídos por la luz, inmóviles contra la corriente. Largos, afilados, del mismo brillo verdoso que el agua, moviendo sólo la cola, no comían ni jugueteaban; solamente estaban allí fascinados por la luz.

El crucero de Johnny Goodner, el *Narwhal*, donde esperaban a Roger Davis, enfilaba la proa hacia la marea menguante y en el mismo embarcadero, amarrado de forma que ambas embarcaciones permanecían popa contra popa, estaba el barco cuyos tripulantes se habían pasado el día en el bar de Bobby. Johnny Goodner ocupaba una silla a popa y apoyaba en otra los pies, sosteniendo en la mano derecha un *Tom Collins* y en la izquierda una guindilla verde y larga mejicana.

— Es maravilloso —dijo—. Un pequeño mordisco y me pone la boca en llamas y me la refresco con un trago de esto.

Tomó el primer mordisco, lo engulló, sopló por entre la lengua curvada, «¡pff!» y bebió un trago largo del contenido del alto vaso. Su grueso labio inferior lamía el de arriba, delgado como el de un irlandés, y sus ojos grises sonreían. La boca se elevaba hacia las comisuras de los labios, de modo que siempre parecía o que iba a sonreír o que acababa de hacerlo, y decía poco sobre su personalidad, a menos que se reparase en la línea extremadamente fina del labio superior. Eran sus ojos lo que había que mirar. Tenía estatura y constitución de un peso medio, algo más macizo; pero se le veía en buena forma, relajado en esa postura en que tan mal se ve un hombre si realmente está en baja forma. Tenía el rostro bronceado pero se le estaba pelando en la nariz y en la frente, despejada por la incipiente calvicie. En la barbilla tenía una cicatriz que bien hubiera podido pasar por hoyuelo de estar situada un poco más al centro, y su nariz tenía imperceptiblemente casi achatado el puente. No es que fuera una nariz chata. Más bien parecía una nariz modelada por un escultor moderno que trabajara directamente la piedra y hubiese quitado apenas una sombra de más.

— Tom, personaje indigno, ¿qué has estado haciendo?

— Trabajando duro.

— Eres bien capaz —dijo y dio otro mordisco a la guindilla. Era un pimientito muy arrugado y marchito de unos diez centímetros de longitud.

— Sólo duele la primera vez —dijo—. Igual que el amor.

— ¡Al diablo las guindillas! Siempre sientan mal.

— ¿Y el amor?

— ¡Al diablo también! —dijo Thomas Hudson.

— ¡Qué sentimiento! ¡Qué forma de hablar! Pero, ¿en qué te estás convirtiendo? ¿En una víctima de la locura pastoril de esta isla?

— Aquí no hay ovejas, Johnny.

— Entonces será la locura de los pastores de cangrejos —dijo Johnny—. No queremos que te pesquen. Vamos, prueba una guindilla.

— Las probé —dijo Thomas Hudson.

— Oh, ya conozco tu pasado. No tienes por qué hablarme de tu pasado ilustre. Probablemente lo has inventado. Lo sé. Probablemente el hombre que las introdujo en Patagonia a lomos de yak. Pero yo represento el momento actual. Escucha, Tommy. He probado estas guindillas rellenas de salmón. Rellenas de bacalao. Rellenas de bonito chileno. Rellenas de pechuga de tortola mejicana. Rellenas de carne de pavo y de topo. Con cualquier cosa que las rellenen las compro. Hacen que me sienta como un potentado. Pero todo eso es una porquería. Lo mejor es esta sencilla guindilla vieja y larga, marchita, aburrida, sin relleno, sin apariencia alguna, con oscura salsa chupango. ¡ Bastarda! —Sopló de nuevo a través de la lengua curvada—. Esta vez sí que mordí demasiado.

Echó un señor trago del *Tom Collins*.

— Me dan motivo para beber —explicó—. Tengo que refrescarme la maldita boca. ¿Tú qué tomas?

— Puede que otro gin-tonic.

— Muchacho —llamó Johnny—. Otra tónica con ginebra para Bwana M'Kubwa.

Fred, uno de los chicos isleños contratados por el capitán Johnny, sirvió la bebida.

— Aquí tiene, señor Tom.

— Gracias, Fred —dijo Thomas Hudson—. Que Dios proteja a la reina. —Y bebieron.

— ¿Dónde está el viejo putaño ?

— En su casa. No tardará en llegar.

Tomó un poco más de guindilla sin hacer comentarios, apuró el vaso y preguntó:

— De verdad. ¿Qué tal estás, viejo Tom ?

— Estupendamente —dijo Thomas Hudson—. He aprendido a vivir bastante bien solo y trabajo mucho.

— ¿Te gusta esto? Para siempre, quiero decir.

— Sí. Estaba harto de ir de un lado a otro. Prefiero estar aquí. Me las compongo bien, Johnny. Perfectamente bien.

— Es un bonito rincón —admitió Johnny—. Bonito para un tipo como tú, que lleva algo dentro. Infernal para un tipo como yo que siempre anda tras la vida interior o rehuyéndola. Pero dime, ¿es cierto que Roger se nos ha vuelto revolucionario?

— ¡Así que ya lo van diciendo?

— Lo oí decir en la costa.

— ¿Qué le ocurrió por allí?

— No lo sé exactamente. Pero fue algo grave.

— ¿Realmente grave?

— Allí tienen ideas diferentes acerca de lo malo. No es que fuera la de San Quintín, ya me entiendes. Pero de todas formas, allá, con aquel clima y tanta fruta fresca y todo, es del tamaño de sus jugadores de fútbol. Demonios, las muchachas de quince años parecen de veinticuatro. A los veinticuatro son como May Whitty. Si no tienes intención de casarte, mejor es que les mires los dientes. Y en realidad, maldito lo que vas a sacar por los dientes. Además, todas tienen madre y padre o uno de los dos y todos hambrientos. Claro que el clima también les abre el apetito. Pero lo malo es que a veces uno se entusiasma y no les pide el carnet de identidad, ni el de conducir. Opino que deberían juzgarlas según la estatura y el peso, no por la edad. Se cometen muchas injusticias si sólo se mira la edad. Por todas partes. La precocidad no se

sanciona en ningún otro deporte, al contrario. Lo más honesto sería una autorización de aprendizaje. Como en las carreras. Bien que me metieron en un aprieto. Pero a Roger no lo pescaron por eso.

— ¿En dónde me pescaron ? —preguntó Roger Davis.

Se había dejado caer del muelle sobre cubierta sin que sus alpargatas hicieran ruido y allí estaba, enorme con amplia camisa tres tallas más grande para él y enfundado en un viejo par de pantalones muy ceñidos.

— ¡Hola!—dijo Jbhny—. No te he oído llamar. Estaba contándole a Tom que no sabía por qué te trincaron, pero que no se trata de menores.

— Bien —dijo Roger—. No hablemos más de eso.

— No me gusta que seas mandón —dijo Johnny.

— No soy mandón —alegó Roger—. Hablé correctamente. ¿Es que en este barco no se bebe? —Miró el crucero amarrado con la popa hacia ellos—. ¿Quién es ése?

— Los del Ponce de León. ¿No les has oído ?

— ¡Ah! —dijo Roger—. Te todos modos, bebamos. Aunque nos den un mal ejemplo.

— ¡Muchacho! —llamó Johnny. Fred salió del camarote.

— Sí, señor —dijo.

— Pregunta a estos sahibs qué desean tomar.

— ¿Caballeros? —dijo Fred.

— Yo tomaré lo que toma el señor Tom —dijo Roger—. Es mi guía y consejero.

— ¿Muchos chicos de campamento este año? —preguntó Johnny.

— Hasta ahora sólo dos. Son mi asesor y yo.

— Somos mi asesor y yo —corrigió Johnny—. No me explico cómo diablos escribes libros.

— Siempre puedo contratar a un corrector de estilo, ¿no?

— O conseguirlo gratis —dijo Johnny—. He estado charlando con tu asesor.

— Dice que se siente feliz y contento aquí. Le entusiasma la playa.

— Tendrías que ver su cabaña—dijo Tom—. De vez en cuando me invita a un trago allí.

— ¿Mujeres?

— Sin mujeres.

— Pero, ¿qué hacéis, muchachos?

— Yo lo mismo de todo el día.

— Pero vosotros habéis estado aquí antes. ¿Qué hacíais entonces?

— Nadar, comer, beber. Tom trabaja, lee, charla, lee, pesca, pesca, bebe, duerme.

— ¿Sin mujeres?

— Sin mujeres.

— Me parece poco sano. Un clima raro. ¿Fumáis mucho opio, muchachos?

— ¿Tom? —preguntó Roger.

— Sólo del mejor —respondió Thomas Hudson.

— ¿Tenéis una plantación de marihuana ?

— ¿La tenemos, Tom? —preguntó Roger.

— Ha sido muy mal año; la lluvia arrasó la cosecha —dijo Thomas Hudson.

— Sigo pensando que todo eso es muy extraño —dijo Johnny echando otro trago—. Lo único que os salva es que seguís bebiendo. ¿No os habrá dado por la religión, muchachos? ¿Ha visto Tom la luz?

— ¿Tom? —dijo Roger.

— Mis relaciones con la divinidad son las de siempre.

— ¿Cordiales?

— Nos toleramos —dijo Thomas Hudson—. Practica la fe que quieras. En la isla tengo un campo de deportes donde puedes practicar lo que te parezca.

— Yo lanzaré a la divinidad una pelota rápida y rasante, si me acepta la base<sup>3</sup>, en el supuesto de que amenace con llevarse la copa.

— ¡Roger! —dijo Johnny con reproche—. ¿No has visto llegar el crepúsculo y entrar la noche y caer la oscuridad? ¡Y eres escritor! Nunca fue una buena idea hablar con irreverencia de la divinidad cuando ya ha oscurecido. A lo mejor la tienes detrás de ti con el bate<sup>4</sup> levantado.

— Y apuesto a que se lleva la copa también —dijo Roger—. Últimamente lo viene haciendo.

— Sí, señor —dijo Johnny—. Y atajará tu tiro con un garrotazo. Le he visto pegar.

— Sí. Supongo que sí —convino Roger—. Tom y yo también lo hemos visto. Pero con todo intentaré meterle esa pelota.

— Dejemos la discusión teológica —dijo Johnny—. Y busquemos algo para comer.

— ¿Acaso ese viejo decrepito que se encarga de mantener a flote este trasto a través del océano recuerda aún lo que es guisar? —preguntó Thomas Hudson.

— Guiso de pescado —dijo Johnny—. Y arroz amarillo con avefría para esta noche. Avefría dorada.

— Hablas como un condenado decorador de interiores —dijo Tom—. En todo caso, a estas alturas de temporada no son doradas. ¿Dónde las cazaste?

— En la isla Sur cuando fuimos de excursión y a nadar un poco. Hice volver dos veces silbando a la bandada y seguí bajándola. Tocamos a dos por cabeza.

Hacía una noche espléndida y después de haber cenado se sentaron a popa con café y cigarros, y de pronto surgieron un par de individuos, bastante indefinidos que venían de una de las otras embarcaciones, con una guitarra y un banjo y los negros comenzaron a reunirse en el muelle, y de vez en cuando se oían esporádicas canciones. Los muchachos empezaron una canción en la oscuridad y entonces Fred Wilson, que tenía la guitarra, se puso a cantar mientras Frank Hart improvisaba con el banjo. Thomas Hudson no sabía cantar, de manera que se reclinó hacia atrás en la oscuridad y escuchó.

En el bar de Bobby continuaba la fiesta y la puerta abierta permitía que sus luces se reflejaran en el agua. La marea seguía bajando y en los sectores iluminados había peces saltando. Del género llamado *Lutjanus* y de gran tamaño, pensó Tom, peces carnívoros que acudían a alimentarse de los peces que dejaba atrás la marea. Algunos muchachos negros pescaban con línea de mano y se les oía charlando y maldiciendo por lo bajo cuando uno de aquellos grandes peces se les escapaba, y también se oía cómo saltaban y se retorcían los *snappers* sobre el muelle cada vez que pescaban uno.

---

<sup>3</sup> Alusiones al béisbol. (N. del t.)

<sup>4</sup> Alusión al béisbol. (N. del t.)

Eran grandes *snappers* y los muchachos encarnaban con buenos pedazos de un enorme pescado que había traído uno de los botes a primera hora de la tarde y al que habían colgado, pesado, fotografiado y descuartizado. Se reunió bien pronto un gentío en el muelle con lo de las canciones y Rupert Pinder, un negro enorme de quien se decía que en cierta ocasión llevó un piano sobre la espalda, sin ayuda de nadie, desde el muelle del Gobierno, carretera real arriba, hasta el antiguo club destruido por el huracán, y que se las daba de boxeador, gritó desde el muelle: «Capitán John, los muchachos dicen que tienen sed».

— Compra algo inofensivo y barato, Rupert.

— Sí, señor capitán. Ron.

— Es lo que yo estaba pensando —dijo John—. ¿Por qué no pruebas con una garrafa? Me parece que saldrá mejor de precio.

— Muchas gracias, capitán John —dijo Rupert alejándose de la multitud que empezó a desfilar rápidamente y a cerrarse detrás de él.

Thomas Hudson observó cómo desaparecían todos en dirección a la tienda de Roy.

En aquel preciso instante, de una de las embarcaciones ancladas en el muelle Brown se elevó silbando un cohete hacia el cielo y con su estallido iluminó el canal. Otro pasó silbando esta vez en ángulo oblicuo y estalló al final del muelle donde ellos estaban.

— ¡Maldición! —exclamó Fred Wilson—. Teníamos que haber traído cohetes de Miami.

La noche estaba en aquellos momentos iluminada por los cohetes que silbaban y estallaban y Rupert y sus acompañantes volvían bajo la luz por el muelle. Rupert llevaba una garrafa sobre los hombros.

Alguien lanzó un cohete desde uno de los botes, que fue a estallar sobre el muelle, iluminando a todos, los oscuros rostros, cuellos y manos y la cara achatada de Rupert, sus anchos hombros y el macizo cuello y la garrafa, en su cesta, apoyada tierna y orgullosamente contra su cabeza.

— Vasos —gritó mirando atrás—. Vasos esmaltados.

— Vasos de latón, Rupert —gritó un muchacho.

— Vasos esmaltados —repitió Rupert—. Ve a buscarlos. Cómpralos en la tienda de Roy. Aquí hay dinero.

— Tráete nuestra pistola Verey, Frank —dijo Fred Wilson—. Podríamos disparar las bengalas de señales y comprar luego otras.

Mientras Rupert esperaba solemne los vasos, alguien le entregó un pequeño cazo que él llenó de ron y que fue pasando de mano en mano.

— Esto para la plebe —dijo Rupert—. Bebed, gente de poca monta.

Los cantos continuaban aunque desordenados. Además de los cohetes, desde los botes disparaban rifles y pistolas y desde el muelle Brown las balas luminosas de una ametralladora Tommy iban dejando sus huellas en el agua del canal. Disparó tres o cuatro ráfagas, luego vació un cargador lleno, y las balas rojas castañetearon sobre el embarcadero en un bello arco de armoniosa curva.

Los vasos llegaron en el momento que Frank Hart se sentaba a popa con el estuche de la pistola Verey y un buen surtido de bengalas, y uno de los ayudantes de Rupert empezó a servir vasos y a repartirlos.

— Dios bendiga a la reina —dijo Frank Hart mientras cargaba y disparaba una bengala al otro extremo del muelle, directamente hacia la puerta abierta del bar del señor Bobby. La bengala dio en el muro de cemento junto a la puerta y ardió con luz brillante en el camino de coral, iluminándolo todo con una luz clarísima.

— ¡Cuidado! —advirtió Thomas Hudson—. Esas cosas pueden quemar a alguien.

— ¡Al diablo con el cuidado! —dijo Frank—. A ver si alcanzo la casa del Gobernador.

— La incendiarás —le dijo Roger.

— Si la incendio la pago —respondió Frank.

La bengala describió un arco hacia la gran casa de porche blanco, pero el tiro resultó corto y el proyectil quedó ardiendo frente al porche.

— ¡Bravo, viejo Gobernador! —dijo Frank—. Ahora verá si somos o no patriotas.

— Calma, Frank —aconsejó Tom—. No debemos jugar a lo bruto.

— Esta es mi noche —gritó Frank—. La noche de la reina y la mía. Quitate de en medio, Tórn, voy a lanzar una contra el muelle Brown.

— Cuidado, hay gasolina —dijo Roger.

— No va a durar macho —respondió Frank.

Resultaba imposible saber si trataba de errar cada tiro para imitar a Roger y a Thomas Hudson o si realmente era un mal tirador. Ni Roger ni Tom se hubieran atrevido a asegurar lo uno o lo otro, pero estaban seguros de que nadie es capaz de manejar el arma con tanta precisión. Y en el muelle había gasolina.

Frank se puso de pie, quedó con el brazo izquierdo extendido a lo largo del cuerpo como un perfecto duelista e hizo fuego. La bengala rozó el extremo del muelle donde estaban apilados los bidones de gasolina y rebotó hacia el canal.

— ¡Eh! —gritó alguien desde uno de los botes amarrados en el Brown—. ¿Qué diablos pasa ?

— Un disparo casi perfecto —dijo Frank—. Ahora a probar de nuevo con el Gobernador.

— Será mejor que te dejes de tonterías —gritó Thomas Hudson.

— Rupert —gritó Frank, ignorando a Tom—. Sírveme un poco de eso, ¿quieres?

— Sí, señor capitán Frank —dijo Rupert—. ¿Tiene vaso?

— Tráeme un vaso —dijo Frank dirigiéndose a Fred, que permanecía de pie mirando.

— Sí, señor capitán Frank.

Fred salió corriendo y volvió con un vaso. Su rostro resplandecía de excitación y placer.

— ¿Va a pegarle fuego al Gobernador, señor Frank?

— Si es inflamable —dijo Frank.

Dio el vaso a Rupert, quien lo llenó en sus tres cuartas partes y lo entregó seguidamente a Frank.

— Por la reina. Que Dios la bendiga —dijo Frank. Y apuró el vaso de un trago.

Era una terrible cantidad de ron para tomarlo de tal modo.

— Dios la bendiga. Dios la bendiga, capitán Frank —dijo Rupert solemnemente y los demás le hicieron eco. «Dios la bendiga. Oh, Dios la bendiga.»

— Y ahora a por el Gobernador —dijo Frank, y disparó al aire la pistola de señales en la dirección del viento. La había cargado con una bengala con paracaídas y la brillante luz blanca derivó hacia el crucero que había a popa.

— Esta vez el Gobernador se ha salvado —dijo Rupert—. ¿Qué ocurre, capitán Frank?

— He querido iluminar este bello escenario —dijo Frank—. El Gobernador puede esperar.

— La casa del Gobernador arderá en seguida, capitán Frank —advirtió Rupert—. No quiero entusiasmarle, pero le diré que hace dos meses que no llueve en la isla y la casa del Gobernador estará seca como la yesca.

— ¿Dónde está el vigilante ? —preguntó Frank.

— El vigilante no quiere saber nada —dijo Rupert—. No se preocupe por él. Nadie vería nada si se disparase un tiro.

— Todo el mundo en este muelle se tumba boca abajo y no ve nada —aseguró una voz entre la multitud—. Nada se ha oído. Nada se ha visto.

— Yo doy la orden —gritó Rupert—. Caras vueltas. Todos. —Después, como dando ánimos—: La casa está tan seca como la yesca.

— A ver cómo lo hace —dijo Frank.

Volvió a cargar una bengala con paracaídas y disparó hacia arriba, a contraviento. Al caer, la deslumbrante luz mostró que todos los del muelle se habían tumbado boca abajo o estaban de rodillas tapándose los ojos con las manos.

— Dios lo bendiga, capitán Frank —dijo la voz solemne y profunda de Rupert en la oscuridad—. Que Él en su infinita misericordia le dé valor suficiente para quemar al Gobernador.

— ¿Dónde están su mujer y sus hijos? —preguntó Frank.

— Los salvaremos. No se preocupe —dijo Rupert—. Nada malo ha de ocurrirle a un inocente.

— ¿Lo quemamos? —dijo Frank volviéndose hacia los del sollado.

— ¡Por el amor de Dios! Déjate de tonterías —gritó Thomas Hudson.

— Yo me voy mañana por la mañana —dijo Frank—. He hecho ya mi declaración de salida.

— Quemémoslo de una vez —dijo Fred Wilson—. Los nativos lo están deseando.

— Quémelo, capitán Frank —apremió Rupert—. ¿Qué decís vosotros?

— Quémelo. Quémelo. Dios le dé fuerzas para quemarlo —gritaron los muchachos del muelle.

— ¿adie quiere salvarlo? —preguntó Frank.

— Quémelo, capitán Frank. Nadie lo ve. Nadie ha oído nada. Nadie dirá una palabra. Quémelo.

— Antes tendré que hacer tiros de práctica —dijo Frank.

— Si de verdad piensas quemarlo, sal inmediatamente de este maldito barco —dijo Johnny.

Frank le miró y sacudió tan levemente la cabeza que ni Roger ni los del muelle lo advirtieron.

— Ya es ceniza —dijo—. Sírvenme otro trago, Rupert, para reforzar mi decisión.

Levantó el vaso.

— Capitán Frank —Rupert se inclinó hacia él para hablarle—, ésta será la hazaña de su vida.

En el muelle los chicos iniciaban ya otra canción.

*Capitán Frank, en el embarcadero  
esta noche nos divertimos.*

Una pausa, y en tono más alto:

*Capitán Frank, en el embarcadero  
esta noche nos divertimos.*

La segunda estrofa fue como un redoble de tambores. Luego siguieron:

*A Rupert lo llamó perro sucio el Gobernador.  
El capitán Frank lo quemó a balazos con la pistola de señales.*

En seguida reemprendieron el viejo ritmo africano que cuatro tripulantes de la chalupa aprendieron de labios de los negros que tiraban de la cuerda en los *ferries* que cruzaban los ríos del camino costero entre Mombasa, Malindi y Lamu. Allí los negros y donde, mientras tiraban todos a la vez, improvisaban cantos de trabajo describiendo y ridiculizando a los blancos que transportaban en el mismo *ferry*.

*Capitán Frank, en el embarcadero  
esta noche nos divertimos.  
Capitán Frank, en el embarcadero...*

Insultantes, desafiantes, desesperadamente desafiantes, las notas bajas iban en crescendo. Después, la respuesta orgullosa del tam-tam:

*...¡Esta noche nos divertimos!*

— ¿Se da cuenta, capitán Frank? —se apresuró a decir Rupert inclinándose hacia el sollado—. Antes de cumplir la hazaña ya tiene usted la canción.

— Me siento un poco comprometido —dijo Frank a Thomas Hudson. Y añadió dirigiéndose a Rupert—: Otro disparo para ensayar.

— La práctica perfecciona —dijo Rupert alegremente.

— El capitán Frank ensaya la ejecución —dijo alguien desde el muelle.

— El capitán Frank es más valiente que un jabalí —gritó otro.

— El capitán Frank es *un hombre*.

— Rupert —dijo Frank—. Otro vaso de eso, por favor. No para animarme. Sólo para que me ayude a disparar.

— ¡Que Dios le guíe, capitán Frank! —dijo Rupert tendiéndole el vaso—. ¡Cantad la canción del capitán Frank, muchachos!

Frank vació el vaso.

— El último disparo de prueba —dijo y, disparando por encima del crucero que estaba a popa, hizo rebotar la bengala sobre los bidones de gasolina, desde donde cayó al agua.

— ¡Hijo de puta! —dijo Thomas Hudson sin perder la raima.

— Silencio, aguafiestas —dijo Frank mirando a Thomas Hudson—. Este último disparo ha sido mi obra maestra.

Entonces en el sollado del otro crucero apareció un hombre corriendo a popa, vestido

sólo con pantalón de pijama y gritando: «¡Escuchen, puercos! ¿Quieren terminar de una vez? Aquí abajo hay una señora que quiere dormir».

— ¿Una dama ? —preguntó Wilson.

— ¡Sí, por Dios. Una señora! —dijo el hombre—. Mi esposa. Y vosotros, sucios bastardos, disparando esas bengalas que la tienen despierta y no dejan dormir a nadie.

— ¿Por qué no le das pastillas? —dijo Frank—, Rupert, envía a un muchacho a comprar pildoras para dormir.

— ¿Sabe lo que debería hacer, coronel? —gritó Wilson—. ¿Por qué no hace lo que un buen marido ? Eso la haría dormir. Probablemente es una reprimida. Tal vez una frustrada. Es lo que el psiquiatra le dice siempre a mi mujer.

Era gente grosera y Frank se había excedido, pero el hombre, que se había pasado el día bebiendo, se equivocó desde el principio en la forma tan poco correcta de dirigirse a ellos. Ni John, ni Roger, ni Thomas Hudson dijeron palabra. Los otros dos, al oír que el individuo que acababa de salir a popa gritaba «cerdos», tomaron sendas posiciones de medio y segunda base<sup>5</sup>.

— Puercos inmundos —repitió el hombre, al parecer de exiguo vocabulario, que aparentaba de treinta y cinco a cuarenta años. Pero era difícil precisar su edad a pesar de que había encendido las luces del sollado. Sin embargo, tenía mejor aspecto del que esperaba Thomas Hudson, teniendo en cuenta lo que oyó contar sobre él. Thomas Hudson recordó que el hombre había dormido la borrachera en el bar de Bobby.

— Yo probaría con el Nembutal —ironizó Frank confidencialmente—. A menos que sea alérgica a esa droga.

— Lo que no entiendo es por qué está insatisfecha —dijo Fred Wilson—. Físicamente es usted un buen ejemplar, caramba. Buen talante. Apostaría a que es el terror del *Raequet Club*. ¿Cuánto cuesta conservar esa forma física? Míralo bien, Frank. ¿Has visto alguna vez un hombre con semejante tórax?

— Pero cometiste un error al vestirte, jefe —dijo Frank—. Francamente nunca había visto llevar el pijama del revés, la parte delantera en el trasero. ¿De verdad te acuestas siempre así?

— Puerco boca sucia, ¿no puedes dejar dormir a una señora ? —dijo el hombre.

— Yo en tu caso me iría abajo —dijo Frank—. Te vas a meter en un buen lío si sigues empleando esos epítetos. Recuerda que no tienes a tu chófer. ¿Es que tu chófer te acompaña siempre al colegio ?

— Frank, no va al colegio —dijo Fred Wikon apartando la guitarra—. Es un muchacho mayor. Un hombre de negocios. ¿No sabes reconocer a un importante hombre de negocios ?

— Así que, ¿eres un hombre de negocios, hijito ? —preguntó Frank—. Entonces te habrás dado cuenta de que encerrarte en tu camarote es un buen negocio para ti. Aquí arriba cualquier negocio te saldría mal.

— Tiene razón —dijo Fred Wilson—. Nada va a sacar de nosotros. Vuelva a su camarote. Acabará acostumbrándose al ruido.

— ¡Puercos inmundos! —repitió el hombre mirándoles a todos.

— Llévase abajo ese cuerpo tan hermoso. A su camarote —dijo Wilson—. Estoy seguro de que puede hacer dormir a la dama.

— ¡Cerdo! —insistió el otro—. ¡Cerdo inmundo!

---

<sup>5</sup> En el béisbol, actitud de un equipo a la defensiva. (N. del t.)

— ¿Es que sólo conoce esa palabra ? —preguntó Frank—. Resulta aburrida oírle decir siempre *cerdo*. Vaya abajo antes de pillar un resfriado. Si yo tuviera un pecho tan hermoso no lo arriesgaría así en una noche de tanto viento.

El otro les miró como si se esforzara en grabar en su memoria el rostro de cada uno de ellos.

— No te preocupes, te acordarás de nosotros —dijo Frank—. Y si no, yo me encargaré de recordártelo cada vez que te vea.

— ¡Puercos! —dijo el hombre y dio media vuelta y se fue.

— ¿Quién es? —preguntó Johnny Goodner—. Creo que lo he visto en alguna parte.

— Le conozco y él a mí —dijo Frank—. Un tío de cuidado.

— ¿No te acuerdas? —insistió Johnny.

— Un cretino —dijo Frank—. Poco importa lo que sea aparte de eso.

— Desde luego —dijo Thomas Hudson—. Realmente le habéis mareado.

— Es lo mejor con un fresco. Marearlo. En realidad no estuvimos tan groseros con él. Creo que ha quedado claro que a los dos os ha caído mal —dijo Thomas Hudson.

— He oído ladrar un perro —dijo Roger—. Probablemente las bengalas asustaron a su perro. Ya sé que te divierten las bengalas, Frank. Estás jugando a los asesinos y hasta ahora no pasó nada malo. ¿Pero por qué asustar a un pobre perro?

— La que ladraba era su mujer —dijo Frank riendo—. Voy a tirar una bengala dentro de su camarote para iluminar la escena hogareña.

— Yo me largo de aquí —dijo Roger—. No me gusta esta clase de bromas. No quiero jugar con automóviles. Ni volar estando borracho. Ni me parece chistoso asustar a los perros.

— Nadie te obliga a quedarte —dijo Frank—. De todas formas eres una verdadera pesadilla para los de aquí.

— ¿Ah, sí?

— Sí. Tú y Tom siempre haciendo sermones y estropeándole a uno la diversión. Canallas arrepentidos. Antes bien que se divertían los dos. Ahora ya no puede divertirse nadie: Tú y tu flamante conciencia social.

— ¿Así que yo estimo por conciencia social que no tiene que incendiarse el muelle Brown?

— Pues claro. Es un aspecto de tu conciencia social. No me gusta tu juego. He oído hablar de ti en la costa.

— ¿Por qué no coges tu pistola y te vas a jugar a otro sitio? —dijo Johnny Goodner a Frank—. Hasta que empezaste con tus locuras lo estábamos pasando muy bien.

— De modo que estás de su parte —dijo Frank.

— No te excites, hombre —advirtió Roger.

— Soy el único entre los presentes que sigue teniendo ganas de divertirse —dijo Frank—. Todos vosotros no sois más que maníacos religiosos, asistentes sociales y unos hipócritas...

— Capitán Frank —gritó Rupert reclinándose sobre la orla.

— Rupert es mi único amigo —dijo Frank, alzando los ojos hacia él—. ¿Sí, Rupert ?

— Capitán Frank, ¿y el Gobernador?

— Lo quemaremos, mi viejo Rupert.

— ¡Que Dios le bendiga, capitán Frank! —dijo Rupert—. ¿Quiere un poco más de ron?

— Estoy bien, Rupert —respondió Frank—. Y ahora, todos a tierra.

— ¡Todos a tierra! —ordenó Rupert—. ¡Boca abajo!

Frank disparó una bengala que pasó por encima del extremo final del muelle y el proyectil fue a estrellarse a corta distancia del porche de la casa del Gobernador y allí se consumió. Los muchachos del muelle dejaron escapar un grito sofocado de decepción.

— ¡Dios! —dijo Rupert—. Por poco la alcanza. ¡Mala suerte! Vuelva a cargar el arma, capitán Frank.

Las luces de cubierta se encendieron en el barco situado a popa y el hombre de antes apareció en ella. Esta vez vestía pantalón y camisa blanca e iba calzado con alpargatas. Iba bien peinado y tenía el rostro carmesí manchado de placas blancas. El más cercano a él era John, que le daba la espalda, y junto a John estaba Roger que seguía sentado y con aire sombrío. Entre ambas popas había una distancia de agua de un metro y el individuo apuntó con un dedo a Roger y gritó:

— ¡Idiota! ¡Pedazo de idiota sucio y podrido!

Roger alzó hacia él sus ojos sorprendido.

— ¿Te refieres a mí? —gritó Frank—. Y soy un cerdo, no un idiota.

El hombre le ignoró por completo y siguió metiéndose con Roger.

— ¡Grandísimo idiota! —repitió el hombre casi ahogándose—; ¡Impostor! ¡Hipócrita! ¡Escritor de mierda y pintor fracasado!

— ¿A quién le hablas y de qué? —preguntó Roger levantándose.

— ¡Contigo! ¡Contigo, estúpido! ¡Contigo, farsante! ¡Cobarde! ¡Asqueroso farsante!... ¡Sucio farsante!

— Está loco —dijo Roger tranquilamente.

— ¡Asqueroso cretino! —gritó el otro desde la otra parte del espacio de agua que separaba las dos embarcaciones, como si estuviese insultando a un animal en uno de esos parques zoológicos modernos en los que no hay jaulas, sino unas zanjas que separan a las bestias de los visitantes—. ¡Farsante!

— Es a mí a quien habla —dijo alegremente Frank—. ¿Es que no me recuerda? Soy el cerdo.

— Hablo de ti —dijo el hombre apuntando con un dedo hacia Roger—. ¡Eres un farsante!

— Escucha —dijo Roger—. Tú no estás hablando conmigo ni muchísimo menos. Hablas solamente para poder repetir luego en Nueva York lo que me has dicho.

Hablaba reposada y pacientemente, como si en realidad deseara que el otro comprendiera y se largara de allí.

— ¡Cretino! —aulló el hombre abandonándose cada vez más a su histeria y sin querer desperdiciar nada de la escena para la cual incluso se había vestido—. ¡Farsante podrido y asqueroso!

— No hablas conmigo —repitió Roger, muy tranquilo, y Thomas Hudson comprendió que había tomado una decisión—. Si quieres hablarme salta al muelle.

Roger saltó al muelle y, por extraño que parezca, el otro se apresuró a imitarle y saltó también rápidamente. Las palabras del hombre se le habían subido a la cabeza y estaba encolerizado. Quedaron frente a frente. Los negros se apartaron para dejarles sitio y se agruparon en torno a los dos formando círculo.

Thomas Hudson no acababa de comprender qué podía esperar aquel hombre al saltar al muelle y nadie dijo nada. Los negros le miraban con atención. De pronto lanzó sobre Roger un *swing* y Roger le dio un puñetazo con la izquierda y la boca de su adversario empezó a sangrar. El hombre lanzó un nuevo *swing* sobre Roger que esta vez le golpeó en *crochet* dos veces en pleno ojo derecho, lo cual no impidió que él le agarrase por la camiseta, desgarrándola en el momento en que Roger le daba con la mano derecha un fuerte puñetazo en el vientre, apartándolo al mismo tiempo y abofeteándole con el revés de la mano izquierda.

Ningún negro decía palabra. Se limitaban a rodearlos, formando círculo a distancia suficiente para dejarles un amplio espacio en medio. Alguien, Tom pensó que se trataba de Fred el *boy* de John, encendió a tiempo las luces del muelle, así que la escena estaba bien iluminada.

Roger fue sobre su adversario y cogiéndole le propinó tres golpes en la cara. El hombre lo agarró y la camiseta, con el empujón de Roger, se desgarró más aún al propinarle otros dos puñetazos en la boca.

— Déjate de filigranas con la izquierda —gritó Frank—. Saca tu derecha y tumba a ese hijo de puta. Túmbalo.

— ¿Tienes algo que decirme?—preguntó Roger al hombre dándole otro golpe en la mandíbula. El hombre sangraba abundantemente por la boca y la parte derecha de su cara empezó a hincharse y su ojo derecho estaba casi cerrado.

El hombre volvió a abalanzarse sobre Roger que paró el golpe sujetándole. Observó que respiraba con dificultad y que seguía callado. Roger apretó sus pulgares sobre la articulación del antebrazo por la parte interior y Tom vio cómo los accionaba sobre los tendones entre el bíceps y el antebrazo.

— No me tires la sangre encima, hijo de puta —gritó Roger y levantó la mano izquierda y proyectó la cabeza violentamente hacia atrás, dándole al mismo tiempo un nuevo revés—. Ya puedes encargarte una nariz nueva —dijo.

— ¡Túmbale! —gritó Frank—. Termina de una vez.

— ¿Pero es que no ves lo que está pasando, cretino? —dijo Fred Wilson—. Le va a destrozar.

Roger tuvo que sujetar de nuevo a su adversario que se le echaba encima otra vez y sujetándolo dijo:

— ¡Pégame! ¡Vamos! ¡Pégame!

El otro trató de darle un puñetazo pero Roger lo esquivó y sujetó su muñeca.

— ¿Cómo te llamas? —dijo Roger.

El hombre no contestó. No hacía más que respirar fatigosamente como si tuviera una crisis de asma.

Roger seguía sujetándole, hundidos los pulgares en los codos.

— Eres muy fuerte, hijo de puta —dijo—. ¿Quién diablo te ha dicho que eres capaz de pelear?

El hombre intentó un débil puñetazo y Roger, agarrándole, le atrajo hacia sí, le hizo dar la vuelta y lo golpeó dos veces en la oreja con el canto de la mano derecha.

— ¿Crees que has aprendido a no saber hablar a la gente? —dijo.

— ¡Mirad esa oreja! —gritó Rupert—. Parece un racimo de uvas.

Roger había agarrado de nuevo al hombre y estaba castigando sus tendones en la base del bíceps con los codos. Thomas Hudson no apartaba los ojos del rostro del forastero. Al principio no vio ni sombra de temor. Sólo la perversidad de un cerdo bravucón, un peligroso jabalí. Sin embargo, ahora estaba aterrorizado. Probablemente

nunca oyó hablar de peleas que nadie detenía. Quizás empezara a pensar en un rincón de su cerebro en relatos de aventuras leídos antaño y en las que un hombre mata a otro a puntapiés. Intentaba seguir peleando. Cada vez que Roger le pedía que le pegase o le rechazaba, intentaba golpearlo. No se daba por vencido.

Roger le apartó de un empujón. El hombre quedó de pie, inmóvil, mirándole. En cuanto Roger no le tenía a su merced sujeto de aquel modo que le hacía experimentar una total impotencia, el miedo desaparecía y la perversidad volvía a apoderarse de él. Estaba de pie, asustado, duramente castigado, la cara machacada, la boca sangrante y la oreja semejante a un higo demasiado maduro como pequeñas hemorroides juntas en la gran hinchazón de la piel. Pero aun así, como Roger no le estaba atizando, perdió el miedo y su indestructible orgullo resurgió una vez más.

— ¿Algo que decir? —preguntó Roger mirándole.

— ¡Babosa! —chilló el otro: recogió la barbilla y se puso en guardia y dio media vuelta, como hubiera podido hacer un niño malcriado.

— Ahora es el momento —dijo Rupert—. Ahora sí que se acaba.

Pero no ocurrió nada dramático o científico. Roger se precipitó sobre su adversario, alzó un poco el hombro izquierdo y bajó su puño derecho y fue subiéndolo hasta descargar al hombre un golpe en la cabeza. El hombre cayó de rodillas con la frente sobre el suelo. Quedó unos instantes apoyado en las losas y rodó de costado. Roger lo contempló y fue hacia el borde del muelle y se dejó caer al sollado.

Los miembros de la tripulación del otro yate se llevaron a bordo al caído. No habían intervenido en el muelle y se limitaron a recogerlo del suelo y llevarse totalmente inconsciente. Algunos negros ayudaron a bajarle a cubierta y a llevarle al camarote. Después de entrarlo cerraron la puerta tras ellos.

— Necesita un médico —dijo Thomas Hudson.

— No se dio fuerte contra el muelle —arguyó Roger—. Tuve cuidado con eso.

— No creo que el último que le atizaste en la oreja le haya sentado bien —dijo Johnny Goodner.

— Le arruinaste la cara —dijo Frank—. Y la oreja. Nunca he visto una oreja tan hinchada. Al principio parecía un racimo de uvas y ahora es como una naranja.

— Pegar sin guantes de boxeo es mala cosa —dijo Roger—. La gente no tiene idea del daño que se puede hacer. Quisiera no haberle visto nunca.

— Bien, cuando lo vuelvas a ver tendrás que reconocerlo.

— Espero que vuelva a salir —dijo Roger.

— Fue una magnífica pelea, señor Roger —dijo Fred.

— Al diablo la pelea —dijo Roger—. ¿Por qué demonios tuvo que ocurrir?

— El caballero se la buscó —dijo Fred.

— Deja ya de preocuparte, ¿quieres? —dijo Frank a Roger—. He visto a cientos de individuos *knockout* y éste está bien.

En el muelle los muchachos se dispersaban comentando la pelea. Había algo que no les gustó en el aspecto del hombre cuando le llevaban a su yate, y todas las bravatas de quemar la casa del Gobernador se habían esfumado.

— Bueno, buenas noches capitán Frank —dijo Rupert.

— ¿Te marchas, Rupert? —preguntó Frank.

— He pensado que será mejor ir a ver qué pasa en el bar del señor Bobby.

— Buenas noches, Rupert —dijo Roger—. Nos veremos mañana.

Roger estaba muy deprimido y tenía la mano izquierda como un pomelo. También se le había hinchado la derecha pero no tanto. El único rastro visible de lucha era su camiseta desgarrada en el cuello y en la parte del pecho. El forastero había conseguido golpearle en la frente, donde tenía un pequeño bulto. John le puso mercurina en los nudillos lastimados y despellejados. Roger ni siquiera se miró las manos.

— Vamos al bar de Bobby a ver qué pasa allí —propuso Frank.

— No te preocupes por nada, Roger —dijo Fred Wilson, saltando al muelle—. Sólo los tontos se preocupan.

Se fueron por el muelle, con la guitarra y el banjo, rumbo a la luz y a las canciones que salían por la puerta abierta del Ponce de León.

— Fred es bastante buen tipo —dijo John dirigiéndose a Thomas Hudson.

— Siempre lo ha sido —respondió Thomas Hudson—. Sólo que con Frank combina mal.

Roger no dijo nada y Thomas se sintió preocupado. No sólo por Roger sino por otras cosas.

— ¿Por qué no entramos ? —preguntó.

— Me sigue preocupando ese tipo —dijo Roger. Estaba sentado de espaldas a popa, con las manos cruzadas, la izquierda sobre la derecha.

— Bien, no hace falta que te preocupes más —dijo John en tono tranquilo—. Está paseando por ahí.

— ¿En serio?

— Sale en este momento y trae una escopeta.

— Pues será un pobre hijo de puta —dijo Roger. Pero en su voz había alegría. Seguía sentado de espaldas a popa y ni siquiera se volvió a mirar.

El hombre salió a popa y llevaba chaqueta de pijama y pantalón, pero lo que más llamaba la atención en él era la escopeta. Thomas Hudson apartó la vista del arma para contemplar bien su rostro y vio un rostro deplorable. Alguien había estado curándolo y tenía gasas y esparadrapos en las mejillas y le habían puesto mucha mercurina. Con la oreja nada se había podido hacer y Thomas Hudson pensó qué debía dolerle sólo de tocarla, y tensa e hinchada había pasado a ser el rasgo más sobresaliente de su cara. Nadie dijo palabra y el hombre quedó allí parado con su estropeado rostro y su escopeta. A juzgar por la hinchazón de sus ojos no tenía que ver muy bien. Seguía inmóvil y sin hablar y los demás también guardaban silencio.

Roger volvió la cabeza despacio y dijo casi por encima de su hombro:

— Guarda esa escopeta y vete a acostarte.

El hombre siguió inmóvil con la escopeta en la mano. Moviéndose trabajosamente los hinchados labios pero nadie oyó lo que decía.

— Eres lo bastante cobarde como para matar a un hombre por la espalda, pero te faltan las agallas —dijo Roger todavía en voz baja por encima del hombro—. Guarda esa escopeta y vete a dormir.

Seguía sentado de espaldas al otro. Se jugó lo que a Thomas Hudson le pareció la carta más peligrosa.

— ¿No os recuerda un poco a lady Macbeth, así en camión? —dijo a sus tres amigos que estaban a popa.

Thomas Hudson pensó que había llegado el momento. Pero no ocurrió nada. Momentos después el forastero dio media vuelta y volvió a su camarote llevándose el arma.

— Ya me encuentro mejor —dijo Roger—. Admito que por un momento el sudor me corría desde el sobaco hasta las piernas. Volvamos a casa, Tom. El tipo ese está perfectamente.

— No tan perfectamente —dijo John.

— Pero bastante bien —dijo Roger—. Para la clase de ejemplar humano que es.

— Vamos, Roger —dijo Thomas Hudson—. Ven a quedarte un rato en casa.

— De acuerdo.

Dieron a John las buenas noches y fueron por la carretera real hacia la casa. La isla seguía en plena fiesta.

— ¿Quieres pasar por el Ponce? —preguntó Thomas Hudson.

— No, demonios —protestó Roger.

— Pensaba decir a Freddy que el tipo está bien.

— Ve tú a decírselo. Yó voy hacia tu casa.

Cuando Thomas Hudson llegó a su casa momentos después, Roger estaba tumbado boca abajo en una cama en la habitación que había en el extremo del porche, protegido con mamparas. Era noche cerrada y apenas se oían los ruidos de la fiesta

— ¿Duermes? —preguntó Thomas Hudson.

— No.

— ¿Quieres un trago ?

— Mejor no tomar nada. Gracias.

— ¿Cómo va la mano?

— Hinchada y con inflamación. No es nada.

— ¿Otra vez deprimido?

— Sí. Esto no me ha sentado bien.

— Mañana por la mañana llegan los chicos.

— Será estupendo.

— ¿Seguro que no quieres una copa?

— No, seguro. Pero tómala tú.

— Tomaré un whisky con soda para dormir.

Thomas Hudson fue a la nevera, se preparó la bebida y volvió al porche y se sentó junto a Roger en la oscuridad. Se sentó sin encender la luz.

— Ya sabes, hay muchos degenerados sueltos por el mundo —dijo Roger—. Ese tipo no es bueno, Tom.

— Le has dado una lección.

— No. No lo creo. Le he humillado, le he lastimado un poco. Pero se vengará en otros.

— Él se lo buscó.

— Sí. Pero no he acabado con él.

— Lo hiciste todo menos matarle.

— A eso me refiero. En adelante será todavía peor.

— Sigo creyendo que le has dado una lección.

— No. Yo creo que no. Fue lo mismo que me pasó en la costa.

— Cuéntamelo. ¿Qué pasó? No me has dicho nada desde que has vuelto.

— Fue una pelea parecida a ésta.

— ¿Con quién?

Roger dio un nombre que ocupaba un lugar muy importante en lo que se llama industria.

— Yo no le busqué para nada —explicó Roger—. Yo estaba en la casa y tenía un asunto con una mujer y supongo que, técnicamente, no debería haber estado allí. Pero aquella noche al tipo aquél le aguanté y le aguanté y le aguanté. Peor que el de esta noche. Por fin me harté y empecé a atizarle, le pequé fuerte sin pensar nada hasta que cayó mal y dio con la cabeza contra unos peldaños de mármol junto a la piscina. Al cabo de tres días reaccionó en el hospital Cedros del Líbano y me salvé de una acusación de asesinato. Te advierto que lo tenían todo a punto. Con los testigos que presentaba, habría tenido suerte de quedar sólo en eso.

— ¿Qué pasó después?

— Todo. Como en un serial.

— ¿Quieres contármelo?

— No. De nada te iba a servir. Pero te doy mi palabra de que todo fue tramado. Es tan horrible que nadie lo menciona. ¿Te das cuenta?

— Creo que sí.

— Así que lo de esta noche me ha fastidiado. Hay mucha gente malvada por el mundo. Auténticamente mala. Pegarles no es ninguna solución. Creo que es la causa de que le provoquen a uno. —Dio media vuelta en la cama y quedó boca arriba—. El mal es una cosa horrible, Tommy. Y es astuto como un cerdo. En otros tiempos se decían muchas cosas sobre el bien y el mal.

— Hay mucha gente que no te clasificaría entre los buenos —le dijo Thomas Hudson.

— No lo soy. Ni lo pretendo. Ni bueno ni nada parecido. Pero quisiera serlo. Estar en contra del mal no indica que uno sea bueno. Esta noche estaba contra el mal y después el mal se apoderó de mí, yo mismo era un diablo. Lo sentía subir como una marea.

— Todas las peleas son malas.

— Lo sé. Pero ¿qué hacer?

— Cuando se empieza hay que ganar.

— Sí. Pero en cuanto empecé a pelear empecé a divertirme.

— Si él hubiera sido un buen adversario te habrías divertido mucho más.

— Supongo que sí —dijo Roger—. Aunque ya no lo sé. Ahora sólo quisiera acabar con todas. Pero cuando uno empieza a sentir placer en ello ya está muy cerca de aquello contra lo que estás luchando.

— Era un tipo asqueroso —dijo Thomas Hudson.

— No peor que el de la costa. Lo malo es que hay demasiados, Tommy. En todos los países y cada vez ya habiendo más. No son buenos tiempos, Tommy.

— ¿Viste alguna vez que fueran buenos ?

— Nosotros tuvimos buenos momentos.

— Sí, tuvimos buenos momentos y en sitios estupendos. Pero los tiempos eran igual de malos.

— Tú también anduviste con malvados.

- De vez en cuando encontré buena gente.
- No mucha.
- Claro que sí. Tú no conoces a todos mis amigos.
- Los que te rodean ahora no son gran cosa.
- ¿De quién eran amigos los que estaban con nosotros esta noche? ¿Tuyos o míos?
- De los dos. No son tan malos. Son insignificantes, pero no seres perversos.
- No —admitió Roger—. Creo que no. Frank es bastante malo. Bastante malo, pero creo que no es un malvado. Hay cosas que no tolero. Y él y Frank se han dejado ganar por el mal.
- Sé lo que es el bien y el mal. No quiero engañarme a mí mismo ni hacerme el tonto.
- Yo del bien no sé gran cosa. En eso he sido siempre un fracaso. Lo mío es el mal. Puedo reconocer en seguida a mi amigo el viejo mal.
- Lamento que esta noche haya terminado estúpidamente.
- Me siento deprimido.
- ¿De veras tienes que irte? ¿No sería mejor que te quedases a dormir aquí ?
- Gracias. Si no te importa creo que me quedaré. Pero antes estaré en la biblioteca un rato leyendo. ¿Dónde tienes los Cuentos Australianos que tenías aquí la última vez?
- ¿Los de Henry Lawson ?
- Sí.
- Te los daré. Thomas Hudson se fue a acostar y cada vez que se despertaba por la noche la luz de la biblioteca seguía encendida.

**V**

CUANDO THOMAS HUDSON DESPERTÓ soplaban un ligero airecillo del este y en los bancos la arena tenía un color blanco de hueso, y las pequeñas nubes altas que el viento arrastraba en lo alto ponían manchas oscuras y oscilantes sobre las aguas verdes. Las aspas que cargaban el generador giraban a impulsos de la brisa y la mañana tenía un delicioso frescor.

Roger había marchado y Thomas Hudson desayunó solo y leyendo el periódico de Maryland que le llegara el día anterior. Lo había guardado sin leer reservándolo para la hora del desayuno.

— ¿A qué hora llegan los chicos? —preguntó Joseph.

— Hacia mediodía.

— ¿Estarán aquí para el almuerzo?

— Sí.

— El señor Roger se había ido ya cuando yo llegué —dijo Joseph—. No desayunó.

— Puede que vuelva ahora.

— Me ha dicho un muchacho que le ha visto remando en el bote.

Una vez terminados el desayuno y el periódico, Thomas Hudson salió al porche del ala del edificio que daba al océano y empezó a trabajar. Trabajó mucho y bien y casi había terminado su tarea cuando oyó que Roger entraba y subía la escalera.

— Eso va a ser bueno —dijo mirando por encima de su hombro.

— Puede que sí.

— ¿Dónde has visto esas trombas?

— En ninguna parte. Las pinto para un encargo. ¿Cómo va tu mano?

— Todavía hinchada.

Roger siguió observando cómo trabajaba y Thomas Hudson continuó sin volverse.

— Si no fuera por esta mano todo me parecería una pesadilla.

— Una pesadilla muy desagradable.

— ¿Crees que el tipo llevaba verdaderamente una escopeta en la mano ?

— No lo sé —dijo Thomas Hudson—. Ni me importa.

— Lo siento —dijo Roger—. ¿Prefieres que me vaya?

— No. Quédate por ahí. Estoy terminando. No te haré caso.

— Se fueron con las primeras luces —dijo Roger—. Los vi alejarse.

— ¿Qué hacías levantado a esas horas?

— Cuando dejé de leer no podía dormir y como no tenía ganas de estar solo volví al muelle y me senté allí con algunos muchachos. El Ponce no cerró y vi a Joseph.

— Joseph dijo que habías salido a remar.

— Remé con la derecha. A fuerza de ejercicios me libré de todo. Ahora estoy muy bien.

— Es todo lo que puedo hacer ahora —dijo Thomas Hudson limpiando y ordenando sus cosas—. Los chicos deben de estar saliendo en este momento —miró el reloj de pulsera—. ¿Qué te parece un traguito?

- Estupendo. Me vendría muy bien.
- Aún no son las doce.
- No creo que importe demasiado. Tú has acabado el trabajo y yo estoy de vacaciones. Pero si tienes por costumbre beber a las doce mejor será esperar.
- De acuerdo.
- Yo también tengo esa costumbre. Pero molesta a veces; hay mañanas en que un trago le deja a uno como los ángeles.
- Pues vamos a romperla —dijo Thomas Hudson—. Me pongo muy inquieto cuando sé que voy a ver los chicos —explicó.
- Lo sé.
- Joe —gritó Roger—, trae la coctelera y lo demás para preparar unos martinis.
- Sí, señor. Ya está todo listo.
- ¿Y por qué lo tienes listo tan temprano? ¿O te figuras que somos borrachos?
- No, señor Roger. Imaginé que se reservaban vacío el estómago para eso.
- Por los chicos y por nosotros —brindó Roger.
- Me gustaría que este año lo pasaran muy bien. Sería mejor que te quedaras tú también. Si te ponen los nervios de punta siempre puedes refugiarte en tu cabaña.
- Pasaré aquí mucho tiempo si no te molesto.
- No me molestas.
- Será estupendo tenerles aquí.

Lo fue. Eran buenos chicos y ya llevaban en casa una semana. La temporada del atún había terminado y quedaban pocos botes en la isla, y la vida en ella había recobrado su ritmo lento y la normalidad de los inicios del verano.

Los chicos dormían en catres instalados en el porche de las persianas y la soledad se siente menos cuando al despertar en mitad de la noche se percibe la respiración de los niños. Las noches eran frescas debido a la brisa que soplaba desde los bancos y cuando la brisa amainaba seguía sintiéndose el fresco del mar.

Los chicos al principio parecían intimidados y eran mucho más aseados que el año anterior. Pero allí no habían grandes problemas de limpieza si se conseguía únicamente que se sacudieran la arena de los pies antes de entrar en casa, y que tendiesen el bañador y se pusieran unos *shorts* secos una vez dentro. Joseph cuidaba de airear los pijamas mientras hacía los catres por la mañana y los dejaba al sol antes de guardarlos en su sitio, y lo único que quedaba desordenado eran las camisas y los *sweaters* que se ponían por la tarde. Al menos, así fue al principio. Porque en realidad toda la ropa que tenían estaba tirada por todas partes. Pero a Thomas Hudson no le importaba. Cuando un hombre vive solo en una casa va adquiriendo costumbres muy definidas y llega a encontrar placer en seguir las. Sin embargo es bueno romperlas de vez en cuando, y Thomas Hudson sabía que mucho después de marcharse sus hijos seguiría conservándolas.

Sentado en el porche cara al mar, trabajando, podía ver al mayor, al mediano y al pequeño tumbados en la playa con Roger. Los veía charlar, hacer hoyos en la arena y discutir, pero no podía oír lo que decían.

El mayor de los muchachos era alto y moreno y tenía el cuello de Tom, largas piernas de buen nadador y pies grandes. Tenía algo de indio en la cara y era un muchacho alegre, si bien cuando permanecía callado su rostro tuviera una leve expresión trágica.

Un día que advirtió en su rostro la expresión triste, Thomas Hudson dijo: «¿En qué

piensas, *Schatz?*»<sup>6</sup>.

— En las moscas para el cebo —dijo el chico, y su rostro se iluminó al instante. Los ojos y la boca eran lo que le daban aire trágico cuando estaba pensativo y callado pues en cuanto hablaba cobraban vida.

Mirando al mediano Thomas Hudson forzosamente pensaba en las nutrias. Tenía el cabello del mismo color que la piel de la nutria y casi de idéntica textura de un animal acuático, y cuando tomaba el sol su cutis adquiría un extraño moreno dorado. A su padre le hacía pensar en esos animales de vida alegre y retozona. Las nutrias y los osos son animales muy juguetones y el oso además se parece al hombre. El muchacho sin embargo no era lo suficientemente fuerte ni tenía bastante envergadura como para que se le comparase a él, y tampoco sería un atleta; pero tenía una pequeña y deliciosa cualidad de animalillo y un cerebro claro y vida propia. Cariñoso y dotado del sentido de la justicia sabía ser buen compañero. Le corroía a veces la duda cartesiana, discutía con entusiasmo y era capaz de burlarse bien y con cierta elevación, aunque en ocasiones resultaba cruel.

Tenía otras cualidades que nadie conocía y los otros dos chicos le respetaban mucho aunque a veces se burlasen de él. Por supuesto, peleaban con frecuencia y se agredían con acusada malicia, pero eran bien educados y correctos con las personas mayores.

El pequeño era rubio y macizo y tenía la estructura de un acorazado de bolsillo. Físicamente era un Thomas Hudson a escala reducida, más bajo y más fornido. Cuando se tostaba se le llenaba la piel de pecas, su expresión era risueña y había nacido muy viejo. Era un pequeño diablo, que endemoniaba a sus hermanos, y había en él una parte perversa que sólo comprendía Thomas Hudson. Ni el padre ni el hijo hablaban nunca de ello pero cada uno la reconocía en el otro y sabía que era una inclinación mala y el hombre respetaba y comprendía el hecho de que el niño la hubiera heredado. Estaban muy unidos, a pesar de que Thomas Hudson no hubiera convivido con el pequeño tanto como con los otros dos. El hijo pequeño, Andrew, era un atleta precoz y un jinete magnífico desde el primer día que comenzó a montar. Los otros dos muchachos estaban orgullosos de él, aunque no le aguantasen ninguna tontería. Era algo mentiroso y se hubiera podido dudar de sus hazañas, de no ser por el hecho de que muchos lo vieron montar a caballo y saltar y se asombraban de su modestia profesional al hablar de ello. Era un muchacho nacido para el mal y que sin embargo se comportaba como bueno, transformando en alegre y maliciosa travesura su natural maldad. Sin embargo era malo y él lo sabía y los demás también. En realidad se limitaba a ser bueno mientras en su interior la maldad iba creciendo.

Allí, bajo el porche que daba al mar, seguían los cuatro tendidos en la arena, Roger entre el joven Tom y Andrew, el más pequeño, mientras David, el mediano, permanecía al otro lado de Tom tumbado boca arriba con los ojos cerrados.

Thomas Hudson limpió sus pinceles y corrió a reunirse con ellos.

— Hola, papá —dijo el mayor—. ¿Has trabajado bien ?

— ¿Vas a nadar, papá ? —preguntó el mediano.

— El agua está estupenda —dijo el pequeño.

— ¿Qué tal estás, papá? —remedó Roger—. ¿Cómo va el cuadro, señor Hudson ?

— Listo para hoy el asunto pintura, caballeros.

— ¡Bárbaro! —gritó David, el mediano—. ¿Crees que podremos pescar con careta?

— Después del almuerzo.

— ¡Maravilloso! —dijo el mayor.

<sup>6</sup> *Schatz*, término germánico introducido en Estados Unidos por el ejército de ocupación norteamericano en Alemania. Significa "tesoro". (N. del t.)

- ¿No estará el mar muy picado? —preguntó Andrew, el pequeño.
- Para ti quizá sí —dijo Tom, el hermano mayor.
- No, Tommy. Para todos.
- Cuando el mar está agitado buscan refugio entre las rocas —explicó David—. Tienen miedo del oleaje como nosotros. Creo que ellos también se marean. Papá, ¿los peces se marean?
- Pues claro —dijo Thomas Hudson—. A veces, cuando hace mal tiempo, en el vivero de los pesqueros se marean tanto que hasta llegan a morir.
- ¿No te lo dije? —gritó David, mirando a su hermano mayor.
- Enferman y mueren —dijo el joven Tom—. Pero ¿hay pruebas de que se mareen?
- Creo que puede afirmarse con toda seguridad —dijo Thomas Hudson—. Aunque no sé lo que ocurriría si les fuera posible nadar en libertad.
- Pero no ves que entre las rocas tampoco nadan libremente, papá —dijo David—. Tienen sus cuevas y sus refugios donde entran y salen y a veces se ven obligados a quedarse en ellos por miedo a los peces más grandes y el oleaje los lanza de un lado a otro como si estuvieran en un vivero.
- No tanto —protestó el joven Tom.
- Puede que no tanto —admitió juicioso David.
- Pero bastante —dijo Andrew, y murmuró al oído de su padre—: Si siguen discutiendo no iremos.
- ¿No te gusta?
- Me gusta pero tengo miedo.
- ¿De qué tienes miedo ?
- De todo lo que hay debajo del agua. En cuanto deajo escapar el aire ya estoy asustado. Tommy que nada estupendamente también tiene miedo bajo el agua. David es el único de los tres que no se asusta.
- Yo me asusto muchísimas veces —dijo Thomas Hudson.
- ¿Lo dices de veras?
- Sí, supongo que como todo el mundo.
- David no tiene miedo. No importa donde esté. En cambio le asustan los caballos porque le han derribado más de una vez.
- Escucha, muchacho —gritó David que le había oído—. ¿Cómo es eso de que me han derribado?
- No lo sé. Tantas veces que he perdido la cuenta.
- Bien, deja que te lo diga yo. Yo sé muy bien por qué me tiraron. Fue el año que solía montar a *Old Paint*, se hinchaba todo cuando lo cinchaban y la silla resbalaba y yo me caía.
- Yo nunca tuve dificultades con él —dijo Andrew con viveza.
- ¡Al diablo! —gritó David—. A lo mejor le gustabas como gustas a todo el mundo. Puede que alguien le dijese quién eras.
- Yo le leía a veces lo que decían los periódicos de mi —dijo Andrew.
- Apostaría a que salía a galope tendido —dijo Thomas Hudson—. Lo que ocurrió con David es que empezó a montar con aquel caballo viejo que tanto nos quería y además no tenía suficiente espacio para correr. No es terreno aquél para correr un caballo.

- Yo no he dicho que podría haberlo montado, papá —se excusó Andrew.
- Será mejor que no lo intentes —dijo David, y siguió—: ¡Diablos!, a lo mejor lo hubieras conseguido. Sí. Creo que lo conseguirías. Honradamente, Andy, no sabes lo que era antes de que yo empezara a asustarme. Empecé a tomarle miedo a la silla. ¡Al diablo! Estaba asustado.
- ¿De verdad vamos a pescar con careta, papá? —preguntó Andrew.
- Si está muy picado el mar, no.
- ¿Y quién decide eso?
- Yo.
- Estupendo —dijo Andy—. Para mí desde luego está muy picado.,
- Papá, ¿conservas todavía a *Old Paint* en el rancho? —preguntó luego.
- Creo que sí —dijo Thomas Hudson—. Alquilé el rancho, ¿no lo sabías?
- ¿De verdad?
- Sí. A finales del pasado año.
- Pero aún podemos ir, ¿no es cierto? —se apresuró a preguntar David.
- Pues claro. Nos queda la cabana grande junto al río.
- El rancho es el mejor sitio que conozco. El mejor del mundo —dijo Andy—, después de esta isla, claro.
- Creí que preferías Rochester —dijo David en tono burlón. Rochester era el sitio donde solían dejarle con la niñera que se quedaba con la familia, durante los meses del verano, cuando los mayores iban al Oeste.
- También me gustaba mucho. Rochester era un sitio estupendo.
- ¿Te acuerdas cuando volvimos a casa en otoño y tú, David, quisiste explicarle cómo habíamos matado tres faisanes?
- No, papá. De tanto no me acuerdo.
- Donde comíais vosotros era en el comedor pequeño, junto a la cocina y estabais allí cenando y contároselo a Andy, y Ana decía: «¡Dios mío, David!, que emocionante, debió de ser estupendo. ¿Qué hicisteis luego?», cuando este malvado caballero que no había cumplido aún los seis años exclamó: «David, puede que sea interesante para quienes se interesen por esa clase de cosas, pero en Rochester no tenemos faisanes».
- ¿Ves, jinete? —dijo David—. ¿Qué te parece eso?
- Está bien, papá —dijo Andrew—. Cuéntale aquello de que siempre leía tebeos y que durante una excursión a Everglades<sup>7</sup> no hacía más que leer tebeos sin querer mirar nada, y que hizo lo mismo en otoño cuando empezamos a ir a aquel colegio en Nueva York y no había quien lo aguantara.
- Lo recuerdo muy bien —dijo David—. No tiene que explicar nada papá.
- Y de todo saliste muy airoso —dijo Thomas Hudson.
- Tenía que hacerlo —dijo David—. Habría sido horrible quedar en aquello.
- Cuenta cosas de cuando yo era pequeño —dijo el joven Tom, girando sobre sí mismo en el suelo y agarrando a David por un tobillo—. En la vida real nunca llego a la altura de las cosas que se cuentan de cuando yo era niño.
- Sé muy bien cómo eras de niño —dijo Thomas Hudson—. Eras todo un carácter, un personaje bastante raro.

<sup>7</sup> Parque nacional del sur de Florida. (*N. del t.*)

— Era raro porque vivió en sitios raros —dijo el más pequeño—. Yo habría sido raro en París, en España y en Austria.

— Lo sigue siendo ahora, caballero jinete —dijo David—. No necesita ningún exótico paisaje de fondo.

— ¿Qué quiere decir exótico paisaje de fondo ?

— Algo que tú no tienes.

— Pues apuesto a que lo tendré.

— Cállate y deja que cuente papá —dijo el joven Tom—. Cuéntales cómo tú y yo íbamos juntos por París.

— Entonces no eras tan raro —dijo Thomas Hudson—. Eras una criatura con mucha personalidad. Mamá y yo solíamos dejarte solo en tu cuna, hecha de una especie de maleta de mimbre, en el piso donde vivíamos sobre el aserradero y *F. Puss*, un gato que teníamos, se ovillaba junto al canasto y no dejaba que nadie se te acercara. Tú decías que te llamabas G'Ning G'Ning y nosotros te llamábamos G'Ning G'Ning el Terrible.

— ¿De dónde saqué un nombre tan raro?

— Creo que de un tranvía o un autobús. El ruido que hacía el conductor.

— ¿Hablaba francés?

— Todavía no muy bien.

— Cuenta cosas de después, cuando sabía hablar francés.

— Tiempo después yo solía llevarte en tu cochecito, un coche barato, de poco peso, plegable, hasta la *Closerie des Lilas*, y allí desayunábamos y yo leía el periódico y tú mirabas atentamente cuanto ocurría en el bulevar. Después terminábamos el desayuno y...

— ¿Qué tomábamos?

— *Brioche* y *café au lait*.

— ¿Yo también?

— A ti te ponían apenas un poquito de leche.

— Me acuerdo. ¿Y dónde íbamos después?

— Cruzábamos la calle con el cochecito y desde la *Closerie des Lilas* cruzábamos frente a la fuente con caballos de bronce y el pez y las sirenas hacia las largas *allées* de castaños bajo los que jugaban los francesitos y sus niñas se sentaban en los bancos junto a los senderos de grava...

— Y a la izquierda la *Ecole Alsacienne* —dijo el joven Tom.

— Y un edificio de apartamentos a la derecha.

— Y edificios de apartamentos y apartamentos con techo de vidrio que eran estudios y estaban en la calle que sale hacia la izquierda y eran algo tristes por la negrura de la piedra, porque era precisamente el lado en que no daba el sol —prosiguió el joven Tom.

— ¿Era en primavera o en otoño ?

— A finales de otoño.

— Entonces tenías la cara fría y las mejillas y la nariz muy rojas y entrábamos al Luxemburgo por la verja de hierro del final y seguíamos hasta el lago y después de rodearlo íbamos a la fuente de los Médicis y sus estatuas y salíamos por otra puerta al Odeón, y caminábamos un par de manzanas hasta el Boulevard Saint-Michel.

— El Boul'Mich...

— Y más allá del Boul'Mich pasábamos por Cluny...

— A la derecha...

— Que tenía aspecto oscuro y triste y luego cruzábamos el Boulevard Saint-Germain...

— La calle más interesante que he visto en mi vida y con el más intenso de los tráficos. Me parecía emocionante y peligrosa. Luego, calle de Rennes abajo, todo parecía tan seguro... entre Les Deux Magots y el cruce del Lipp, quiero decir. ¿Cómo se llamaba, papá?

— No lo sé, *Schatz*.

— Quiero oír cosas que pasan, no sólo nombres de calles —dijo Andrew—. Me canso de oír nombres de calles de un sitio donde nunca he estado.

— Haz que ocurra algo, papá —dijo el joven Tom—. Volveremos a hablar de calles un día que estemos solos.

— Entonces pasaban pocas cosas —dijo Thomas Hudson—. Solíamos ir a la plaza Saint-Michel y nos sentábamos en la terraza de un café, y papá se ponía a dibujar con el *café crème* sobre la mesa, mientras tú tomabas cerveza.

— ¿Me gustaba entonces la cerveza ?

— Eras un gran bebedor de cerveza. Pero en las comidas preferías un poco de vino tinto.

— Me acuerdo. *L'eau rouge*.

— *Exactement* —dijo Thomas Hudson—. Eras un gran aficionado a *l'eau rouge* pero te gustaba un *bock* de vez en cuando.

— Recuerdo un día en Austria en un *luge* y nuestro perro *Schnautz* y nieve.

— ¿Recuerdas las Navidades que pasamos allí?

— No, sólo de la nieve y de ti y de nuestro perro *Schnautz* y de mi niñera. Era muy guapa. También recuerdo a mamá con los esquíes puestos y de lo guapa que estaba. Recuerdo que tú y mamá bajabais esquiando por una ladera. No sé siquiera dónde. En cambio recuerdo perfectamente el *Jardín du Luxembourg*. Y las tardes en el lago con los botes cerca de la fuente en el gran jardín lleno de árboles. Los senderos entre ellos estaban cubiertos de grava y unos hombres jugaban a los bolos a la izquierda mientras nosotros íbamos al palacio y en lo alto del palacio había un reloj. En otoño las hojas se caían y me acuerdo de los árboles desnudos y también de las hojas en el suelo de grava. Me gusta recordar el otoño.

— ¿Por qué? —preguntó David.

— Por muchas cosas. Por la forma en que olía todo en otoño y por las ferias y cómo se secaba la grava cuando todo estaba húmedo y por el viento del lago moviendo los botes y el viento en los árboles arrastrando las hojas. Recuerdo los palomos tibios bajo la manta, si se les mataba antes de hacerse oscuro, y lo suave que eran sus plumas y cómo yo los apretaba entre mis manos para calentármelas al volver a casa, hasta que también ellos se quedaban fríos.

— ¿Dónde matabas palomos, papá? —preguntó David.

— La mayor parte de las veces en la fuente de Médicis poco antes de cerrar los jardines. Hay una verja muy alta alrededor de los jardines y al oscurecer cierran las puertas y todo el mundo tiene que salir. Los guardas van de un lado a otro avisando al público que van a cerrar. En cuanto los guardas se alejaban yo me dedicaba a matar palomos con un tirador. Los sorprendía cuando se posaban en tierra junto a la fuente. En Francia hacen unos tiradores estupendos.

— Pero si uno era pobre se lo hacía uno mismo, ¿no? —preguntó Andrew.

— Claro. El primero que tuve lo hice con una horquilla de abeto que corté en el bosque de Rambouillet un día que fui con la madre de Tom a pasear por allí. Le quité la corteza y compramos unas tiras de goma anchas en un puesto de la plaza Saint-Michel y como badana usé un trozo de guante de piel viejo de la madre de Tommy.

— ¿Y qué tirabas?

— Piedras pequeñas.

— ¿Desde qué distancia?

— Todo lo cerca que podía a fin de poder recoger el palomo y meterlo en seguida bajo la manta.

— Recuerdo la vez que uno llegó vivo —dijo Tom—. Yo le hice callar y no dije nada mientras íbamos a casa, porque quería quedármelo. Era un palomo muy grande casi color púrpura y tenía el cuello muy largo y una hermosa cabeza y las alas eran blancas. Tú me diste permiso para tenerlo en la cocina hasta que compráramos una jaula donde meterlo y le ataste de una pata. Pero aquella misma noche el gato grande fue y lo mató y luego lo llevó a mi cama. Estaba tan orgulloso de lo que llevaba en la boca como un tigre pudiera estarlo de llevar un nativo y saltó sobre mi cama con el palomo. Era cuando dormía en una cuna después de la cesta de mimbre. De la canasta no me acuerdo. Tú y mamá habíais bajado al café y el gato grande y yo estábamos solos. Recuerdo que las ventanas estaban abiertas y la luna llena brillaba sobre el aserradero y yo sentía el olor a serrín. Y vi entonces que el gato se acercaba cauteloso con la cabeza alta de modo que el palomo casi rozaba el suelo y de un salto subió a mi cama sin soltarlo. Sentí muchísimo que hubiera dado muerte a mi palomo pero él estaba tan orgulloso y tan feliz y era tan buen amigo mío que me sentí orgulloso y feliz yo también. Recuerdo que jugaba con el palomo y que levantaba las patas sobre mi pecho y volvía a jugar con él. Y recuerdo que al fin él y yo nos quedamos dormidos con el palomo. Yo tenía una de mis manos sobre el animal muerto y él puso una de sus patas también encima y cuando me desperté por la noche vi que se lo estaba comiendo rugiendo como un tigre.

— Me gusta más esta historia que la de los nombres de las calles —dijo Andrew—. ¿No tuviste miedo al ver que se lo comía?

— No, porque el gato grande era mi mejor amigo entonces. Quiero decir el más íntimo. Hasta creo que le habría gustado que yo comiese una parte de palomo con él.

— Deberías haber hecho la prueba —dijo Andrew—. Habla un poco más de tiradores.

— El segundo tirador te lo regaló mamá por Navidad —dijo el joven Tom—. Lo vio en una armería y quería compartir un fusil, sólo que nunca le llegaba el dinero. Al pasar por la armería se quedaba mirando el escarapate y los fusiles y un día vio el tirador y lo compró inmediatamente temiendo que lo vendiesen a otra persona. Lo compró y lo guardó hasta Navidad. Tuvo que arreglar las cuentas para que no te enterases. Me lo ha contado muchas veces y yo me acuerdo de que te lo dio por Navidad y de que tú me diste a mí el viejo. Pero entonces yo no tenía fuerza para manejarlo.

— Papá, ¿nosotros hemos sido pobres siempre? —preguntó Andrew.

— No. Cuando nacisteis vosotros dos ya habíamos dejado de serlo. Alguna vez nos hemos arruinado pero nunca fuimos pobres de verdad como en la época de Tom y su madre.

— Cuenta más cosas de París —dijo David—. ¿Qué más hacíais tú y Tom?

— ¿Qué hacíamos, *Schatz*?

— ¿En otoño? Solíamos comprar castañas asadas a un castañoero y me calentaba las manos con ellas. También íbamos al circo y veíamos los cocodrilos del capitán Wahl.

— ¿Te acuerdas de eso ?

— Pero que muy bien. El capitán Wahl luchaba con un cocodrilo (él pronunciaba «crocodilo») y una linda muchacha lo agujoneaba con un tridente. Pero los cocodrilos grandes no se movían. El circo era hermoso, redondo, rojo y dorado y olía a caballos. En la parte de atrás había un bar donde tú, papá, ibas a beber con el señor Crosby y el domador de leones y su esposa.

— ¿Te acuerdas del señor Crosby?

— Nunca llevaba sombrero ni abrigo por mucho frío que hiciese y a su hijita le colgaba el cabello sobre la espalda, igual que a Alicia en el País de las Maravillas. En los dibujos, quiero decir. El señor Crosby estaba siempre muy nervioso.

— ¿De quién más te acuerdas ?

— Del señor Joyce.

— ¿Cómo era?

— Era alto y delgado y llevaba bigote y una perillita que le temblaba sobre la barbilla al hablar y llevaba gafas de cristal muy grueso y andaba con la cabeza alta. Recuerdo que pasaba por nuestro lado sin saludarnos y tú le hablabas y entonces se detenía y nos miraba desde detrás de las gafas como a través de un acuario, para decir: «Oh, Hudson, le andaba buscando», y nos íbamos los tres a un café. Hacía frío en la calle pero nosotros nos sentábamos en la esquina junto a uno de esos, ¿cómo se llaman, papá?

— *Braziers*.

— Yo creía que eso era algo que llevan las señoras —dijo Andrew<sup>8</sup>.

— Es un recipiente de hierro con agujeros donde se quema carbón o cisco y que sirve para calentar un exterior, por ejemplo una terraza de café, y hay que sentarse cerca para estar abrigado, o si no en las carreras, donde la gente se queda de pie junto a él —explicó Tom—. En el café donde solíamos ir papá y yo y el señor Joyce tenían los braseros alineados en la calle, y por mucho frío que hiciese te podías calentar a su lado y se estaba muy cómodo.

— Creo que os habéis pasado la mayor parte de la vida en cafés y otros lugares por el estilo —dijo el chico más joven.

— La mayor parte, ¿verdad, papá? —dijo Tom.

— Seguramente te quedabas dormido afuera en el coche mientras papá tomaba el último traguito —dijo David—. Aunque eso del último traguito me parece bastante idiota, porque ya se sabe lo que se puede estirar ese traguito.

— ¿De qué hablaba el señor Joyce ? —preguntó Roger al joven Tom.

— Pues, no sé, señor Davis. No recuerdo demasiado bien esa época. Creo que hablaba de escritores italianos y del señor Ford. El señor Joyce no podía soportar al señor Ford. Y también el señor Pound le ponía los nervios de punta. «Ezra está loco rabioso, Hudson», solía decirle a papá. Eso lo recuerdo perfectamente porque yo creía que loco era lo mismo que rabioso, como cuando se habla de un perro y me quedaba sentado y quieto mirando al señor Joyce con su cara enrojecida y su piel tirante y lisa, la piel de cuando se pasa frío, y sus gafas con un cristal más grueso que el otro, y pensaba en el señor Pound con su cabello rojo, su barba puntiaguda y un poco blanca, como una espuma cayéndole de la boca. Pensé que era horrible que el señor Pound estuviera rabioso y confiaba en no tropezarme con él por la calle. Y entonces el señor Joyce decía: «Claro que Ford también lo está y desde hace años», y yo veía al señor Ford con su extraño y pálido rostro y sus ojos claros y su boca casi siempre entreabierta y sus dientes flojos mientras se escurría también por su barbilla una espuma blancuzca.

<sup>8</sup> Juego de palabras con *braziers*, braseros, y *brassier*, en inglés sostenes. (N. del t.)

— No sigas —dijo Andrew—. Voy a soñar con eso.

— Continúa, por favor —dijo David—. Va a pasar lo que con la historia del hombre lobo. Mamá tenía que cerrar el libro y dejar de leer porque éste luego tenía pesadillas.

— ¿Y el señor Pound mordió alguna vez a alguien?

— No, señor jinete. Es cuestión de usar bien las palabras. Loco quiere decir que está mal de la cabeza y no rabioso como él creía, ni nada tiene que ver con la hidrofobia. ¿Y por qué creía que estaban locos?

— No lo sé —dijo el joven Tom—. No es que yo fuera entonces tan chico como cuando matábamos palomos en los jardines. Pero sí demasiado pequeño para retenerlo todo y además la idea del señor Pound y el señor Ford con esa horrible espuma que les salía de la boca, dispuestos a morder, te aseguro que lo borraba todo. ¿Conoció usted al señor Joyce, señor Davis?

— Sí. Él, tu padre y yo éramos muy buenos amigos.

— Papá era mucho más joven que el señor Joyce.

— Por aquel entonces tu padre era el más joven de todos.

— No más que yo —dijo orgullosamente Tom—. Imagino que yo debo haber sido el amigo más joven que tenía el señor Joyce.

— Supongo que te echará mucho de menos —dijo Andrew.

— Es una verdadera lástima que no te haya conocido a ti —dijo David mirando a Andrew—. Si no hubiera sido por tu manía de quedarte siempre en Rochester podías haber gozado ese privilegio.

— El señor Joyce era un gran hombre —dijo el joven Tom— y no habría querido tratos con dos tontos presumidos como vosotros.

— Eso es lo que tú crees —dijo Andrew—. El señor Joyce y David podían haber sido compañeros. David escribe en la revista del colegio.

— Papá, cuéntenos más cosas de cuando tú y Tommy y la madre de Tommy erais pobres. ¿Como cuánto de pobres erais?

— Lo eran bastante —dijo Roger—. Recuerdo que tu padre solía preparar todos los biberones de Tommy por la mañana temprano y luego iba al mercado en busca de verduras y frutas baratas. Cuando yo salía a desayunar le encontraba que venía del mercado.

— Yo era la persona más entendida en *poireaux* de todo el sexto *arrondissement*.

— ¿Qué son *poireaux* ?

— Puerros.

— Gomo unas cebolletas largas y verdes —explicó Tom—. Sólo que no tan brillantes. Su piel es más opaca. Por un extremo verde y por el otro blanca. Se hierven y se comen fríos aliñados con una mezcla de aceite de oliva y vinagre mezclados con sal y pimienta. Se come todo, de cabo a rabo. Son estupendos. Creo que yo debo haber comido más que nadie en el mundo.

— ¿ Y qué es el sexto no sé qué ? —preguntó Andrew.

— Eres campeón estorbando conversaciones —dijo David.

— Si no sé francés tengo que preguntar.

— París está dividido en veinte *arrondissements* o distritos. Nosotros vivíamos en el sexto.

— Papá, por favor, déjate de *arrondissements* y habla de otras cosas —rogó Andrew.

- No soportas aprender nada, tú, atleta —dijo David.
- Quiero aprender —protestó Andrew—. Pero eso de los *arrondissements* no es para mi edad. Siempre andáis diciéndome que hay cosas que no son para mi edad. Admito que esto no lo es. No lo entiendo.
- ¿Cuál es el promedio de tantos que ha alcanzado Ty Cobb en el béisbol ? — preguntó David.
- Trescientos sesenta y siete.
- Eso no es demasiado complicado para ti.
- ¡Basta, David! A unos les gusta el béisbol y a ti te gustan los *arrondissements*.
- Me imagino que en Rochester no hay *arrondissements*.
- Bueno. Creí que papá y el señor Davis podían hablar de cosas más interesantes que esos malditos... ¡Diablo!, ni del nombre me acuerdo.
- No está bien lanzar maldiciones en nuestra presencia —le amonestó Thomas Hudson.
- Lo siento, papá —dijo el pequeño—. No puedo evitar ser tan condenadamente joven. Lo siento otra vez. Quiero decir tan joven.
- Estaba ofendido y molesto. David algunas veces lograba sacarle de quicio.
- Crecerás —dijo Thomas Hudson—. Sé que es difícil contenerse cuando uno está fuera de sí. Pero no lo hagas delante de personas mayores. Entre vosotros decid cuanto queráis.
- Por favor, papá. Ya dije que lo siento.
- Lo sé. No te riño. Sólo trato de aclarar las cosas. Como os veo poco tengo que explicarlo todo bien, hay mucho que explicar.
- No tanto, papá —dijo David.
- No —admitió Thomas Hudson—. No tanto.
- Andrew nunca dice cosas feas delante de mamá —añadió David.
- Olvídame, David. Se acabó, papá, ¿no es así ?
- Chicos, si queréis de verdad saber esas palabras —dijo Tom—, leed al señor Joyce.
- Yo conozco todas las que necesito para hablar —dijo David—. No necesito más.
- Amiguito, el señor Joyce usa palabras y expresiones de las que no había oído hablar nunca. Creo que nadie le gana en maldiciones y juramentos no importa en qué lengua.
- Aparte de eso creó un idioma nuevo —dijo Roger. Estaba tumbado en la arena boca arriba y con los ojos cerrados.
- Es un lenguaje que no entiendo. Supongo que no soy suficientemente mayor para eso. Pero esperad a leer el *Ulises*, muchachos.
- No es un libro para gente joven —dijo Thomas Hudson—. Hablo en serio. No lo entenderíais ni debéis intentarlo. Es preferible esperar a ser mayores.
- Yo lo he leído todo —dijo el joven Tom—. La primera vez como dices no entendí nada e insistí. Volví a leerlo. Pero ahora he llegado a comprenderlo en parte y hasta puedo explicarlo a otros. Me siento orgulloso de ser uno de los amigos del señor Joyce.
- ¿Era realmente amigo del señor Joyce, papá? —preguntó Andrew.
- El señor Joyce me preguntaba siempre por él.
- Pues claro que sí —gritó el joven Tom—. El señor Joyce es uno de los mejores

amigos que he tenido.

— Pero creo que es mejor que no expliques todavía mucho el libro —dijo Thomas Hudson—. Todavía no. ¿Cuál es la parte que dices que has entendido ?

— La última. La parte en que la señora habla consigo misma en voz alta.

— El soliloquio —dijo David.

— ¿Lo has leído?

— Claro —dijo David—. Tommy me lo leyó.

— ¿Y te lo explicó?

— Lo mejor que pudo. Hay trozos demasiado complicados para nuestra edad.

— ¿De dónde sacaste el libro?

— De casa. Lo cogí y me lo llevé al colegio.

— ¿Cómo dices?

— Solía leer fragmentos en voz alta a los muchachos y les explicaba que el señor Joyce era amigo mío y que solíamos pasar muchos ratos juntos.

— ¿Les gustaba a los chicos?

— Algunos de los más devotos lo encontraban un poco fuerte.

— ¿Llegó a saberse todo eso en el colegio ?

— Por supuesto. ¿No te enteraste, papá? No, creo recordar que cuando pasó aquello tú estabas en Abisinia. El caso es que el director quería expulsarme pero yo le expliqué que el señor Joyce es un gran escritor y amigo personal mío y entonces se quedó con el libro y dijo que él cuidaría de enviarlo a casa y me hizo prometer que no leería a mis compañeros ningún otro libro y que no intentaría explicarles los clásicos. Al principio, cuando pensó en expulsarme, creyó que yo era un chico de mente sucia. Pero no la tengo sucia, papá. En fin, no más sucia que la de cualquiera.

— ¿Devolvió el libro a casa ?

— Sí. Quería retenerlo pero yo le expliqué que era una primera edición y que el señor Joyce te lo había dedicado, y que no podía quedárselo porque no era mío. Creo que le sentó bastante mal no poder hacerlo.

— ¿Cuándo podré leer el libro del señor Joyce, papá? —preguntó Andrew.

— Tardarás mucho tiempo todavía.

— Pero Tommy lo ha leído.

— Tommy es amigo del señor Joyce.

— Pues claro que lo soy —afirmó el joven Tom—. Papá, nosotros no hemos conocido nunca a Balzac, ¿verdad?

— No. No es de nuestra época.

— ¿Ni a Gautier? Encontré en casa dos libros estupendos de ellos en casa, *Historias extraordinarias* y *Mademoiselle de Maupin*. Esta última no la entendí, pero la estoy leyendo otra vez para entenderla y me parece buenísima. Pero si no han sido amigos nuestros, si las leo a mis amigos seguro que me expulsan del colegio.

— ¿Qué tal son, Tommy ? —preguntó David.

— Son maravillosos. Te gustarán mucho.

— ¿ Por qué no le preguntas al director si te deja leer esos libros a tus compañeros? — indicó Roger—. Son mejores que los que ellos puedan descubrir por sí mismos.

— No, señor Davis. No me parece bien. El director podría pensar de nuevo que tengo la mente sucia. Por otra parte para los chicos no sería lo mismo que si fueran amigos míos como el señor Joyce. Además, no entiendo *Mademoiselle de Maupin* tan bien como para explicarla y si la explicara me faltaría la autoridad con que la amistad del señor Joyce me respaldaba.

— Me gustaría haber escuchado tu comentario —dijo Roger.

— Vamos, señor Davis. Era muy rudimentaria y estoy muy seguro de que a usted no le habría interesado. Usted entiende perfectamente la parte que yo explicaba, ¿no es así?

— Bastante bien.

— Me gustaría haber conocido también a Balzac y a Gautier. Me hubiera gustado haber sido tan amigo de ellos como del señor Joyce.

— A mí también —admitió Thomas Hudson.

— De todos modos hemos conocido a buenos escritores, ¿verdad?

— Desde luego —dijo Thomas Hudson.

Se estaba bien tumbado sobre la arena caliente y él sentía pereza después de haber trabajado y estaba contento. Le hacía muy feliz la charla de los chicos.

— Vamos a nadar un poco y luego a comer —dijo Roger—. Empieza a hacer calor.

Thomas Hudson les observó. Nadaban despacio los cuatro adentrándose en el agua verde mientras los cuerpos proyectaban sus sombras sobre el blancor luminoso de la arena, estirándose, proyectadas sobre la arena por el ángulo leve del sol, los morenos brazos emergiendo para volver a hundirse siempre un poco más adelante, las manos cortando el agua y desplazándola hacia atrás, las piernas en rápido movimiento constante, la cabeza alzada de vez en cuando buscando aire, respirando con gracia y facilidad. Thomas Hudson siguió inmóvil viéndoles nadar en la dirección del viento y sintió amor por los cuatro. Pensó que tenía que pintarlos nadando, aunque fuese muy difícil. Decidió hacerlo. Pintarlos durante el verano.

Tenía demasiada pereza para nadar, pero sabía que iba a hacerlo y finalmente se adentró sintiendo cómo el agua refrescaba. En seguida la sintió, por la brisa que le helaba las piernas y los muslos calientes por el sol, y hasta que empezó a nadar a favor de la corriente oceánica y avanzó al encuentro de los otros, que ya volvían. Con la cabeza al mismo nivel que la de ellos, el cuadro era ahora muy diferente, muy diferente porque ellos nadaban en dirección contraria al viento y el chapoteo molestaba a David y a Andrew, que nadaban sin regularidad. La ilusión de que eran cuatro animales marinos se había esfumado. Se habían adentrado en el agua graciosa y suavemente, pero ahora a los dos muchachos pequeños, debido al viento y a la corriente, se les hacía difícil avanzar. Nada serio. Pero sí lo suficiente para desvanecer la ilusión de encontrarse a sus anchas en el agua, como ocurrió cuando se alejaban de la orilla. Los dos cuadros eran distintos y quizás el segundo fuese mejor. Los cinco nadadores llegaron a la orilla y luego cruzaron la playa camino de la casa.

— Por eso prefiero nadar bajo el agua —dijo David—. No hay que preocuparse de respirar.

— ¿Por qué no haces pesca submarina esta tarde con papá y Tommy? —dijo Andrew—. Yo me quedaré con el señor Davis.

— ¿Usted no desea ir a pescar, señor Davis ?

— Podría quedarme.

— Pero no lo haga por mí, señor Davis. Puedo entretenerme de muchas maneras. Pensé que usted se quedaba.

— Sí, creo que me quedaré —dijo Roger—. Tengo ganas de tumbarme a leer.

— No deje que le manejen, señor Davis. No se deje fascinar.

— Tengo ganas de quedarme —dijo Roger.

Estaban en el porche y todos se habían puesto los *shorts* secos. Joseph trajo una fuente de ensalada de mariscos. Los tres muchachos comían, mientras el joven Tom bebía una cerveza. Thomas Hudson se recostó en su asiento y Roger quedó de pie con la coctelera en la mano.

— Me entra sueño después del almuerzo —dijo.

— Bien, le echaremos de menos —dijo el joven Tom—. Aunque yo podría quedarme también.

— Vamos, quédate con nosotros —dijo Andrew—. Que vayan papá y David.

— No cuentes conmigo para servirte de receptor<sup>9</sup>.

— No necesito que hagas de receptor. Tengo un amigo negro muy simpático que lo hace.

— ¿Siendo así por qué quieres ser lanzador? Nunca serás bastante grande.

— Voy a ser tan grande como Dick Rudolph y Dick Kerr.

— ¿Quiénes son éstos? —dijo el joven Tom.

— Dime el nombre de algún jockey —preguntó por lo bajo David a Roger.

— Earl Sande.

— Serás tan grande como Earl Sande —dijo David.

— ¡Vaya! Lárgate a tu pesca submarina —gritó Andrew—. Quiero llegar a ser un buen amigo del señor Davis como Tom lo fue del señor Joyce. ¿Le parece bien, señor Davis? Así en el colegio dentro de un tiempo podré decir: «Cuando el señor Davis y yo pasamos juntos un verano en una isla tropical y él escribía todos esos cuentos licenciosos mientras mi padre pintaba los cuadros de mujeres desnudas que todos vosotros habéis visto...» Las pintas desnudas, ¿no, papá?

— A veces. Pero te advierto que son muy negras.

— Bueno, el color no me importa. Tom, puedes quedarte con tu señor Joyce.

— No te atreverías a mirarlas —dijo David.

— Quizá sí. Pero aprendería.

— Un desnudo de papá es nada comparado con cierto capítulo del señor Joyce —dijo el joven Tom—. Tú, como aún eres un niño, das demasiada importancia a un desnudo.

— Muy bien. En todo caso me quedo con el señor Davis y sus cuentos ilustrados por papá. En el colegio alguien dijo que los libros del señor Davis son realmente licenciosos.

— Muy bien. También yo me quedo con el señor Davis. Soy un amigo, un viejo amigo del señor Davis.

— Y del señor Picasso y del señor Braque y del señor Miró y del señor Masson y del señor Pascin —dijo Thomas Hudson—. A todos les has conocido.

— Y del señor Waldo Pierce —dijo el joven Tom—. Ya lo ves, mi pequeño Andy, no puedes ganarme. Has empezado demasiado tarde. No puedes ganar. Mientras estabas en Rochester y durante unos años antes de que tú nacieras, papá y yo andábamos por el amplio mundo. Creo que conozco a los pintores más grandes de nuestro tiempo. Muchos de ellos han sido incluso buenos amigos.

---

<sup>9</sup> Alusión al béisbol. (N. del t.)

— Alguna vez he de empezar —dijo Andrew—. Y empiezo con el señor Davis. No es necesario que escriba usted cuentos licenciosos, señor Davis. Pienso seguir los pasos de Tommy. Cuénteme algo terrible de su vida y yo diré que lo he presenciado.

— Vete al diablo con tu modo de arreglar las cosas. Yo no he inventado nada — protestó el joven Tom—. Algunas veces papá y el señor Davis me refrescan la memoria, eso es todo. Pero yo he asistido a toda una época de la pintura y la literatura, y si fuera preciso podría escribir mis memorias ahora mismo.

— Creo que te estás volviendo loco, Tommy —dijo Andrew—. Harías bien en cuidarte.

— No le cuente nada, señor Davis —dijo Tom—. Haga que empiece de cero, como hicimos nosotros.

— Déjanos tranquilos al señor Davis y a mí —dijo Andrew—. Tú no te metas.

— Cuéntame más cosas acerca de aquellos amigos míos, papá —dijo Tom—. Sé que les conocí y también que frecuentábamos juntos los cafés, pero quisiera saber detalles más concretos sobre ellos. Cosas como las que yo sé sobre el señor Joyce, ya entiendes.

— ¿Te acuerdas del señor Pascin?

— No. Creo que no. ¿Cómo era?

— No puedes vanagloriarte de ser amigo suyo si ni siquiera recuerdas cómo era —dijo Andrew—. ¿Crees que yo dentro de unos años no sabré decir cómo era ahora el señor Davis?

— Cállate —dijo el joven Tom—. Háblame de él, papá, por favor.

— El señor Pascin hacía un tipo de dibujos que habrían servido perfectamente para ilustrar esa parte del libro del señor Joyce que tanto te gusta.

— ¿Sí? Eso debía ser algo maravilloso.

— Te sentabas con él en el café y él dibujaba a veces tu retrato en la servilleta de papel. Era muy bajo, pequeño y extraño. Llevaba casi siempre bombín y era un pintor extraordinario. Siempre se comportaba como si fuera dueño de un gran secreto, como si acabara de descubrirlo y eso le divertía. Algunas veces el secreto le hacía feliz y otras lo ponía triste. Pero le divertía mucho que los demás supiesen que lo tenía.

— ¿Cuál era el secreto?

— ¡Oh!, la bebida y las drogas y el asunto que trata el señor Joyce en el último capítulo de su libro, y cómo pintar maravillosamente. Pintaba mejor que nadie cuando quería y ése era también su secreto. Pero no le importaba. Creía que no le importaba nada, pero en realidad no era cierto.

— ¿Era un hombre malo?

— Sí. Auténticamente malo y eso formaba parte de su secreto. Le gustaba ser malo y no tenía el menor remordimiento por serlo.

— ¿Éramos buenos amigos él y yo?

— Muy buenos amigos. Solía llamarte el Monstruo.

— ¡Atiza! —dijo alegremente el joven Tom—. El Monstruo.

— ¿Tenemos alguna foto del señor Pascin, papá? —preguntó David.

— Algunas.

— ¿Pintó alguna vez el retrato de Tommy?

— No. Lo dibujaba nada más, casi siempre en las servilletas de papel y en el mármol de las mesas de café. Lo llamaba el horrible monstruo bebedor de cerveza de la *rive gauche*.

— Anota ese título, Tom —dijo David.

— ¿Crees que el señor Pascin tenía la mente sucia? —preguntó el joven Tom.

— Así lo creo.

— Pero ¿ no estás seguro ?

— Creo que se puede estar seguro. Pienso que eso formaba parte de su secreto.

— Pero el señor Joyce no tenía la mente sucia.

— No.

— ¿Y tú?

— No —dijo Thomas Hudson—. Creo que no.

— ¿Tiene usted la mente sucia, señor Davis? —preguntó Tommy.

— Me parece que no.

— Me alegro —dijo Tommy—. Dije al director del colegio que ni papá ni el señor Joyce tenían la mente sucia y ahora si me pregunta acerca del señor Davis sabré qué decir. Estaba empeñado en que yo la tenía. Pero yo no le hacía caso. Hay un chico en mi colegio que la tiene. Y la diferencia se nota en seguida. ¿Cuál era el nombre de pila del señor Pascin?

— Jules.

— ¿Cómo se escribe eso ? —preguntó David.

Thomas Hudson se lo deletreó.

— ¿Qué fue del señor Pascin? —preguntó el joven Tom.

— Se ahorcó —dijo Thomas Hudson.

— ¡Atiza! —dijo Andrew.

— Pobre señor Pascin —dijo Tom solemnemente—. Esta noche rezaré por él.

— Yo voy a rezar por el señor Davis —dijo Andrew.

— Hazlo a menudo —dijo Roger.

## VI

AQUELLA NOCHE, cuando los muchachos se acostaron, Thomas Hudson y Roger Davis se quedaron en el salón conversando. El mar había estado demasiado agitado para la pesca submarina y después de cenar Joseph los llevó a pescar róbalo. Volvieron muy cansados y felices, así que dieron las buenas noches y se fueron a la cama. Los hombres los oyeron hablar unos momentos y en seguida se quedaron dormidos.

Andrew tenía miedo a la oscuridad y sus hermanos lo sabían, pero no le enfadaban con esto.

— ¿Por qué crees que le da miedo la oscuridad? —preguntó Roger.

— Pues no lo sé —dijo Hudson—. ¿Tú no tenías miedo?

— Creo que no.

— Yo sí —admitió Thomas Hudson—. ¿Qué significación puede tener?

— No sé —dijo Roger—. Yo tenía miedo a la muerte y también de que le ocurriese algo a mi hermano.

— No sabía que tuvieses un hermano. ¿Dónde está ahora?

— Murió —dijo Roger.

— Lo siento.

— Olvídalo. Ocurrió cuando éramos niños.

— ¿Era mayor que tú?

— Un año más joven.

— ¿Qué pasó?

— Se nos volcó una canoa.

— ¿Qué edad tenías?

— Unos doce años.

— Si no te apetece no lo cuentes.

— Creo que me haría mucho bien —dijo Roger—. ¿De veras no sabías nada?

— Nada.

— Durante mucho tiempo creí que lo sabía todo el mundo. Ya sabes cómo se exageran las cosas de niño. El agua estaba demasiado fría y él aflojó. Pero en definitiva lo que cuenta es que yo volví y él no.

— Pobre viejo Roger.

— No —dijo Roger—. Pero era muy pronto para aprender todo eso, y le quería mucho y siempre estaba temiendo que le pasase algo. También el agua estaba fría para mí. Pero no podía decirlo.

— ¿Dónde ocurrió?

— Allá arriba en Maine. No creo que mi padre me haya perdonado todavía, aunque haya tratado de comprender. Pasé mucho tiempo deseando haber sido yo el que se quedara. Pero eso no es vida.

— ¿Cómo se llamaba tu hermano?

— Dave.

— ¡Diablo! Ahora entiendo por qué no has querido hacer hoy pesca submarina.

- Quizá fue eso. Pero iré otro día cualquiera. Sin embargo estas cosas no se olvidan nunca.
- Eres bastante viejo para seguir hablando así.
- Intenté salvarle. Pero no lo pude encontrar —dijo Roger—. El agua estaba demasiado helada.
- David Davis —dijo Thomas Hudson.
- Sí. En nuestra familia el mayor se llama siempre Roger y el segundo David.
- Supongo que lo has superado, Roger.
- No —dijo Roger—. Más tarde o más temprano siempre acabo hablando de lo mismo. Y me avergüenza lo mismo que la pelea del muelle.
- No tienes por qué avergonzarte de eso.
- Sí. Me avergüenzo. Ya te lo dije. Y no quiero que volvamos sobre lo mismo.
- De acuerdo.
- Nunca volveré a pelear con nadie. Nunca. Tú no peleas nunca y puedes hacerlo tan bien como yo.
- No tan bien como tú, pero decidí que no pelearía, eso es todo.
- Tampoco yo volveré a hacerlo. Voy a portarme mejor y a dejar de escribir basuras.
- Es la cosa más sensata que te he oído decir —dijo Thomas Hudson.
- ¿Crees que podría escribir algo que valga la pena?
- Puedes intentarlo. ¿Por qué dejaste de pintar?
- Porque no podía hacerme más ilusiones. La verdad es que escribir ha dejado de divertirme también.
- ¿Qué piensas hacer concretamente?
- Retirarme a algún lugar tranquilo para escribir una buena novela todo lo bien que pueda.
- ¿Por qué no te quedas aquí para escribir? Podrías quedarte cuando se marchen los chicos. En tu casa hace demasiado calor para escribir.
- ¿No te molestaría demasiado?
- No, Roger. También yo me siento solo, ya sabes. Es imposible escapar a todo siempre. Esto suena a discurso. Será mejor dejarlo.
- No. Continúa... Lo necesito.
- Si piensas empezar a trabajar, empieza aquí.
- ¿No te parece que el Oeste sería mejor?
- Cualquier sitio es bueno. Lo importante es no huir.
- No. Todos los sitios no son buenos —objetó Roger—. Lo sé. Son buenos al principio y luego se estropean.
- Es cierto. Pero este lugar es bueno ahora. Puede que no siempre sea igual. Sin embargo ahora es magnífico. Tú tendrás compañía cuando descanses del trabajo y yo también. No nos molestaríamos el uno al otro, y podrás trabajar de firme y bien.
- ¿Crees de veras que podría escribir una novela que valiese la pena?
- Nunca lo sabrás si no pruebas. Esta noche me has contado una magnífica, si te decides a escribirla. Empieza simplemente por la canoa...

— ¿Y cómo la termino?

— Eso lo decides después de lo de la canoa.

— ¡Diablos! —gritó Roger—. Estoy tan corrompido que si pongo una canoa, habría en ella una hermosa muchacha india a bordo y el joven Jones, que siempre parece dispuesto a avisar a los nativos que va a llegar Cecil B. de Mille, surgiría de entre unos matorrales junto al río con su infalible rifle de sílex, «la vieja Betsy» en la mano y la linda muchacha india gritaría: «Jones, eres tú. Ahora podemos hacer el amor mientras nuestra frágil canoa avanza hacia esas cataratas que algún día serán las del Niágara».

— No —dijo Thomas Hudson—. Podrías describir simplemente la canoa y el lago de agua helada y a tu hermano pequeño...

— David Davis. Once años.

— Y lo que ocurrió luego. Inventar después hasta el fin.

— No me gusta el fin —dijo Roger.

— No creo que nos guste a nadie —dijo Thomas Hudson—. Pero siempre hay un fin.

— Será mejor dejar de charlar —dijo Roger—. Soy capaz de empezar a pensar en el libro. Tommy, ¿por qué pintar bien es divertido y escribir bien es un infierno? Nunca he pintado bien pero aun así me divertía.

— No sé —dijo Thomas Hudson—. Puede que en pintura la tradición y la línea sean más evidentes y haya más gente dispuesta a ayudarte. Incluso cuando te apartes de la línea recta de la gran pintura, sigue estando allí para ayudarte.

— Yo creo que además la gente que pinta es mejor —dijo Roger—. Si yo fuera un hombre suficientemente bueno quizás habría sido un buen pintor. Puede que sea apenas lo bastante hijo de puta para ser un buen escritor.

— Es la peor simplificación que he oído en mi vida.

— Yo siempre lo simplifico todo. Por eso no soy bueno.

— Vamos a dormir.

— Me quedaré un rato a leer —dijo Roger.

Durmieron bien y Thomas Hudson no se despertó cuando Roger, tarde ya, entró en el porche que le servía de dormitorio. Después del desayuno soplaban un leve viento y no había nubes en el cielo y se proyectó una excursión de pesca submarina.

— Usted también vendrá, ¿verdad, señor Davis? —preguntó Andrew.

— Desde luego que sí.

— Estupendo —dijo Andrew—. Me alegro.

— ¿Cómo te sientes, Andy? —preguntó Thomas Hudson.

— Asustado, como siempre —dijo Andrew—. Pero si viene el señor Davis estaré menos asustado.

— No tengas nunca miedo, Andy —dijo Roger—. No sirve de nada. Así me lo ha dicho tu padre.

— Es lo que te dicen siempre —dijo Andrew—. Pero David es el único chico inteligente de su edad que conozco que no tiene miedo.

— Cállate —dijo David—. Sólo eres una criatura de tu imaginación.

— El señor Davis y yo siempre tenemos miedo —dijo Andrew—. Quizá porque tenemos una inteligencia superior.

— Serás prudente, ¿verdad Davy? —preguntó Thomas Hudson.

— Naturalmente.

Andrew miró a Roger y se encogió de hombros.

## VII

ABAJO, a lo largo del arrecife adonde iban aquel día a practicar la pesca submarina, estaba el viejo esqueleto metálico de un vapor abandonado que se había desmantelado allí y con la marea alta aparecía aún el hierro oxidado de sus calderas sobre el mar. Hoy el viento soplaba del sur y Thomas Hudson ancló a sotavento de un arrecife no demasiado cerca de la orilla, mientras Roger y los chicos preparaban las gafas y los arpones. Los arpones eran muy primitivos, y de distintas formas, según el diseño particular de Thomas Hudson o de sus hijos.

Joseph había ido para remar en el bote. Cogió a Andrew y fueron hacia el arrecife, mientras los otros se deslizaban sobre la borda para nadar.

— ¿No vienes, papá? —preguntó David a su padre que había quedado de pie en el puente alto del barco de pesca.

El círculo de vidrio en torno a sus ojos, nariz y frente, con la tira de goma apretada bajo la nariz y contra las mejillas y en la frente y fija con una hebilla en la parte posterior de la cabeza, le daban el aspecto de un extraño personaje de cualquier *comic* seudocientífico.

— Iré un poco más tarde.

— No esperes a que desaparezcan todos.

— Hay bastantes arrecifes. No los exploraréis todos.

— Pero sé de dos grutas formidables más allá de las calderas de ese barco. Di con ellas el día que vinimos los dos solos. Estaban tan intactas y llenas de peces que las dejé para cuando viniéramos todos.

— Lo recuerdo. Antes de una hora estaré con vosotros.

— Los reservaré para cuando vengas —dijo David, y empezó a nadar para unirse a los otros, sosteniendo en la derecha el palo con el arpón de doble púa forjado a mano y en su extremo el correspondiente cable. Mantenía la cara sumergida en el agua y estudiaba el fondo a través del vidrio de sus gafas nadando. Era un submarinista nato y ahora que estaba tan bronceado y que nadaba con sólo la húmeda nuca fuera del agua, recordaba más que nunca una nutria a Thomas Hudson.

Le vio nadar, utilizando el brazo izquierdo, moviendo acompasadamente las largas piernas y los pies, volviendo la cabeza de vez en cuando, y cada vez más espaciadamente, para respirar. Roger y el mayor de los muchachos nadaban mar adentro, con las gafas levantadas sobre la frente y se habían alejado bastante. Andrew y Joseph estaban en el bote junto al arrecife, pero Andrew todavía no había saltado al agua. Soplaba un ligero vientecillo y el agua era limpia y clara sobre el arrecife y se veía la masa oscura del arrecife y más allá el agua de un azul intenso.

Thomas Hudson bajó a la cocina, donde Eddy pelaba patatas sobre un cubo que sujetaba entre las rodillas, mientras miraba por el portalón el arrecife.

— Los chicos no tendrían que dispersarse —dijo—. Dígales que no se separen del bote.

— ¿Temes que llegue algo a los arrecifes?

— La marea está alta. Son mareas de primavera.

— Pero el agua está muy clara —dijo Thomas Hudson.

— No hay que fiarse demasiado del océano —dijo Eddy—. Y éste es particularmente malo si llegan a oler los peces.

— Todavía no han pescado nada.

— Pronto los tendrán. Será mejor que metan los peces en seguida en el bote antes de

que la marea lleve algún rastro de sangre o el olor a pescado.

— Iré nadando.

— No. Griteles que no se separen y que lleven la pesca al bote.

Thomas Hudson volvió a cubierta y se dirigió a Roger advirtiéndole de cuanto Eddy le había dicho. Roger levantó el arpón y lo agitó en el aire dando a entender que había comprendido.

Eddy se dirigió al sollado con el cubo lleno de patatas en una mano y el cuchillo en la otra.

— Coja el rifle bueno, el pequeño, y vigile desde arriba —dijo—. No me gusta esto. No me gusta que los chicos anden por ahí con la marea que hay. Estamos demasiado cerca del océano.

— Los haremos volver.

— No. Es posible que yo esté nervioso. Anoche fue muy mala noche. Los quiero como si fueran míos y me preocupó endiabladamente por ellos. —Dejó el balde de patatas en el suelo—. Verá lo que vamos a hacer. Ponga el motor en marcha y yo levaré el ancla; nos vamos cerca del arrecife y anclamos allí. Será sencillo con esta marea y este viento. Vamos.

Thomas Hudson puso en marcha el motor grande y subió al puente a hacerse cargo de los controles. Mientras Eddy levaba el ancla, podía verlos a todos en el agua y David salió a la superficie levantando en el aire un pescado que se agitaba en su arpón y Thomas Hudson le oyó gritar en dirección al bote.

— Póngale proa al arrecife —dijo Eddy desde popa donde sostenía el ancla.

Thomas Hudson avanzó lentamente hasta casi tocar el arrecife observando los grandes ramilletes oscuros de corales, y los negros erizos que descansaban en la arena y las gorgonias violeta balanceándose hacia él con la marea. Eddy echó el ancla y Thomas Hudson dio marcha atrás. La embarcación se meció apartándose del arrecife y Eddy fue dando cable hasta que quedó tenso, mientras Thomas Hudson paraba el motor.

— Ahora podemos vigilarlos mejor —dijo Eddy de pie en la proa—. No puedo dejar de preocuparme por esos muchachos. Y eso me estropea la digestión, que ya es bastante mala.

— Me quedaré en cubierta vigilándolos.

— Voy a buscarle el rifle y me vuelvo a mis endiabladas patatas. ¿A los chicos les gusta la ensalada de patatas, verdad? ¿Cómo la hacemos aquí?

— Desde luego. Y a Roger también. Pónle bastante cebolla y huevo duro.

— Procuraré que las patatas no se deshagan. Tenga el rifle.

Cuando Thomas Hudson cogió el rifle, lo sintió pesado y macizo en su estuche forrado por dentro de cuero de oveja engrasado para impedir que el aire de mar lo oxidase. Lo sacó por la culata y dejó el estuche bajo la cubierta del puente. Era un Mannlicher Shoenauer 256, con el viejo cañón de dieciocho pulgadas, y cuya venta se había prohibido últimamente. La parte inferior era oscura como el nogal debido al uso y al engrase frecuente, y el cañón, gastado por lo mucho que se llevó en el arnés, estaba brillante por el aceite y sin pizca de herrumbre. La cara de la culata estaba como suavizada por el contacto de su mejilla y cuando bajó el cerrojo vio el cargador lleno de cartuchos pesados en su interior, que dejaban ver una punta minúscula de la bala, larga y delgada con su funda de metal en forma de lápiz.

En realidad era un rifle demasiado bueno para tenerlo guardado en un bote pero Thomas Hudson lo apreciaba tanto y le recordaba tantas cosas, gentes y lugares, que prefería tenerlo cerca, y además había descubierto que guardándolo en su estuche

forrado de cuero de oveja y una vez que la lana esquilada se había impregnado de aceite, no podía perjudicarlo el aire salado del mar. «En todo caso, un rifle es para disparar», pensó, «no para que duerma en un estuche», y el suyo era realmente un buen rifle fácil de disparar, fácil para enseñar a cualquiera a disparar con él y cómodo para llevarlo en el bote. Cuando disparaba con él, siempre había tenido más confianza que en otro cualquiera sobre todo en lo de hacer blanco a la distancia que quisiera, así que se sintió contento al sacarlo del estuche, retirar el seguro y meter en la cámara un proyectil.

El barco quedó casi inmóvil en la corriente y en la brisa y él colgó la correa del rifle en una de las palancas de los controles para tenerlo a mano si era necesario y se tumbó en una colchoneta sobre el puente. De bruces para tostarse la espalda miró hacia donde Roger y los muchachos pescaban con el arpón. Se zambullían, quedaban un rato más o menos largo bajo el agua, salían a la superficie para hacer acopio de aire y desaparecían de nuevo. Algunas veces alzaban el arpón para mostrar un pez ensartado. Joseph se afanaba con el botecillo de un lado a otro para arrancar los pescados de las puntas de los arpones y echarlos al fondo de la embarcación. Oía perfectamente los gritos y las risas de Joseph y distinguía el brillante color de los peces, rojos o rojos con manchas oscuras o rojos y amarillos o rojos con rayas amarillas, mientras Joseph los arrancaba del arpón o los aflojaba simplemente y los arrojaba a la sombra en la popa del bote.

— Tráeme un trago, Eddy, por favor —pidió Thomas Hudson, asomándose sobre la borda.

— ¿Qué quiere que le prepare? —preguntó Eddy, sacando la cabeza por el sollado de proa. Llevaba su viejo sombrero de fieltro y una camisa blanca, y a la fuerte luz del sol sus ojos parecían inyectados en sangre. Thomas Hudson observó que tenía huellas de mercromina en los labios.

— ¿Qué te has hecho en la boca ? —preguntó.

— Tuve jaleo anoche y me puse un poco de eso rojo. ¿Queda muy mal?

— Pareces una puta de la isla perdida.

— ¡Diablos! —dijo Eddy—. Me la puse a oscuras sin mirarme. Al tacto. ¿ Le preparo algo a base de agua de coco ? Tengo algunos jugosos a bordo.

— Muy bien.

— ¿Qué tal un *Green Isaac's Special*?

— Estupendo. Haz un *Special*.

En la posición en que Thomas Hudson estaba tendido en la colchoneta, tenía la cabeza en la sombra proyectada por la plataforma en el extremo de delante del puente, donde estaban los controles, y cuando Eddy subió con el alto vaso lleno de líquido helado preparado con ginebra y jugo de limón y agua de coco verde y hielo machacado, con unas gotas de angostura para que adquiriese un tono rosado, Thomas puso el vaso a la sombra para que el hielo no se derritiera mientras él miraba hacia el mar.

— Parece que los muchachos van muy bien —dijo—. Comeremos pescado para la cena.

— ¿Qué más haces ?

— Puré de patatas con el pescado. Y un poco de ensalada de tomate. Empezaremos con la ensalada de patatas de que antes hablé.

— Muy bien. ¿Qué tal va la ensalada de patatas ?

— Aun no está fría, Tom.

— Eddy, te gusta cocinar, ¿no es cierto?

— Al diablo si me gusta. Me gusta navegar y me gusta guisar. Lo que no me gusta son los jaleos, las peleas y los alborotos.

— Pues antes en los jaleos te portabas muy bien.

— Siempre los evité, Tom. Lo que pasa es que a veces es imposible. Pero yo siempre lo intenté.

— ¿Qué pasó anoche?

— Nada.

Evidentemente no quería hablar de ello. Nunca hablaba de los viejos tiempos cuando los jaleos eran continuos.

— Muy bien. ¿Qué más hay para comer? Hay que alimentar bien a los muchachos. Están creciendo.

— Preparé un pastel en casa y lo he traído, y tengo dos piñas frescas en el hielo. Las cortaré.

— Muy bien. ¿Cómo piensas guisar el pescado?

— Como lo quiera cada uno. Veremos lo que traen y lo prepararé como tú y Roger lo deseáis. David acaba de pescar un *snapper*. Había sacado otro pero se le escapó. Pero éste es grande y le cuesta mucho esfuerzo. Lo tiene todavía y Joe va ahora hacia donde está con Andy en el bote.

Thomas Hudson dejó el vaso a la sombra y se levantó.

— ¡Jesucristo! —exclamó Eddy—. ¡Ahí se acerca!

A través del agua azul, semejando la oscura vela de un bote pesquero y hendiendo el agua con veloces coletazos, una aleta triangular se acercaba hacia el extremo del arrecife donde el muchacho, con la máscara puesta, mostraba su pescado fuera del agua.

— ¡Dios mío! —dijo Eddy—. ¡Qué tiburón hijo de puta! ¡Jesús, Tom! ¡Oh, Jesús!

Thomas Hudson recordaría después la terrible impresión que le había producido la altura tan enorme de la aleta, la forma en que la bestia se movía y giraba como un sabueso que sigue la pista y el modo en que avanzaba como una faca y cómo parecía balancearse. Apuntó con su 256 delante de la aleta. La bala pasó por encima y levantó en el agua un pequeño surtidor. Recordó que el cañón del fusil estaba untado de grasa. La aleta siguió avanzando zigzagueante.

— ¡Tírale a ese condenado pescado! —gritó Edy a David mientras corría hacia el sollado.

Thomas Hudson disparó otra vez, pero de nuevo volvió a levantar agua, esta vez detrás de la aleta. Sintió náuseas, igual que si algo se aferrase en el interior de su estómago y lo retorciere, y volvió a disparar con todo el cuidado, con toda la firmeza de que era capaz, consciente de lo que aquel disparo podía significar; el agua se levantó delante de la aleta; la aleta seguía avanzando con igual movimiento espantoso. Sólo disponía de un tiro y tampoco tenía más balas y el tiburón estaba a unos diez metros del muchacho avanzando siempre con el mismo movimiento cortante. David había arrancado el pescado del arpón y lo tenía en la mano, se había levantado la máscara sobre la frente y miraba fijamente al tiburón que se acercaba.

Tilomas Hudson procuró a toda costa relajarse y pensar únicamente en el disparo que iba a hacer; trataba de concentrarse para acertar delante y en la base de la aleta que ahora se balanceaba más que al principio, cuando empezó a oír a popa los disparos de la ametralladora y vio cómo salpicaba el agua en torno a la aleta. Volvió a repiquetear una corta ráfaga y el agua saltó en un área más reducida junto a la base de la aleta. Mientras disparaba volvió a oírse el repiqueteo, continuado y seco, y la aleta se sumergió y el agua hirvió y luego el tiburón más grande que había visto en su vida

surgió a la superficie boca arriba mostrando el vientre blanco y empezó a retorcerse locamente desparramando el agua como un hidroplano. El vientre de la enorme bestia brillaba con un blanco obscuro y su boca de un metro de anchura parecía sonreír, las grandes eminencias laterales de la cabeza, en cuyos extremos estaban los ojos, se extendían hacia afuera mientras el animal saltaba y se deslizaba sobre el agua. Eddy siguió disparando sobre el blanco vientre dejando en él unas pequeñas manchas oscuras que se volvían rojas, hasta que el tiburón dio media vuelta y empezó a hundirse y Thomas Hudson pudo verle girar sin fin sobre sí mismo mientras se hundía.

— Diga a esos endiablados mocosos que vengan de una vez —oyó gritar a Eddy—. No aguanto más esta clase de cosas.

Roger había ido ya hacia David y Joseph empujaba a Andrew para que subiese al bote y empezaba a remar hacia los otros dos.

— Maldición —gritó Eddy—. ¿Habéis visto alguna vez un tiburón de ese tamaño? Afortunadamente y gracias a Dios se les puede ver avanzar. Gracias a Dios por esto. Esos malditos bichos se ven desde lejos. ¿Pero usted lo *vio*?

— Dame una caja de municiones, Eddy —dijo Thomas Hudson. Estaba temblando y se sentía como hueco por dentro—. Venid por aquí —gritó. Nadaban ya cerca del bote y Roger ayudaba a David a subir por la borda.

— Ahora ya podéis pescar tranquilos —dijo Eddy—. Todos los tiburones del océano irán en busca de *ése*. ¿Lo vio cómo daba vueltas, Tom, y cómo empezó a girar? ¡Menudo pez martillo! ¿Vio al muchacho erquido con el pez en la mano dispuesto a lanzárselo? Ése es mi David. ¡Ah el valiente!

— Será mejor que vuelvan.

— Pues claro que sí. Hablaba por hablar. Ya se acercan. No se preocupe que ya vienen.

— Dios. Ha sido terrible. ¿Dónde tenías la ametralladora?

— El Gobernador me puso dificultades con lo del permiso de tierra, así que decidí guardarla a bordo, en el cajón que hay debajo de mi litera.

— Sabes manejarla muy bien.

— ¡Diablos!, ¿cómo fallar con la bestia avanzando hacia mi David y mi David quieto, esperando, mirando fijamente para tirarle el pescado? Mirando hacia el tiburón. ¡Diablos!, en toda mi maldita vida he visto nada igual.

Saltaron a bordo por encima de la borda. Los muchachos chorreando agua y muy excitados y Roger conmovido. Se acercó y estrechó la mano fuertemente a Eddy, que dijo:

— No debimos dejar que se alejasen tanto con esta marea.

Roger movió la cabeza y rodeó con un brazo los hombros de Eddy.

— Es un fallo mío —dijo Eddy—. Yo he nacido aquí. Usted es forastero. No fue culpa suya. La responsabilidad ha sido mía.

— Bien supiste afrontarla —dijo Roger.

— ¡Diablos! —gritó Eddy—. Estaba tan cerca que no podía errar.

— ¿Tú lo veías bien, David? —preguntó Andrew cortesmente.

— Sólo la aleta. Después pude verlo del todo antes de que Eddy disparase y se fuera hacia abajo y volviera a subir panza arriba.

Eddy le frotaba el cuerpo con una toalla. Thomas Hudson advirtió que aún tenía carne de gallina en las piernas, la espalda y los hombros.

— Nunca he visto nada igual a cuando salió del agua y se puso panza arriba —dijo el

joven Tom—. Nunca vi nada como eso en el mundo.

— Y verás muy pocas cosas como ésa —dijo su padre.

— Debe de pesar más de quinientos kilos—dijo Eddy—. No creo que se fabriquen tiburones más grandes. Por Dios, Roger, ¿se fijó en la aleta?

— Me fijé —dijo Roger.

— ¿Cree que podríamos cogerlo? —preguntó David.

— No, ¡diablos! —dijo Eddy—. Habrá ido rodando y rodando hasta el diablo sabe donde. Se hundió como a ochenta brazas y el océano se estará alimentando de él. Ya los estará reuniendo.

— Me gustaría haberlo podido coger.

— Olvida eso, David. Todavía tienes carne de gallina.

— ¿Tuviste mucho miedo, Dave? —preguntó Andrew.

— Sí —admitió David.

— ¿Qué pensabas hacer? —preguntó Tom con respeto.

— Primero arrojarle el pez que había pescado —dijo David, y Thomas Hudson, que le miraba con atención, vio que en los hombros se le hacía carne de gallina—. Luego lo hubiera atacado con el arpón en plena cara.

— ¡Demonio! —dijo Eddy, alejándose con la toalla—. ¿Qué quiere beber, Roger?

— ¿Tienes cicuta a mano?

— Está bien, Roger. Todos somos responsables —terció Thomas Hudson.

— Irresponsables.

— De todos modos ya pasó.

— Muy bien.

— Prepararé algo con ginebra —dijo Eddy—. Tom estaba tomando algo con gin cuando todo esto empezó.

— El vaso sigue allí.

— Será una porquería ahora. Le prepararé otro.

— Eres formidable, David —dijo orgullosamente el joven Tom—. Espera a que lo cuente a los chicos del colegio.

— No te creerán —dijo David—. Será mejor que no digas nada si voy a ir yo.

— No sé —dijo David, y empezó a llorar como una criatura—. ¡Mierda, no podría soportar que no lo creyeran!

Thomas Hudson le levantó y lo apretó en sus brazos sosteniendo contra su pecho la cabeza y los otros chicos se alejaron y Roger miraba el mar y luego Eddy aparecía con tres vasos y el pulgar dentro de uno de ellos. Thomas Hudson tuvo la completa seguridad de que ya había bebido abajo otra copa.

— ¿Qué te ocurre, Davy? —preguntó Eddy.

— Nada.

— Bueno, así me gusta oírte hablar, ¡condenado chiquillo! Baja de ahí, no lloriquees más y deja que tu viejo eche un trago.

David se quedó de pie, parado y muy erguido.

— ¿Podemos pescar por ese lado con la marea baja? —preguntó a Eddy.

— No hay inconveniente. Hay murenas, pero no bichos grandes. Con la marea baja no se acercan.

— ¿Podré pescar cuando baje la marea, papá? —insistió David.

— Lo que diga Eddy. Es Eddy quien manda aquí.

— ¡Diablos!, Tom —dijo Eddy, feliz. Sus labios manchados de mercurina sonreían felices. Y sus ojos inyectados de sangre transmitían tanta felicidad como los ojos—. Cualquiera que no hubiera sido capaz de darle a ese maldito pez martillo con tal artefacto tendría que tirarlo a la basura antes de armar bronca.

— Le diste de pleno —admitió Thomas Hudson—. Con una precisión maravillosa. Quisiera poder contarte cómo le diste.

— No es necesario —dijo Eddy—. Durante el resto de mi vida veré al condenado hijo de puta boca arriba en el agua. ¿Han visto algo más maligno en la vida?

Estaban sentados esperando la comida y Thomas Hudson contemplaba el mar hacia donde Joseph se adentraba con el bote en busca del lugar donde el tiburón se había hundido. Joseph miraba el agua con la máscara sacando la cabeza sobre la orla del bote.

— ¿Ves algo? —gritó Thomas Hudson.

— Hay demasiada profundidad, señor Tom. Se hundió rápidamente. Ahora está en el fondo.

— Me hubiera gustado conservar sus mandíbulas —dijo el joven Tom—. ¿No te gustaría tenerlas colgadas y bien blanqueadas, papá?

— Yo creo que me darían pesadillas —observó Andrew—. Me alegro de no tenerlas.

— Buen trofeo —dijo el joven Tom—. Como para llevarlo al colegio.

— Serían de Dave si las tuviéramos —objetó Andrew.

— No, serían de Eddy —dijo el joven Tom—. Pero supongo que si se las pidiera él me las daría.

— Se las daría a Dave —protestó Andrew.

— No creo que debas volver a pescar tan pronto, Dave —dijo Thomas Hudson.

— Dejaré pasar un buen rato después de comer —dijo David—. Hemos de esperar a que baje la marea.

— Me refiero a reanudar tan pronto la pesca submarina.

— Pero Eddy ha dicho que estaba de acuerdo.

— Lo sé. Sin embargo, aún me dura el susto.

— Pero Eddy sabe...

— ¿Serías capaz de no ir sólo por darme gusto?

— Claro que sí, papá, si quieres. Pero a mí me gusta mucho nadar bajo el agua. Creo que es lo que más me gusta en el mundo. Y si Eddy dice...

— ¿Lo de las murenas? Eddy habló de murenas.

— Papá, *siempre* hay murenas. Tú me has enseñado a no tener miedo de las murenas y cómo tratarlas y en qué agujeros se refugian.

— Lo sé. Y también fui yo quien te dejó ir allá poco antes de presentarse el tiburón.

— Todos estábamos allí, papá. No te creas responsable de algo personal. Yo me alejé demasiado, se me escapó un pez al que había clavado el arpón y sangró, en el agua y eso atrajo al tiburón.

— ¿No se acercaba como un sabueso? —dijo Thómas Hudson tratando por todos los medios de liberarse de su emoción—. Otras veces los he visto avanzar a igual velocidad. Había uno que vivía más allá de Signal Rock y que se acercaba igual cuando olía una buena carnada. Lo que me avergüenza es no haber podido acertarle.

— Quizás estabas demasiado cerca, papá —dijo el joven Tom.

— Hice de todo menos pegarle.

— No iba por mí, papá. Iba por el pez que yo había pescado —dijo David.

— Te habría atacado a ti —dijo Eddy mientras ponía la mesa—. No te engañes a ti mismo pensando que no te habría atacado, con el olor a pescado y el agua a tu alrededor llena de sangre. Habría atacado. Hasta a un caballo. A todo. Por Dios, dejemos eso. Voy a necesitar otro trago.

— Eddy —dijo David—, ¿crees de verdad que no habrá peligro cuando baje la marea?

— Naturalmente. Ya te lo dije antes.

— No querrás hacer una cuestión de amor propio, ¿verdad David? —preguntó Thomas Hudson. Había dejado de contemplar el mar y parecía de nuevo tranquilo y bien. Sabía que lo que estaba haciendo David era lo que él hubiese hecho sin importar por qué y comprendió que estaba siendo egoísta.

— Papá, lo que quiero decir es que me gusta la pesca submarina más que nada en el mundo, que el día es maravilloso y que no sabemos cuándo podrá soplar... Y que Eddy dice...

— Eddy dice... —repitió David con una sonrisilla burlona.

— Eddy dice que os vayáis al diablo —gritó Eddy—. Y ahora venid a comer antes de que tire todo esto por la borda —refunfuñó, parado con la fuente de ensalada en la mano y la del pescado frito con puré de patata—. ¿Dónde se ha metido Joe? —preguntó.

— Ha ido en busca del tiburón.

— Está loco.

Cuando Eddy bajó y el joven Tom le tendía la fuente para servirse, Andrew preguntó en voz muy baja a su padre:

— Papá, ¿ Eddy es un borracho ?

Thomas Hudson estaba sirviendo la ensalada de patatas fría, cubierta de pimienta negra en polvo. Él mismo le había enseñado a hacerla a Eddy igual que la hacía en la Brasserie Lipp de París y era uno de los mejores platos que Eddy preparaba a bordo.

— ¿Viste cómo mataba al tiburón?

— Ya lo creo que lo vi.

— Pues los borrachos no disparan de ese modo.

Sirvió un poco de ensalada a Andrew y él se sirvió a su vez.

— Lo pregunto porque desde donde estoy le he visto tomar ocho copas de una misma botella en el rato que llevo aquí.

— Es *su* botella —explicó Thomas Hudson mientras servía más ensalada. Andrew comía muy de prisa, decía que lo había aprendido en el colegio—. Procura comer un poco más despacio, Andy. Eddy siempre se trae su botella a bordo. Casi todos los buenos cocineros beben un poco y algunos beben bastante.

— Pero él ha tomado ocho copas. Espera, ahora está bebiendo la novena.

— No seas pesado, Andrew —dijo David.

— ¡Terminad ya! —dijo Thomas Hudson, pero entonces el joven Tom decidió intervenir.

— Un hombre estupendo —dijo— salva la vida de tu hermano y porque toma un trago o unos tragos tú vas y le llamas borracho. No mereces tratar con personas.

— Yo no he dicho que sea borracho. Sólo le pregunté a papá si lo es. No tengo nada contra los borrachos. Sólo que me gusta saber si un hombre lo es o no.

— Voy a comprarle a Eddy una botella de lo que sea con el primer dinero que tengo y a beberla con él —dijo Tom dándose tono.

— ¿Qué pasa ahí? —La cabeza de Eddy apareció de pronto con el viejo sombrero de fieltro echado hacia la nuca y mostrando la piel blanca sobre el tostado de la cara y un cigarro colgando de la comisura de sus labios manchados de mermelina—. Que os pesque yo bebiendo algo más que cerveza y os rompo el alma —gritó—. A los tres. No habléis más de beber. ¿Quién quiere más puré de patatas?

— Por favor, Eddy —dijo Tom y Eddy desapareció hacia la cocina.

— Y van diez —dijo Andrew mirando hacia abajo desde la escalerilla.

— ¿Quieres callar, caballero jinete? —gritó Tom—. ¿Es que no sabes respetar a un gran hombre ?

— Come un poco más de pescado, David —dijo Thomas Hudson.

— ¿Cuál es ése gran cola amarilla ?

— No creo que haya tenido tiempo de guisarlo.

— Tomaré uno de éstos.

— Están riquísimos.

— Creo que el arpón les sienta muy bien y que están mejor si se comen en seguida, porque se desangran.

— Papá, ¿puedo pedir a Eddy que venga a tomar un trago con nosotros? —preguntó el joven Tom.

— Naturalmente —dijo Thomas Hudson.

— Ya ha tomado uno. Acuérdate —interrumpió Andrew—. Cuando subimos a bordo tomó uno. ¿No lo recuerdas ?

— Papá, ¿puedo pedirle que venga a tomar una copa con nosotros y que coma aquí con nosotros ?

— Naturalmente —dijo Thomas Hudson.

El joven Tom se dirigió a la cocina y Thomas Hudson le oyó decir: —Eddy, dice papá si quieres prepararte una copa y subir a bebería con nosotros y comer arriba en nuestra mesa.

— ¡Demonios, Tommy! A esta hora yo nunca como. Desayuno por la mañana y ceno por la noche. Eso es todo.

— ¿Y una copa con nosotros?

— Ya he tomado más de una, Tommy.

— ¿Quiere tomar una conmigo ahora? Deje que beba una cerveza con usted.

— Eso, sí —dijo Eddy.

Thomas Hudson oyó cómo se abría y se cerraba la nevera.

— A tu salud, Tommy —dijo Eddy.

Thomas Hudson oyó el entrechocar de dos botellas. Miró a Roger pero Roger

contemplaba el océano.

— A tu salud, Eddy —oyó decir al joven Tom—. Es un gran honor beber contigo.

— ¡Al diablo!, Tommy. Es un gran honor beber contigo. Me siento muy bien. ¿Me viste dispararle al tiburón ése?

— Naturalmente, Eddy. ¿De verdad no quieres comer algo arriba con nosotros?

— No, Tommy. De verdad.

— ¿Y no quieres que me quede aquí contigo para que no tengas que beber solo?

— No, Tommy. No te metas en esto, ¿quieres? No tengo que beber. Yo sólo tengo que cocinar para ganarme la maldita vida. Pero estoy bien, Tommy. Estupendamente. De verdad, ¿me viste matar al tiburón?

— No he visto nada en mi vida tan formidable, Eddy. Si te pedí quedarme aquí contigo es para que no estés solo.

— Nunca he estado solo en mi vida —dijo Eddy—. Soy feliz y aquí tengo todo lo que me hace feliz.

— De todos modos, Eddy, me gustaría quedarme contigo.

— No, Tommy. Coge esta otra fuente de pescado y vuelve arriba a donde te corresponde.

— Prefiero volver y quedarme contigo.

— No estoy enfermo, Tommy. Si lo estuviera me consideraría muy feliz teniéndote aquí, a mi lado. Pero me siento mucho mejor que nunca.

— Eddy, ¿estás seguro de que te queda bastante de esa botella?

— ¡Diablos! claro. Y si no tengo bastante, cogeré un poco de la de Roger o de la de tu padre.

— Bueno, entonces me llevaré el pescado arriba —dijo Tom—. Me alegro de que te sientas bien, Eddy. Es estupendo.

Tom llevó al sollado la fuente de pescado frito, dorado y crujiente, con cortes en los lados dejando ver su carne blanca, y la hizo circular entre los de la mesa.

— Eddy ha dicho que agradece la invitación pero que ya ha bebido una copa —dijo—. Además, no tiene costumbre de comer al mediodía. ¿Qué tal el pescado?

— Excelente —dijo Thomas Hudson—. Pruébalo —añadió dirigiéndose a Roger.

— Está bien —dijo Roger—. Lo intentaré.

— ¿Es que no ha comido nada, señor Davis? —preguntó Andrew.

— No, Andy. Pero voy a comer ahora.

**VIII**

DURANTE LA NOCHE Thomas Hudson solía despertarse y escuchaba la respiración acompasada de los chicos que dormían y la luz de la luna le permitía verlos a los tres, y a Roger, también dormido. Ahora dormía bien y sin agitarse.

Thomas Hudson era dichoso porque les tenía allí y no quería pensar que tenían que marchar. Antes de la llegada de ellos había aprendido a sentirse feliz y durante una temporada no demasiado corta tuvo que aprender a vivir y trabajar sin sentirse más solo de lo que en realidad era capaz de soportar, pero la llegada de sus hijos había puesto fin a la rutina vital protectora por él elaborada para protegerse. Ahora se estaba acostumbrando a saberla rota. Había sido una rutina grata, de trabajo duro y horas para hacer cosas, lugares en que guardar lo amado, de orden en comidas y bebidas, nuevos libros que leer y viejos libros que leer de nuevo. Una rutina en que la llegada del periódico constituía un acontecimiento y el que no llegara, como tantas veces ocurría, una decepción. A esa rutina había incorporado los detalles que él mismo había construido como todos los solitarios, a fin de no hundirse e incluso para creer que había vencido esa misma soledad, y había ido trazándose unas normas y conservaba sus costumbres y las ponía en práctica, consciente o inconscientemente. Sin embargo, desde que llegaron los chicos, no tener que cumplirlas había constituido un gran alivio.

En todo caso decidió que le iba a ser difícil empezar de nuevo más adelante con todo aquello y él sabía perfectamente lo que iba a ocurrir. El primer día, durante un rato, consideraría magnífico tener la casa limpia, poder pensar estando solo, leer sin oír charlar, mirar cosas sin tener que hablar de ellas y trabajar como es debido sin interrupciones, y después sabía que empezaría de nuevo la soledad. Sus tres hijos habían ocupado una gran parte de su ser y al ausentarse tenían que producir un vacío, y durante un tiempo aquello iba a ser muy doloroso.

Su vida estaba cimentada sólidamente en el trabajo, en su forma de existencia junto a la Corriente del Golfo, en aquella isla, y todo aquello resistiría bien. Las circunstancias, hábitos y costumbres, eran sólo un pretexto para aliviar su soledad, y ahora estaba seguro de haber abonado bien el terreno para que esa soledad volviera a invadirle, cuando los chicos se ausentasen. En fin, la cosa no tenía remedio. Eran cosas que iban a producirse en un futuro próximo y si habían de venir, de nada serviría preocuparse de antemano.

El verano hasta entonces había sido bueno y feliz. Todo cuanto pudo salir mal había salido bien, y Hudson no pensaba en las cosas espectaculares como lo de Roger y el hombre del muelle, o lo de David y el tiburón, sino en las muchas pequeñeces que habían resultado bien. Se dice a veces que la felicidad se presenta como una situación de aburrimiento, pensó Thomas Hudson, despierto en la cama, pero es porque la gente aburrida es a veces feliz, y los inteligentes que andan por el mundo procurando hacerse desgraciados y hacer desgraciados a los demás. Para él la felicidad nunca había sido aburrida. Siempre se le antojó tan excitante como el dolor para la gente que era capaz de sentirla. Quizá nada de esto fuese cierto, pero durante mucho tiempo él lo había creído así y durante aquel verano habían sido todos casi un mes felices y ahora, durante las noches, Hudson sentía añoranza de su felicidad aun antes de que ésta se le hubiese ido.

Sabía casi todo lo que hay que saber sobre el vivir solo, y también había sabido lo que es vivir con alguien a quien se ama y que corresponde a ese amor. Siempre había querido a sus hijos pero nunca sin darse cuenta de lo mucho que los quería y de lo triste que era vivir sin ellos. Deseó intensamente tenerlos siempre cerca y estar casado con la madre de Tom. Luego pensó que era un deseo tan absurdo como el ansiar todas las riquezas del mundo para gastarlas inteligentemente; o como poder dibujar como Leonardo y pintar como Pieter Brueghel; o como poder tener el derecho

absoluto a prohibir el mal y detectar de manera infalible cuando éste empieza y cortarlo de un modo sencillo como apretando simplemente un botón. Y mientras tanto, estar siempre sano y vivir eternamente, sin experimentar la decadencia de la mente ni la del cuerpo. Así pensaba despierto en mitad de la noche. Pero aquellas cosas que le gustaría tener no todas podía tenerlas, como no podía tener a sus hijos; ni el ser amado podía estar vivo sin ese ser: había muerto o había desaparecido de la vida de uno. Y entre todas las cosas que no podía tener, había otras que no estaban fuera de su alcance y una de ellas era saber cuándo se sentía dichoso y disfrutarlo mientras eso duraba y era bueno. Había muchas cosas que le hacían dichoso mientras las tenía, pero ahora, durante el mes que iba transcurriendo, cuatro personas formaban algo tan estupendo como, en cierto modo, lo fuera en otro tiempo una sola persona para él, y hasta ahora no había habido escollos en esa dicha. No había habido ningún dolor.

Ni siquiera le importaba ahora estar despierto. Recordó aquella vez que no pudo dormir y se pasó la noche despierto reprochándose haber sido tan tonto como para dejar que le quitasen a sus tres hijos. Estaba seguro de que hizo las cosas sin poder evitarlo o al menos creyéndolo así y seguro de haber ido pasando de un catastrófico error de apreciación a otro. Ahora, aceptaba todo como parte de su pasado y no le perseguían los remordimientos. Se había comportado como un tonto y eso no le gustaba, pero todo aquello terminó y sus hijos estaban con él y ellos le querían y él los quería. De momento eso era todo.

Al terminar su estancia los chicos marcharían y él volvería a quedar solo aunque únicamente por algún tiempo, dentro de un compás de espera, hasta tenerles otra vez. Si Roger se quedaba a su lado para trabajar y le hacía compañía, todo iba a ser mucho más fácil. Pero con Roger uno no podía estar nunca seguro de nada porque nadie sabía realmente lo que iba a hacer. Sonrió en la oscuridad pensando en Roger y llegó a compadecerle hasta decidir que esto era una deslealtad porque a Roger le reventaba la compasión. Dejó de pensar y escuchando la acompasada respiración que lo rodeaba se quedó dormido.

Volvió a despertarse cuando la luz de la luna le daba en la cara y volvió a pensar en Roger y en las mujeres con las que se había complicado. Él y Roger se habían portado estúpidamente con las mujeres. Pero como no le agradaba recordar sus estupideces siguió recordando las de Roger.

«Pero no voy a compadecerle», se dijo, «así no seré desleal. También yo me he metido en bastantes líos de mujeres, así que pensar en los de Roger no es traicionarlo. Claro que mi caso es distinto porque en realidad yo sólo he amado a una mujer y la perdí y sé muy bien la causa. Pero ya estoy harto de pensar en eso y creo que será mejor que tampoco piense en Roger». Pero aquella noche, a causa de la luz de la luna, que como siempre no le dejaba dormir, Thomas Hudson pensó en Roger y en sus líos, graves o chuscos.

Pensó en la última mujer de quien Roger había estado enamorado cuando vivían los dos en París, y en lo hermosa y falsa que le pareció cuando Roger la llevó a su estudio. Roger no veía en ella nada de falso. Era para él una nueva ilusión, y puso a sus pies todo el gran talento que tenía para la fidelidad, hasta que ambos estuvieron libres y pudieron casarse. Pero de pronto, en el transcurso de un mes, todo cuanto siempre estuvo claro para los otros se fue aclarando ante los ojos de Roger. El día en que lo comprendió tuvo que ser amargo verdaderamente, pero el proceso de ir descubriéndolo duró seguramente algún tiempo hasta que un día se presentó en su estudio. Se puso a mirar los cuadros y empezó a hablar de ellos de forma crítica y muy inteligente.

— Le he dicho a Ayers que no me voy a casar con ella —dijo después.

— Bueno —dijo Thomas Hudson—. ¿Se ha sorprendido?

— No demasiado. Habíamos hablado un poco de ello. Está vacía.

— ¿De verdad? —dijo Thomas Hudson—. ¿En qué sentido?

- En todos. Ya puedes cortarla como quieras.
- Creí que te gustaba.
- No. Lo he intentado, pero sólo al principio lo conseguí. Estaba enamorado de ella.
- ¿Qué es estar enamorado?
- Deberías saberlo.
- Sí —admitió Thomas Hudson—. Debería saberlo.
- ¿A ti te gustaba?
- No, y desde el principio la encontré insoportable.
- ¿Por qué no me dijiste nada?
- Era tu novia, y tú nunca me lo preguntaste.
- Le he dicho que no me caso, pero ahora tengo que mantenerlo.
- Será mejor que te largues.
- No —dijo Roger—. Que se marche ella.
- Pensé que así resultaría más sencillo.
- Esta ciudad es tan mía como suya.
- Desde luego —admitió Thomas Hudson.
- ¿Te has encontrado en mi mismo caso y te saliste con la tuya, verdad? —preguntó Roger.
- Sí. No siempre se las puede ganar. Pero puede conseguirse que se larguen. ¿Por qué no cambias de *quartier*?
- Me encuentro muy bien en donde estoy —dijo Roger.
- Recuerdo la fórmula: *Je me trouve très bien ici et je vous prie de me laisser tranquille*<sup>10</sup>.
- Empieza con un: *Je refuse de recevoir ma femme*<sup>11</sup> —dijo Roger—, y eso se lo dices a un *huissier*<sup>12</sup>. Pero esto no es un divorcio, sólo es una ruptura.
- Pero, ¿no crees que te va a resultar duro si vuelves a verla?
- No. Eso me curará. Verla y oírla hablar.
- ¿Y ella?
- Ella puede arreglárselas sola. Ya lo hizo muchas veces en estos últimos cuatro años.
- Cinco —corrigió Thomas Hudson.
- Creo que el primer año no era tan falsa.
- Será mejor que te vayas —dijo Thomas Hudson—. Si no llegas a la conclusión de que en el primer año era falsa igual, más vale que te largues bien lejos.
- Ella escribe unas cartas que no te cuento. Si me voy será peor. No. Me quedaré en la ciudad y voy a seguir viviendo. Tengo que curarme esto para siempre.

Después que él y la chica se separaron en París, Roger siguió viviendo, sin detenerse en nada, la vida de ciudad. Solía bromear sobre ello e incluso se burlaba un poco de sí mismo pero para sus adentros estaba molesto por haber hecho el tonto; se adueñó de su capacidad de ser fiel, el mejor de sus talentos sólo comparable al que tenía para

<sup>10</sup> Estoy muy bien aquí y le ruego que me deje tranquila.

<sup>11</sup> Me niego a recibir a mi mujer.

<sup>12</sup> Ujier.

pintar y para escribir, y algunos otros rasgos humanos y animales que poseía, y la destrozó y la tiró miserablemente. Cuando llevaba aquella clase de vida no era bueno para nadie, ni siquiera para sí mismo y él lo sabía y le molestaba, pero se complacía en derribar los pilares del templo. Era un templo sólido, perfectamente cimentado, y cuando ese templo existe en el interior de alguien no es cosa fácil de destruir, pero Roger hizo cuanto estuvo en su mano por derribarlo.

Tuvo tres chicas seguidas y Thomas Hudson ni se molestó en tratarlas, alegando «que las dos últimas le recordaban demasiado a la primera». Y la primera había surgido inmediatamente después del rompimiento con aquella otra. Procedía de un mundo demasiado bajo, indigno de Roger. A pesar de lo cual, hizo una gran carrera tanto en la cama como fuera de ella, y acabó quedándose con un buen pellizco de una de las primeras fortunas del país y casándose con otro hombre. Se llamaba Thanis, pero Thomas Hudson recordaba que Roger sonreía irónicamente al oírlo, y que nunca lo pronunció y que además solía llamarla Putita la Grande. Era morena y tenía una piel deliciosa y el aspecto de un miembro muy joven, refinado y vicioso de la familia Cenci. Tenía la moral de un aspirador y el alma de una máquina tragaperras, buena figura y una expresión de vicio encantadora y se quedó con Roger el tiempo suficiente para prepararse el primer buen peldaño de su carrera ascendente en la vida.

Fue la primera mujer en la vida de Roger que le abandonó, y ello le impresionó con tal fuerza que las dos chicas con las que vivió más tarde se parecían a ella como dos gotas de agua. Pero las dejó él; realmente las dejó y Thomas Hudson pensó que eso lo hacía sentir mejor, aunque no bien del todo.

Es posible que haya procedimientos más aconsejables para terminar con una mujer sin ser grosero ni que se haya producido la menor discusión: dejarla a las 21 horas ante una mesa de restaurante, excusándose por ir al lavabo y no, volver. Pero como dijo Roger, él había pagado la cuenta al irse y le gustaba esa última visión de ella sentada en la mesa del rincón, en un decorado que les iba perfectamente y que tanto le agradaba.

A la segunda había pensado dejarla precisamente en el *Stork*, el local que ella prefería, pero temió que al señor Billingsley no le gustara y necesitaba pedir al señor Billingsley algún dinero prestado.

— ¿Dónde la dejaste? —preguntó Thomas Hudson.

— En *El Morocco*, para poder recordarla después entre esas cebras. Le gustaba también *El Morocco*. Aunque creo que el *Club Room* era la sala que llevaba verdaderamente en el corazón.

Después de esta aventura Roger se lió con una de las criaturas más engañosas que Thomas Hudson conoció en su vida. Físicamente era distinta a los tres últimos ejemplares de los Cenci o los Borgia de Park Avenue. Tenía aspecto sano, pelo leonado, hermosas piernas, largas y bien formadas, muy buena figura y el rostro vivaz e inteligente. Sin ser realmente hermosa, resultaba más agradable a la vista que la mayoría de las caras. Tenía los ojos preciosos, era inteligente, muy amable, y encantadora cuando se la conocía por primera vez, y era una perfecta borracha. No borracha perdida y el alcoholismo no se le notaba todavía, pero bebía sin remedio. Por regla general es fácil conocer por los ojos al alcohólico, y Roger estaba acostumbrado a identificarlos. Pero aquella chica, Kathleen, tenía los ojos oscuros, realmente hermosos, que armonizaban con el pelo y las graciosas pecas, que la salud le pintaban en la nariz y en las mejillas; y en aquellos ojos nada se leía de lo que estaba pasando. Parecía una muchacha de vida saludable que viviera en el campo o en la playa y daba la impresión de ser muy feliz. Pero no era más que una chica que bebía. Estaba embarcada en un extraño viaje a un determinado lugar y durante un tiempo llevó a Roger con ella.

Pero una mañana Roger se presentó en el estudio que Thomas Hudson había alquilado en Nueva York, con el dorso de la mano izquierda lleno de quemaduras de cigarrillos.

Era como si alguien se hubiera entretenido en apagar colillas sobre la superficie de una mesa, sólo que la superficie de la mesa era el dorso de la mano de Roger.

— Esto es el resultado de lo que se le ocurrió hacer anoche —dijo—. ¿Tienes un poco de yodo? No quiero que me lo vean en la farmacia.

— ¿De quién estás hablando ?

— De Kathleen, la deportista.

— Pero tú lo aceptaste.

— Parecía divertirse y hay que hacer lo que les gusta, ¿no?

— Tienes unas hermosas quemaduras.

— ¿De veras? Pienso largarme de la ciudad una temporada.

— Vayas donde vayas irás contigo mismo.

— Sí. Pero no pienso llevarme a unas cuantas personas que conozco.

— ¿A dónde piensas ir?

— Al Oeste, por algún tiempo.

— No creo que la geografía pueda curarte.

— No, pero llevar una vida saludable y trabajar mucho no va a perjudicar a nadie. El no beber tampoco puede curarme, pero la bebida no me sirve de nada.

— Pues vete donde quieras, demonios. ¿Quieres ir al rancho?

— ¿Todavía es tuyo?

— Una parte.

— ¿No hay inconveniente en que vaya?

— Pues claro que no —dijo Thomas Hudson—, pero está sin cultivar hasta la primavera, y en primavera tampoco es muy cómodo.

— Lo prefiero así —dijo Roger—. Tengo intención de volver a empezar.

— ¿Cuántas veces has decidido volver a empezar?

— Demasiadas —había terminado por admitir Roger—. No es preciso que me lo refriegues.

Iba pues a empezar de nuevo, pensó Thomas Hudson. ¿En qué pararía todo aquello? ¿Cómo podía pensar que malgastando su talento y escribiendo de encargo para ganar dinero podía prepararse para escribir bien y honestamente? Todo cuanto hace un pintor o escribe un escritor no es más que una parte de su adiestramiento y una preparación para su obra futura. Roger había tirado y malgastado su talento, pero tal vez tuviese suficiente fuerza animal y bastante independencia de juicio para volver a empezar. «Todo escritor que valga puede escribir una buena novela siempre que sea honrado consigo mismo», pensó Thomas Hudson. Pero todo el tiempo que Roger debió emplear en el aprendizaje, Roger sólo hizo que malgastar su talento, y ¿cómo saber si ese talento existía aún? Sin hablar del oficio. «¿Cómo creer que el oficio es algo que puede ser despreciado y olvidado? Por mucho orgullo que se tenga, si se desprecia el oficio, ¿cómo esperar que siga estando al servicio de tus manos y de tu cerebro cuando llega el momento de necesitarlo?», pensó Thomas Hudson. Por eso no hay sustituto para el oficio ni tampoco lo hay para el talento, ni se puede conservar en un cáliz. El talento está en uno mismo, en el corazón, en la cabeza, en cada partícula del ser. Y la artesanía también, pensó después; no es sólo un conjunto de herramientas que hay que aprender a manejar.

«Tengo mucha suerte en ser pintor», pensó Thomas Hudson. Los pintores tenemos más armas para el trabajo. Las manos, para empezar. La materia en ellas es algo real

y tangible. Roger, en cambio, tiene que aprender a utilizar acertadamente lo que hasta ahora ha tirado y malbaratado, y todo eso está en su cabeza. Pero en el fondo de él hay algo de bueno, delicado y hermoso. Esta última palabra me infundiría un enorme respeto si yo fuese escritor. Pero tiene algo que es igual que él, y si pudiera escribir igual que peleó en el puerto, su obra resultaría cruel, pero buena. Y si pudiera pensar con la misma sensatez que demostró tras la pelea sería más que bueno.

La luz de la luna había dejado de iluminar la cabeza de Thomas Hudson y poco a poco dejó de pensar en Roger. Pensar en él de nada había de servir. O puede hacerlo o no puede. «Quisiera poder ayudarlo», pensó Thomas Hudson. «Y hasta quizá le ayude», y se quedó dormido.

## IX

CUANDO EL SOL LO DESPERTÓ Thomas Hudson bajó a nadar a la playa y desayunó antes de que los otros se levantasen. Eddy auguró un día de poco viento y hasta de calma. Añadió que los aparejos estaban dispuestos en el barco y que había encargado a un chico que trajese cebo.

Thomas Hudson preguntó si había repasado las líneas, pues hacía tiempo que no iban en el bote a cobrar piezas grandes, y Eddy aseguró que los había probado y que había tirado la línea que estaba en malas condiciones. Dijo que iban a tener que comprar un poco más de línea del treinta y seis y bastante más del veinticuatro. Thomas Hudson prometió encargarla. Entretanto Eddy cuidó de añadir la que estaba en malas condiciones y los dos grandes carretes quedaron completos. También había limpiado y afilado los anzuelos grandes y las guías y repasado los mosquetones.

— ¿Cuándo has hecho todo eso?

— Me quedé levantado anoche añadiendo línea —dijo Eddy—. Y repasé la red nueva. La inaldita luna no me dejaba dormir.

— ¿También te molesta la luna llena para dormir?

— Como el diablo —dijo Eddy.

— Eddy, ¿crees de veras que es malo dormir a la luz de la luna?

— Eso dicen los viejos. Yo no sé. Pero de todas formas no me siento bien.

— ¿Crees que pescaremos algo hoy?

— Nunca se sabe. En esta época del año hay buenas piezas por aquí. ¿Van a ir hasta las islas Isaac?

— Eso quieren ellos.

— Tendríamos que salir inmediatamente después del desayuno. No quiero hacer comida a bordo. Llevaré ensalada de patatas y marisco y unos bocadillos. Tenemos un jamón que nos llegó en la última lancha y lechuga y mostaza y *chutney*<sup>13</sup>. No creo que la mostaza sienta mal a los chicos, ¿no?

— Yo creo que no.

— A mí no me dejaban tomar mostaza, de niño. Pero el *chutney* está muy bueno. ¿Usted lo ha probado entre pan alguna vez? ¿Como bocadillo?

— No.

— La primera vez que lo vi no sabía qué era y lo tomé untado en el pan, como mermelada. Como está bueno de verdad es sobre una tostada.

— ¿Por qué no preparas un *curry*<sup>14</sup> un día de estos?

— En la próxima lancha nos traerán una pierna de cordero. Espere a probarla... me imagino que una sola vez, con el apetito que tienen Tommy y Andrew. Luego haré un *curry*.

— Estupendo. ¿Quieres que te haga algo antes de salir?

— Nada, Tom. Sólo que les obligue a levantarse. ¿Quiere que le prepare un trago? Ya que hoy no va a trabajar, podría prepararle algo. Tomaré una cerveza fría con el desayuno.

---

<sup>13</sup> *Chutney*: Pasta hecha con especias, azúcar, ácidos, fruta y variantes. (N. del t.)

<sup>14</sup> *Curry*: Condimento muy fuerte a base de especias. (N. del t.)

— Buena cosa. Acaba con las flemas del despertar.

— ¿Vino Joe?

— No, se fue con el muchacho a buscar el cebo. Le serviré el desayuno ahí fuera.

— Voy a ver el barco.

— Váyase tranquilo. Tome su cerveza fresca y lea el periódico. En el barco está todo listo. En seguida le llevo el desayuno.

El desayuno era un picadillo de *corned-beef* con un huevo encima, café con leche y un gran vaso de zumo de pomelo helado. Thomas Hudson dejó el café y el zumo y con la carne tomó una botella de cerveza *Heinekens* muy helada.

— Guardaré el zumo en la nevera para los chicos —dijo Eddy—. Bastante cerveza no está mal para el desayuno, ¿eh?

— Un paso más y me haré un borracho, ¿verdad, Eddy?

— Usted nunca será un borracho. Le gusta trabajar.

— Hay que admitir que una copa al levantarse sienta estupendamente.

— Desde luego. Sobre todo de esa clase de cerveza.

— Pero yo no podía tomarla si ahora tuviese que trabajar.

— Bueno, pero si hoy no trabaja, ¿por qué preocuparse? Termine ésa y le traeré otra.

— No. No quiero más que una.

Salieron hacia las nueve de la mañana y avanzaron con la marea remontando el canal. Thomas Hudson gobernaba el timón en lo alto del barco y enderezó la embarcación más allá del banco y fue hacia donde podía verse con toda claridad la línea oscura de la Corriente del Golfo. El agua era tan clara y estaba tan en calma que a treinta brazas se distinguía perfectamente el fondo, y a cuarenta seguían viéndolo más nebuloso, con las gorgonias meciéndose en la marea, hasta que se hizo más profundo ya en plena corriente.

— Creo que hará buen día, papá —dijo Tom—. Y aquí la corriente parece buena.

— Es una corriente maravillosa. Mira cómo se rizan los remolinos cerca del borde.

— ¿No es la misma agua que tenemos en la playa delante de casa?

— Algunas veces, Tommy. Ahora la marea, al bajar ha barrido la corriente hacia afuera de la boca del puerto. En cambio en la playa la corriente penetró otra vez.

— Allí el agua es casi tan azul como aquí. ¿Por qué es tan azul el agua de la corriente?

— Tiene distinta densidad. Es un tipo de agua completamente diferente.

— Pero la profundidad la hace más oscura.

— Sólo si miras hacia abajo. A veces el plancton le da un tono casi púrpura.

— ¿Por qué?

— Supongo que porque añade rojo al azul. Si al Mar Rojo lo llaman así es precisamente porque su fauna y flora le dan ese tono. Hay mucho pez y mucha planta rojos en él.

— ¿Te gustaba el Mar Rojo, papá?

— Me encantaba. Cuando lo visité, hacía un calor espantoso pero nunca he visto arrecifes como aquellos, y durante los monzones está lleno de peces. Te gustaría, Tom.

— He leído dos libros sobre el Mar Rojo, en francés, de un tal señor de Montfried. Eran muy buenos. Él se dedicaba al comercio de esclavos. No a la trata de blancas sino al

comercio de esclavos de verdad, como en los viejos tiempos. Es amigo del señor Davis.

— Lo sé —dijo Thomas Hudson—. Yo también lo conozco.

— El señor Davis me contó que el señor de Montfried estuvo en París una vez y que cuando salía a alguna parte con una señora obligaba al conductor del taxi a bajar la capota del automóvil para él indicar, por las estrellas, adonde quería ir. Si estaba en el *Pont de la Concorde* y quería ir a la *Madeleine*, en lugar de decir al taxista que le llevase a la *Madeleine* o que cruzase la *Place de la Concorde* y subiese por la *Rué Royale*, que es lo que yo hubiera hecho, el señor de Montfried avanzaba hacia la *Madeleine* simplemente guiándose por la estrella del Norte.

— No conocía esa anécdota del señor de Montfried —dijo Thomas Hudson—, pero he oído otras.

— Es una forma muy complicada de ir por París, ¿verdad, papá? En un determinado momento dice el señor Davis que él también pensó en dedicarse al comercio de esclavos, pero hubo algún inconveniente, no recuerdo qué era. ¡Ah, sí!, porque el señor de Montfried había dejado lo de los esclavos para dedicarse al comercio del opio, eso era.

— ¿Y el señor Davis no quiso dedicarse también al tráfico del opio?

— No. Me parece que dijo que el asunto del opio lo dejaba para el señor de Quincey y el señor Cocteau. Dijo que les iba tan bien a los dos que no quería molestarlos. Confieso que no le entendí. Papá, tú siempre me has explicado todo lo que te pregunto, pero algunas veces no quería interrumpir una conversación para preguntar algo que no entendía y me quedaba con la incógnita. Ésa es una de ellas.

— Debes tener un buen montón guardadas.

— Centenares, miles tal vez. Todos los años me libero de una gran cantidad de ellas descubriendo el significado por mí mismo, pero tengo que preguntarte muchas todavía. Puede que el curso próximo haga con ellas una lista como una composición de inglés. Algunas son especiales para un trabajo así.

— ¿Te gusta el colegio, Tom?

— Es una de las cosas que uno tiene que hacer. No creo que a nadie le guste que haya otras cosas, ¿verdad?

— No lo sé. Yo lo odiaba.

— ¿Tampoco te gustaba la Escuela de Arte ?

— No. Me gustaba aprender a dibujar, pero no la parte técnica, lo que había de ser estudiado.

— A mí me da igual —dijo Tom—, pero cuando se ha vivido con personas como el señor Joyce y el señor Pascin y tú y el señor Davis, tratar sólo con muchachos parece demasiado infantil.

— Pero lo pasas bien, ¿no?

— Pues sí; tengo muchos amigos y me gustan todos los deportes que no sean tirar y recoger una pelota, y estudio de verdad, papá. Pero no puede decirse que sea una gran vida.

— Eso pensaba yo —dijo Thomas Hudson—. Pero veo que sabes sobrellevarla bien.

— Sí. La sobrellevo lo mejor que puedo. Pero algunas veces la encuentro asfixiante.

Thomas Hudson miró a popa donde el barco iba dejando una estela rizada sobre el mar tranquilo y los señuelos colgaban por encima del pescante, arrastrándose sobre el agua, alzándose y hundiéndose ligeramente según el ritmo de la espuma levantada por la estela que alteraba la superficie en calma. David y Andrew ocupaban las sillas

de pesca cada uno sujetando una caña. Thomas Hudson sólo podía verles la espalda porque los dos tenían los ojos fijos en la popa, vigilando los cebos. Hudson miró algunos bonitos que saltaban delante sin agitar el agua ni salpicarla, sino saliendo y dejándose caer limpiamente. Vio uno y otro y hasta dos juntos saltar sin alterar apenas la superficie al elevarse y brillando al sol, o al caer cabeza abajo para hundirse en el agua casi sin salpicar.

— ¡Un pez! —oyó gritar al joven Tom—. ¡Un pez! Míralo, Dave. Está detrás de ti, ¡fíjate!

Thomas Hudson vio como un remolino en el agua pero no pudo distinguir el pez. David tenía sujeto el soporte de la caña y miraba el broche que aseguraba la línea del botalón formando un arco sobre el agua y cortando la superficie al avanzar.

— ¡Clávalo, David! —gritó Eddy que acababa de unirse al grupo—. ¡Clávalo ahora!

— ¡Clávalo, Dave, por lo que más quieras! —suplicó Andrew.

— Callaos —gritó David—. Lo estoy tanteando.

Aún no lo había enganchado y la línea seguía saliendo en el mismo ángulo, mientras la caña se arqueaba y el muchacho seguía esforzándose por mantenerla firme, y a medida que la línea salía Thomas había regulado los motores de manera que el barco apenas avanzaba.

— Por lo que más quieras, clávalo de una vez, Dave —gritó Andrew, o deja que yo lo haga.

Pero David seguía sujetando la caña y mirando cómo la línea se movía en el mismo ángulo. Había aflojado la tensión.

— Es un pez espada, papá —gritó—. Cuando tragó el anzuelo le vi la espada.

— ¡Júralo! —dijo Andrew—. ¡Dios mío!

— Ahora tienes que tirar —dijo Roger que se había situado junto al muchacho. No apoyaba la espalda en la silla y aseguraba la correa en el *reel*—. ¡Tira fuerte, David! Tienes que engancharlo ahora.

— ¿Cree usted que lo tuvo bastante tiempo? —preguntó David—. ¿No le parece que tiene el anzuelo en la boca y nada con él?

— Mejor será que tires de la caña y lo claves antes de que lo eche fuera.

David afirmó los pies. Tensó la línea con la mano derecha y tiró con todas sus fuerzas en sentido contrario a la dirección del pez. Una y otra vez repitió el movimiento hasta curvar la caña como si fuera un arco, pero la línea siguió saliendo al mismo ritmo. El pez no acusó el esfuerzo.

— Inténtalo otra vez, David —gritó Roger—. Clávaselo de veras.

David obedeció empleando toda su fuerza y la línea comenzó a salir con un silbido, curvando de tal modo la caña que le era muy difícil sujetarla.

— Dios mío —dijo emocionado—, creo que esta vez lo conseguí.

— Ahora suelta línea —dijo Roger—. Ayúdale Tom, vira con él y no pierdas de vista la línea.

— Vira con él y no pierdas de vista la línea —repitió Thomas Hudson—. ¿Estás bien, Dave?

— Muy bien, papá. ¡Dios mío! Si logro pescar ese bicho.

Thomas Hudson viró el barco casi ciento ochenta grados. La línea empezaba a escasear en el *reel* de David, y Thomas Hudson se acercó más al pez.

— Tensa ahora y cobra línea —gritó Roger—. ¡Cánsalo, Dave!

David soltaba y recogía, soltaba y recogía con la regularidad de una máquina e iba recuperando bastante línea en el *reel*.

— Nadie en nuestra familia pescó nunca un pez espada —dijo Andrew.

— ¿Quieres callar? No lo estropees.

— Bueno —dijo Andrew—. Desde que se tragó el anzuelo no hago más que rezar.

— ¿Crees que le aguantará la boca? —preguntó el joven Tom a su padre, que seguía gobernando el timón, mirando a popa y vigilando la línea blanca dentro del agua oscura.

— Espero que sí. David no tiene la suficiente fuerza para una lucha muy dura.

— Haré cualquier cosa si lo pescamos —dijo el joven Tom—. ¡Cualquier cosa! Lo haría todo, lo prometo. Andy, dale un poco de agua.

— Aquí tengo un poco —dijo Eddy—. Tú sigue batallando, Dave.

— No te acerques tanto —gritó Roger, que era un gran pescador. Él y Thomas Hudson se entendían a la perfección a bordo.

— Lo pondré a popa —dijo Thomas Hudson, e hizo virar el barco tan fácil y suavemente que la popa apenas perturbó la tranquilidad del mar.

El pez se movía a bastante profundidad y Thomas Hudson cambió la posición del barco para aligerar en lo posible la tensión de la línea. Pero con sólo un efecto de marcha atrás con la popa avanzando lentamente hacia el pez, la línea ya no formaba ángulo sino que apuntaba hacia abajo experimentando sucesivas sacudidas y la caña, en manos de David, se agitaba a su mismo compás. Thomas Hudson hizo avanzar el barco un poco para que el muchacho no tuviera que mantener la línea tan tirante. Sabía que de ese modo la espalda le dolería necesariamente, pero era preciso economizar toda la línea posible.

— No puedo forzarla más —gritó David—. Acabaría rompiéndose. ¿Qué hará el pez, señor Davis?

— Seguirá avanzando hasta que tú lo impidas. O hasta que se canse. En ese preciso instante tendrás que tratar de hacerlo subir —dijo Roger.

La línea seguía saliendo y descendiendo, saliendo y descendiendo, saliendo y descendiendo. La caña estaba tan arqueada que parecía a punto de romperse y la línea tan tensa como la cuerda afinada de un violoncelo y ya no quedaba mucha en el *reel*.

— ¿Qué hago ahora, papá?

— Nada. Has hecho todo lo posible.

— ¿Dará en el fondo?

— Aquí no hay fondo, David —dijo Roger.

— Tú aguanta, Dave... Acabará cansándose y subirá a la superficie.

— Estas malditas correas acabarán conmigo —dijo David—. Me están cortando los hombros.

— ¿Me dejas tu sitio? —preguntó Andrew.

— No, estúpido. He dicho lo que me hacen pero no que me importe.

— Ponle el correaje de cintura —gritó Thomas a Eddy—. Y si las correas son demasiado largas utiliza hilo fuerte.

Eddy ajustó el ancho cojín a la cintura del muchacho y aseguró las anillas a las correas de tela que iban desde ella al *reel*, empleando hilo fuerte.

— Así está mejor —dijo David—. Gracias, Eddy.

— Ahora lo puedes aguantar también con la espalda explicó Eddy.

— Creo que se me acaba la línea —gritó David. ¡Maldito pez!, ¿por qué ha de seguir hundiéndose ?

— Tom —gritó Eddy—. Un poco hacia el noroeste. Parece que se mueve.

Thomas Hudson accionó el timón y el barco avanzó lenta y suavemente mar adentro. Divisaron una extensión de agua cubierta de algas amarillas procedentes del golfo con una gaviota posada en ellas. La superficie en torno estaba tan tranquila y clara y azul que al mirarla casi se veían luces como reflejos de un prisma en donde la luz se descompone.

— ¿Has visto, Davy? —dijo Eddy a David—. Ahora no pierdas línea.

El muchacho no podía alzar la caña pero la línea ya no se hundía en el agua. Seguía como antes, tensa, y tal vez no quedasen cincuenta metros en el carrete, pero no la dejaba escapar. David aguantaba y el barco continuaba su curso. Thomas Hudson no perdía de vista el arco que formaba la blanca línea hundida en el agua azul, mientras la embarcación avanzaba lentamente y los motores giraban con tal suavidad que apenas podían oírse.

— ¿Te das cuenta, Davy? Primero bajó hasta donde quiso y ahora avanza hacia donde quiere ir. Pronto podrás cobrar otra vez.

La bronceada espalda del muchacho se arqueaba, la caña se inclinaba, la línea se movía despacio a través del agua y la lancha se deslizaba por la superficie despacio también; a un cuarto de milla de profundidad el enorme pez nadaba. La gaviota abandonó el espacio de algas para volar hacia la embarcación. Revoloteó en torno a la cabeza de Thomas Hudson mientras él gobernaba el timón. Luego fue hacia otra extensión de algas amarillas sobre las aguas.

— Tira un poco de la línea, ahora —gritó Roger—. Si la aguantas tal vez puedas.

— Adelántela un poco más —gritó Eddy mirando hacia el puente y Thomas Hudson siguió la indicación e hizo avanzar el barco todo lo suavemente que pudo.

David trató de cobrar línea una y otra vez pero sólo consiguió que la caña se arqueara y que siguiera más tensa. Era como haber enganchado en un ancla móvil.

— No importa —dijo Roger—. Otra vez será. ¿Tú qué tal estás, Davy?

— Estupendamente —afirmó David—. Con este correa en la espalda estoy muy cómodo.

— ¿Crees que puedes aguantar? —preguntó Andrew.

— Cállate la boca —dijo David—. Eddy, ¿puedo beber un poco de agua?

— ¿Dónde la dejé? —preguntó Eddy—. Seguramente se ha derramado.

— Voy por más —gritó Andrew corriendo hacia abajo.

— ¿Puedo ayudarte, Dave? —preguntó el joven Tom—. Voy arriba con papá, no quiero molestar.

— Gracias, Tom. Maldita sea, ¿por qué no lo puedo levantar ?

— Es enorme, Dave —terció Roger—. No puedes cansarlo fácilmente. Tienes que guiarlo y convencerlo del sitio por donde tiene que salir.

— Déme usted instrucciones y le juro que las seguiré hasta morir —dijo David—. Tengo toda la confianza en usted.

— No hables de morir —dijo Roger—. Ese no es modo de hablar.

— Pero lo he dicho en serio —dijo David—. De veras.

El joven Tom subió al puente alto con su padre y miraron abajo, hacia David inclinado sobre su pez, con Roger al lado y Eddy sujetando la silla mientras Andrew le acercaba un vaso a los labios. David se enjuagó la boca y escupió el agua.

— Andy, por favor, mójame las muñecas —rogó.

— Papá, ¿crees que podrá resistir a ese pez? —preguntó Tom a su padre en voz baja.

— Es un pez enorme para él.

— Tengo miedo —dijo Tom—. Quiero mucho a David y no quiero que ningún pez del diablo lo mate.

— Tampoco lo quiero yo, ni Roger, ni Eddy.

— Bueno. Hay que tener cuidado. Si se cansa demasiado, que el señor Davis se haga cargo del animal. O tú, papá.

— Aún le falta mucho para estar realmente cansado.

— Tú no conoces a David como yo, papá. Para agarrar ese pez sería *muy* capaz de dejarse matar.

— No te preocupes, Tom.

— No puedo evitarlo —dijo el joven Tom—. En la familia soy siempre el que se preocupa. Supongo que lo superaré.

— No tienes por qué preocuparte ahora —dijo Thomas Hudson.

— Pero papá, ¿cómo va a hacer un niño como David para pescar ese pez tan grande? Hasta ahora sólo ha pescado pececillos.

— El animal acabará cansándose. Es él el que lleva el anzuelo en la boca.

— Pero es monstruoso —dijo Tom—, y David está tan atado a él como él a David. No puedo creer que acabe pescándolo. Sería demasiado maravilloso, pero quisiera que tú o el señor Davis le ajustaseis las cuentas a ese bicho.

— Dave se está portando muy bien.

Se adentraban cada vez más en el mar, pero seguía reinando calma chicha. Ahora se veían abundantes espacios de algas del golfo, rubias de sol, por lo cual destacaban amarillas sobre el agua color púrpura. A veces la línea blanca y tensa que avanzaba con lentitud, cortaba las algas y Eddy se inclinaba para librarla de toda adherencia. Una vez que se agachó para limpiarla dentro del agua, Thomas Hudson vio desde arriba su arrugado cuello rojo y tostado y su viejo sombrero de fieltro y le oyó hablar con Davy.

— Podemos decir que lleva el barco a remolque, Davy. Está allá abajo cansándose y cansándose.

— También yo estoy cansado —dijo David.

— ¿Te duele la cabeza? —preguntó Eddy.

— No.

— Ponle una gorra —dijo Roger.

— No quiero, señor Davis. Prefiero que me mojen la cabeza.

Eddy cogió un cubo de agua de mar y con el hueco de la mano le mojó cuidadosamente la cabeza y le alisó el cabello hacia atrás apartándose de los ojos.

— Si te duele la cabeza, dílo —advirtió.

— Estoy muy bien —dijo David—. ¿Qué tengo que hacer, señor Davis?

— Procura cobrar línea —recomendó Roger.

David lo intentó, lo intentó y volvió a intentarlo pero no consiguió levantar el pez ni un centímetro.

— Bueno. Ahorra fuerzas —dijo Roger. Y seguidamente añadió dirigiéndose a Eddy—: Moja bien una gorra y pónsela. Hoy hace un calor del infierno con esta calma.

Eddy cogió una gorra de larga visera, la mojó en un cubo de agua salada y cubrió con ella la cabeza de David.

— El agua salada se me mete en los ojos, señor Davis. De verdad. Lo siento.

— Yo me encargo de secártelos con agua dulce —gritó Eddy—. Déme un pañuelo, Roger. Y tú, Andy, trae un poco de agua helada.

Mientras el muchacho seguía con las piernas tensas y firmes y con el cuerpo arqueado por el esfuerzo, el barco continuaba adentrándose lentamente en la mar. Hacia el oeste un banco de bonitos que avanzaban juntos turbaban la tranquila superficie y algunas golondrinas de mar revoloteaban cerca llamándose unas a otras. Pero los peces desaparecieron y las aves se posaron en las tranquilas aguas en espera de que volvieran a la superficie. Eddy secó el rostro del muchacho y ahora mojaba un pañuelo en el agua de hielo y lo ponía en su cuello. Seguidamente le refrescó las muñecas y por último, mojando de nuevo el pañuelo, lo apretó sobre la nuca de David.

— Si te duele la cabeza haz el favor de decirlo —recomendó—. Eso no significa que tengas que abandonar. Es simplemente sentido común. Con esta calma el sol pega demasiado fuerte.

— Estoy bien. Sólo me duelen los hombros y los brazos —dijo David.

— Muy natural —dijo Eddy—, y servirá para hacerte hombre. Pero no por eso has de pillar una insolación ni coger un dolor de barriga.

— ¿Qué cree que hará ahora, señor Davis? —preguntó David. Su voz resonaba como si tuviera la garganta reseca.

— Puede que siga haciendo lo mismo que ahora. O que empiece a describir círculos. O que empiece a subir.

— Qué mala suerte que se haya hundido tanto al principio y que no tengamos aparejos para manejarlo —dijo Tomás Hudson a Roger.

— Pero David se ha portado muy bien —dijo Roger—. El animal cambiará de opinión muy pronto. Entonces iremos a por él. Mira a ver si puedes levantarlo ahora, Dave.

David lo intentó pero sin conseguirlo.

— Saldrá a la superficie, ya lo verás —dijo Eddy—. De pronto, cuando ni siquiera lo esperes, cambiará todo. ¿Quieres enjuagarte la boca?

David asintió con un movimiento de cabeza. Había llegado a la fase en que había que ahorrar la respiración.

— Escúpela —dijo Eddy—, Bebe un sorbo nada más. —Se volvió hacia Roger para añadir—: Ya lleva una hora. —Y luego—: ¿No te duele la cabeza?

El muchacho denegó.

— ¿Tú qué crees, papá? —preguntó Tom a su padre—. ¿Qué te parece?

— Me parece que está muy bien —dijo su padre—. Eddy jamás dejaría que algo malo le ocurriese.

— No, desde luego —convino Tom—. Quisiera poder hacer algo útil. Voy a buscar algo de beber para Eddy.

— Tráeme a mí también, por favor.

— Está bien. Y al señor Davis también.

— No creo que él quiera.

— Se lo preguntaré.

— Vuelve a probar, Davy —insistió Roger—. Procura cobrar línea, a ver si lo sacas del agua.

Acababa de empezar la verdadera lucha. Hasta entonces David no hizo más que retener al pez mientras éste avanzaba hacia el mar y el barco le seguía. Pero ahora tenía que levantar y dejar que la caña se enderezase con la línea y cobrar y bajar la caña lentamente y recoger la línea por el *reel*.

— No quieras correr —dijo Roger—. No te precipites. Conserva la calma.

El muchacho se doblaba en cada esfuerzo hacia delante, apoyándose en la planta de los pies y apalancándose con el cuerpo y sacando toda la fuerza que era capaz de desplegar para, después, mientras bajaba, cobrar línea rápidamente con la mano derecha.

— Qué bien pesca David —dijo Tom—. Sé que pesca desde muy niño pero no sabía que lo hiciera tan bien. Siempre se burla de sí mismo porque no sabe jugar a nada pero miradlo ahora.

— Al diablo con los juegos —dijo Thomas Hudson—. ¿Has dicho algo, Roger?

— Un empujoncito ahora —gritó Roger.

— Sí. Un empujoncito —repitió Thomas Hudson y en el segundo intento, mientras ambos espectadores apoyaban los codos en el borde del barco para mirar abajo, David recuperó más línea.

— ¿A ti tampoco te gustan los juegos, papá?

— Solían gustarme mucho. Pero ahora nada.

— A mí me gustan el tenis y la esgrima —dijo Tom—. Lo que no soporto es eso de correr de un lado a otro con una pelota en la mano. Supongo que será porque me he educado en Europa. Creo que David, que es muy inteligente, haría un magnífico tirador de esgrima, si quisiera aprender, pero no quiere. Él sólo quiere leer, pescar, disparar una escopeta cuando vamos al campo y preparar moscas de pesca. Dispara bastante mejor que Andy. Y prepara unas moscas preciosas. ¿Te aburro con tanto hablar, papá ?

— Nada de eso, Tom.

El muchacho se había agarrado a la barandilla del puente y miraba a popa, como su padre, y Thomas le puso una mano en el hombro. Estaba como lleno de salitre debido a los cubos de agua de mar que los muchachos se habían echado encima en cubierta, antes de que el pez tragase el anzuelo, y Thomas Hudson lo sintió en la mano, fino y levemente arenoso.

— Es que el mirar a David me pone nervioso y me pongo a hablar. Lo que más me gustaría en el mundo es que David tenga su pez.

— Es un pez endemoniado. Espera a que lo veamos.

— Una vez que estaba pescando contigo hace años vi uno como ése. Ensartó con su espada la caballa que habías puesto de cebo, dio un salto y arrojó el anzuelo bastante lejos. Era enorme y yo solía soñar con él por las noches. Voy a preparar las bebidas.

— No hay prisa —dijo su padre.

Abajo, en su silla sin respaldo y sobre base giratoria donde se libraba la batalla, David afirmaba los pies contra la popa y tiraba con brazos, espalda, nuca y muslos; después se inclinaba, cobraba línea y volvía a tirar. Poco a poco, centímetro a centímetro, cada vez tenía más línea en el *reel*.

— ¿La cabeza sigue bien? —preguntó Eddy que no soltaba los bordes de la silla para mantenerla firme.

David asintió con un movimiento de cabeza y Eddy tentó la gorra que cubría la cabeza del muchacho.

— Sigue mojada —dijo—. Le estás dando lo que se dice un mal rato, Dave. Eres como una máquina.

— Esto es más fácil que sujetarlo simplemente como antes —dijo David. Sin duda aún tenía reseca la garganta.

— Claro —dijo Eddy—. La línea cede un poco. Lo otro era sencillamente romperte la espalda aguantando.

— No gastes demasiadas fuerzas, David —dijo Roger—. Te estás portando como un héroe.

— ¿Cuando suba esta vez lo arponearemos? —dijo Andrew.

— Cállate la boca. No quiero que lo nombres a ver si lo quemas... —suplicó David.

— Nombrándolo no lo quemo.

— Por favor, Andy, calla. Y no te enfades conmigo.

Andrew trepó hasta el puente con su padre. Tenía puesta una de las gorras visera pero por debajo de ella Thomas Hudson vio que tenía los ojos húmedos y se volvió de espaldas porque le temblaban los labios.

— No has dicho nada inconveniente, Andrew —dijo Thomas Hudson.

— Ahora si se le escapa dirá que es por culpa mía —dijo amargamente el muchacho sin volver la cabeza—. Yo sólo quería tenerlo todo preparado.

— Es natural que Dave esté nervioso —dijo su padre—. Veo que se esfuerza por no perder la corrección.

— Sí —dijo Andrew—. Lucha con el pez tan bien como pudiera hacerlo el señor Davis. Pero me ha dolido que piense eso.

— Casi todo el mundo se pone nervioso con un pez grande. Para David, éste es el primero de su vida.

— Tú siempre eres amable y el señor Davis también.

— No siempre ha sido así. Cuando aprendimos juntos a pescar peces gordos los dos estábamos nerviosos y éramos groseros y sarcásticos. Solíamos ser terribles.

— ¿De veras ?

— De veras. Todo nos molestaba y hasta nos parecía que todo el mundo estaba en contra de nosotros. Es lo natural. Lo otro, la disciplina y el buen sentido es lo que se aprende. Empezamos a ser correctos al descubrir que siendo rudos y estando nerviosos no cogíamos ningún pez gordo. Y si los cogíamos no tenía ninguna gracia. Siempre excitados y amargados e incomprensidos lo pasábamos bastante mal, por eso ahora luchamos contra el pez sin perder la corrección. Un día, después de hablar sobre el asunto, decidimos dominarnos pasara lo que pasase.

— Me dominaré —dijo Andrew—, pero con David a veces es difícil. Papá, ¿crees que realmente acabará pescándolo? ¿No será un sueño todo esto o algo así ?

— Hablemos de otra cosa.

— ¿He vuelto a decir algo malo?

— No. Es que hablar de ese modo dicen que trae mala suerte. Al menos eso creen los pescadores viejos; no sé cómo empezó la cosa.

— Tendré cuidado.

— Aquí tienes, papá —dijo Tom tendiendo hacia él un vaso desde abajo. Estaba envuelto en triple servilleta de papel con una goma en torno, para evitar que el hielo se fundiese—. Le he puesto limón y unas gotas de angostura y nada de azúcar. ¿Está bien así? ¿O prefieres otra cosa?

— Así está bien. ¿Le has echado agua de coco?

— Sí. A Eddy le he preparado un whisky. El señor Davis no quiso nada. ¿Te quedas arriba, Andy?

— No. Bajo en seguida.

Tom ocupó su sitio y Andrew bajó otra vez.

Mirando hacia popa, Thomas Hudson advirtió que la línea comenzaba a arquearse sobre el agua.

— Fíjate, Roger —gritó—. Parece que sube.

— ¡Ya sube!— gritó Eddy, que también había visto la línea arqueada—. Cuidado con el timón.

Thomas Hudson miró hacia abajo y examinó el contenido del carrito para ver con cuánta línea se iba a maniobrar. Comprobó que no llegaba a la cuarta parte del total y también que empezaba a salir zumbando y Thomas Hudson inició el retroceso virando hacia la inclinación de la línea arqueada, mientras Eddy gritaba:

— Ponte detrás, Tom. El hijo de puta está subiendo. No tenemos línea para maniobrar.

— Tira de la caña y mantenla recta —dijo Roger a Davis—. No dejes que vuelva a bajar. —Y a Hudson—: Atrás cuanto puedas, Tom. Así, vas bien. Vira con fuerza.

En aquel momento, a popa del barco y en la parte de estribor, la calma del océano se rompió de pronto y el enorme pez surgió de él y saltó al espacio brillando con su plata y su oscuro azul, como si nunca acabara de salir del agua, hasta que su mole y su longitud increíbles emergieron del mar y ascendieron en el aire hasta caer sobre la superficie salpicando agua y espuma.

— ¡Dios mío! —dijo David—. ¿Lo habéis visto?

— Su espada es tan alta como yo —dijo Andrew admirado.

— Es magnífico —dijo Tom—. Mucho más hermoso que el que vi soñando.

— Sigue dando marcha atrás —dijo Roger a Thomas Hudson. Y advirtió a David—: Procura sacar línea de esa panza. Viene de lo hondo y ha de tener mucha alrededor de la panza. Tal vez puedas cobrar un poco.

Thomas Hudson, que no se apartaba del pez, había evitado que la línea se alejase y David levantaba, bajaba, recogía, y la línea se enrollaba en el *reel* tan de prisa como él podía manejar la manivela.

— No te acerques tanto, Tom. No es cuestión de que pasemos sobre él —dijo Roger.

— Ese hijo de puta por lo menos pesa quinientos kilos —dijo Eddy—. Vigila la línea, muchacho.

El océano estaba tranquilo y calmo por donde había saltado el pez, pero el círculo que se había formado donde rompió las aguas seguía agrandándose.

— ¿Viste el agua que levantó al saltar, papá? —preguntó Tom a su padre—. Fue como si estallara el mar.

— ¿Te fijaste en el salto y hasta dónde llegó? ¿Has visto alguna vez un azul como el suyo y un plateado tan maravilloso, Tom?

— La espada también es azul —dijo el joven Tom—. Y todo el lomo. ¿Crees que

verdaderamente puede pesar quinientos kilos, Eddy ? —gritó.

— Es difícil de asegurar pero yo creo que será un pez tremendo.

— Cobra toda la línea que puedas, Davy, ahora que es barata —dijo Roger—. Lo haces muy bien.

El muchacho trabajaba de nuevo como una máquina recuperando línea continuamente y el barco retrocedía con tal lentitud que apenas parecía moverse.

— ¿Qué crees que hará ahora, papá? —preguntó Tom a su padre. Thomas Hudson no apartaba los ojos de la línea inclinada sobre el agua transparente pensando que quizá fuese más seguro adelantar un poco, pero sabía lo mucho que tuvo que sufrir Roger cuando quedaron casi sin ella, de manera que habría bastado un movimiento violento del pez para que se rompiera. Comprendió que Roger estaba empeñado en recuperar línea para tenerla en reserva. Mirando la línea, Thomas Hudson comprobó que David tenía el carrete casi por la mitad y que seguía cobrando.

— ¿Qué has dicho? —preguntó Thomas Hudson a su hijo Tom.

— ¿Qué crees que hará ahora?

— Un momento, Tom —dijo su padre. Y añadió dirigiéndose a Roger—: Me parece que vamos a pasarle por encima, viejo.

— Pues dale despacio adelante —dijo Roger.

— Despacio adelante —repitió Thomas Hudson. David no pudo cobrar por un momento pero el pez quedó en lugar seguro.

Entonces la línea empezó a salir otra vez y Roger dijo:

— Punto muerto —y Thomas Hudson soltó la rueda del timón y dejó los motores regulando.

— De acuerdo —dijo.

Roger se había inclinado sobre David y el muchacho tiraba de la caña aunque la línea se alejaba decididamente.

— ¡Tira fuerte, Davy! —gritó Roger—. No se lo vamos a regalar fácilmente.

— No quiero que se rompa —dijo David tirando fuerte.

— No se romperá —dijo Roger—. Tú aguanta bien.

La línea seguía alejándose pero la caña estaba más arqueada y el muchacho aguantaba el empuje apretando la planta de los pies desnudos contra el suelo de madera de la popa. Después la línea dejó de salir.

— Cobra un poco ahora —dijo Roger—. Está nadando en círculo y en este momento viene hacia nosotros. Échate hacia atrás y recupera con toda tu fuerza.

El muchacho se inclinó para cobrar, luego volvió a subir, tensó la línea, se inclinó otra vez, volvió a cobrar. Estaba recuperando línea nuevamente.

— ¿Lo estoy haciendo bien ? —preguntó.

— Estupendamente —dijo Eddy—. Lleva el anzuelo bien clavado, Dave. Me di cuenta cuando saltó.

En ese momento, mientras David tiraba fuerte de la línea, ésta empezó a salir otra vez.

— ¡Demonios! —gritó David.

— No pasa nada —dijo Roger—. Es que ha abierto un círculo más ancho, pero siempre en dirección hacia ti. Tú eres quien domina. Mira, ahora tira él.

Lenta y constantemente, pese a los esfuerzos del muchacho, el pez fue recuperando

toda la línea que antes cobró David y hasta un poco más. Entonces David lo paró.

— Muy bien. Hay que cansarlo —dijo Roger—. Ha descrito otro círculo pero continúa moviéndose en sus ondas y viene hacia ti.

Thomas Hudson apenas utilizaba los motores para mantener el pez a popa. Estaba haciendo cuanto se puede hacer con un barco para ayudar al muchacho y a David y su lucha los dejaba por completo al cuidado de Roger. En su opinión era lo único que cabía hacer.

Describiendo otro círculo, el pez volvió a ganar línea y lo mismo ocurrió con el siguiente. Pero David seguía teniendo en el carrete casi la mitad. Trabajaba al pez como al principio y siguiendo en todo las instrucciones que recibía de Roger. Sin embargo empezaba a sentir demasiado cansancio y el sudor y el agua salada ponían grandes manchas blanquecinas y salitrosas en sus hombros y en su morena espalda.

— Ya van dos horas —dijo Eddy a Roger—. ¿Cómo va esa cabeza, Davy?

— Perfectamente.

— ¿No te duele?

El muchacho denegó.

— Será mejor que bebas un poco de agua —dijo Eddy.

David asintió y bebió cuando Andrew le acercó un vaso a los labios.

— Dime la verdad, ¿te sientes bien, Davy? —preguntó Roger inclinándose sobre él.

— Muy bien. Sólo me duelen las piernas, la espalda y los brazos. —Cerró los ojos un momento y apretó la caña que se curvaba mientras la línea se iba tensando.

— Prefiero no hablar —añadió.

— Cobra línea ahora —dijo Roger, y el muchacho obedeció la indicación.

— David es un santo y un mártir —dijo Tommy a su padre—. Otros chicos no tienen hermanos como David. ¿Te importa que hable, papá? ¡Esto me ha puesto nervioso!

— Habla cuanto quieras, Tommy. También yo estoy nervioso.

— Siempre ha sido un hermano estupendo, ¿sabes? —siguió diciendo Tom—. No es que sea un genio ni un atleta como Andy. Es simplemente maravilloso. Sé que le quieres más que a ninguno de nosotros y creo que haces bien porque es el mejor de todos y también sé que esto de hoy le conviene porque de lo contrario tú no dejarías que lo hiciera. Pero te aseguro que me tiene nervioso.

Thomas Hudson puso una mano en su hombro y siguió gobernando el barco con una mano y mirando a popa.

— El problema está en el daño que le haríamos si de pronto le obligamos a abandonar, Tom. Roger y Eddy saben muy bien lo que hacen y yo sé que los dos le quieren mucho y que no le obligarían a hacer algo que él no sea capaz de hacer.

— Pero es que con él nunca hay límites, papá. De veras. Siempre hace lo que no puede.

— Ten confianza en mí como yo la tengo en Roger y Eddy.

— De acuerdo. No obstante rezaré por él.

— Hazlo —dijo Thomas Hudson—. ¿Por qué dijiste antes que le quiero más a él?

— Porque así debería ser.

— Llevo más tiempo queriéndote a ti.

— No hablemos ahora de ti y de mí. Será mejor que los dos recemos por él.

— De acuerdo —dijo Thomas Hudson—. Y ahora escúchame. El anzuelo se lo tragó a las doce del mediodía y pronto tendremos un poco de sombra. Creo que ya tenemos un poco. Voy a virar despacio para que David no esté al sol.

Thomas Hudson llamó a Roger.

— Si te parece bien, voy a virar despacio para que Dave tenga sombra. No creo que cambie las cosas con respecto al pez, pues sigue describiendo círculos: nos mantendremos en su curso.

— Me parece bien —dijo Roger—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

— Hasta ahora no hemos tenido sombra —dijo Thomas Hudson, e hizo virar el barco tan lentamente, girando la popa, que con la maniobra David casi no perdió línea. La cabeza y los hombros del muchacho quedaron protegidos por la sombra que proyectaba la cabina del timonel. Eddy le enjuagaba con una toalla el cuello y los hombros y luego le frotó con alcohol la nuca y la espalda.

— ¿Cómo va eso, Dave? —preguntó Tom desde arriba.

— Estupendamente —respondió David.

— Ahora estoy más tranquilo —dijo el joven Tom—. ¿Sabes que una vez en el colegio me dijeron que David solo era mi medio hermano y no mi hermano de verdad y yo contesté que en nuestra familia no hay medios hermanos? Quisiera no preocuparme tanto, papá.

— Ya cambiarás.

— En una familia como la nuestra alguien tiene que preocuparse —dijo Tom—. Pero ahora ya no sufro por ti, sino por David. Voy a preparar otra vez unas copas. Entretanto rezaré. ¿Quieres otro trago, papá ?

— Me encantaría.

— Seguramente Eddy está necesitando otro whisky —dijo el muchacho—. Ya deben de ser casi tres horas y sólo ha tomado uno. Desde luego me descuidé. ¿Por qué crees que el señor Davis no va a querer nada, papá?

— Me parece que estaba demasiado preocupado por David y su pez.

— Puede que ahora que David está protegido por la sombra quiera algo. Se lo preguntaré.

Fue hacia abajo.

— Prefiero no tomarlo, Tommy —oyó Thomas Hudson que decía Roger.

— Pero si no ha bebido nada en todo el día, señor Davis —protestó Tom.

— Gracias, Tom —dijo Roger—. Bebe tú una cerveza por mí. —Y dirigiéndose hacia el timón—: Avanza un poco y con suavidad, Tom. Creo que esta dirección le ha gustado.

— Avanza un poco —repitió Thomas Hudson.

El pez seguía describiendo círculos pero en la parte de proa el círculo evidentemente se hizo más pequeño. Sin duda era la dirección que deseó tomar. Ahora además resultaba más fácil ver la inclinación de la línea. Mucho más fácil ver cómo se hundía en el oscuro azul, con el sol detrás del barco, y Thomas Hudson se sintió más tranquilo al gobernar detrás del pez. Pensó que era una suerte que hiciera un día particularmente tranquilo porque David no hubiera resistido aquella postura, el quedar puede decirse atado al pez, de haber estado el mar sólo medianamente agitado. Ahora, con David en la sombra y el agua tan en calma, comenzó a sentirse mejor.

— Gracias, Tommy —oyó decir a Eddy, y después el muchacho subió hasta el puente con un vaso envuelto en papel y Thomas Hudson saboreó en el trago la sensación de frío que tenía la acidez de la lima, el aroma de la angostura y un fuerte sabor a

ginebra que animaba el agua de coco fría como el hielo.

— ¿Está bien, papá? —preguntó Tommy. Tenía una botella de cerveza en la mano que evidentemente acababa de sacar del refrigerador, pues estaba cubierta de gotas frías al sol.

— Excelente —dijo su padre—. Veo que le has puesto bastante ginebra.

— Era necesario, papá —dijo Tom—. El hielo se funde demasiado pronto. Tendríamos que usar un recipiente especial para meter el vaso a fin de que el hielo dure un poco más. Pensaré en ello cuando vuelva al colegio y puede que invente uno. Creo que se podrían hacer de corcho, quizá pueda regalártelos por Navidad.

— Mira a David —dijo su padre.

David luchaba con el pez como si el combate acabara de empezar.

— ¿Te das cuenta de lo flaco que es? —dijo el joven Tom—. Tiene el pecho igual que la espalda. Parece hecho de una sola pieza. Pero los músculos del brazo son de lo más largo, por dentro y por fuera. Los bíceps y los tríceps. Tiene un cuerpo muy raro. Resulta un chico extraño y es el mejor de los hermanos.

Abajo en el sollado, Eddy había vaciado su vaso otra vez y secaba de nuevo la espalda de David con una toalla. Luego le secó el pecho y los largos brazos.

— ¿Estás bien, Davy?

David asintió con un movimiento de cabeza.

— Oye —dijo Eddy—. He visto a un hombre fuerte como un toro y de hombros anchísimos, cansarse a la mitad de lo que tú llevas hecho con ese pez.

David siguió trabajando.

— Era un hombre fuerte, Dave. Tu padre y Roger también lo conocen. Estaba acostumbrado a pescar y bien entrenado. Un día, un pez enorme mordió su anzuelo, el pez más grande que he visto en mi vida. Pues bien, porque tenía el cuerpo dolorido dejó de tirar, y el pez se perdió. Tú sigues aguantando, Dave.

David no respondió. Ahorraba casi el esfuerzo de respirar y tan pronto se inclinaba como se erguía sin dejar de cobrar.

— Este maldito bicho es tan fuerte porque es macho —dijo Eddy—. Si fuera hembra hace rato habríamos terminado con él. Se le habrían roto las tripas o el corazón y habría dejado salir las huevas. En este tipo de peces el macho es el más fuerte. En otras especies es más fuerte la hembra, pero en el pez espada no sucede así. Pero a éste lo coges, Dave.

La línea empezó a correr otra vez, y David cerró un momento los ojos, apretó contra la madera del suelo la planta de sus desnudos pies, se inclinó hacia delante y se apoyó un poco en la caña para relajarse.

— Muy bien, Davy —dijo Eddy—. No gastes más fuerzas de las precisas. Anda ahora describiendo círculos pero la línea tira y le dificulta el avanzar. Seguro que empieza a cansarse.

Eddy volvió la cabeza y miró hacia abajo y Thomas Hudson, por su forma de mover los ojos, comprendió que los había fijado en el gran reloj de bronce que colgaba en la pared de la cabina.

— Las tres y cinco, Roger —dijo Eddy—. Llevas con él tres horas y cinco minutos, valiente Dave.

Era el momento en que David forzosamente tenía que cobrar pero la línea corría ahora con gran rapidez.

— Se está hundiendo de nuevo —dijo Roger—. ¡Cuidado, Davy! ¿Ves bien la línea

desde ahí arriba, Tom?

— La veo perfectamente —respondió Tom. Aún no estaba demasiado inclinada y desde lo alto era fácil verla hundida en el agua.

— Puede que quiera ir a morir abajo —dijo Thomas Hudson a su hijo mayor en voz tenue—. Sería desastroso para David.

El joven Tom movió la cabeza y se mordió los labios.

— Aguanta lo que puedas, Dave —oyó Thomas Hudson gritar a Roger—. Aprieta y suelta un poco de línea.

El muchacho la tensó de tal forma que parecía a punto de quebrarse, luego soltó, hizo cuanto supo, pero la línea seguía saliendo del carrete hacia afuera y hacia abajo.

— Esta vez cuando lo pares el pez será tuyo —gritó Roger—. Aléjate un poco, Tom.

— Ya está —dijo Thomas Hudson—. Creo que ganaríamos línea si me pongo detrás.

— De acuerdo. Inténtalo.

— Retrocediendo —dijo Thomas Hudson, y al hacerlo ganaron en efecto algo de línea, aunque no mucha, En realidad estaba terriblemente tensa y en el carrete había menos contenido que en el peor de los momentos anteriores.

— Sácalo de popa, Davy —dijo Roger—. Suelta un poco de línea para que no se te escape la empuñadura.

David obedeció.

— Ahora descánsala en el soporte. Eddy, sujétaselo por la cintura.

— ¡Dios mío! Mira, papá. Ahora sí que se lo lleva todo al fondo —dijo el joven Tom.

David estaba ahora de rodillas a popa y la caña quedaba tan inclinada que su extremo final rozaba el agua mientras la empuñadura descansaba en el soporte de acero ligado a su cintura. Andrew le sujetaba los pies y Roger, arrodillado a su lado, no apartaba los ojos de la línea hundida en el agua y lo poco que quedaba en el carrete. Miró a Thomas Hudson, sacudiendo la cabeza.

Ya no quedaban ni veinte yardas en el carrete y David tuvo que inclinarse del todo, con casi la mitad de la caña debajo del agua. Pronto quedaron solo quince metros e inmediatamente unos diez. De pronto la línea dejó de hundirse. David seguía inclinado en popa y gran parte de la caña seguía sumergida pero la línea ya no corría.

— Vuelve a sentarlo en la silla, Eddy —gritó Roger—. Todo lo rápidamente que puedas. Consiguió pararlo.

Eddy ayudó a David a sentarse en la silla de pesca sujetándole fuerte para que un inesperado movimiento violento del pez no le arrastrase al agua. Cuando le tuvo aposentado miró cómo el muchacho situaba la empuñadura en el soporte y cómo, afianzando los pies, tiraba de la caña. El pez se elevó un poco.

— Tira sólo cuando veas que vas a cobrar —dijo Roger a David—. Y si no puedes, déjalo que tire él. Trata de descansar, a menos que veas que le vas a poder.

— Lo tienes bien cogido, Davy —dijo Eddy—. Esta vez le puedes. Tómalo con calma, sin precipitación, y acabas con él.

Thomas Hudson hizo adelantar el barco, lo justo para dejar el pez a popa, en donde ya no daba el sol. El barco se adentraba en el mar y ni un soplo de viento turbaba la superficie.

— Papá —dijo Tom—, mientras preparaba las bebidas le miré los pies. Le sangran.

— Es de la presión contra la madera del suelo.

— ¿Qué te parece si le pongo un cojín debajo ?

— Pregúntaselo a Eddy —dijo Thomas Hudson—. Pero no interrumpas a David.

La cuarta hora de lucha estaba ya bien adelantada. El barco seguía adentrándose en el mar y David, con Roger sujetando ahora su asiento, levantaba evidentemente el pez al ir cobrando. Parecía tener más fuerza ahora que una hora atrás pero Thomas Hudson vio en sus talones huella de sangre que sin duda procedía de la planta de los pies, que a la luz del sol parecía pintura roja barnizada.

— ¿Cómo van los pies, Dave? —preguntó Eddy.

— Bien. No me duelen —respondió David—; sólo me duelen los brazos, las manos y también la espalda.

— Quieres que te ponga un cojín debajo ?

David movió la cabeza negativamente.

— Se me quedarían pegados —dijo—. Están muy pegajosos, pero no me duelen, de veras.

El joven Tom subió junto a su padre.

— Tiene los pies muy mal, papá —dijo—. Y las manos también. Las tenía llenas de ampollas que se van reventando. No sé, papá.

— Es lo mismo que si estuviera remando contra una corriente bra vía, Tommy. O como si hubiera de seguir trepando una montaña o dominando un caballo aunque se sintiera mortalmente cansado.

— Lo sé, papá. Pero verle de esa manera y no hacer nada por él parece absurdo, siendo mi hermano.

— Te comprendo perfectamente Tommy, pero llega un momento en que los muchachos tienen que hacer cosas para llegar a ser hombres. Dave se encuentra precisamente en ese momento.

— De acuerdo, papá, pero, mirando sus manos y sus pies, no sé...

— Si tuvieras tú al pez, ¿permitirías que Roger o yo te lo arrebatásemos?

— No; querría seguir allí hasta morir. Pero ver a David es distinto.

— Es en sus sentimientos en lo que hay que pensar —dijo su padre— y en lo que de veras tiene importancia para él.

— Desde luego —dijo Tommy resignado—. Pero para mí es David, y nada más. Y quisiera que el mundo no fuese así como es y que nada pudiera ocurrirles a los hermanos.

— También yo lo quisiera —dijo Thomas Hudson—. Eres un chico demasiado bueno, Tommy, pero quiero que sepas que me hubiera gustado acabar con todo esto desde hace rato, sólo que me consta que si David por fin coge su pez tendrá algo que guardar en su interior para toda la vida y que le hará encontrar más fáciles todas las otras cosas.

En este momento Eddy habló otra vez. Había estado mirando de nuevo hacia la cabina.

— Las cuatro en punto, Roger —dijo—. Será mejor que bebas un poco de agua, Davy. ¿Cómo te sientes?

— Muy bien —dijo David.

— Se me ocurre algo práctico —dijo el joven Tom—. Prepararé un whisky para Eddy. ¿Quieres algo, papá?

— Esta vez paso —dijo Thomas Hudson.

Tommy fue hacia abajo y Thomas Hudson siguió mirando a David que manejaba la

línea, fatigado pero con firmeza; Roger, inclinado sobre él, le hablaba casi al oído; Eddy miraba a popa, vigilando la inclinación de la línea sobre el agua. Thomas Hudson trató de imaginar cómo sería lo de abajo donde nadaba el pez. Estaría todo muy oscuro pero el pez podría ver como puede ver un caballo. Y haría mucho frío.

Se preguntó si el pez estaría solo o si otro pez nadaría junto a él. No habían visto otro pero eso no probaba que estuviera realmente solo. Quizás hubiera otro con él en la oscuridad y en el frío.

Thomas Hudson se preguntó también por qué se habría parado tan en lo hondo esta segunda vez. ¿Acaso los peces tienen un tope para la profundidad así como los aviones tienen un techo máximo? ¿O es que luchar contra la caña y la tensión de la línea y su resistir y su continuo rápido avance le habían cansado y ahora sólo apetecía nadar tranquilo en la dirección que quisiese? ¿Habría decidido subir un poco, subir sin pausa, mientras David tiraba de él? ¿Subir dócilmente para aliviar la desagradable tensión que le era impuesta? Thomas Hudson llegó a la conclusión de que así era realmente y de que David iba a tener mucho trabajo en vencerle, pues el pez parecía tener todavía fuerza suficiente.

El joven Tom había decidido llevar a Eddy su botella y Eddy, después de beber un largo trago, le rogó que la dejase en la lata de los cebos para mantenerla fresca.

— Y a mano —añadió—. Si dura mucho la lucha entre David y el pez me voy a emborrachar.

— Te daré tu botella cada vez que la quieras —dijo Andrew.

— Tráemela cuando te la pida, no cuando la quiera —dijo Eddy.

El hijo mayor volvió junto a Thomas Hudson y ambos quedaron mirando a Eddy inclinado sobre David, vigilando sus ojos. Roger sujetaba la silla sin dejar de contemplar la línea.

— Oye Davy —dijo Eddy al muchacho mirándole fijamente al rostro—. Tus manos y tus pies me importan un comino. Pueden dolerte y pueden sangrar pero están bien. Son las manos y los pies de un pescador y para otra vez estarán más curtidas. Lo que a mí me interesa es cómo anda tu condenada cabeza.

— Muy bien —dijo David.

— En tal caso, que Dios te bendiga y no te alejes de ese hijo de puta porque va a salir a flote sin tardar.

— Davy —dijo su padre de pronto—, ¿quieres que siga yo?

David movió negativamente la cabeza.

— No sería abandonar —añadió Roger—, sería simplemente sentido común. Podría terminar yo. O tu padre.

— ¿Hice algo mal hecho? —preguntó David, dolido.

— No. Te has portado más que bien.

— Entonces, ¿por qué he de abandonar?

— Te está dando una paliza, David —dijo Roger—, y no quiero que te haga daño.

— Pero el que lleva el anzuelo dentro es él —dijo David con voz ligeramente temblorosa—. Además, no me está dando ninguna paliza. Soy yo quien le ha dado una paliza a él. ¡El muy hijo de puta!

— Di todo lo que se te ocurra, Davy —aconsejó Roger.

— ¡Ese podrido hijo de puta! ¡El muy maldito hijo de puta!

— Está llorando —dijo Andrew, que había subido hasta el timón para estar junto a su padre y junto a Tom—. Habla así únicamente para disimular.

— Tú cállate, jinete —dijo el joven Tom.

— Me tiene sin cuidado que acabe conmigo. Puede matarme si quiere ese hijo de puta —gimoteó David—. Y no le odio. Le amo.

— Procura callar —dijo Eddy a David—. Ahorra esfuerzo.

Miró a Roger que se encogió de hombros porque no sabía qué decir.

— Si veo que sigues tan excitado te separo del pez —dijo Eddy.

— Siempre estoy excitado —dijo David—. Sólo que no lo digo y nadie se entera. En este momento no lo estoy más que en otros, lo que pasa es que hablo.

— Pues ahora calla y tranquilízate —dijo Eddy—. Si te quedas quieto y callado lo levataremos de una vez.

— No puedo separarme de él —dijo David—. Y siento mucho haberle insultado. No quiero que nadie se meta con él. Es lo más maravilloso del mundo.

— Andy, haz el favor de darme esa botella de alcohol puro —dijo Eddy—. Voy a frotarle las piernas, los hombros y los brazos y no quiero hacerlo con agua helada. Podría darle un calambre.

Miró hacia la cabina y añadió:

— Cinco horas y media, Roger.

— Ahora no tienes tanto calor, ¿verdad, Davy? —dijo volviéndose hacia el muchacho.

David movió la cabeza negativamente.

— Lo que me daba miedo era el fuerte sol de primera hora de la tarde sobre tu cabeza. Ahora ya no te ha de pasar nada, Dave —dijo Eddy—. Toma las cosas con calma y acaba de una vez con ese pez. Quiero tenerlo aquí antes de que oscurezca.

David asintió.

— Papá, ¿habías visto alguna vez una lucha igual con un pez? —preguntó el joven Tom.

— Sí —dijo Thomas Hudson.

— ¿Muchas?

— No sé, Tommy. Hay peces terriblemente grandes en este golfo. Y algunos son fáciles de pescar.

— ¿Por qué unos más que otros?

— Creo que es porque se hacen viejos y gordos. Algunos estarán a punto de morir de viejos. Los hay que saltan hasta reventar.

Llevaban tiempo sin ver otro barco y se iba haciendo tarde. Había un gran trecho entre la isla y el faro de Isaac.

— Inténtalo otra vez —dijo Roger.

David inclinó la espalda, apretó los pies sobre cubierta, se echó hacia atrás y la caña en lugar de quedar tensa se elevó lentamente.

— Ya sube —gritó Roger—. Cobra y vuelve a intentar.

El muchacho obedeció y recuperó línea otra vez.

— Te he dicho que ya sube —dijo Roger, mirándole—. Sigue trabajando bien y no te pares.

David se puso a trabajar como una auténtica máquina o mejor como un chico fatigado que se moviese igual que una máquina.

— Este es tu momento —dijo Roger—. Aquí está ya ¡Aléjate un poco, Tom! Si es posible quisiera sacarlo por babor.

— Me alejo un poco —repitió Thomas Hudson.

— Haz lo que creas conveniente —gritó Roger—. Querriamos sacarle donde Eddy pueda arponearlo y nosotros echarle el lazo. De la guía me encargo yo. Tú sujeta la silla y vigila la línea para que no se enganche en la caña cuando yo coja la guía, Tommy. Procura que quede libre por si tengo que soltar. Andy, tú ayuda a Eddy en cuanto necesite y dale el lazo y el garrote cuando él lo pida.

El pez subía ahora rápidamente y David no alteraba ni por un momento el ritmo de su trabajo.

— Tom, será mejor que utilices el timón de abajo —gritó Roger.

— Precisamente iba para allá —dijo Thomas Hudson.

— Perdona —dijo Roger—. David, recuerda que si intenta escapar y he de soltar un poco tú has de tener la caña alta y libre el aparejo. Afloja la tensión en cuanto yo toque la guía y dale todo cuanto necesite.

Thomas Hudson bajó desde el puente a cubierta para hacerse cargo de los controles y del timón. No podía ver el agua tan bien como desde el puente pero estaba más cerca para el caso de una emergencia y era más fácil la comunicación. Encontró extraño hallarse al mismo nivel de las operaciones después de haberlo visto todo durante tanto rato desde arriba. Era como dejar un palco para situarse en el escenario o junto al ring o ante la barandilla de una pista de carreras. Todos se le antojaron más cercanos y más grandes y ya no los veía escorzados.

Vio las manos sangrantes de David y la sangre que manaba de sus pies como una laca encarnada y vio las huellas de las correas en su espalda y la expresión de su rostro casi desesperada. Miró hacia la cabina y el reloj de bronce marcaba las seis menos diez. El mar parecía distinto ahora que lo tenía tan cerca y mirándolo desde la sombra y la vencida caña de David, se veía cómo la línea blanca se inclinaba en el agua oscura y la caña subía y bajaba incesantemente. Eddy se arrodilló a popa con el garfio en las manos que tenía llenas de pecas por el sol y contempló el agua casi color nùrpura intentando distinguir al pez. Thomas Hudson advirtió las vueltas de la cuerda en el mango del garfio y la cuerda amarrada a la bita de popa por un extremo y luego volvió a mirar la espalda de David y sus largos brazos sosteniendo la caña.

— ¿Lo ves, Eddy? —preguntó Roger desde donde estaba sujetando la silla.

— Todavía no. Sigue cobrando, Davy. De prisa y con firmeza.

David siguió levantando y bajando y enrollando. El carrete estaba ahora casi lleno y con cada movimiento ganaba línea.

Sin embargo, en un momento determinado el pez quedó quieto, la caña se dobló sobre el agua y la línea empezó a correr.

— No —gritó David—. No puede ser.

— Nunca se sabe —dijo Eddy—. A lo mejor ocurre.

Pero David alzó la caña aguantando el peso y de nuevo la línea comenzó á volver tan fácil y seguramente como antes.

— Sólo se resistió un momento —dijo Eddy, que con su viejo sombrero de fieltro echado sobre la nuca miraba con fijeza la transparente aunque oscura agua color pùrpura.

— Ya le tenemos ahí —dijo.

Thomas Hudson se apartó un instante del timón para mirar hacia popa. Allí, diminuto y escorzado, se veía el pez, pero el breve tiempo que lo miró Thomas Hudson, advirtió

que iba aumentando progresivamente de tamaño. No tan rápidamente como un avión al acercarse a tierra, pero sí con igual constancia.

Thomas Hudson apoyó un brazo en el hombro de David y volvió al timón. Entonces oyó gritar a Andrew:

— Míralo. Aquí está.

Esta vez sí lo vio, desde el timón, bien a popa y muy sumergido; parecía de color castaño conforme iba aumentando en longitud y en grosor.

— Manten así la lancha —gritó Roger sin volverse, y Thomas Hudson repitió—: Manten la lancha.

— ¡Miradlo, por Dios! —exclamó Tom.

Era evidentemente el pez espada más enorme que Thomas Hudson había visto en su vida. Su cuerpo inmenso era ahora color púrpura en lugar de castaño. Nadaba lenta y seguramente en la misma dirección que el barco, a popa y a la derecha de David.

— Se acerca cada vez más, Dave —dijo Roger—. Sigue acercándose.

— Avanza un poco —gritó Roger sin dejar de vigilar el pez.

— Avanzo un poco —repitió Thomas Hudson.

— Mantenla enrollada —dijo Eddy a David.

Thomas Hudson vio el mosquetón de la guía fuera del agua.

— Avanza un poquito más —dijo Roger.

— Avanzo un poquito más —repitió Thomas Hudson, que no apartaba los ojos del pez llevando la popa hacia donde éste se movía. En seguida divisó su cuerpo color púrpura en toda su longitud, con la espada ancha y grande en primer plano, la cortante aleta dorsal en el amplio lomo y la enorme cola que lo impulsaba casi sin moverse.

— Avanza todavía un pelito más —dijo Roger.

— Avanzo todavía un pelito más —repitió Tom.

David advirtió que tenía la guía a su alcance.

— ¿Listo, Eddy ? —preguntó Roger.

— Listo.

— No lo pierdas de vista, Tom —gritó Roger inclinándose hacia la guía del cable.

— Suelta la traba —añadió mirando a David y despacio empezó a levantar el pez manipulando en ambos sentidos para situarlo al alcance del arpón.

Al subir el pez parecía tan ancho y tan largo como un leño enorme en el agua. David lo vigilaba y miraba también la punta de la caña para asegurarse de que la línea no se enganchara. Por primera vez en seis horas no tenía la espalda, los brazos y las piernas sujetos a tensión. Thomas Hudson vio que le temblaban los músculos en ellas.

Eddy se inclinó sobre el agua con el arpón en una mano y Roger subía lenta y suavemente el pez.

— Pesará unos quinientos kilos —dijo Eddy y añadió en voz muy baja—: el anzuelo se mantiene sólo de un hilo, Roger.

— ¿Puedes alcanzarlo?

— Todavía no —contestó Eddy—. Hala despacio, muy despacio.

Roger continuó izando el cable de alambre y el enorme pez siguió subiendo hacia el bote.

— La línea se ha ido cortando —dijo Eddy—. Apenas se sostiene con nada.

— ¿Puedes alcanzarlo ahora ? —preguntó de nuevo Roger. Su tono de voz era el mismo.

— No, todavía no —contestó Eddy también en voz baja.

Roger seguía subiendo el pez muy despacio, con toda la suavidad posible. Entonces dejó de izar y se irguió, ya sin tensión alguna, sosteniendo con ambas manos la guía totalmente floja.

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡ Por favor, Dios mío! —exclamó Tom.

Eddy saltó al agua sin soltar el garfio para ver si aún podía arponear al pez.

Todo fue inútil. El enorme pez permaneció en la profundidad igual que un pájaro de color púrpura oscuro y luego empezó a alejarse. Todos lo miraron mientras se fue haciendo más y más pequeño hasta perderse de vista por completo.

El sombrero de Eddy flotaba sobre el agua tranquila y él seguía con el arpón en la mano. El arpón estaba sujeto a la línea atada a la bita de popa. Roger tomó a David en sus brazos y Thomas Hudson vio que los hombros del muchacho temblaban, pero dejó que Roger se encargara de él.

— Echa la escala para que Eddy suba a bordo —dijo al joven Tom—. Y tú, Andy, coge la caña de David y desengánchala.

Roger levantó al muchacho de la silla y lo llevó hasta una colchoneta del sollado, junto a estribor, y lo sentó allí. Sus brazos rodearon el cuerpo del muchacho, mientras yacía desmayadamente boca abajo.

Eddy subió a cubierta chorreando agua y empezó a desvestirse. Andrew pescó el sombrero con el garfio y Thomas Hudson bajó en busca de una camisa y un pantalón de faena para Eddy y de una camisa y unos *shorts* para David. Se sorprendió comprobando que el único sentimiento que le dominaba era una compasión y un gran amor por David. La lucha lo había vaciado de cualquier otro sentimiento.

Cuando volvió a cubierta, David seguía tumbado de bruces en la colchoneta, desnudo, mientras Roger le friccionaba el cuerpo con alcohol.

— Me duele la espalda cerca de los hombros y en la parte de abajo. Por favor, con cuidado, señor Davis.

— Donde más daño tienes —dijo Eddy—. Tu padre te pondrá mercromina en los pies y las manos. Eso no escuece.

— Ponte esta camisa, Davy —dijo Thomas Hudson—. Podrías enfriarte. Trae una manta de las finas para cubrirle, Tom.

Thomas Hudson puso mercromina en los lugares donde las correas que le sujetaban habían dejado huella y le ayudó a ponerse la camisa.

— Estoy bien. ¿Puedo tomar una Coca-Cola, papá? —preguntó David con voz cansada.

— Claro —dijo Thomas Hudson—, y Eddy te servirá dentro de un rato un plato de sopa.

— No tengo hambre —dijo David—. Todavía no puedo comer.

— Esperaremos un poco —dijo Thomas Hudson.

— Sé lo que sientes, Dave —dijo Andrew, alargándole la Coca-Cola.

— Nadie sabe lo que siento —dijo David.

Thomas Hudson dio el rumbo a su hijo mayor para gobernar durante el regreso a la isla.

— Pon los motores a trescientos, Tommy —dijo—. Veremos el faro antes de oscurecer y entonces te daré la corrección.

— Pero contrólame de vez en cuando, papá, por favor. ¿Te sientes tan mal como yo?

— Lo que ocurrió ya no tiene remedio.

— Eddy también hizo lo que pudo —dijo el joven Tom—. No todo el mundo es capaz de saltar al océano para perseguir a un pez.

— Casi logró su propósito, pero te aseguro que habría sido un verdadero infierno después de arponear a semejante pez.

— Se las habría arreglado —dijo el joven Tom. Y añadió—: ¿Los motores están sincronizados?

— Escúchalos. No te fíes sólo del taquímetro.

Thomas Hudson fue hacia la colchoneta, y se sentó junto a David, que seguía tapado con la manta mientras Eddy le curaba las manos y Roger los pies.

— Hola papá —dijo mirando por un momento a Thomas Hudson, pero en seguida apartó la vista.

— Siento mucho lo ocurrido, Davy —dijo su padre—. Nunca vi a nadie luchar de esa manera con un pez. Ni siquiera a Roger.

— Gracias papá, pero no hablemos de eso.

— ¿Quieres alguna cosa, David?

— Otra Coca-Cola tomaría.

Thomas Hudson encontró una botella de Coca-Cola fría entre el hielo de la lata de cebos y la abrió. Volvió a sentarse junto a David y vio cómo el muchacho apuraba su contenido aguantando la botella con la mano que Eddy le había curado.

— En seguida te traigo la sopa —dijo Eddy—. Se está calentando. ¿Preparo unos pimientos, Tom ? Tenemos un poco de ensalada de marisco.

— Calienta pimientos —dijo Thomas Hudson—. No hemos tomado nada desde el desayuno. Roger ni siquiera un trago.

— Acabo de beberme una botella de cerveza —dijo Roger.

— Eddy —dijo David—. ¿Cuánto crees que pesaría?

— Más de quinientos —afirmó Eddy.

— Gracias por echarme al mar, Eddy —dijo David—. De verdad te lo agradezco.

— Diablos —dijo Eddy—, ¿y qué otra cosa podía hacer?

— ¿Crees que habría pesado quinientos, papá ? —preguntó David.

— Estoy seguro —dijo Thomas Hudson—. En mi vida vi un pez tan grande ni espada ni de otra especie.

El sol se estaba poniendo, y el barco avanzaba en la calma del mar como si los motores le dieran vida, propulsándolo rápido por las mismas aguas que antes cruzara tan lentamente.

Andrew también se había sentado al borde de la amplia colchoneta.

— Hola, jinete —dijo David.

— Si lo hubieras cogido —respondió Andrew— seguramente te habrías convertido en el chico más famoso del mundo.

— No quiero ser famoso. Prefiero que lo seas tú —dijo David.

— Nosotros también hubiéramos sido famosos como hermanos tuyos —dijo Andrew

— Y yo por ser tu amigo —dijo Roger.

- Y yo por gobernar el barco, y Eddy por clavarle el arpón..
- Eddy tendría que ser famoso de todas maneras —dijo Andrew, y Tommy también tendría que ser famoso por preparar tantas bebidas. Durante toda la lucha, Tommy no dejó de servir lo que cada uno pedía.
- ¿Y el pez? ¿Es que el pez no habría sido famoso? —preguntó David, que se sentía mejor o al menos hablaba con naturalidad.
- El pez habría sido el más famoso de todos —dijo Andrew—. Se habría hecho inmortal.
- Espero que se encuentre bien —dijo David—. Sinceramente deseo que no le haya pasado nada.
- Pues claro que no le habrá pasado nada —dijo Roger—. Por el modo de tragarse el anzuelo y cómo supo luchar seguro que está bien.
- Algún día os contaré lo que sentí —dijo David.
- ¿Por qué no lo cuentas ahora? —insistió Andrew.
- Ahora estoy cansado. Además parece una tontería.
- Cuéntalo ahora. Dinos algo —rogó Andrew.
- ¿Te parece bien, papá? No sé si debo hacerlo.
- Adelante —dijo Thomas Hudson.
- Bien —dijo David con los párpados apretados—. En los momentos peores, cuando estaba tan cansado, hubiera podido decir quién era yo y quién era el pez.
- Lo comprendo —dijo Roger.
- Y entonces empecé a sentir que le amaba más que a nada en el mundo.
- ¿Quieres decir con amor de verdad? —preguntó Andrew.
- Sí. Con amor de verdad.
- ¡Caray! Eso sí que no lo entiendo.
- Cuando lo veía subir, sentí que lo amaba tanto que casi no podía resistirlo —dijo David con los ojos cerrados—. Sólo deseaba verlo más cerca.
- Lo sé —dijo Roger.
- Y ahora me importa un bledo haberlo perdido —dijo David—. No me importan los récords. Y me alegro de que él esté bien y de yo estar bien. No somos enemigos.
- Me alegro de que nos lo hayas contado —dijo Thomas Hudson.
- Gracias, señor Davis, por lo que me dijo cuando lo perdí por primera vez —dijo David con los ojos todavía cerrados.
- Thomas Hudson nunca supo qué era lo que Roger le había dicho.

**X**

AQUELLA NOCHE, en la pesada calma que precede al viento, Thomas Hudson sentado en su silla se esforzaba por leer. Todos los demás se habían ido a la cama pero él sabía que no podría dormir y prefirió leer hasta tener verdaderamente sueño. No lo consiguió y empezó a evocar el día. Lo evocó desde el principio al fin y tuvo la sensación de que todos sus hijos excepto Tom se habían alejado de él o de que él se había alejado de ellos.

David se había ido con Roger. Thomas Hudson deseaba que David aprendiese todo lo posible de Roger que era tan íntegro y seguro en la acción como corrompido y desagradable en el trabajo y en su vida. David siempre había sido un misterio bienamado para Thomas Hudson. Pero Roger le entendía bastante mejor que su padre y Tom se alegraba de que ambos se compenetrasen aunque esta noche se sintiese extrañamente solo.

Tampoco le había gustado la forma de comportarse Andrew, por más que supiera que Andrew era Andrew y pequeño y que juzgarlo resultaba injusto. No había hecho nada verdaderamente malo y su comportamiento fue correcto. Pero había algo en él que inspiraba desconfianza.

«Qué forma absurda y egoísta de pensar en la gente que se ama», se dijo. «¿Por qué no recordar sencillamente el día pasado sin analizarlo, sin hacerlo pedazos?» «Vete a la cama y procura dormir», se dijo. «Todo lo demás que se vaya al diablo y mañana por la mañana recupera el ritmo de tu vida. Los chicos no van a estar mucho tiempo contigo, piensa en lo felices que los puedes hacer. Es lo que quiero, y lo intentaré. También para Roger lo intenté de veras. Y también tú has sido feliz», se dijo. «Por supuesto. Pero hoy hubo algo que me asustó.» Y volvió a decirse: «En verdad, en todos los días hay siempre algo que te asusta». «Vete a la cama que a lo mejor duermes bien. Y recuerda que quieres que mañana sean todos felices.»

Un fuerte viento del sudeste se levantó a mitad de la noche y cuando amanecía había alcanzado casi la fuerza de un huracán. Las palmeras doblaban sus ramas, los postigos de las ventanas daban portazos, los papeles volaban y la resaca se abatía sobre la playa.

Cuando Thomas Hudson bajó a desayunar, Roger había salido, los chicos aún estaban durmiendo de modo que leyó el correo que llegó del continente en la lancha que les traía el hielo, la carne, las verduras frescas, petróleo y otros productos a la isla una vez por semana. El viento soplaba tan fuerte que Hudson tuvo que poner la taza de café sobre una carta para que no volase.

— ¿Quiere que cierre las puertas? —preguntó Joseph.

— No. Sólo si empiezan a romperse cosas.

— El señor Roger se fue a pasear por la playa —dijo Joseph—. Iba hacia el final de la isla.

Thomas Hudson siguió leyendo sus cartas.

— Tenga el periódico —dijo Joseph—. Se lo he planchado.

— Gracias, Joseph.

— Señor Tom, ¿es verdad lo del pez? Quiero decir ¿lo que me ha contado Eddy ?

— ¿Qué te contó?

— Pues que era muy grande y que estaba a punto de arponearlo.

— Es verdad.

— ¡Bendito Dios! Si no hubiera llegado la lancha y yo no hubiese tenido que acarrear

el hielo y las provisiones habría ido con ustedes y me hubiera echado al agua y le habría enganchado con el garfio.

— Eddy se echó al agua.

— No me lo ha dicho —murmuró Joseph en voz baja.

— Quisiera un poco más de café, por favor, Joseph. Y otro trozo de papaya —dijo Thomas Hudson. Tenía hambre y el viento le abría el apetito—. ¿No han traído tocino ahumado en la lancha?

— Creo que puedo arreglarlo —dijo Joseph—. Está comiendo muy bien, hoy.

— Dile a Eddy que venga.

— Eddy se fue a su casa a curarse el ojo.

— ¿Qué le pasa en el ojo?

— Alguien le metió un puño dentro.

Thomas Hudson creyó adivinar la causa.

— ¿Le han pegado en otro sitio?

— Le dieron bastante —dijo Joseph—. El caso es que en ninguna taberna creían lo que contaba. Nadie creerá nunca toda esa historia del pez. Es una lástima.

— ¿Dónde se ha peleado?

— En todas partes donde no le querían creer. Nadie lo cree aún. En toda la noche no le creyó nadie. Y supongo que ha debido de pelearse con todos los bravucones de la isla. Y esta noche, tan seguro como que está usted desayunando, vendrá gente de Middle Key especialmente para dudar de lo que cuenta. Y en Middle Key hay un par de tíos que saben pelear y que son peligrosos.

— Será mejor que le acompañe el señor Roger —dijo Thomas Hudson.

— ¡Amigo! —dijo Joseph con el rostro iluminado de alegría—. Esta noche nos vamos a divertir.

Thomas Hudson bebió el café, comió la papaya helada con jugo de lima fresco exprimido y cuatro lonchas de tocino ahumado que Joseph acababa de servirle.

— Veo que hoy tiene usted ganas de comer —dijo Joseph—. Y cuando las tiene me gusta que quede satisfecho.

— Pero yo como mucho.

— No siempre —dijo Joseph. Le sirvió otra taza de café y Thomas Hudson la llevó a la mesa escritorio, donde se había propuesto escribir dos cartas que quería despachar en la lancha correo.

— Ve a casa de Eddy y dile que haga una lista de lo que necesitamos encargar al barco —dijo a Joseph—, y me la traes para revisarla. ¿Hay café para el señor Roger?

— Ya lo ha tomado —dijo Joseph.

Thomas Hudson terminó las dos cartas en su mesa escritorio de arriba y Eddy entró con la lista de víveres que había de ser entregada al barco. Tenía mal aspecto. El ojo no había respondido al tratamiento y tenía las mejillas y la boca hinchadas. También tenía hinchada una oreja. Se había puesto mercurina en los cortes de la boca y el color brillante del medicamento le daba un aspecto algo trágico.

— Ayer noche no me fueron bien las cosas —dijo. Y añadió—: Aquí tiene la lista, Tom. Creo que está todo.

— ¿Por qué no te vas a casa, te echas a dormir y pasas en la cama todo el día?

— En casa aún estoy peor —dijo—. Esta noche me acostaré temprano.

- No te metas en mas jaleos —dijo Thomas Hudson—. Pelear no sirve de nada.
- Tiene usted muchísima razón —dijo Eddy por entre el rojo de sus labios hinchados y agrietados—. Luché por defender la verdad y el derecho pero siempre salía alguien capaz de atizarle un palo a ese derecho y a esa verdad.
- ¿No estarás herido, verdad?
- Me duele todo, pero no estoy herido. ¡Al diablo! Tendrías que haber estado allí.
- Me alegro de no haber estado. ¿Quiso alguien hacerte daño en serio?
- Me parece que no. Sólo querían demostrarme que me equivocaba. El vigilante sí me creyó.
- ¿De veras?
- Sí, señor. Él y Bobby. Las únicas personas que me han creído. El vigilante dijo que al primero que se atreva a pegarme lo mete en la cárcel. Me preguntó si alguien me había pegado ya. Le dije que sí, pero que antes yo les pegué a ellos. Ha sido una noche mala para el derecho y para la verdad. Muy mala, Tom.
- ¿Crees que podrás preparar la comida ?
- ¿Por qué no? —dijo Eddy—. En la lancha trajeron bistés. Auténticos bistés. Tendrás que verlos. Pensaba ponerlos con puré de patata y salsa y unas habas. Para la ensalada tenemos lechuga repollada y pomelos frescos. De postre, como los chicos querrán pastel, puedo hacer uno de moras, porque tengo una lata y además en el barco habrán traído helado de crema. Le pondré un poco encima. ¿Qué le parece? Hay que alimentar a ese endiablado David para que se reponga.
- Dime Eddy, ¿qué pensabas hacer cuando te zambulliste con el arpón?
- Pues clavárselo debajo de la aleta donde lo mataría al tensarse la cuerda y yo largarme aprisa nadando a bordo.
- ¿Qué aspecto tenía bajo el agua?
- Era tan ancho como un esquife y de color púrpura. Cada ojo era como una de las manos de usted, Tom. El ojo era negro y el pez plateado, y la espada tenía un terrible aspecto. Iba hundiéndose lentamente y yo no podía alcanzarle porque el puño del arpón flotaba y con él en la mano me era imposible bucear, así que de nada sirvió.
- ¿Llegó a mirarte?
- No podría decirlo. Se limitaba a estar allí y todo cuanto ocurriese a su alrededor parecía tenerle sin cuidado.
- ¿Crees que estaba cansado?
- A mi entender estaba rendido y a punto de abandonar.
- Nunca volveremos a ver nada parecido.
- Desde luego. En la vida. Y ahora he aprendido a no pretender que los demás lo crean así.
- Lo voy a pintar. Haré un cuadro para David.
- Pues procure pintarlo todo exactamente como ocurrió. No vaya a hacer uno de esos dibujos cómicos que a veces hace.
- Lo pintaré con más realismo que una fotografía.
- Así es como me gusta que pinte.
- Será muy difícil sacar bien la parte submarina.
- ¿Quizá como en el cuadro de las trombas que hay en el bar de Bobby?

— No. Éste será mejor, aunque diferente. Hoy mismo haré algún boceto.

— Me gusta mucho el de las trombas —dijo Eddy—. Bobby está loco con él y es capaz de hacer creer a la gente que realmente esa vez hubo tantas trombas a la vez. De todos modos, entiendo que pintar un cuadro con aquel pez en el agua ha de ser muy difícil.

— Me veo capaz de hacerlo —dijo Thomas Hudson.

— ¿Y no puede pintarlo también en el momento de saltar? ¿Podría usted pintar eso?

— Yo creo que sí.

— Pinte los dos, Tom. Uno con el pez saltando y otro con Roger alzándolo con la guía y Davy sentado en la silla y yo a popa. Podemos hacerlo como una fotografía.

— Empezaré hoy los bocetos.

— Si necesita algo de mí estaré en la cocina. ¿Los chicos aún duermen?

— Los tres.

— ¡Diablos! Yo no tengo ganas de nada con el asunto del maldito pez. Pero tenemos que comer, ¿verdad?

— Ese ojo tendría que vértelo un médico.

— No me importa lo del ojo. Puedo ver bien con él.

— Voy a dejar que los chicos duerman hasta que se cansen.

— Que me avise Joe cuando se levanten y les haré el desayuno. Y si es demasiado tarde vale más que tomen poca cosa y no pierdan el apetito para el almuerzo. ¿Vio el pedazo de carne que tenemos?

— No.

— Cuesta lo suyo pero es una carne estupenda, Tom. Nadie en esta isla comió nunca una igual. Me gustaría saber qué aspecto tienen los animales de donde se saca.

— Se crían en el campo —dijo Thomas Hudson—. Y son casi tan anchos como largos.

— Dios mío, qué gordos serán —dijo Eddy—. Quisiera verlos vivos alguna vez. Aquí nadie mata una vaca a menos de que este flaca y a punto de morir de hambre. La carne es amarga. La gente de aquí se volvería loca con esa carne que nos han traído. No sabrían qué es y a lo mejor hasta les haría daño.

— Tengo que terminar estas cartas —dijo Thomas Hudson.

— Lo siento, Tom.

Terminado el correo y cuando hubo escrito dos cartas de negocios que en principio pensara dejar para el barco de la semana próxima, repasado la lista de artículos a encargar, y extendido un cheque por su importe más el diez por ciento que el Gobierno cargaba sobre todo artículo de importación, Thomas Hudson fue hacia el muelle del gobernador donde estaba anclada la lancha correo. El capitán recibía los encargos de los isleños, que pedían tejidos, ropa, medicinas, ferretería, repuestos y otros varios artículos de los que era necesario llevar a la isla desde el continente. La embarcación cargaba a su vez bogavantes y caracolas y bidones vacíos de gasolina y aceite Diesel, mientras los isleños hacían cola bajo el fuerte viento esperando el turno para subir a bordo.

— ¿Todo bien, Tom? —preguntó el capitán Ralph desde la ventanilla del camarote.

E inmediatamente añadió dirigiéndose a un negro alto y fornido que llevaba sombrero de paja y que acababa de aparecer en un rincón:

— Sal del camarote, muchacho, y vuelve luego.

— Tuve que cambiar alguna cosa —dijo seguidamente a Tom—. ¿Qué tal la carne?

— Según Eddy es estupenda.

— Muy bien. Dame esas cartas y la lista. ¡Qué temporal hay ahí fuera! Quiero largarme antes de la próxima marea. Lo siento pero estoy muy ocupado.

— Hasta la semana próxima, Ralph. Por mí no te molestes. Gracias, amigo.

— Procuraré traerlo todo la semana que viene. ¿Necesitas dinero?

— No. Con lo de la semana pasada me basta.

— Tengo bastante a mano si te hace falta. Ahora tú, Lucius. ¿Cuál es tu problema? ¿De qué vives estos días?

Thomas Hudson volvió al muelle, hacia donde estaban los negros que reían a carcajadas de lo que el viento hacía con los vestidos de algodón de las muchachas y de las mujeres y luego enfiló el camino de corales hacia el Ponce de León.

— Tom —dijo Bobby—. Pasa y siéntate. ¿Dónde has estado metido? Acércate hombre y toma la mejor copa del día aquí conmigo.

— Es muy temprano.

— Tonterías. Es cerveza importada y tengo también cerveza inglesa «Dogs' Head». — Buscó en la nevera, sacó una botella de Pilsner, la abrió y la pasó a Thomas Hudson—. Sin vaso, ¿verdad? Tómate eso y después decide si quieres un trago o no.

— Entonces no trabajaré.

— ¿Y a quién le importa? Trabajas demasiado. Tienes deberes contigo mismo, Tom. Deberes para con tu vida. No puedes pasarte todo el tiempo pintando.

— Ayer me pasé el día en el barco y no hice nada.

Thomas Hudson estaba mirando el gran lienzo de las trombas de agua colgado en la pared del fondo del bar, y pensó que era un buen cuadro. Tan bueno como capaz era de pintar por entonces.

— Tengo que colgarlo más alto —dijo Bobby—. Ayer noche un cliente se alegró un poco y quería subir a la fuerza en ese bote. Le dije que si ponía un pie encima de la embarcación le costaría diez mil dólares y el vigilante se lo dijo también. El vigilante tiene una idea con respecto a un cuadro que quiere encargarte para su casa.

— ¿Qué tema?

— El vigilante no quiso decírmelo. Asegura que tiene una idea formidable pero que antes ha de discutirla contigo.

Thomas Hudson siguió mirando el lienzo, visiblemente deteriorado ya.

— ¡Por Dios que es resistente! —dijo Bobby con orgullo—. La otra noche un cliente lanzó un grito de pronto y tiró todo un jarro de cerveza a la columna de agua de una de las trombas. Dijo que lo hacía para acabar con ella. Pero no se nota nada. La cerveza se escurrió como el agua. Sí, Tom, por Dios que la pintaste fuerte.

— No creo que resista muchos ataques como ése.

— Por Dios —gritó Bobby—, aún no he visto nada que lo rompa. Pero de todos modos será mejor colgarlo más alto. El cliente de anoche me dejó preocupado.

Dio a Thomas Hudson otra botella helada de cerveza Pilsner.

— Tom, quiero decirte cuanto siento lo del pez. Conozco a Eddy desde niño y nunca le oí mentir. Naturalmente en cosas importantes, claro.

— Fue un endiablado asunto y prefiero no hablar de ello.

— Es lo mejor —dijo Bobby—. Yo sólo quería que supieras que lo he sentido. ¿Por qué

no acabas esa cerveza y bebes una copa? No está bien entristecerse tan temprano. ¿Qué prefieres tomar?

— Me encuentro bien así. Quiero trabajar esta tarde y prefiero no sentirme pesado.

— Muy bien, si yo no lo consigo puede que venga otro y lo logre. Mire ese maldito yate. Debe de haber bailado bien para llegar aquí con tan poco calado.

Thomas Hudson miró por la puerta abierta y vio un hermoso barco blanco tipo crucero que remontaba el canal. Era el tipo de embarcación de lujo que se fleta en un puerto cualquiera del continente para navegar por los cayos de Florida y en un día como el anterior, en calma y tranquilo, cruzar sin dificultad la Corriente del Golfo. Pero en un día como el presente tuvo que pasar un mal rato con tan poco calado y tanta superestructura. Thomas Hudson se preguntó cómo habría podido pasar el banco con la mar que había.

El crucero se adentró en el puerto para anclar al final y Thomas Hudson y Bobby lo miraban desde el umbral de la puerta, blanco y brillante todo él, con los pasajeros que había en cubierta también vestidos de blanco.

— Clientes —dijo el señor Bobby—. Espero que sea gente bien. Desde que terminó la temporada del atún no hemos visto por aquí un yate de verdad como ése.

— ¿Lo conoces?

— No lo había visto nunca. Bonito barco desde luego. No está construido para el Golfo.

— Probablemente zarpó a medianoche cuando aún hacía buen tiempo y el viento le sorprendió en ruta.

— Seguramente —convino Bobby—. Deben de haberse movido bastante porque sopla de veras. En fin, no tardaremos en saber quiénes son. Tom, deja que te prepare algo. Me pones nervioso así, sin beber.

— Bueno. Tomaré una tónica con ginebra.

— No tengo agua tónica. Joe se llevó a casita el último cajón.

— Entonces whisky solo.

— Un whisky irlandés y sin azúcar —dijo Bobby—. Prepararé tres, porque aquí tenemos a Roger.

Thomas Hudson le vio acercarse desde la puerta abierta. Roger entró descalzo con un par de pantalones de trabajo descoloridos y una camiseta rayada de pescador bastante vieja y encogida por los lavados. Cuando se inclinó para apoyarse, pudo verse cómo los músculos de su espalda se movían bajo ella. A la escasa luz del establecimiento de Bobby su piel destacaba muy oscura y tenía el cabello veteado por el sol y el agua salada.

— Siguen durmiendo —dijo a Thomas Hudson—. Alguien golpeó a Eddy. ¿Lo has visto?

— Ha pasado la noche de pelea en pelea —dijo Bobby—. Y total para nada.

— No me gusta que se metan con Eddy —dijo Roger.

— No es que se metieran con él, Roger —aseguró Bobby—. Se pasó la noche bebiendo y peleando con todo el que no creía lo que contaba. Nadie le atacó con mala intención.

— Me sigue obsesionando lo de David —dijo Roger a Thomas Hudson—. No debimos permitir ni que empezara.

— Probablemente ya está bien del todo —dijo Thomas Hudson—. Dormía tranquilo cuando salí. La responsabilidad era mía y sólo yo tenía que haber impedido que continuara.

— No, tú confiaste en mí.

- La responsabilidad es del padre —dijo Thomas Hudson— y yo te la endosé a ti sin derecho a ello. No es cosa que se deba endosar.
- Sin embargo yo la acepté —dijo Roger—. No creí que le perjudicase. Ni Eddy tampoco.
- Lo sé —dijo Thomas Hudson—. Tampoco yo lo creí. Pensé que algo más importante estaba en juego.
- Y yo también —dijo Roger—. Pero ahora me siento egoísta y culpable. Te aseguro que es terrible.
- Yo soy su padre —dijo Thomas Hudson—. La culpa fue mía.
- ¡Maldición con ese pez! —dijo Bobby tendiendo un whisky seco a cada uno y reservándose el tercero—. Brindemos por otro todavía más grande.
- No —dijo Roger—. No quisiera ver otro más grande en mi vida.
- ¿Qué te pasa, Roger? —preguntó Bobby.
- Nada —dijo Roger.
- Voy a pintar un par de cuadros del pez para regalárselos a David.
- Estupendo. ¿Crees que podrás reconstruir los hechos?
- Con un poco de suerte quizá sí. Supongo que podré resolverlo.
- Claro que sí. Tú puedes hacer todo lo que te propongas. ¿Quiénes son los del yate?
- Oye, Roger, has estado paseando tu remordimiento por toda la isla...
- Descalzo —dijo Roger.
- Yo traje aquí el mío pasando antes por el capitán Ralph.
- Nada he conseguido, pero te aseguro que no voy a emborracharme para olvidar —dijo Roger—. En todo caso debo admitir que esto está muy bueno, Bobby.
- Sí, señor —dijo Bobby—. Voy a servirte otro. Y déjate ya los remordimientos por el camino.
- No tenía por qué desafiar a un niño —dijo Roger—. Y menos con el hijo de otro.
- Depende del por qué del desafío.
- No es verdad. En ningún caso debe desafiarse a los niños.
- Lo sé. Y también sé cuál era el desafío. No era un pez, no.
- Claro —dijo Roger—. Sólo que escogiste al menos indicado para hacerle eso. Al único que no había que haberle permitido que lo intentara.
- Cuando se levante estará bien, ya verás. Es un muchacho sano.
- Para mí es mi héroe —dijo Roger.
- Vale más así. Que tú mismo fueses tu propio héroe resultaba poco agradable.
- ¿Sí? —dijo Roger—. También es tu héroe, ¿verdad?
- Sí —dijo Thomas Hudson—. Es el héroe de los dos.
- Roger —dijo Bobby—. ¿Tenéis algún parentesco los dos?
- ¿Por qué?
- Siempre lo he pensado. Creo que os parecéis.
- Gracias —dijo Thomas Hudson—. Da tú también las gracias, Roger.
- Muchísimas gracias, Bobby —dijo Roger—. ¿De veras crees que me parezco a esta

combinación de hombre y pintor?

— Os parecéis no como hermanos pero sí como primos lejanos y los muchachos se parecen a los dos.

— No somos ni parientes —dijo Thomas Hudson—. Solíamos vivir en el mismo lugar y cometer los mismos errores.

— Bueno, ¡al diablo con todo eso! —dijo Bobby—. Bebamos y dejémonos de remordimientos. No me gusta el tema a esta hora y en un bar. Conozco los remordimientos de los negros, de la gente de mar, de los cocineros de yate, de los millonarios, de las esposas de millonarios, de los grandes negociantes de ron, de almacenistas, de tuertos que perdieron un ojo en la pesca de la tortuga, de los hijos de puta, de todo el mundo. No me vengáis con remordimientos a esta hora de la mañana. Un vendaval como éste es buen momento para beber. Estoy hasta aquí de los remordimientos y el remordimiento ya no se lleva. Desde que tenemos radio todo el mundo escucha la BBC. No hay tiempo ni lugar para el remordimiento.

— ¿Tú escuchas la radio, Bobby?

— Sólo el Big Ben. Lo demás me pone nervioso.

— Eres un gran tipo, Bobby. Y además muy bueno —dijo Roger.

No soy ni lo uno ni lo otro, pero estoy contento de verte un poco más alegre —dijo Bobby.

— Lo estoy —dijo Roger—. ¿Qué clase de gente crees que viaja en ese yate?

— Clientes —dijo Bobby—. Bebamos otra copa para estar en forma cuando tenga que atenderles, sean quienes sean.

Mientras Bobby exprimía las limas y preparaba el whisky Roger dijo a Thomas Hudson:

— No quise hacer una locura con David.

— No la hiciste.

— Lo que intentaba es una locura. Demonios, hablaré claro. Creo que fue un golpe fuerte decirme que yo era mi propio héroe.

— No tengo derecho a dar golpes a nadie.

— A mí sí. La verdad es que para mí la vida no ha tenido nada de sencillo y que me paso el tiempo queriendo simplificarla.

— Ahora escribirás bien con un estilo directo y honrado. Es el comienzo.

— ¿Y si no soy bueno, ni sencillo, ni honrado? ¿Cómo quieres que escriba?

— Escribe tal como eres, pero con sinceridad.

— Intentaré comprender un poco mejor todo eso, Tom. Es necesario.

— Sí. Recuerda que la última vez que te vi antes de que volvieres a la isla fue en Nueva York con la loca aquélla que te quemó la mano con los cigarrillos.

— Se suicidó —dijo Roger.

— ¿Cuándo?

— Cuando yo estaba en la sierra, antes de irme a la costa a escribir ese guión para el cine.

— Lo siento —dijo Thomas Hudson.

— Estaba abocada a eso —dijo Roger—. Me alegro de haber escapado a tiempo.

— Tú no eres capaz de suicidarte. Nunca lo harías.

— No sé. A veces me parece algo la mar de lógico —dijo Roger.

— Una de las razones por que no lo harías es el mal ejemplo que darías a los chicos. ¿Qué pensaría Dave?

— Seguramente lo comprendería. Y de todos modos cuando te metes en semejante lío no está uno para pensar en ejemplos.

— Ahora sí que dices locuras.

Bobby se acercó con los vasos.

— Roger —dijo—, estás hablando de un modo que hasta yo me pongo triste. Me pagan para escuchar todo lo que quieran decir. Pero no me gusta que mis amigos digan esas cosas. Basta, Roger.

— De acuerdo, callaré.

— Bien —dijo Bobby—, a beber. Una vez tuvimos aquí a un señor de Nueva York que vivía en la fonda y se pasaba la mayor parte del tiempo bebiendo aquí. Sólo sabía hablar de cómo iba a suicidarse. Nos ponía nerviosos a todo el mundo. El vigilante le advirtió que el suicidio es un acto ilegal. Yo intenté convencer al vigilante para que le dijera que hablar tanto de suicidarse también era ilegal, pero el vigilante dijo que tenía que consultarlo con Nassau. Después de un tiempo nos acostumbramos a oírle comentar sus planes y por fin algunos bebedores asiduos se hicieron amigos suyos. Un día que estaba hablando con Big Harry y refiriendo que pensaba suicidarse añadió que le gustaría irse en compañía de alguien, es decir llevarse a otro con él.

»«Aquí tiene a su hombre», gritó Big Harry. «El que anda usted buscando.» Y le animó a marchar a Nueva York y agarrar una imponente borrachera para arrojarlo desde el lugar más alto de la ciudad en brazos del olvido. Creo que Big Harry debía imaginar el olvido como una especie de suburbio. Puede que hasta lo imaginase como un barrio de irlandeses.

»Bueno, el caso es que al caballero que quería suicidarse le agradó el plan y cada día lo iba madurando y comentando. Así hasta que otros bebedores asiduos hallaron estupenda la idea y se fueron reuniendo hasta formar algo así como el batallón de los suicidas y proponerse para empezar ir a Nassau. Sólo que Big Harry seguía siendo partidario de Nueva York. Por fin un día dijo al caballero suicida que ya estaba harto y que quería dejar la vida de una vez.

Precisamente entonces el capitán Ralph encomendó un trabajo a Big Harry; algo así como pescar cangrejos de río y mientras estuvo ausente el caballero suicida se dio demasiado al alcohol. Cuando estaba borracho tomaba no sé qué potingue de amoníaco que tenía en su cuarto y volvía a venir a beber. Pero todo el alcohol se le iba acumulando dentro. Todos le llamábamos «Suicidios», así que fui y le dije: «Mire, Suicidios, será mejor que se vaya a dormir porque de lo contrario nunca va usted a poder arrojarlo en los brazos del olvido». «Ahora estoy dispuesto —me contestó—. Ya voy en camino. Toma, cobra estas copas. Acabo de tomar la temida decisión.» «Tenga el cambio», dije yo entonces. «No lo quiero. Guárdalo y que Big Harry beba unas copas antes de reunirse.» Seguidamente salió corriendo hacia el muelle de Johnny Black y se arrojó al canal. Era de noche, no había luna y la marea bajaba... Nadie volvió a verle hasta dos días después en que el agua lo arrojó al promontorio. Todos lo buscaron. Supongo que se dio un golpe en la cabeza contra el cemento al caer y que la marea lo arrastraría. Cuando Big Harry volvió le lloró mientras duró el dinero que se estaba bebiendo y quedó borracho. Era el cambio de un billete de veinte dólares. En otro momento, Big Harry me dijo: «Mira Bobby, creo que el viejo Suicidios estaba como una cabra». Y tenía razón. Cuando su familia envió a buscar el cadáver, el delegado que se presentó dijo al Comisario que el viejo Suicidios estaba enfermo; que era un *mecánico*-depresivo. Tú nunca has tenido eso, ¿verdad, Roger?

— No —dijo Roger—. Y ahora creo que nunca lo tendré.

— Así se habla —dijo Bobby—. Y no vuelvas a pensar en todo ese lío del olvido.

— A la mierda el olvido —dijo Roger.

**XI**

EL ALMUERZO FUE EXCELENTE. La carne algo dorada por fuera, mostraba las huellas de la parrilla formando tiras. Bastaba hundir el cuchillo en ella para comprobar que estaba tierna y jugosa. Todos recogieron el jugo de los platos para verterlo sobre el puré de patata formando como un lago en su cremosa blancura. Las habas rehogadas en mantequilla, estaban en su punto, la lechuga arropollada, fresca y fuerte y el pomelo bien helado.

A todos el viento les había abierto el apetito y Eddy subió a echar un vistazo mientras comían. Su cara tenía mal aspecto cuando preguntó:

— ¿Qué diablos tienen que decir de esta carne?

— Está formidable —dijo el joven Tom.

— Mastícala bien —dijo Eddy—. No la desperdicies comiéndola demasiado de prisa.

— Pero es que no se puede masticar mucho. Es tan tierna que se funde en seguida.

— ¿Tenemos postre, Eddy? —preguntó David. —Claro. Pastel y helado.

— ¿Dos raciones? —gritó Andrew.

— Para comer hasta hartarte. El helado está duro como una roca.

— ¿De qué es el pastel?

— De moras.

— ¿Y el helado?

— De coco.

— ¿De dónde lo has sacado?

— Lo traje la lancha.

Bebieron té helado con la comida y Roger y Thomas tomaron café después del postre.

— Eddy es un cocinero sensacional —dijo Roger.

— El apetito también cuenta.

— Esta carne no es cuestión de apetito. Ni la ensalada, ni el pastel.

— Eddy es un cocinero excelente —convino Thomas Hudson—. ¿Está bueno el café?

— Riquísimo.

— Papá —preguntó el joven Tom—. Si esa gente del yate va al bar del señor Bobby ¿nos dejas hacer la escena de Andy borracho?

— Podrías molestar al señor Bobby y hasta indisponerle con el vigilante.

— Iré a hablar antes con el señor Bobby y con el vigilante, que es amigo nuestro.

— Está bien. Habla con el señor Bobby y vigila la reacción de los del yate. ¿Qué hacemos con Dave?

— ¿Podremos llevarlo? Tal como está ahora caminará muy bien.

— Me pondré los zapatos de lona con suela de goma de Tom —dijo David—. ¿Todo preparado, Tom?

— Por el camino lo acabaremos de ensayar —dijo el joven Tom—. ¿Tú sabes todavía girar los párpados hacia arriba como hacías antes?

— Claro —dijo David.

— Por favor, no lo hagas. No quiero marearme ahora que acabo de almorzar.

- Por diez centavos te hago vomitar todo lo que has metido, jinete.
- Por favor ahora, no. Más tarde te aseguro que no me hará efecto.
- ¿Quieres que vaya contigo, Tom? —preguntó Roger.
- Me parece estupendo —dijo el joven Tom—. Juntos acabaremos de arreglarlo todo.
- Adelante —dijo Roger—. ¿Por qué no duermes un rato, Dave?
- A lo mejor sí —respondió David—. Leeré hasta que me entre sueño. ¿Qué vas a hacer tú, papá?
- Pintaré un poco ahí en el porche a sotavento.
- Pues yo me tumbaré aquí en el catre y miraré cómo trabajas. ¿Te importa?
- No. Quizá pinte mejor.
- Volveremos en seguida. ¿Qué harás tú, Andy?
- Me gustaría ir también para estudiar el terreno, pero es mejor que me quede por si los del yate andan por ahí.
- Eso está bien pensado —dijo el joven Tom—. Eres muy listo, jinete.
- Se alejaron. Thomas Hudson trabajó toda la tarde. Andy estuvo un rato viendo como lo hacía y luego desapareció y David observó y leyó sin despegar los labios.
- Thomas Hudson quería pintar el salto del pez, pues sabía que sacarlo dentro del agua era mucho más difícil e hizo dos bocetos y ninguno le gustó. Luego un tercero que le agradaba.
- ¿Crees que lo he sacado bien, Davy?
- Sí, papá, está muy bien. Pero ¿verdad que al salir del mar y saltar tuvo que arrastrar agua con él hacia arriba? Quiero decir al subir, no al hundirse.
- Desde luego, tuvo que cortar la superficie —convino su padre.
- ¡Subió desde tan hondo! Tuvo que arrastrar mucha agua. Bueno, creo que tendría que soltar agua por todas partes. ¿Aquí está subiendo o bajando?
- Esto es un boceto nada más, Davy. Lo pensé como si estuviera en lo alto.
- Entiendo que sea un boceto, papá. Y perdona si me meto. No quiero que te figures que me las doy de listo.
- Me gusta que me des tu opinión.
- El que sabe cómo va todo es Eddy. Tiene el ojo más rápido que una cámara fotográfica. Y sabe recordar. ¿Verdad que Eddy es un gran tipo?
- Claro que sí.
- Casi nadie le conoce bien. Tommy sí, claro. Eddy es el hombre de mundo a quien más quiero después de ti y del señor Davis. Guisa como si le entusiasmase hacerlo y sin embargo podría hacer tantas otras cosas. Sabe de todo. Recuerda lo que hizo con el tiburón y también cómo se echó al mar ayer para perseguir al pez espada.
- Pensar que esta noche muchos le han pegado porque no le creían.
- Pero papá, Eddy no parece un hombre atormentado.
- No. Es feliz.
- Hasta hoy, a pesar de las palizas es feliz. Y estoy seguro que echarse al agua para perseguir al pez le hizo sentirse también dichoso.
- Desde luego.
- Quisiera que el señor Davis fuese feliz al modo de Eddy.

- El señor Davis es más complicado que Eddy.
- Ya sé. Pero todavía recuerdo cuando era sencillamente feliz. Conozco muy bien al señor Davis, papá.
- Yo lo veo bastante bien ahora, aunque ha perdido eso que tú llamas despreocupación.
- Lo dije en el buen sentido de la palabra, papá.
- Yo también. Pero ha perdido algo así como seguridad en sí mismo.
- Ya sé —admitió David.
- Quisiera que la volviese a recuperar. Tal vez la consiga cuando vuelva a escribir. Verás, Eddy es feliz porque hace algo muy bien hecho y lo hace cada día.
- No creo que el señor Davis pueda hacer lo suyo cada día como tú y como Eddy hacéis lo vuestro.
- No. Además hay otras cosas.
- Lo sé, papá. Sé demasiado para mi edad. Tommy sabe veinte veces más que yo y sabe las cosas más espantosas y no le duelen. A mí me hace daño todo lo que sé. No sé por qué, pero es así.
- Quieres decir que lo sientes mucho.
- Lo siento y me hace algo dentro... Es como si pecase por otro, si es que existe algo así.
- Comprendo.
- Perdóname por hablar en serio, papá. Sé que no es correcto. Pero a veces lo necesito porque hay muchas cosas que no sabemos y que al saberlas pasan por nosotros como una ola. Como una ola de esas que hoy tiene el mar.
- Pregúntame siempre todo lo que quieras, Davy.
- Sé que puedo hacerlo y te lo agradezco, papá. Pero esperaré todavía para hacerte algunas preguntas. Y otras supongo que con el tiempo se aprenden solas.
- ¿Crees que irá bien el juego del borracho con Tom y Andy en el bar de Bobby? Recuerdo que una vez nos metimos en un lío porque yo tomé en serio aquello que dijo sobre tu estado de embriaguez.
- Si... Total porque me había visto bebido... dos veces en tres años, pero dejemos eso. El juego del borracho en el bar del señor Bobby puede ser una buena coartada para mí por si un día me emborracho de verdad. Si lo hice dos veces ante la misma persona puedo hacerlo tres. Creo que lo vamos a pasar muy bien, papá.
- ¿Lo habéis hecho alguna vez últimamente? Quiero decir la escena del borracho.
- Tom y yo hacemos unas muy buenas pero con Andy todavía salen mejor. Andy está genial. Tiene unas salidas terribles. Las mías son especiales.
- ¿Qué personaje has representado últimamente? —preguntó Thomas Hudson sin dejar de dibujar.
- ¿Me has visto hacer el hermano idiota? ¿Y el idiota mongólico?
- Nunca. Y ahora, Davy, ¿te gusta así? —preguntó Thomas Hudson, mostrando el boceto.
- Es maravilloso. Ahora veo qué era lo que perseguías, papá —dijo David—. Querías sacarlo en el momento de quedar suspendido en el aire antes de caer. ¿Me regalarás el cuadro de verdad ?
- Claro.

— Lo cuidaré bien.

— Serán dos, Davy.

— Llevaré uno al colegio. El otro lo guardaré en casa de mamá. ¿O prefieres que se quede aquí?

— No. Puede que a ella le guste tenerlo. Cuéntame qué otras escenas has interpretado —dijo Thomas Hudson.

— Solíamos hacer algunas terribles en el tren. En el tren se reúne siempre gente pintoresca. No hay nada como el público del tren. Y además no se pueden ir.

Thomas Hudson oyó hablar a Roger en la habitación vecina y empezó a limpiar pinceles y a guardar chismes. Tom entró y dijo:

— ¿Qué tal, papá? ¿Has trabajado bien? ¿Puedo verlo?

Thomas Hudson le mostró los dos bocetos y él dijo:

— Me gustan igual.

— ¿No encuentras que uno es mejor que otro? —preguntó David.

— Pues no. Los dos son estupendos —afirmó Tom, y su padre advirtió que tenía prisa y que estaba distraído.

— ¿Cómo va todo? —preguntó David.

— Fantástico —dijo el joven Tom—. Si lo hacemos bien será maravilloso. Ya están todos allí y hemos pasado la tarde planeando las cosas. Vimos al señor Bobby y al vigilante antes que ellos llegasen. Para empezar figurará que el señor Davis está hecho una esponja y que yo intento disuadirle de que siga bebiendo.

— ¿No será exagerar la nota?

— Oh no, tendrías que haber visto al señor Davis —protestó Tom—. A cada copa se emborracha más, pero de un modo casi imperceptible.

— ¿Qué bebía?

— Té. El señor Bobby llenó de té una botella de ron vacía. Para Andy ha preparado una botella de ginebra vacía; la ha llenado de agua.

— ¿Qué haces para intentar disuadir al señor Davis?

— Discutir con él, pero nadie oye lo que nos decimos. El señor Bobby también colabora, sólo que él bebe ron de verdad.

— Será mejor que vayamos hacia allá, antes de que el señor Bobby vaya demasiado lejos. ¿Cómo está el señor Davis?

— Estupendamente. Es un gran artista, Dave.

— ¿Dónde está Andy?

— Abajo, ensayando su papel ante un espejo.

— ¿Y Eddy también tomará parte en la función?

— Sí. Y Joseph.

— No recordarán lo que han de hacer.

— Sólo han de intervenir con una frase.

— Eddy está capacitado para recordar una frase, pero de Joseph no estoy muy seguro.

— Repite la que dice Eddy.

— ¿Y el vigilante?

— De nuestra parte.

— ¿Y ellos? ¿ Cuántos son los del yate ?

— Siete con dos mujeres. Una linda y la otra maravillosa. Ya está compadeciendo al señor Davis.

— ¡Caray! —dijo David—. Vamos allá en seguida.

— ¿Cómo vas a ir ? —preguntó el joven Tom a David.

— Yo le llevaré —dijo Thomas Hudson.

— Por favor, papá, deja que me ponga las zapatillas de lona con suela de goma de Tommy. Caminaré apoyando los pies de lado para no dañármelos más, y no me dolerá y hará muy buen efecto.

— De acuerdo, vamos. ¿Dónde está Roger?

— Tomando un traguito con Eddy —explicó el joven Tom—. Pasó bastante rato dándole al té, papá.

Afuera el viento seguía soplando fuerte cuando entraron en el Ponce de León. Los pasajeros del yate estaban junto a la barra. Bebían unas copas de ron y eran un grupo de gente agradable y vestida de blanco y tostada. Eran corteses y en seguida se apartaron para hacer sitio. A un lado, donde estaba la máquina tragaperras, había dos hombres y una muchacha, y en el otro, más cerca de la puerta, había otros tres hombres con otra muchacha. La muchacha que estaba cerca de la máquina tragaperras era maravillosa, pero también la otra era muy agraciada. Roger, Thomas Hudson y los chicos entraron decididos. David incluso procuró no cojear.

El señor Bobby dijo mirando a Roger:

— ¿Ya está usted aquí otra vez?

Roger asintió con aire abatido y Bobby puso la botella de ron sobre la barra y un vaso.

Roger la cogió sin decir palabra.

— ¿Qué hay, Hudson? ¿Bebiendo otra vez? —dijo Bobby a Thomas Hudson. La expresión de su rostro era firme y serena y Thomas Hudson asintió también—. Tendría que dejar de beber —añadió Bobby—. Todo tiene un maldito límite.

— Sólo quiero un poco de ron, Bobby.

— ¿Lo que éste bebe?

— No. Bacardí.

El señor Bobby llenó un vaso y se lo dio a Thomas Hudson.

— Tenga —dijo—, aunque ya sabe que no debería servírselo.

Thomas Hudson vació el vaso de un trago y lo encontró tibio y reconfortante.

— Déme otro.

— No antes de veinte minutos, Hudson —dijo el señor Bobby mirando el reloj que colgaba en la pared detrás de la barra.

Los forasteros empezaron a prestar cortés atención a la escena.

— ¿Qué diablos estás bebiendo tú? —preguntó el señor Bobby a David.

— Sabe muy bien que he dejado la bebida —respondió gravemente David.

— ¿Desde cuándo?

— Desde anoche. ¿No lo sabe usted?

— Disculpe —dijo el señor Bobby y se sirvió otra copa—. ¿Cómo diablos voy a recordar

lo que hacéis, malditos delincuentes? Sólo pido una cosa, que te lleves a ese condenado Hudson cuando tengo clientela decente.

— Estoy bebiendo sin meterme con nadie —dijo Thomas Hudson.

— Más le vale —dijo el señor Bobby tapando la botella que estaba ante Roger y volviéndola a poner en la estantería.

El joven Tom inclinó afirmativamente la cabeza como dando su aprobación y susurró algo al oído de Roger. Roger apoyó los codos en el mostrador y se tapó la cara con las manos. Luego levantó la cabeza otra vez y señaló la botella. El joven Tom sacudió la cabeza. Bobby cogió la botella, la destapó y la dejó otra vez frente a Roger.

— Beba hasta que se muera —dijo—. No perderé por ello ni un minuto de sueño.

A estas alturas los dos grupos de forasteros contemplaban lo que ocurría con mayor atención aunque todavía muy circunspectos. Sin duda sentían curiosidad pero eran educados; parecían gente correcta.

Roger habló entonces por primera vez.

— Dale una copa a la ratita —dijo a Bobby.

— ¿Qué quieres, muchacho? —preguntó a Andy el señor Bobby.

— Ginebra —dijo Andy.

Thomas Hudson tuvo buen cuidado en no mirar a los forasteros, pero podía sentirlos.

Bobby puso una botella ante Andy y un vaso vacío. Andy lo llenó hasta rebosar y alzándolo hacia Bobby, dijo:

— A su salud, señor Bobby. La primera del día.

— Bébela —dijo Bobby—. Empiezas tarde.

— Papá se le llevó el dinero —dijo David—. El que mamá le envió como regalo de cumpleaños.

El joven Tom miró a su padre y se echó a llorar. No lloró de veras, pero la escena era triste y tampoco puede decirse que exagerase la nota en ningún sentido.

Nadie dijo palabra hasta que Andy suplicó:

— Por favor, señor Bobby, quisiera otra ginebra.

— Póntela tú mismo —dijo Bobby—. Pobre chiquillo. —Se volvió hacia Thomas Hudson para añadir—: Hudson, tome esto y largúese de aquí.

— Mientras no me meta con nadie tengo derecho a quedarme —dijo Thomas Hudson.

— Le conozco bien. Sé que su silencio durará poco —dijo duramente Bobby.

Roger señaló la botella y el joven Tom le tiró de la manga. Dominaba sus lágrimas y se mostraba como un muchacho bueno y valiente.

— Señor Davis —dijo—. No puedo beber más.

Roger no dijo nada y Bobby puso de nuevo la botella delante de él.

— Señor Davis, esta noche tiene que escribir —dijo Tom—. Ya sabe que me lo ha prometido. Tiene usted que escribir esta noche.

— ¿Para qué crees que estoy bebiendo? —dijo Roger.

— Pero, señor Roger. Cuando escribí *La Tormenta* no tenía necesidad de beber tanto.

— ¿Por qué no te callas de una vez? —gritó Roger.

Pero Tom tenía paciencia, era valiente, resignado.

— Me callaré, señor Davis. Sólo hago lo que hago porque usted me lo pidió. ¿Por qué

no volvemos a casa?

— Eres un buen muchacho, Tom —dijo Roger—. Pero nos quedamos.

— ¿Mucho rato, señor Davis?

— Hasta el final, demonios.

— No creo que sea necesario, señor Davis —dijo el joven Tom—. De verdad que no. Además sabe muy bien que si acaba por no poder ver, no podrá escribir.

— Dictaré —dijo Roger—. Como hacía Milton.

— Sé que dicta muy bien —dijo el joven Tom—. Pero esta mañana, cuando la señorita Phelps sacó la hoja de papel de la máquina de escribir, halló que casi todo era música.

— Estoy escribiendo una ópera —dijo Roger.

— Ya será seguramente una ópera maravillosa, señor Davis, pero ¿no cree que sería mejor terminar la novela primero? Tiene cobrado un buen anticipo.

— Acábala tú —dijo Roger—. Tal como están las cosas, deberías de saber el argumento.

— Lo conozco bien, señor Davis, y me parece estupendo. Pero tiene por protagonista a la misma muchacha que murió en el libro anterior y la gente puede hacerse un lío.

— Dumas también hacía esas cosas.

— No lo fastidies, hombre —dijo Thomas Hudson al joven Tom—. ¿Cómo quieres que escriba si no le dejas en paz ?

— Señor Davis, ¿por qué no se busca una secretaria realmente buena que se la escriba? He oído decir que muchos novelistas lo hacen.

— No. Es demasiado cara.

— ¿Quieres que yo te ayude, Roger? —dijo Thomas Hudson.

— Sí. Puedes pintarlo.

— De acuerdo —dijo el joven Tom—. ¿De veras lo pintarás, papá?

— Lo pintaré en un solo día —dijo Thomas Hudson.

— Píntalo patas arriba como Miguel Ángel —dijo Roger—. Píntalo tan grande que el rey Jorge pueda leerlo sin gafas.

— ¿Lo vas a pintar, papá ? —preguntó David.

— Sí.

— Bien —dijo David—. Es lo más sensato que he oído hoy.

— ¿No será demasiado difícil, papá ?

— Claro que no, diablos. Probablemente será demasiado fácil. ¿Quién es ella?

— La misma que siempre sale en los libros del señor Davis.

— En medio día la tengo pintada —dijo Thomas Hudson.

— Píntala patas arriba —dijo Roger.

— Nada de cosas obscenas —dijo Thomas Hudson.

— ¿Puedo servirte otro vaso, señor Bobby? —preguntó Andy.

— ¿Cuántos llevas, hijito? —preguntó Bobby.

— Nada más que dos.

— Sigue bebiendo —dijo Bobby entregándole de nuevo la botella. Y añadió—: Oiga,

Hudson, ¿cuándo va a llevarse esa pintura?

— ¿Nadie ha querido comprarla?

— No —dijo Bobby—. Y ocupa demasiado sitio, además de ponerme nervioso. Quiero que se la lleve.

— Perdón —dijo entonces uno de los forasteros del yate acercándose a Roger—. ¿Ese cuadro está en venta?

— ¿Y a usted quién le ha dirigido la palabra? —dijo Roger mirándole.

— Nadie —dijo el otro—. Usted es Roger Davis, ¿no?

— ¡Maldita sea! Claro que sí.

— Si su amigo pintó ese cuadro y está en venta, quisiera discutir con él su precio —dijo el forastero. Y volviéndose hacia Thomas, añadió—: Usted es Thomas Hudson, ¿no?

— En efecto, Hudson es mi nombre.

— ¿Ese cuadro está en venta?

— No —dijo Thomas Hudson—. Lo siento.

— Pero el camarero ha dicho...

— Está loco —dijo Thomas Hudson—. Es una excelentísima persona pero está loco.

— Señor Bobby, por favor, ¿puede servirme otra ginebra? —preguntó Andrew muy correcto.

— Claro que sí, hombrecito mío —dijo Bobby llenando de nuevo el vaso—. ¿Sabes una cosa? Creo que deberían poner tu encantadora carita en la etiqueta de una botella de ginebra en vez de tantas tonterías y estupideces. Oiga, Hudson, ¿por qué no dibuja una etiqueta apropiada reproduciendo el infantil encanto de la cara de su Andy? Sería una excelente marca de ginebra.

— Podríamos lanzarla al mercado —dijo Roger—. Si hay ginebra *Oi Tom*, ¿por qué no sacamos *Merry Andrew*?

— Yo pongo el dinero —dijo Bobby—. Podemos fabricarla aquí en la isla. Los muchachos que la embotellen y peguen la etiqueta. Luego la vendemos al por mayor y al por menor.

— Será como volver a la artesanía, igual que William Morris —dijo Roger.

— ¿Con qué fabricaríamos la ginebra, señor Bobby? —preguntó Andrew.

— Pues con espinas de pescado y también con conchas —dijo Bobby.

Los forasteros del yate ya no miraban a Roger ni a Thomas ni a los niños. Tenían los ojos fijos en Bobby y parecían realmente preocupados.

— Volviendo a ese lienzo —dijo el que había hablado antes.

— ¿A qué lienzo se refiere, buen hombre? —preguntó Bobby después de otro trago.

— A ese tan grande con las tres trombas de agua y un hombre en un bote de remos.

— ¿Dónde está ese cuadro? —preguntó Bobby.

— Ahí... —dijo el otro.

— Con mil perdones, caballero. Creo que ha bebido usted demasiado. Éste es un local respetable. No tenemos nada que ver con trombas de agua y hombres en botes de remos.

— Le estoy hablando de ese cuadro que está ahí colgado.

— Caballero, no me provoque. Ahí no hay ningún cuadro y si hubiera un cuadro en este local estaría colocado detrás de la barra, en esta pared, el único lugar adecuado. Y sería un desnudo de tamaño natural y con las sinuosidades del caso.

— Le estoy hablando de ese cuadro que hay ahí.

— ¿Qué cuadro y dónde?

— Ése de ahí.

— Me gustaría darle sales de fruta, caballero, o llamarle *rickshaw*<sup>15</sup>.

— ¿*Rickshaw*?

— Sí. Un maldito *rickshaw*. No me importa repetirlo en sus propias narices. ¡Es usted un *rickshaw*! Y ha bebido demasiado.

— Señor Bobby —dijo, entonces Andrew muy correcto—. ¿Cree que yo también he bebido demasiado ?

— Mi querido pequeño, claro que no. Sirvete otro vaso.

— Gracias, señor Bobby. Es el cuarto —dijo Andy.

— ¡Ojalá fueran cien! Mi corazón está orgulloso de ti.

— ¿ué te parece si nos vamos, Hal? —dijo uno de los forasteros al hombre que había querido comprar el cuadro.

— Quisiera llevarme esa tela —insistió el otro—, si lo consigo a un precio razonable.

— Pues yo lo que quiero es marchar —dijo el primero—. Me gusta pasarlo bien y seguir la broma, pero ver cómo se emborracha un niño es demasiado para mí.

La muchacha, rubia y hermosa, que estaba cerca de la puerta dijo de pronto mirando a Bobby:

— ¿De verdad sirve ginebra a esa criatura?

Era alta, tenía el cabello dorado y la piel llena de graciosas pecas. No esas pecas que suelen tener las pelirrojas, sino simplemente las que produce el sol en la piel que se tuesta en vez de quemarse.

— Sí, señora.

— Es una vergüenza —dijo ella—. Es repugnante, criminal y vergonzoso.

Roger hizo como si no se atreviera a mirarla y Thomas Hudson siguió con los ojos bajos.

— ¿Y qué quiere que le sirva, señora? —preguntó Bobby.

— Nada. Ese niño no debería beber.

— No me parece justo —observó Bobby.

— ¿Qué quiere decir con lo de *justo*? ¿Acaso cree justo envenenar a un niño con alcohol?

— ¿Te das cuenta, papá? —dijo el joven Tom—. Ya me parecía a mí que estaba mal que Andy bebiera.

— Es el único que bebe de los tres, señora, desde que este engendro dejó la bebida, claro —dijo Bobby señalando a David. Y siguió diciendo, procurando razonar con ella— : ¿Le parece justo privar al único que bebe de los tres hermanos de este pequeño placer?

— ¿*Justo*? —gritó ella—. ¿Eso es justo? Les diré lo que creo. Es usted un monstruo. Y

---

<sup>15</sup> *Rickshaw*: Cochecito japonés de dos ruedas tirado por un hombre. (N. del t.)

usted otro monstruo —añadió volviéndose hacia Roger—. Y usted un monstruo más — repitió mirando a Thomas Hudson—. Todos ustedes son horribles y les odio.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, y volviéndose de espaldas a los chicos y al señor Bobby, mirando a todos sus amigos del yate gritó:

— ¿Es que no vais a *hacer* nada?

— Todo esto parece una broma —dijo uno de ellos—. Como cuando se alquila un camarero mal educado y zafio para animar una fiesta. O como jugar a jeroglíficos.

— No es una broma. Ese horrible hombre le sirve ginebra. Es espantoso y trágico.

— Señor Bobby, ¿puedo llegar a cinco? —preguntó Andrew.

— Ese es el límite. Por hoy —dijo Bobby—. No quisiera que hicieses cosas que molestasen a esta dama.

— ¡Sacadme de aquí! —gritó ella—. No puedo seguir presenciando esto. —Y empezó a llorar y dos de sus amigos la cogieron del brazo y abandonaron con ella el local y Thomas Hudson, Roger y los chicos estaban desolados.

La otra muchacha se acercó, la verdaderamente maravillosa. Tenía una cara muy hermosa, la piel morena clara, el cabello castaño rojizo. Llevaba pantalones, pero por lo que Thomas Hudson pudo apreciar su cuerpo era magnífico; su cabello sedoso parecía flotar suavemente al ella caminar. Thomas Hudson sabía que la había visto en algún sitio.

— Eso no es ginebra, ¿verdad? —preguntó mirando a Roger.

— Pues claro que no.

— Voy a decírselo. Se siente muy mal.

Se encaminó hacia la puerta y sonrió a todos al pasar. Era una muchacha maravillosa.

— Se acabó la función, papá —dijo Andy—. ¿Podemos tomar una cocacola?

— Yo prefiero cerveza, si es que la dama de antes no tiene nada que oponer —dijo Tommy.

— No creo que se oponga a la cerveza —dijo Thomas Hudson—. ¿Quiere beber algo? Le invito —dijo Thomas Hudson al forastero que había querido comprar el cuadro—. Lamento habernos comportado como idiotas.

— ¡Oh, no! —dijo el otro—. Ha sido todo interesantísimo. No sabe cómo me ha gustado. Lo encuentro fascinante. Siempre me han interesado los escritores y los artistas. ¿Era todo improvisado?

— Sí —dijo Thomas Hudson.

— Y respecto al lienzo...

— Es del señor Saunders —explicó Thomas Hudson—. Lo pinté especialmente para regalárselo y no creo que lo venda. Pero es suyo y puede hacer con él lo que le plazca.

— Lo que quiero es tenerlo aquí —dijo Bobby—. Y no me ofrezca mucho dinero porque sólo conseguirá hacerme sufrir.

— Me encantaría poder tenerlo.

— Y a mí también, maldición —dijo Bobby—. Sólo que yo lo tengo.

— Pero señor Saunders, es un lienzo demasiado valioso para tenerlo en un sitio como éste.

Bobby empezaba a perder la paciencia.

— Déjeme en paz, ¿quiere? —gritó—. Lo estábamos pasando la mar de bien, divirtiéndonos como nunca y de pronto las mujeres tienen que echarse a llorar y lo

complican todo. Sé que lo hizo con buena intención, pero, al diablo. Con la buena fe se salen con la suya mejor que con nada. Mi vieja tiene siempre muy buena fe y me hace la vida imposible un día y otro y otro. ¡Al diablo con ellas! Y ahora usted viene y quiere llevarse mi cuadro y cree que tiene derecho a ello sólo porque se le ocurrió y nada más.

— Pero señor Saunders, usted mismo dijo que deseaba quitar ese cuadro de ahí y venderlo.

— Todo era comedia —explicó Bobby—. Lo dije cuando nos estábamos divirtiendo.

— Entonces el cuadro *no se vende*.

— Eso es. Ni se vende, ni se alquila, ni se arrienda.

— Bien —dijo el otro—. Aquí tiene mi tarjeta. Por si alguna vez decide venderlo.

— Eso está mejor —dijo Bobby—. Puede que Tom tenga alguno en su casa que quiera vender. ¿Usted qué dice, Tom?

— Me parece que no —dijo Thomas Hudson.

— Me agradecería verlos. ¿Puedo hacerle una visita ? —dijo su interlocutor.

— No tengo costumbre de mostrar mi obra a particulares —respondió Thomas Hudson—, pero si usted lo desea le daré una tarjeta de las Galerías donde expongo en Nueva York.

— Gracias. Anote aquí el nombre.

El hombre tenía en la mano una estilográfica; escribió la dirección en el dorso de una de sus tarjetas y dio otra a Thomas Hudson. Luego dio otra vez las gracias y preguntó a Thomas Hudson si quería beber algo.

— ¿Puede darme una idea sobre el precio de las telas grandes?

— No —dijo Thomas Hudson—. Mi agente se lo facilitará.

— Iré a verle en cuanto regrese a la ciudad. Este cuadro me ha interesado enormemente.

— Gracias —dijo Thomas Hudson.

— ¿Está seguro de que no se vende?

— Por Dios —gritó Bobby—. ¿Quiere hacer el favor de callarse? Este cuadro es mío, a mí se me ocurrió el tema y Tom me lo pintó.

El forastero le miró, exactamente como creyendo que el juego de los disparates volvía a comenzar. Sonrió conciliador.

— No me gusta ser pesado...

— Pues es tan pesado como una tortuga —dijo Bobby. Y añadió—: Vamos, olvídelo y bebamos juntos un trago.

Los chicos estaban charlando con Roger.

— Fue estupendo mientras duró, ¿verdad, señor Davis? —preguntó el joven Tom—. ¿No exageré un poco mi papel ?

— Lo hiciste muy bien —dijo Roger—. Dave trabajó poco.

— Me estaba preparando para hacer de monstruo —dijo David.

— A lo mejor la chica se hubiese muerto. Ya estaba bastante nerviosa —dijo Tom—. ¿Qué clase de monstruo ibas a representar?

— Ya tenía los párpados vueltos hacia arriba y estaba listo para actuar, cuando la función se interrumpió —dijo David.

— Lástima que fuese tan guapa y tan simpática —dijo Andrew—. No me dio tiempo a demostrar los efectos de la bebida. Creo que no volveré a tener una oportunidad como ésta.

— En mi opinión el que estuvo genial fue el señor Bobby —dijo Tom—. De verdad, señor Bobby, estuvo usted magnífico.

— Ha sido una pena tener que interrumpir la representación. Empezaba a identificarme con el personaje. Ahora entiendo lo que sienten los grandes actores.

La última muchacha que salió, apareció en el umbral. Al entrar, el viento le ciñó el suéter al cuerpo e hizo ondear su pelo mientras se volvía hacia Roger.

— Se niega a volver —dijo—, pero ya está bien. Se encuentra perfectamente.

— ¿Quiere beber algo con nosotros? —preguntó Roger.

— Me encantaría.

Roger presentó a todos y ella dijo que su nombre era Audrey Bruce.

— ¿Puedo ir a ver sus cuadros?

— Naturalmente —dijo Thomas Hudson.

— ¿Puedo acompañar a la señorita Bruce ? —preguntó el insistente forastero.

— ¿Es usted su padre? —preguntó Roger.

— No. Sólo un viejo amigo.

— No puede ser. Tendrá que esperar al Día de los Viejos Amigos. O pedir una tarjeta al comité —dijo Roger.

— Por favor, no lo trate así —rogó ella.

— Me temo que ya lo he hecho.

— No siga pues.

— Está bien.

— Procuremos ser amables los unos con los otros.

— De acuerdo.

— Me gustó aquello que dijo Tom sobre lo de la misma chica en sus libros.

— ¿De veras le agradó? —preguntó Tom—. Pues la verdad es que lo inventé. Estaba simplemente bromeando.

— Yo creí que era un poco cierto.

— ¿Irá usted a visitarnos?

— ¿Puedo llevar a mis amigos ?

— No.

— ¿A ninguno?

— ¿Lo desea mucho, de verdad ?

— No.

— Me alegre.

— ¿A qué hora quieren que vaya a verles?

— A cualquier hora —dijo Thomas Hudson.

— ¿Puedo quedarme a almorzar ?

— Pues claro —dijo Roger.

- Voy creyendo que esta isla es maravillosa —dijo ella—. Me alegro de que seamos todos así.
- David puede hacer una demostración de su monstruo. Iba a interpretarlo cuando se interrumpió la función —dijo Andy.
- Espléndido. Entonces habrá de todo —dijo ella.
- ¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí? —preguntó el joven Tom.
- No lo sé.
- ¿Cuánto tiempo se quedará en el yate?
- No lo sé.
- ¿Qué es lo que usted sabe? —preguntó Roger—. Conste que lo pregunto por amable curiosidad.
- Poca cosa. ¿Qué sabe usted?
- Que es usted adorable —dijo Roger.
- Muchas gracias.
- ¿Se quedará una temporada aquí?
- No sé. Es posible.
- ¿Por qué no viene ahora a casa con nosotros y bebemos algo en lugar de beber aquí? —preguntó Roger.
- Quedémonos aquí —dijo ella—. Se está muy bien.

**XII**

AL DÍA SIGUIENTE el viento amainó y Roger y los chicos bajaron a nadar y Thomas Hudson trabajaba en el porche. Eddy aseguró que los pies de David no iban a perjudicarse con el agua salada siempre que se les cambiase el vendaje inmediatamente después del baño. Así que todos fueron a nadar y Thomas Hudson sólo tenía que mirar hacia abajo para verles mientras pintaba. Thomas Hudson estaba preocupado por Roger y la chica pero como pensar en ellos le distraía y no podía pintar decidió olvidarse de los dos. No podía dejar de pensar cuánto le recordaba aquella mujer a la madre de Tommy cuando la conoció. Pero muchas chicas se las compusieron desde entonces para recordarle a la madre de Tom cuando la conoció y siguió trabajando. Estaba seguro de que volvería a verla. Y de que la vería, luego, bastante a menudo. Estaba clarísimo. En fin. Era decorativa y parecía muy simpática. Si le recordaba a la madre de Tom, mala suerte. La cosa no tenía remedio. Había pasado varias veces la experiencia. Siguió trabajando.

Estaba seguro de que el cuadro iba a ser bueno. El próximo, el del pez en el agua, sería sin duda más difícil de hacer. «Quizá debí empezar por ese más difícil», se dijo. Pero inmediatamente decidió lo contrario. «Prefiero haber hecho éste», pensó. «Siempre puedo trabajar en el otro cuando se hayan ido.»

— Deja que te lleve en brazos, Davy, así no te entrará arena seca en las heridas de los pies —oyó decir a Roger.

— Bueno. Primero me los lavaré aquí en el agua.

Roger llevó a David en brazos hasta la casa y lo dejó sobre una silla junto a la puerta de entrada frente al océano. Al pasar por el porche, David dijo en voz alta, tanto que hasta Thomas le oyó:

— ¿Cree que vendrá, señor Davis?

— No sé. Espero que sí —dijo Roger.

— ¿Verdad que es hermosa, señor Davis?

— Deliciosa.

— Me parece que todos le caímos bien, señor Davis. ¿Qué hace una chica así ?

— No sé. No se lo pregunté.

— Tommy está enamorado de ella y Andy también.

— ¿Y tú?

— No lo sé. Yo no me enamoro tan fácilmente como ellos, de todos modos mé gustaría verla otra vez. No será una puta, ¿verdad, señor Davis?

— No tiene aspecto de serlo —dijo Roger.

— Señor Davis, ¿no encuentra que todos aquellos hombres son bastante raros?

— Lo son.

— ¿Qué cree que hacen unos tipos así?

— Se lo preguntaremos cuando venga.

— ¿Cree usted que vendrá?

— Sí —dijo Roger—. Y yo en tu lugar no me preocuparía.

— Son Tommy y Andy los preocupados. Yo estoy enamorado de otra. Ya lo sabe usted. Se lo conté.

— Sí. Lo recuerdo. Esta chica se le parece también —dijo Roger.

— A lo mejor la vio en una película y hace lo posible por parecerse a ella —dijo David.

Thomas Hudson seguía trabajando.

Roger estaba vendando los pies de David cuando ella apareció por la playa. Iba descalza y llevaba una falda corta del mismo tejido del bañador encima de éste y traía un bolso de playa. Thomas Hudson se alegró de comprobar que sus piernas eran tan lindas como su cara y sus senos entrevistados bajo el suéter. Tenía hermosos brazos y estaba muy morena. No iba maquillada, salvo los labios y su boca era deliciosa. Thomas Hudson pensó que le agradaría verla sin rastro de carmín.

— Hola —dijo—. ¿Llego tarde?

— No —dijo Roger—. Nos hemos bañado pero yo tengo idea de hacerlo otra vez.

— ¿Qué pasó con tus pobres pies? —preguntó.

— Me hice daño luchando con un pez —explicó David.

— ¿Cómo era de grande?

— No sé. Se escapó.

— ¡Qué lástima!

— Lo mismo da. Ahora ni nos acordamos de que existe.

— ¿Has podido nadar con esas heridas?

Roger estaba poniendo mercurio en ellas. Tenían buen aspecto y estaban limpias, aunque la carne estuviera arrugada a causa del salitre.

— Eddy dice que la sal me hará bien.

— ¿Quién es Eddy?

— Nuestro cocinero.

— ¿Y tu cocinero es también tu médico?

— Sabe mucho de todo —explicó David—. Y el señor Davis también ha dicho que están bien.

— ¿Tiene algo más que declarar el señor Davis? —preguntó ella mirando a Roger.

— Que se alegra de verla.

— Eso está bien. ¿Qué tal pasasteis la noche, chicos?

— Regular —dijo Roger—. Jugamos un poco al poker y después estuve leyendo y me fui a dormir.

— ¿Quién ganó?

— Andy y Eddy —dijo Roger—. ¿Y usted qué hizo?

— Jugar al chaquete.

— ¿Durmí bien?

— Sí. ¿Y usted?

— Estupendamente —dijo él.

— Tommy es el único de nosotros que sabe jugar al chaquete —dijo David a la muchacha—. Se lo enseñó un hombrecillo extraño que al final resultó ser marica.

— ¿De veras? Qué triste historia.

— Tal como Tom la cuenta no tiene nada de triste —dijo David—. Nada malo ocurre en ella.

— Todos los maricas son personajes tristes, me parece a mí —dijo ella—. Pobres

maricas.

— De todos modos resulta una historia divertida —dijo David—, porque el extraño hombre que enseñó a Tommy a jugar al chaquete le explicó todo lo relativo a los afeminados y a los griegos, y habló de Damon y de Pitias y de David y Jonatán. Como cuando te cuentan en el colegio lo del pez y la hueva y el semen de los peces o lo de las abejas que fertilizan el polen. Tommy le preguntó si había leído a Gide. ¿Recuerda qué libro, señor Davis? No era *Corydon*, era otro. Aquél en que habla Oscar Wilde.

— *Si le grain ne meurt* —dijo Roger.

— Es un libro terrible que Tommy llevó al colegio para leerlo a sus amigos. Naturalmente no entendían el francés, pero él lo traducía. Hay partes aburridas pero se pone tremendo cuando el señor Gide llega a África.

— Lo he leído —dijo ella.

— Bueno —dijo David—. Entonces, ya sabe de qué va. Pues bien, el hombre que enseñó a Tommy a jugar al chaquete y que luego resultó ser afeminado se sorprendió muchísimo al oír a Tommy comentar ese libro, pero por fin se alegró de que lo hubiese leído porque así, según dijo, se ahorra el explicarle lo de las abejas y las flores. «Me alegro que lo sepas», dijo. Bueno, dijo eso o algo parecido. Lo que sí sé, porque lo recuerdo con toda exactitud, fue lo que dijo Tommy o sea: «Señor Edwards, mi interés por la homosexualidad es puramente académico. Le agradezco mucho que me haya enseñado a jugar al chaquete pero he de marchar. Adiós y buenos días».

— Tommy es muy bien educado, ¿sabe usted? —añadió David—. Además, acababa de llegar de Francia donde había vivido algún tiempo con papá y tenía excelentes modales.

— ¿Tú también has vivido en Francia?

— Todos nosotros hemos vivido allí en épocas distintas. Pero Tommy es quien lo recuerda bien. Tiene mejor memoria que nosotros. Y un gran sentido de la exactitud. Y usted, ¿ha vivido en Francia alguna vez?

— Durante mucho tiempo.

— ¿Fue al colegio allí?

— Sí. En los alrededores de París.

— Espere a hablar con Tommy —dijo David—. Él conoce París y los alrededores de París tan bien como yo conozco la playa y los arrecifes. Seguramente yo no los conozco tan bien como Tommy conoce París.

Ella se había sentado a la sombra del porche y tamizaba la blanca arena entre los dedos de los pies.

— Cuéntame algo sobre la playa y los arrecifes —rogó.

— Será mejor que se los enseñe —dijo David—. Iremos hasta allá en un bote, y si le gusta podemos hacer pesca submarina. Es la única forma de conocer los arrecifes.

— Me encantaría ir.

— ¿Quién viaja en ese yate? —preguntó Roger.

— Gente. No serían de su agrado.

— Tenían buen aspecto.

— ¿Cree necesario hablar de ellos?

— No —admitió Roger.

— Ya ha conocido al hombre de la insistencia. Es el más rico de todos y el más aburrido. Prefiero que no hablemos de ellos. Todos son buenos y maravillosos pero

terriblemente aburridos.

El joven Tom se acercó seguido de Andrew. Habían estado nadando a lo largo de la playa y al distinguir a la muchacha que estaba junto a la silla ocupada por David echaron a correr sobre la arena dura. Andrew se había quedado atrás. Respiraba todavía con dificultad.

— Podías haberme esperado —dijo al joven Tom.

— Lo siento, Andy —dijo éste. Y añadió—: Buenos días. La estuvimos esperando pero por fin nos fuimos.

— Lamento haber llegado tarde.

— No ha llegado tarde. Volvemos todos al agua otra vez.

— Yo me quedo —dijo David—. Vayan ustedes. La verdad es que ya he hablado bastante.

— No tiene que preocuparse por la marea —dijo el joven Tom—. Se mueve progresivamente.

-- ¿No hay tiburones ni barracudas?

— Los tiburones sólo vienen de noche —explicó Roger—. Las barracudas no la molestarán nunca. Únicamente la atacarían si el agua estuviese turbia o fangosa.

— Cuando ven algo brillante y no saben lo que es también pueden atacar, por error —añadió David—. Pero nunca muerden en agua clara y limpia. Casi siempre hay barracudas por aquí cuando nadamos.

— Se les ve nadar cerca de la arena y cerca de quien se baña —dijo Tom—. Son curiosas, pero siempre acaban alejándose.

— De todos modos —añadió David— cuando se hace pesca submarina, si tiene uno algún pez en la bolsa o incluso en el arpón, van a por la presa y pueden golpearlo a uno accidentalmente.

— Y si nadara entre un banco de barbos o de sardinas, también podrían golpearla, pero sólo porque van detrás de los peces —dijo el joven Tom.

— Lo mejor es que nade entre Tom y yo —dijo Andy—, y así no le pasará nada.

Las olas rompían fuerte sobre la orilla y las avefrías y las gallinetas se apresuraban a recorrer la arena mojada antes de que rompiera la próxima ola.

— ¿Os parece bien bañarnos y nadar con esas olas, sin poder ver lo que hay en el agua ?

— Claro —dijo David—. Usted mire por donde anda antes de echarse a nadar. De todos modos, no creo que hayan rayas de esas que pican escondidas en la arena con esta mar.

— El señor Davis y yo la cuidaremos —dijo Tommy.

— Y yo también —dijo Andy.

— Si pisa algún pez por la orilla, será probablemente un pequeño pompano<sup>16</sup> —explicó David—. Vienen con la marea alta para alimentarse con los insectos que hay en la arena. Son muy lindos y curiosos y hasta simpáticos.

— Parece como si fuera a bañarme en un acuario —dijo ella.

— Andy le enseñará a contener la respiración y a expulsar el aire de los pulmones para permanecer bajo la superficie —dijo David—. Y Tom le enseñará a librarse de las murenas.

---

<sup>16</sup> *Pompano*: Pez comestible de las llamadas Indias Occidentales y América del Norte. (*N. del t.*)

— No debes asustarla, Dave —dijo Tom—. Nosotros no somos reyes del espacio submarino, como él. Pero el hecho de que lo sea no le autoriza, señorita Bruce...

— Audrey.

— Audrey —repitió Tom. Pero hizo una pausa.

— ¿Qué estabas diciendo, Tommy?

— No sé —dijo el joven Tom—. Vamos a nadar.

Thomas Hudson siguió trabajando un rato. Luego bajó a sentarse junto a David y contempló a los cuatro en la playa. La muchacha nadaba sin gorro y salía del agua y se zambullía con agilidad como una foca. Era tan buena nadadora como Roger, sólo que él tenía más resistencia. Cuando salieron del mar y echaron a andar por la playa pisando la arena dura camino de la casa, ella tenía el cabello mojado y echado hacia atrás y su frente quedaba al descubierto. Thomas Hudson pensó que nunca había visto un rostro tan encantador ni un cuerpo más hermoso. Con excepción de uno, pensó. Con excepción del rostro más lindo y el cuerpo más hermoso del mundo. «Será mejor que no pienses en eso», se dijo. «Conténtate con mirar a esta muchacha y alégrate de que esté aquí.»

— ¿Qué tal estaba ? —preguntó.

— Estupendamente —dijo ella, sonriendo—. Pero la verdad es que no he visto ni un pez —añadió mirando a David.

— Es difícil con este oleaje —dijo David—. A menos que se tropiece con ellos.

Audrey se había sentado en la arena con las manos enlazadas sobre las rodillas. Su cabello mojado le caía hasta los hombros y los dos muchachos se habían sentado uno a cada lado de ella. Roger estaba delante con la frente apoyada en sus brazos cruzados sobre las rodillas. Thomas Hudson abrió la puerta, entró en la casa y fue hacia el porche para seguir pintando. Le pareció que era lo mejor que podía hacer.

Abajo en la playa, donde Thomas Hudson ya no les veía, la muchacha miraba fijamente a Roger.

— ¿Triste? —le preguntó.

— No.

— ¿Pensativo?

— Puede que un poco. No sé.

— En un día como éste lo mejor es no pensar.

— Muy bien. No pensaré. ¿Qué le parece si miro las olas?

— Las olas son libres.

— ¿Quiere entrar otra vez?

— Más tarde.

— ¿Quién le enseñó a nadar? —preguntó Roger.

— Tú.

Roger alzó los ojos hacia ella para mirarla fijamente.

— ¿No recuerdas la playa en Cap d'Antibes? Una playita, la de Eden Roc. A mí me gustaba ver cómo te zambullías en Edén Roc.

— ¿Qué demonios haces aquí y cuál es tu verdadero nombre?

— He venido a verte —dijo ella—. Y supongo que mi nombre es Audrey Bruce.

— ¿Nos vamos, señor Davis? —preguntó el joven Tom.

Roger ni siquiera contestó.

— ¿Cuál es tu verdadero nombre?

— Me llamaba Audrey Raeburn.

— ¿Y por qué has venido a verme?

— Lo deseaba. ¿Hice mal?

— Supongo que no —dijo Roger—. ¿Quién te dijo que estaba aquí?

— Un nombre horrible que conocí en un cocktail en Nueva York. Parece que se peleó contigo aquí. Dijo que eras un bravucón de mar y otras cosas muy desagradables.

— ¿Con quién estabas en Antibes ?

— Con mi madre. Y con Dick Raeburn. ¿Te acuerdas ahora?

Roger se sentó muy erguido para mirarla con fijeza y después la rodeó con sus brazos y la besó.

— ¡Qué estúpido!

— ¿Hice bien en venir ? —preguntó.

— Mi querida mocosa —dijo Roger—. ¿Eres tú realmente?

— ¿Tendré que probarlo? ¿Es que no puedes creer en mí?

— No recuerdo ninguna marca personal.

— ¿Te gusto ahora?

— Ahora me encantas.

— No era cosa de seguir pareciendo siempre un potrillo. ¿Te acuerdas de aquel día en Auteuil cuando me dijiste que parecía un potro y yo me eché a llorar ?

— Fue un cumplido. Dije que parecías un potro pero dibujado por Tenniel para *Alicia en el País de las Maravillas*.

— Lloré mucho.

— Señor Davis —dijo Andy—. Y tú, Audrey... Nos vamos a buscar cocacolas. ¿Traemos también para ustedes dos?

— Yo no quiero, Andy. ¿Y tú, nena?

— Yo sí.

— ¿Y tú, Dave?

— Yo sólo quiero oír.

— A veces eres un hermano maquiavélico —dijo el joven Tom.

— Está bien. Traedme una a mí también —dijo David—. Y usted siga hablando, señor Davis. Como si yo no estuviera.

— No me importa que estés, Davy —dijo la muchacha.

— Pero, ¿dónde has estado y por qué te llamas Audrey Bruce ?

— Es algo complicado.

— Lo suponía.

— Finalmente, mamá se casó con un hombre apellidado Bruce.

— Le recuerdo.

— A mí me gustaba.

- De acuerdo —dijo Roger—. Pero... ¿y el Audrey?
- Es mi segundo nombre. Lo adopté porque no me gustaba el nombre de mamá.
- A mí es tu mamá lo que no me gusta.
- Tampoco a mí. Prefería a Dick Raeburn y a Bill Bruce. Y a ti. Y a Thomas Hudson. Tampoco él me ha reconocido, ¿verdad?
- No lo sé. Es un poco raro. A lo mejor sí te reconoció y no ha dicho nada. Lo que sí sé es que te encuentra parecida a la madre de Tommy.
- ¡Ojalá me pareciera!
- No te hace falta. Eres muy hermosa.
- De verdad lo eres —dijo David—. Y yo entiendo mucho en eso. Lo siento, Audrey. Tendría que callar y largarme de aquí.
- Tú no me querías, ni a Tom.
- Claro que sí. Nunca sabrás cuánto.
- ¿Dónde está ahora tu madre?
- Se casó con un hombre llamado Geoffrey Townsend y vive en Londres.
- ¿Todavía se droga?
- Naturalmente. Y está muy hermosa.
- ¿De verdad?
- De verdad. No se trata de piedad filial.
- En cierta ocasión estabas llena de piedad filial.
- Lo sé. Y rezaba por todo el mundo. Y todo me rompía el corazón. Hacía promesas para pedir a Dios la gracia de una buena muerte para mamá. Nunca sabrás lo mucho que recé por ti, Roger.
- ¡Ojalá tus rezos hubieran dado resultados! —dijo Roger.
- ¡Ojalá! —admitió ella.
- Uno nunca sabe, Audrey —dijo David—. Nadie puede decir cuál es el mejor momento para lo que sea. No es que quiera decir que siga siendo necesario rezar por el señor Davis. Me refería a la técnica del rezar.
- Gracias, Dave —dijo Roger—. ¿Qué fue por fin de Bruce?
- Murió. ¿No te acuerdas?
- No. Recuerdo que murió Dick Raeburn.
- Me lo imagino.
- Sí.
- Andy y el joven Tom volvieron con las coca-colas y Andy entregó una botella helada a la muchacha y otra a David. —Gracias —dijo ella—. Está estupenda y helada.
- Audrey —dijo el joven Tom—. Ahora te recuerdo. Tú venías al estudio con el señor Raeburn y no hablabas nunca. Tú y yo y el señor Raeburn salíamos juntos al circo y a las carreras. Pero entonces no eras tan hermosa.
- Pues claro que lo era —dijo Roger—. Pregúntaselo a tu padre.
- Siento que el señor Raeburn muriera —dijo el joven Tom—. Recuerdo perfectamente por qué murió. Lo mató un *bob* que se despistó en una curva y se precipitó sobre el público. Él estuvo muy enfermo y recuerdo que hasta le habíamos ido a ver papá y yo. Estaba bastante mejorado cuando decidió ir a las carreras de

*bosleigh*. Por supuesto no debió ir. El día que le mataron no estábamos allí. Siento disgustarte con estos recuerdos, Audrey.

— Era una buena persona —afirmó ella—. Pero no me disgusto, Tommy. Todo eso ocurrió hace mucho tiempo.

— ¿Y a nosotros dos no nos conocías? —preguntó Andy.

— ¿Cómo quieres que nos conociera, jinete, si entonces no habíamos nacido aún? —dijo David.

— ¿Y cómo quieres tú que yo lo sepa? —preguntó Andy—. No puedo recordar todas las cosas de cuando vivía en Francia y la verdad es que no creo que recuerdes muchas tú tampoco.

— Ni lo pretendo. Tommy recuerda Francia por los tres. Más adelante yo recordaré esta isla. Y además me acuerdo perfectamente de todos los cuadros de papá que he visto en mi vida.

— ¿Te acuerdas de los de las carreras?

— De todos los que he visto.

— En algunos de éstos salía yo. En Longchamps, en Auteuil y en Saint-Cloud, estoy siempre allí. Es decir está presente mi nuca.

— Recuerdo perfectamente tu nuca de entonces —dijo el joven Tom—. El cabello te llegaba hasta la cintura y yo me colaba dos escalones más arriba que tú para poder ver. Era un día nublado como suelen ser los de otoño cuando el azul se vuelve color humo; estábamos en la tribuna de arriba cerca del agua que habían de saltar los caballos y a nuestra izquierda estaba el seto y la valla. La meta final estaba en el sector que nos quedaba próximo y el obstáculo de agua que había que saltar bastante más cerca de la pista. Yo siempre me ponía detrás de ti más arriba para ver mejor, menos cuando estábamos abajo junto a la pista.

— Entonces me parecías un chiquillo la mar de gracioso.

— Supongo que tendrías razón. Pero tú nunca hablabas. Quizá porque yo era demasiado niño. Qué bonito era el hipódromo de Auteuil, ¿verdad?

— Precioso. Estuve allí el año pasado.

— Quizá podamos ir este año, Tommy —dijo David—. Oiga, señor Davis, ¿usted también iba con ella a las carreras?

— No —dijo Roger—. Yo era su profesor de natación.

— Tú eras mi héroe.

— ¿Mi padre no fue nunca tu héroe? —preguntó Andrew.

— Claro que sí. Pero no podía permitirme que lo fuese porque estaba casado. Cuando se divorció de la madre de Tommy le escribí una carta muy decidida en la que ofrecía ocupar el lugar de la madre de Tommy en cualquier forma que pudiera. Pero no la mandé porque en seguida se casó con la madre de David y Andrew.

— Qué complicadas son las cosas —dijo Tommy.

— Habíanos más de París —dijo David—. Hemos de aprender todo lo posible ahora que vamos para allá.

— ¿Te acuerdas de cuando estábamos abajo en la baranda, Audrey, y cómo los caballos después de saltar el último obstáculo se iban acercando y acercando de modo que los veíamos cada vez más grandes y del ruido que hacían sobre la hierba al alejarse?

— ¿Y del frío que hacía y de cómo nos acercábamos a los grandes *braziers* para calentarnos y comer unos bocadillos comprados en el bar?

— Yo prefería el otoño —dijo el joven Tom—. Volvíamos a casa en un coche sin capota, ¿te acuerdas? Atravesábamos el Bois y avanzábamos a lo largo del río cuando empezaba a oscurecer y el aire olía a hojas quemadas y los remolcadores arrastraban las barcazas.

— ¿De verdad lo recuerdas todo tan bien? Eras muy niño entonces.

— Recuerdo de todos los puentes desde Suresnes a Charenton —afirmó Tommy.

— No puede ser.

— No puedo decir sus nombres pero los tengo todos dentro de la cabeza.

— No creo que puedas recordarlos todos. Además alguna parte del río es fea y muchos puentes son feos también.

— Lo sé. Pero antes de conocerte yo llevaba bastante tiempo viviendo allí y con papá paseaba a menudo a lo largo del río. Por su parte bonita y por su parte fea. Y he pescado bastante en sus aguas con distintos amigos.

— ¿De verdad has pescado en el Sena?

— Claro.

— ¿Papá también pescaba?

— No tanto. Algunas veces, en Charenton. Pero cuando acababa el trabajo le gustaba charlar y caminábamos hasta que yo me cansaba de andar y entonces cogíamos un autobús para volver. Cuando teníamos dinero, tomábamos un taxi o un coche de caballos.

— Cuando íbamos a las carreras teníais dinero, ¿verdad?

— Creo que aquel año sí —dijo Tommy—, pero no lo recuerdo. A veces teníamos dinero y a veces no.

— Nosotros teníamos dinero siempre —dijo Audrey—. Mamá sólo se casaba con hombres muy ricos.

— ¿Tú eres rica, Audrey ? —preguntó Tommy.

— No —dijo ella—. Mi padre gastó y perdió su dinero después de casarse con mamá y ninguno de mis padrastros se ha preocupado de mí.

— No es necesario que seas rica —dijo Andrew.

— ¿Por qué no te vienes a vivir con nosotros? —preguntó el joven Tom—. Estarías muy bien.

— Sería estupendo pero tengo que ganarme la vida.

— Ahora nos vamos a París —dijo Andrew—. Ven con nosotros. Será maravilloso. Iremos juntos a ver los *arrondissements*.

— Tendré que pensarlo —dijo ella.

— ¿Quieres que te prepare una copa para ayudarte a pensar? —dijo David—. Es lo que siempre hacen en los libros del señor Davis.

— No me seduzcas con alcohol.

— Ese es un viejo truco de los tratantes de blancas —dijo Tom—. No saben nada hasta que se despiertan en Buenos Aires.

— Pues tendrán que darles algo muy fuerte, porque Buenos Aires está muy lejos —dijo David.

— No creo que haya en el mundo nada más fuerte que un martini de los que prepara el señor Davis —dijo Andrew—. Por favor, señor Davis, haga un martini para ella.

— ¿Quieres uno, Audrey? —preguntó Roger.

— Sí. Siempre que no falte mucho para almorzar.

Roger se levantó para prepararlo y el joven Tom se sentó a su lado. Andrew estaba sentado a sus pies.

— Creo que no deberías tomarlo, Audrey —dijo Roger—. Será el primer paso. Y ya sabes, *ce n'est que le premier pas qui coûte*.

Arriba en el porche Thomas Hudson seguía pintando. No podía dejar de oír la conversación, pero ni una vez había mirado abajo desde que volvieron de nadar. Le estaba resultando difícil permanecer en el caparazón de trabajo que había construido para protegerse pero se dijo: «Si no sigo trabajando perderé la partida». Luego pensó que iba a tener tiempo de sobra para trabajar cuando todos se fuesen pero sabía que era necesario seguir trabajando para no perder la seguridad que con el trabajo había conseguido. «Haré exactamente lo mismo que haría si estuviese solo», pensó. «Luego recogeré mis trastos, bajaré y al diablo el recuerdo de Raeburn y de los viejos tiempos y de lo que sea.» Pero mientras trabajaba sintió que la soledad crecía dentro de él. Los chicos se iban la próxima semana. «Trabaja», se dijo. «Trabaja y conserva tus buenas costumbres porque los vas a añorar.»

Cuando terminó de pintar y bajó a reunirse con todos Thomas Hudson seguía pensando en lo que pintaba, dijo «Hola» a la muchacha y miró a otro lado. En seguida volvió a mirarla.

— No pude evitar oírlo —dijo—. O alcanzar a oír. Me alegro de que seamos viejos amigos.

— Yo también. ¿Lo sabías?

— Quizá. Vamos a almorzar. ¿Estás seca, Audrey?

— Me cambiaré en la ducha —dijo ella—. He traído una falda de esto y una blusa.

— Di a Joseph y a Eddy que estamos listos —dijo Thomas Hudson al joven Tom. Y añadió—: Ven, Audrey. Te enseñaré donde está la ducha.

Roger entró en la casa.

— Pensé que era mejor no inventar pretextos —dijo Audrey.

— Desde luego.

— ¿Crees que puedo hacer algo por él?

— Quizá. Lo que necesita es trabajar bien para salvar su alma. No es que yo entienda mucho de almas, pero Roger perdió la suya la primera vez que fue a la costa.

— Pero ahora va a escribir una novela. Una gran novela.

— ¿Cómo lo has sabido?

— Lo leí en una crónica literaria, creo que es la columna de Cholly Kickerbocker.

— ¡Ah! —dijo Thomas Hudson—. Entonces debe ser cierto.

— ¿No crees de veras que puedo hacerle un bien?

— Podrías.

— Existe alguna complicación.

— Siempre las hay.

— ¿Te lo cuento ahora?

— No —dijo Thomas Hudson—. Es mejor que te vistas y te peines y que corras a su lado. Puede encontrar otra chica mientras espera.

— Antes no eras así. Yo te tenía por el hombre más amable y cariñoso del mundo.

— Lo siento, Audrey. Me alegro de que estés aquí.

— Somos viejos amigos, ¿verdad?

— Claro —dijo él—. Cámbiate, arréglate y sube.

Apartó los ojos de Audrey. Ella entonces entró en la ducha y cerró la puerta. Thomas Hudson no acertaba a comprender por qué motivo sentía lo que estaba sintiendo, pero es el caso que la felicidad de aquel verano se le iba escurriendo como cuando la marea cambia cerca de la orilla y comienza el reflujo en el canal abierto al mar. Quedó mirando el mar y la línea de la playa y advirtió que la marea había cambiado y que las aves trabajaban bulliciosamente en la pendiente de la arena recién mojada. Las olas disminuían al retroceder. Hudson recorrió toda la playa con la mirada y entró en la casa.

**XIII**

DURANTE LOS ÚLTIMOS DÍAS lo pasaron maravillosamente, tan bien como cualquiera de los primeros y sin que la inminente partida los llenara de tristeza. El yate partió y Audrey tomó una habitación en el Ponce de León. Pero se instaló en la casa y dormía en un catre en el porche del extremo más alejado del edificio y ocupaba el cuarto de los huéspedes. Nunca dijo que estuviera enamorada de Roger y lo único que Roger dijo a Thomas Hudson refiriéndose a ella fue:

— Está casada con un hijo de puta.

— No se le podía pedir que se pasara la vida esperándote, ¿verdad?

— Menos mal que es un hijo de puta.

— Siempre lo son, ¿no crees? —dijo Thomas Hudson—. Luego uno se da cuenta de que tienen su lado bueno.

— Éste es rico.

— Ése es probablemente su lado bueno —dijo Thomas Hudson—. Siempre están casadas con un hijo de puta que luego resulta que tiene un lado bueno.

— Está bien. No hablemos de eso.

— Vas a escribir el libro, ¿no?

— Claro. Es lo que ella quiere.

— ¿Y por eso vas a escribirlo?

— ¡Vete al diablo! —dijo Roger.

— ¿Quieres vivir en la casa de Cuba? Es sólo una cabana, pero estarás aislado de la gente.

— No. Prefiero el Oeste.

— ¿La costa?

— No, a la costa no. ¿Podría pasar una temporada en tu rancho?

— Sólo dispongo de la cabana junto al río. Lo demás lo alquilé.

— Sería estupendo.

Audrey y Roger paseaban mucho juntos por la playa y nadaban solos y con los chicos. Los chicos iban de pesca a las rocas y la llevaban también. Thomas Hudson trabajaba todo el día pero siempre, mientras pintaba y los chicos recorrían la playa, tenía la agradable sensación de saber que iban a volver muy pronto y almorzarían juntos. Cuando iban de pesca submarina sentía cierta preocupación pero confiaba en que Roger y Eddy tuvieran cuidado. Una vez fueron a pasar el día en el barco para pescar con caña todos juntos, hasta el último faro de la costa. Fue un día maravilloso, con bonitos y delfines y otros grandes peces. Thomas Hudson pintó un lienzo con uno de ellos, de cabeza achatada y cuerpo veteado y veloz, para Andy que pescó el más grande. Lo pintó con el fondo de la silueta de araña de grandes patas del faro y unas nubes de verano y el verde de la orilla.

Hasta que un día el viejo Sykorsky anfibio describió un amplio círculo en torno a la casa para amerizar luego en la bahía y todos acompañaron a los tres chicos remando en el bote. Joseph iba en otro bote con los equipajes.

El joven Tom dijo:

— Adiós, papá. Ha sido realmente un verano estupendo.

David dijo:

— Adiós, papá. Ha sido realmente sensacional. No te preocupes por nosotros. Seremos prudentes.

Andrew dijo:

— Adiós, papá. Gracias por el estupendo y tan estupendo verano y por el viaje a París.

Treparon por la puerta del sollado y desde allí saludaron con la mano a Audrey, que se había quedado de pie en el muelle, y en voz alta otra vez:

— Adiós. Adiós, Audrey —gritaron.

Roger les ayudó a subir y ellos dijeron:

— Adiós, señor Davis. Adiós, papá.

Luego, gritando más para hacerse oír por encima del estruendo del agua añadieron:

— ¡Adiós, Audrey!

Por fin la portezuela se cerró y la aseguraron por la parte de dentro y se vieron unos rostros pegados al vidrio de las ventanillas, y después el agua salpicó los rostros a medida que los viejos motores ganaban velocidad.

Tilomas Hudson se apartó del torbellino de espuma y el hidroplano, viejo y feo, despegó elevándose contra la escasa brisa reinante y después de describir un círculo enderezó, obstinado, lento y feo a través del golfo.

Thomas Hudson sabía que Roger y Audrey se marchaban al día siguiente, pero como era día de llegada de la lancha de aprovisionamiento preguntó a su amigo cuándo pensaba irse.

— Mañana, viejo Tom —dijo Roger.

— ¿Con Wilson?

— Sí. Le pedí que volviera.

— Lo preguntaba por el pedido de la lancha.

Así pues al día siguiente partieron del mismo modo. Thomas Hudson besó a la muchacha al decirle adiós y ella también lo besó. Había llorado al marchar los chicos y ahora también lloró y lo abrazó con fuerza.

— Cuida de él y cuídate.

— Lo intentaré. Has sido muy bueno con nosotros, Tom.

— No tiene importancia.

— Escribiré —dijo Roger—. ¿Quieres algo especial de allá?

— Que te diviertas. Y que me cuentes cómo van las cosas.

— Lo haré. Y ella también escribirá.

Se fueron y al volver a casa Thomas Hudson se detuvo en el bar de Bobby.

— Vas a sentirte condenadamente solo —dijo Bobby.

— En efecto —admitió Thomas Hudson—. Voy a sentirme condenadamente solo.

#### XIV

THOMAS HUDSON empezó a sentirse desgraciado en cuanto marcharon los chicos. Pero pensó que era normal sentir nostalgia y siguió trabajando. El fin del mundo personal de un hombre no se presenta como en uno de los grandes cuadros que imaginó el señor Bobby. Llega cuando un isleño aparece por el camino con un radiograma y diciendo:

— Por favor, firme la entrega. Lo sentimos muchísimo, señor Tom.

Thomas Hudson dio un chelín al muchacho pero éste lo miró y dejándolo sobre la mesa dijo:

— No quiero propina, señor Tom —y se fue precipitadamente.

Thomas Hudson leyó el radiograma. Luego lo guardó en el bolsillo y fue hacia la puerta y se sentó en el porche mirando el mar. Volvió a sacar el radiograma para releerlo. «*Hijos David y Andrew muertos con la madre en accidente automóvil cerca Biarritz. Todo pendiente su llegada. Sentido pésame.*» Firmaba la sucursal de París de su banco en Nueva York.

En seguida se presentó Eddy. Había sabido la noticia por Joseph quien a su vez la supo por uno de los empleados de la estación de radio. Tomó asiento a su lado y dijo:

— ¡Mierda, Tom! ¿Cómo pueden pasar estas cosas?

— No sé —dijo Thomas Hudson—. Supongo que chocarían con alguien o que alguien se les echó encima.

— Apuesto a que no conducía David.

— También yo. Pero ya no importa.

Thomas Hudson miró la extensión azul del mar y las aguas más oscuras del golfo. El sol estaba bajo e iba a desaparecer tras unas nubes.

— A lo mejor conducía su madre.

— A lo mejor. O quizás un chófer. ¿Qué más da?

— ¿Y si conducía Andy?

— También es posible. Su madre le habría dejado hacerlo.

— Es lo suficiente engreído como para...

— *Era* —corrigió Thomas Hudson—. No creo que ahora siga siéndolo.

El sol descendía y se ocultaba tras unas nubes.

— Enviaremos un cable a Wilkinson para que venga en seguida y para que me reserve una plaza en el avión de Nueva York.

— ¿Qué quiere que haga mientras usted está ausente?

— Que te ocupes de todo. Te dejaré un cheque para cada mes. Y si se presentan huracanes que te ayuden con el barco y la casa.

— Haré lo que pueda —dijo Eddy—, pero le advierto que ya nada me importa un comino.

— A mí tampoco —dijo Thomas Hudson.

— Nos queda Tom.

— Por ahora... —dijo Thomas Hudson, y por primera vez miró de frente la larga y perfecta perspectiva del vacío que le esperaba.

— Lo superará —dijo Eddy.

— Pues claro. ¿Dejé alguna vez de superar lo que sea?

— Puede quedarse una temporada en París y luego podría ir a la casa de Cuba. El joven Tom le hará compañía. Allí podría pintar bien y será un cambio muy conveniente.

— Claro —dijo Thomas Hudson.

— Viajar le sentaría bien. Métase en uno de esos barcos enormes donde siempre me habría gustado navegar. Viaje en todos. Que le lleven adonde vayan, sea donde sea.

— Claro.

— ¡Mierda! ¿Por qué diablos ha tenido que morir un muchacho como David? —dijo.

— Calla, Eddy —dijo Thomas Hudson—. Es mucho más de lo que podemos saber.

— ¡A la mierda todo! —gritó Eddy echándose el sombrero hacia la nuca.

— Saldremos lo mejor que podamos —dijo Thomas Hudson.

Pero estaba seguro de que no tenía demasiado interés en salir.

## XV

MIENTRAS EL «ÎLE DE FRANCE» cruzaba el océano rumbo al Este, Thomas Hudson tuvo ocasión de descubrir que el infierno no era necesariamente como lo describiera Dante ni ninguno de los grandes maestros que lo pintaron sino precisamente un barco cómodo, simpático y querido que lo lleva a uno a un país hacia el que siempre viajó con alegría. Y que tenía muchos círculos pero no fijos como los del gran egotista florentino. Thomas Hudson embarcó temprano y ahora comprendía que había buscado un refugio frente a la ciudad, donde sólo encontraría gente que le hablase de lo sucedido. Creyó que a bordo podría pactar con su dolor sin saber que no se puede pactar con el dolor porque no existe la forma de hacerlo. La muerte podría curarlo y existen algunas cosas capaces de adormecerlo o anestesiarlo. Se supone también que el tiempo lo cura. Pero si puede curarse con algo menos fuerte que la muerte es sencillamente porque no es dolor verdadero.

Uno de los medios para borrarlo temporalmente, porque aplaca todo lo demás, es la bebida y otro que puede ayudar es el trabajo. Thomas Hudson conocía ambos recursos pero también sabía que bebiendo destruiría su capacidad de crear una obra satisfactoria y llevaba tanto tiempo edificando su vida sobre el trabajo que esto seguía siendo para él la única cosa que no debía perder.

Pero como sabía que no podría trabajar durante algún tiempo, decidió beber y leer y hacer ejercicio hasta que estuviera bastante cansado para dormir. En el avión se había dormido, pero no en Nueva York.

Ahora estaba en su camarote, que daba a una sala donde los mozos habían dejado las maletas y el gran paquete de revistas y periódicos que acababa de comprar pensando que era lo más apropiado para distraerse. Dio su pasaje al camarero de turno y pidió una botella de agua Perrier y un poco de hielo. Cuando se lo trajeron, sacó una botella de buen whisky escocés de una maleta, la abrió y se preparó un trago. Luego cortó la cuerda que ataba las revistas y periódicos y los dejó sobre la mesa. Tenían un aspecto impecable comparados con los que llegaban a la isla. Se decidió por el *New Yorker*, que en la isla solía reservar para la noche. Llevaba mucho tiempo sin ver uno de la misma semana o que no hubiera estado muy arrugado. Se sentó a beber en el sillón profundo y acogedor y en seguida comprendió que es imposible leer el *New Yorker* cuando los seres a quienes se ama acaban de morir. Probó el *Time* y pudo leerlo, incluso su sección «Milestones», donde los dos chicos muertos aparecían con los datos completos, incluso la edad. La edad de su madre no quedaba clara; en cambio sí decía su estado civil y que se había divorciado de él, en 1933.

El *Newsweek* publicaba las mismas noticias, pero leyendo la corta reseña Thomas Hudson tuvo la extraña sensación de que el hombre que la había escrito lamentaba de verdad la muerte de los dos muchachos.

Preparó otro whisky y pensó que el agua Perrier era lo mejor que combinaba con él y luego volvió al *Time* y al *Newsweek*. «¿Qué diablos estaría haciendo en Biarritz?», pensó. «¿Por qué no fue al menos a San Juan de Luz?»

Al pensarlo comprendió que el whisky le hacía bien.

«Abandónalos ahora», pensó. «Recuerda cómo eran un momento y luego bórralos. Tarde o temprano tendrás que hacerlo. Mejor será empezar ahora.»

«Sigue leyendo», continuó diciéndose, y en aquel momento el barco empezó a moverse. Se movía muy despacio y ni siquiera miró por la ventana de la sala. Siguió sentado en su cómodo sillón y leyó el montón de periódicos y revistas y bebió whisky escocés con agua Perrier.

«No tienes ningún problema», se dijo. «Renunciaste a ellos y han desaparecido. Tendrías que haber empezado por no quererlos tanto. Tampoco a su madre. Oye la

voz del whisky. El gran disolvente de problemas.» Pensó que ni siquiera rimaba bien.

Luego se preguntó dónde estaría Roger con aquella chica. En el banco sabrán dónde está Tommy. Y yo sé muy bien dónde estoy. Aquí, con una botella de *Old Parr*. Mañana tendré que sudarlo. Utilizaré la sauna en el gimnasio. Y esa bicicleta que nunca lleva a ningún sitio. Y el caballo mecánico. Luego haré que me den un buen masaje. Y por fin encontraré algún amigo en el bar y charlaremos. De otras cosas. Son seis días nada más. Seis días pasan pronto.

Se fue a dormir. Cuando despertó en la oscuridad oyó el ruido que hacía el barco al avanzar y olió a mar y creyó que estaba en su casa de la isla y que acababa de despertar de un mal sueño. Pero en seguida comprendió que no era un mal sueño. Percibió el olor a grasa en los bordes de la ventanilla abierta. Encendió la luz y bebió un poco de agua mineral. Tenía mucha sed.

Sobre la mesa había una bandeja con bocadillos que el camarero dejó la noche anterior. En el cubo de la botella de agua mineral aún quedaba hielo.

Pensó que tenía que comer algo y echó una ojeada al reloj colgado en la pared. Eran las tres y veinte de la mañana. La brisa del mar resultaba fresca. Comió un bocadillo y dos manzanas. Luego cogió hielo del cubo y se preparó algo que beber. La botella de *Old Parr* casi se había terminado pero tenía otra en la maleta. En la fresca madrugada se sentó en el cómodo sillón a beber, y a leer el *New Yorker*. Porque ahora sí podía leerlo. Comprobó que le agradaba beber un whisky a aquellas horas.

Durante años se había impuesto como ley no beber durante la noche y no beber nunca aparte de los días festivos antes de haber terminado su tarea. Sin embargo ahora despierto en la noche, sintió la sencilla satisfacción de quien rompe lo impuesto. Fue la primera sensación de goce animal o de capacidad para sentirlo, que experimentaba desde que recibió el telegrama. «El *New Yorker* es bueno», pensó.

Era además, y el hecho resultaba evidente, una revista que se podía leer cuatro días después de que algo ocurra. No el primer día, ni el segundo ni el tercero. Pero sí el cuarto. Resultaba útil saberlo.

Después del *New Yorker* leyó el *Ring* y luego todo lo que se podía leer y hasta algo de lo que no se podía leer, en el *Atlantic Monthly*. Por fin preparó su tercer whisky y leyó el *Harper's*. «Como ves —se dijo—, esto no tiene arreglo.»

## II. Cuba

## I

CUANDO TODOS PARTIERON se quedó tumbado sobre la estera de cáñamo que cubría el suelo y escuchó el viento. Soplaban del noroeste con fuerza casi de ciclón. Extendió mantas por el suelo y amontonó almohadas contra el respaldo relleno del sillón volcado, que había puesto contra una pata de la mesa del living, y poniéndose una gorra de larga visera para resguardarse los ojos se dispuso a leer la correspondencia a la magnífica luz de una lámpara que había sobre la mesa. Un gato descansaba sobre su pecho y el hombre puso una manta ligera sobre los dos. Abría y leía cartas y bebía de un vaso de whisky con agua que cada vez dejaba a un lado. La mano del hombre encontraba el vaso siempre que lo deseaba.

El gato ronroneaba, pero él no lo oía porque su ronroneo era silencioso. Con los dedos de una mano acariciaba la garganta del gato mientras sujetaba una carta en la otra.

— Tienes un micrófono en la garganta, Boise —dijo al gato—. ¿Me quieres?

El gato comenzó a amasar suavemente con sus pequeñas garras el grueso jersey del hombre por la parte del pecho. Sintió el peso tibio y amoroso del animal y percibió el ronroneo bajo sus dedos.

— Es una zorra, Boise —dijo al gato. Y abrió otra carta. El gato puso la cabeza bajo la barbilla del hombre y se frotó contra ella.

— Te matarán a arañazos, Boise —dijo acariciando al animal con el cepillo de la barbilla sin afeitar—. Es mejor que no te gusten las mujeres. Es una vergüenza que no bebas, muchacho. Haces casi todo lo demás.

El gato fue llamado así al principio por el crucero *Boise* pero hacía ya mucho tiempo que el hombre le llamaba *Boy* para abreviar.

Leyó la segunda carta sin hacer comentarios, estiró la mano y bebió un trago de whisky con agua.

— Te digo que así no llegamos a ninguna parte, *Boy*. ¿Sabes lo que podríamos hacer? Tú lees las cartas y yo me tumbo sobre tu pecho a ronronear. ¿Te gustaría?

El gato levantó la cabeza y se frotó de nuevo con la barbilla del hombre, que siguió el juego acariciándole las orejas y la parte superior de la cabeza, empujando con su crecida barba, así como el lomo, mientras abría la tercera carta.

— ¿Te preocupaste por nosotros cuando el temporal, *Boy*? —preguntó—. Quisiera que nos hubieras visto entrar por la bocana mientras el mar rompía contra el morro. Seguro que te habrías asustado, *Boy*. Entramos con una mar furiosa de grandes rompientes como si estuviéramos haciendo *surfing*.

El gato seguía echado feliz, respirando al mismo ritmo que el hombre. «Es un animal grande y cariñoso —pensó—, pero está debilitado por las cacerías nocturnas.»

— ¿Tuviste suerte mientras estuve ausente, *Boy*? —preguntó. Había dejado la carta en el suelo y estaba acariciando al gato bajo la manta—. ¿Has cazado muchas?

El gato se puso boca arriba y ofreció la barriga a sus caricias, como cuando era pequeño y feliz. El hombre lo cogió en sus brazos y lo apretó contra su pecho y el gato le dejó hacer con la cabeza nuevamente bajo la barbilla. Ante la presión del brazo del hombre, de repente dio media vuelta y se aplastó contra él clavando las garras en el suéter y apretándose contra su cuerpo. Ahora no ronroneaba.

— Lo siento, *Boy*. De veras lo siento —dijo el hombre—. Déjame leer esta otra maldita carta. Nada se puede hacer. Tú tampoco sabes lo que podríamos hacer, ¿verdad?

El gato siguió tendido sobre él apretándose sin ronronear, desesperado. El hombre pasó su mano por el lomo y leyó la carta.

— Tómallo con calma, Boy —dijo—. No hay solución. Si alguna vez se me ocurre alguna te lo diré.

Cuando acabó de leer la tercera y más larga, el gran gato blanco y negro estaba dormido. Estaba dormido en la posición de la esfinge pero con la cabeza baja reposando sobre el pecho del hombre.

«Cuanto me alegro», pensó el hombre. «Y ahora yo tendría que desnudarme, tomar un baño y meterme en la cama como Dios manda, pero no habrá agua caliente y esta noche no podría dormir en una cama. Demasiado movimiento. La cama me tiraría al suelo. Probablemente tampoco dormiré aquí con este animal encima.»

— Boy —dijo—. Te voy a levantar para ponerme de lado.

Alzó el cuerpo inerte del gato, que de pronto cobró vida en sus manos para quedar en seguida dormido otra vez y lo dejó a un lado. Luego se volvió del otro lado para apoyarse en el codo derecho. El gato se apretó contra su espalda. Le había molestado el cambio de posición pero ahora dormía de nuevo pegado al hombre. El hombre cogió de nuevo las tres cartas y volvió a leerlas por segunda vez del principio al fin. Decidió no leer la prensa, apagó la luz y se quedó echado sintiendo el roce del gato en sus nalgas. Se abrazó a una almohada y apoyó la cabeza en otra. En el exterior seguía soplando un viento fuerte y el piso de la habitación tenía el movimiento del puente de un barco. Había pasado diecinueve horas en ese puente antes de conseguir entrar en puerto.

Siguió echado intentando dormir, pero sin lograrlo. Tenía los ojos muy fatigados y no quería tener la luz encendida, ni leer, de modo que permaneció allí esperando que amaneciese. A través de la manta sentía la estera hecha a medida del recinto. Había sido comprada en Samoa con ocasión de un crucero seis meses antes de lo de Pearl Harbor. Cubría por completo el suelo embaldosado pero en la parte de la puerta vidriera que daba al patio se había doblado y combado debido al abrir y cerrar y ahora el hombre oía cómo pasaba el viento por debajo y la hinchaba. Pensó que el viento del noroeste seguiría soplando un día más y que luego viajaría hacia el norte para morir del nordeste. Era su acostumbrada trayectoria de invierno, aunque bien podía quedarse en el nordeste varios días soplando fuerte antes de suavizarse en *brisa*<sup>17</sup>, que era el nombre local del alisio del noroeste. Cuando soplabla con fuerza de ciclón desde el nordeste sobre la Corriente del Golfo producía una mar gruesa y el hombre sabía que ningún *Kraut*<sup>18</sup> saldría a la superficie. «Tendremos que estar cuatro días en tierra —pensó—. Luego subirán sin duda.»

Pensó en el último viaje y en cómo el viento les sorprendió a sesenta millas al sur y treinta de la costa y en lo horrible del regreso cuando decidió ir a La Habana en lugar de a Bahía Honda. El barco había sufrido las consecuencias y ahora habría varias cosas que se tendrían que revisar. Quizás hubiera sido más conveniente fondear en Bahía Honda. Pero últimamente habían estado muchas veces allí y llevaba doce días de viaje cuando sólo había pensado estar ausente diez. Además, a bordo escaseaban algunas cosas y tampoco había seguridad con respecto a la duración del temporal; por todo ello había decidido ir a La Habana y había recibido aquella paliza. A la mañana siguiente se bañaría, se afeitaría y se presentaría al Agregado Naval para el informe de rigor. Puede que le dijeran que habría sido preferible quedarse en el sur. Pero estaba seguro de que con aquel tiempo nada podría salir a la superficie. Si realmente actuó bien todo saldría bien, aunque las cosas no siempre eran tan sencillas. No, ciertamente no lo eran.

El suelo parecía endurecerse bajo su cadera, su muslo y su hombro derechos, así que se volvió de espaldas y descansó apoyado en los músculos de los hombros, con las piernas algo encogidas y las rodillas levantadas bajo la manta y apretando los talones sobre el suelo. De este modo logró descansar un poco y con la mano izquierda acarició

<sup>17</sup> En castellano en el original.

<sup>18</sup> Alemán.

el gato, que ahora dormía.

— Te relajas muy bien, Boy, y duermes estupendamente —dijo—. Según veo la cosa no es tan grave.

Pensó en soltar alguno de los otros gatos para tener compañía y con quien charlar, ya que Boy dormía, pero no lo hizo. No quería molestar a Boise, despertar sus celos. Cuando llegó de la estación encontró a Boy frente a la casa esperándole. Parecía muy excitado y se le había metido entre las piernas mientras descargaban el equipaje saludando a todos y entrando y saliendo cada vez que se abría una puerta. Probablemente salía a la calle a esperarle cada noche desde la última vez que marchó. Y en cuanto él recibía orden de partir el gato lo sabía. No es que entendiera de órdenes; es que percibía los primeros síntomas y seguía todas las fases de los preparativos hasta el mismo desorden final de los hombres durmiendo en la casa, pues los gatos estaban también obligados a dormir en ella cuando había que zarpar de madrugada y éste se iba poniendo nervioso hasta desesperarse cuando marchaban y había que encerrarlo para que no les siguiese por el camino de entrada a través del pueblo y hasta la carretera principal.

Una vez en la Carretera Central había visto un gato destrozado por un coche y el animal, recién atropellado y muerto, era la fiel imagen de Boy. El lomo era negro y el pecho, la garganta y las patas blancos y tenía en la cara como una máscara oscura. Sabía que río podía ser Boy porque Boy estaba en la granja, a seis millas de allí; pero se había sentido enfermo y hubo de bajar para asegurarse de que no era Boy y apartar el cuerpo del gato a un lado del camino para que no fuese aplastado otra vez. Era un animal bien cuidado y comprendió que sin duda pertenecía a alguien. Por eso lo dejó en lugar visible para que pudiesen encontrarlo y no se preocuparan por su paradero. De otro modo habría metido al gato dentro del coche y lo habría hecho enterrar en la granja.

Aquella noche, al volver, el cuerpo del gato muerto había desaparecido de modo que pensó que sus dueños lo habían encontrado. Más tarde, leyendo sentado en su sillón preferido con el gato a su lado pensó que no sabía lo que hubiera hecho si el gato muerto hubiese sido Boy. Y también que, a juzgar por la actitud, el nerviosismo y la desesperación del animal, Boy hubiera pensado de la misma manera.

«Él no sabe aceptar los hechos como yo —pensó—. ¿Por qué ha de ocurrirte, Boy? Si tomaras las cosas con calma serías más feliz. Yo las tomo lo mejor que puedo. De verdad que sí. Pero Boise no sabe.»

Cuando estaba en el mar pensaba en Boise y en sus extrañas costumbres y en su amor desesperado. Recordaba el día que lo vio por primera vez, siendo aún un minino jugando con su sombra reflejada en el cristal de la mesa de un bar de Cojimar, construido sobre una roca frente al puerto. Había llegado al bar una luminosa mañana de primavera. Vio a unos borrachos, rezagados de la fiesta de la noche anterior, pero el fresco viento soplaba por el este e invadía el restaurante abierto y el bar, y la luz era tan fuerte y la atmósfera tan nueva y pura que no era una mañana para borrachos.

— Cierra la puerta que hay mucho viento —gritó uno de ellos al dueño.

— No quiero —dijo éste—. A mí me gusta. Vete a dormirla a otro sitio si no te encuentras bien aquí.

— Uno paga para estar cómodo —dijo el borracho de la noche anterior.

— No. Tú pagas por lo que bebes. Si quieres estar cómodo busca otro sitio.

Miró al mar, más allá de la abierta terraza del bar, de un azul intenso con pequeñas crestas de espuma y unos barcos pesqueros cruzándolo en busca de delfines. Había como media docena de pescadores en el bar y dos mesas ocupadas también por pescadores en la terraza. Eran pescadores a quienes les había ido bien el día antes o que creían que el buen tiempo iba a mantenerse y se arriesgaban a quedarse en tierra

para Navidad. Que supiera Thomas Hudson (así se llamaba el hombre) ninguno de ellos solía ir a misa el día de Navidad y tampoco vestía como un pescador. Eran lo menos parecido a un pescador y sin embargo pescaban como nadie. Unos llevaban viejos sombreros de paja y otros iban destocados. Vestían ropas muy viejas y unos iban descalzos; otros usaban zapatos. El pescador se diferenciaba del *guajiro*\* en que éste llevaba amplias camisas, sombrero ancho, pantalones ceñidos y botas de montar siempre que frecuentaban la ciudad, y en que casi todos llevaban *machetes*\*, mientras que los pescadores vestían trajes muy usados y eran confiados y alegres. Los hombres del campo eran tímidos y reservados a menos que bebiesen. El pescador se traicionaba irremediabilmente por las manos. Las manos de los viejos eran nudosas y morenas con manchas de sol, con las palmas y dedos surcados de profundas grietas y cicatrices. Las manos de los jóvenes no eran nudosas, pero la mayoría tenía las mismas manchas de sol y grietas y el vello del dorso, así como el de los brazos, menos los de piel oscura, estaba descolorido por el sol y el salitre.

Thomas Hudson recordó que esa mañana de Navidad, primera de la guerra, el propietario del bar le había preguntado: ¿Quiere unos langostinos?, y trajo una fuente grande con una montaña de langostinos recién cocidos, que puso sobre la barra, mientras partía una lima a rodajas y las alineaba en un platito. Los langostinos eran grandes y rosados y sus antenas colgaban por encima del mostrador más de treinta centímetros hacia el suelo. Él había cogido uno y dijo que sin duda aquellos bigotes eran más importantes que los de un almirante japonés.

Hudson quitó la cabeza al langostino almirante japonés y peló su carne y la degustó y resultó tan fresca y suave entre sus dientes y tan sabrosa, cocinada con agua de mar y con jugo de lima fresca y gruesos granos de pimienta, que pensó que era el mejor langostino que comió en su vida; ni en Málaga, ni en Tarragona, ni en Valencia. Entonces se le acercó el gatito y se restregó contra sus manos suplicando un langostino.

— Son demasiado grandes para ti, amiguito —dijo. Sin embargo, cogió un trozo de carne de uno de ellos con el pulgar y el índice y lo arrojó al gato, que corrió con él a lo largo del mostrador para devorarlo salvajemente.

Thomas Hudson miró al gatito, con sus hermosas manchas blancas y negras, el pecho y las patas blancas y la máscara negra cubriéndole los ojos y la frente, observó cómo comía el trozo de langostino y preguntó al propietario a quién pertenecía.

— A usted si lo quiere.

— Tengo dos en casa. Persas.

— Dos no es nada. Llévase éste. Les dará un poco de sangre de Cojimar.

— Papá, ¿nos lo quedamos? —dijo uno de sus hijos en quien ya nunca pensaba, que acababa de subir los escalones de la terraza donde estuvo mirando los botes de pesca que volvían al puerto y a los hombres recogiendo aparejos, enrollando líneas y arrojando a tierra el pescado—. Por favor, papá: ¿No podemos tenerlo? Es un gato precioso.

— ¿Crees que sería feliz lejos del mar?

— Claro que sí, papá. Dentro de poco sería muy desdichado aquí. ¿No te dan pena los gatos callejeros? Pues probablemente todos han sido lindos algún día como él.

— Llévase —dijo el propietario—. En una granja será muy feliz.

— Oiga, Tomás —dijo uno de los pescadores que desde una mesa vecina había oído la conversación—. Si le gustan los gatos, puedo traerle un auténtico angora, de Guanabacoa, un verdadero angora atigrado.

---

\* En castellano en el original.

\* En castellano en el original.

— ¿Macho?

— Tanto como usted —dijo el pescador. Los demás de la mesa se echaron a reír.

Las bromas españolas casi todas se basan en lo mismo.

— Sólo que con más pelo —añadió el mismo pescador buscando la carcajada, y lo consiguió.

— ¿Nos quedamos con él, papá? Por favor —preguntó el muchacho—. Es macho.

— ¿Estás seguro?

— Sí, papá. Lo estoy.

— Lo mismo dijiste de los dos persas.

— Los persas son distintos, papá. Me equivoqué con ellos, lo admito. Pero esta vez estoy seguro. De verdad.

— Bueno, Tomás, ¿quiere que le traiga el de Guanabacoa? —insistió el pescador.

— ¿No será un gato de brujería?

— Nada de brujería. Ni siquiera oyó hablar de santa Bárbara. Es más cristiano que usted.

— *Es muy posible*<sup>\*</sup> —dijo otro pescador y todos se echaron a reír.

— ¿Cuánto vale el famoso animal? —preguntó Thomas Hudson.

— Nada. Se lo regalo. Un auténtico tigre de Angora. Un regalo de Navidad.

— Ven a la barra, tomas unas copas y me cuentas cómo es.

El pescador fue hacia la barra. Llevaba gafas de montura imitación a carey y una limpia y descolorida camisa azul que parecía no poder resistir otro lavado. El tejido estaba casi transparente como un encaje en la espalda, entre los omóplatos, y daba la impresión de que no duraría mucho. Llevaba pantalones color caqui e iba descalzo aunque era Navidad. Su cara y sus manos estaban tostados del color de la madera oscura.

— Un whisky con *ginger ale* —dijo al dueño del local apoyando en la barra sus arrugadas manos.

— El *ginger ale* me pone malo —dijo Thomas Hudson—. Dame uno con agua mineral.

— Yo lo encuentro bueno —dijo el pescador—. Me gusta el *Canada Dry*. De otra forma el sabor del whisky me desagrada. Oiga, Thomas, le estoy ofreciendo un gato que es una cosa seria.

— Papá —dijo el chico—, antes de que tú y este señor empecéis a beber, ¿nos quedamos con el gato?

Había atado una cáscara de langostino al extremo de un hilo blanco de algodón y estaba jugando con el gatito, que se levantaba sobre sus patas traseras como un león rampante de heráldica y boxeaba con el cebo que el muchacho le ponía delante.

— ¿Lo quieres?

— Tú sabes que sí.

— Pues ya puedes llevártelo.

— Gracias, papá. Me lo llevo al coche para abrigarlo bien.

Thomas Hudson estuvo observando cómo atravesaba el muchacho la calle con el gatito en brazos y cómo se sentaba sin soltarlo en el asiento delantero. La capota del

---

\* En castellano en el original.

coche había sido bajada y desde el bar vio su cabello castaño ondeando al viento, lo vio sentado en el descapotable bajo el sol brillante. No pudo divisar el animal, porque el chiquillo lo apretaba contra sí y estaba hundido en su asiento al socaire del viento acariciándolo.

Ahora el niño estaba muerto y aquel animalito se había convertido en un gato viejo que le sobrevivió. Tuvo la certeza de que él y Boise pensaban la misma cosa; ninguno de los dos quería sobrevivir al otro. «No sé cuántas veces se habrá dado el caso de que un hombre y un animal estén enamorados —pensó—. Puede que sea una situación grotesca y sin embargo... Pero yo no la veo así.»

«No me parece grotesco —siguió pensando—, como tampoco es cómico que el gato de un niño llegue a sobrevivirle.» Claro que había detalles ridículos, como cuando de pronto Boise ronroneó y lanzó un mayido trágico para tenderse al fin sobre él. Según decían los criados, pasaba a veces muchos días sin comer cuando él se marchaba, hasta que finalmente el hambre le vencía. Aunque había días en que se esforzaba por vivir sólo con lo que cazaba y se negaba a convivir con los demás gatos, siempre acababa volviendo y saltando por encima de sus compañeros cuando entraba el criado con la fuente llena de carne picada para los gatos, y salía precipitadamente mientras los demás se arremolinaban alrededor del muchacho que traía la comida. Siempre comía muy de prisa, ansioso por abandonar la habitación de los gatos. Evidentemente no sentía afecto por ninguno de los allí reunidos.

Hacia bastante tiempo que Hudson había llegado a creer que Boise se consideraba a sí mismo un ser humano. No bebía como un hombre, como lo haría un oso, pero comía todo lo que el hombre y muy especialmente cosas que los gatos nunca prueban. Thomas Hudson recordó el verano anterior, un día que desayunaban juntos y ofreció a Boise una raja de mango fresco y helado. El gato la comió con deleite y desde entonces cada mañana comieron mango juntos mientras Thomas estaba en tierra y duraba la estación de los mangos. Tenía que sujetar las rajadas al cogerlas Boise, porque resbalaban del plato cuando el animal las quería arrastrar, y pensó en adquirir un plato especial en forma de enrejado para que el gato comiese a gusto. Otro día cuando los grandes árboles del aguacate daban fruto y los grandes frutos verde oscuro estaban en sazón sólo un poco más oscuros y brillantes que el follaje que los rodeaba, ofreció a Boise una cucharada de pulpa, precisamente de donde estuvo la semilla, aderezada con aceite y vinagre, y el gato lo comió muy a gusto y después se comía medio aguacate en cada comida. Fue un año en que permaneció allí todo el mes de setiembre efectuando compras y reparando el barco para un viaje que preparaba a Tahití. Y cada día, en cada comida, mientras duró la estación, comió Boise medio aguacate.

— ¿Por qué no trepas a un árbol y los coges tú mismo? —preguntó Thomas al gato un día que paseaban por las colinas de la finca. Pero Boise no respondió.

Y una noche que salió a dar un paseo para ver a los mirlos volar hacia La Habana adonde acudían desde la campiña del este y del sur convergiendo en grandes bandos para posarse tras un largo vuelo en los laureles de España del Prado, divisó a Boy encaramado en lo alto de un árbol del aguacate. A Thomas Hudson le agradaba ver cómo volaban los mirlos por encima de los montes y ver cómo salían los primeros murciélagos al anochecer y a las pequeñas lechuzas emprendiendo su excursión nocturna, cuando el sol se hundía por el mar, más allá de La Habana y sobre las colinas empezaban a encenderse luces. Aquella noche había echado de menos a Boise y al no encontrarlo llevó consigo a *Big Goats*, uno de los hijos de Boise, un gato valiente y combativo, de fuertes hombros, cuello grueso, cara muy ancha y terribles bigotes. Goats no cazaba jamás. Era un luchador y ello le mantenía todo el tiempo ocupado. Pero tenía carácter alegre, menos en lo que se refería a su profesión, y le agradaba pasear, especialmente si Thomas Hudson se paraba de vez en cuando para empujarlo con el pie y dejarlo tumbado en el suelo de lado. Entonces Thomas Hudson le acariciaba la panza con el pie. Era muy difícil llegar a molestarle, porque a Goats le gustaba que le rascase fuerte, mejor con el pie calzado que descalzo.

Thomas Hudson acababa de agacharse para darle unos golpecitos —gustaba de que lo acariciasen con la misma rudeza con que se acaricia a un perro grande—, cuando al mirar hacia lo alto vio a Boise trepando en lo alto del árbol. Goats también le vio.

— ¿Qué estás haciendo, viejo? —dijo Thomas Hudson—. ¿Decidiste por fin comerlos del árbol?

Boise miró al suelo y vio a Goats.

— Baja. Ven y daremos un paseo —dijo Thomas Hudson—. Te prometo que tendrás aguacate para la cena.

Boise miró a Goats y no dijo nada.

— Estás muy hermoso entre esas hojas verde oscuro. Puedes quedarte ahí si lo prefieres.

Boise miró hacia otro lado y Thomas Hudson y el gran gato negro desaparecieron entre los árboles.

— ¿Se habrá vuelto loco, Goats? —dijo Thomas Hudson. Y luego, para complacer al gato, añadió—: ¿Te acuerdas de la noche que fuimos incapaces de encontrar la medicina?

La palabra medicina era mágica para Goats y en cuanto la oyó se echó al suelo para que le acariciara.

— ¿Te acuerdas de la medicina? —preguntó el hombre mientras el gato se retorció en su tosco deleite.

Medicina era la palabra mágica desde la noche en que Thomas estuvo tan borracho que Boise no quiso dormir con él. Princesa no quería dormir con él, ni Willy, ni ningún gato. Sólo Solitario, que así se llamó al principio Goats y el hermano de Solitario, es decir, la hermana. Era una gata desgraciada y triste que tenía muchas penas y sólo algún éxtasis ocasional. A decir verdad, Goats lo prefería borracho, quizá porque sólo cuando lo estaba podía dormir con él. Pero Thomas Hudson, aquella noche de la gran borrachera, estuvo cuatro días en tierra. La cosa empezó en La Floridita a mediodía. Había tomado unas copas con unos políticos cubanos ansiosos por echar rápidamente un trago; luego bebió con propietarios de plantaciones de azúcar y plantaciones de arroz; con funcionarios del Gobierno cubano que aprovechaban la hora libre del almuerzo; con Segundos y Terceros Secretarios de Embajada que estaban en La Floridita acompañados de no importa quién; con misteriosos e inevitables hombres del FBI muy amables todos, que se esforzaban por pasar por el tipo medio de ciudadano norteamericano y que se traicionaban inmediatamente igual que si llevaran una etiqueta en la camisa o en el traje blanco de hilo. Había bebido *daiquiris*<sup>19</sup> dobles muy helados, de aquellos grandiosos *daiquiris* que preparaba Constant que no sabían a alcohol y daban la misma sensación al beberlos que la que produce el esquiar ladera abajo por un glaciar cubierto de nieve en polvo y luego, cuando ya se han tomado seis u ocho, la sensación de esquiar ladera abajo por un glaciar cuando se corre ya sin cuerda. Algunos oficiales de Marina que conocía entraron también y bebió con ellos y bebió con algunos de los entonces llamados Marina Colligan, o sea los guardacostas. Y así, porque se estaba aproximando demasiado a algo de lo que trataba de huir, acabó en el último extremo del bar con las putas respetables, las magníficas putas viejas con las que habían dormido todos los clientes asiduos de La Floridita en los últimos veinte años y se sentó en un taburete con ellas, comió un bocadillo y bebió *daiquiris* dobles.

Guando aquella noche volvió a la granja estaba muy borracho y ningún gato quiso dormir con él, excepto Goats, que no era alérgico al olor del ron, no tenía prejuicios contra la borrachera y se complacía con el suntuoso olor a putas tanto como con un gran pastel de Navidad. Durmieron juntos pesadamente, Goats ronroneando cuando se despertaba y Thomas Hudson despertando a cada momento y diciendo a Goats:

---

<sup>19</sup> *Daiquiri*: cóctel a base de ron.

Hemos de tomar la medicina.

A Goats le gustó el sonido de la palabra, que simbolizaba toda aquella vida de lujo que estaba compartiendo y ronroneó un poco más fuerte que de costumbre.

— ¿Dónde está la medicina, Goats? —había preguntado Thomas Hudson. Quiso encender la lamparita que tenía junto a la cama pero no funcionaba. La tormenta que lo tenía confinado en tierra había derribado algunos cables o producido un cortocircuito en algunos de ellos y no habían sido reparados, por lo que no había corriente. Tanteó sobre la mesa la gran cápsula doble de Seconal, la última en su haber, que habría de facilitarle el sueño y despertar al día siguiente sin malestar alguno y despejado.

Se había levantado de la cama y Goats bajó con él buscando el somnífero. No había cerillas junto a la cama, porque no fumaba, y la linterna tenía gastada la pila sin duda porque los criados la utilizaron en su ausencia: «Tenemos que encontrar la medicina, Goats», dijo.

Goats fue tras él y juntos emprendieron la búsqueda. El gato se metió debajo de la cama sin saber qué estaba cazando pero haciendo todo lo que podía, mientras Thomas Hudson gritaba: «La medicina, Goats, la medicina».

Goats se movía lanzando sonidos quejumbrosos debajo de la cama sin dejar de inspeccionar el terreno. Por fin salió ronroneando y Thomas Hudson, tanteando el suelo, encontró la cápsula. La sintió llena de polvo y telarañas entre los dedos. Goats la había encontrado.

— Has encontrado la medicina, Goats —dijo Thomas Hudson—. Eres un gato maravilloso. —Después de haber lavado la cápsula con agua del jarro que tenía junto a la cama y de ingerirla con un poco de agua, se acostó y siguió alabando a Goats. El gatazo ronroneaba y se esponjaba oyéndolo y desde entonces la palabra medicina resultó mágica para él.

En alta mar pensaba en Goats tanto como en Boise. Goats no era gato trágico. Había pasado malos tiempos pero estaba bien y ni siquiera después de alguna de sus grandes peleas, en las que había recibido de firme, inspiró lástima. Ni siquiera el día que no pudo llegar a casa y quedó a la sombra del mango del jardín jadeando y empapado de sudor, de modo que se hacía visible lo grandes que eran sus omóplatos y lo estrechos que eran sus flancos, demasiado agotado para moverse y esforzándose en llenar los pulmones de aire, llegó a inspirar lástima. Tenía la ancha cabeza de un león y era tan invencible como éste. Goats quería al hombre; lo respetaba y lo quería. Pero no era cuestión de que Goats estuviera enamorado de él o de que él estuviera enamorado de Goats, como había llegado a ocurrir con Boise.

Boise sencillamente se había puesto cada vez peor. La noche en que Thomas y Goats lo vieron trepando en lo alto del mango tardó en volver a casa y no lo hizo cuando el hombre se metió en la cama. Entonces dormía en la cama grande del dormitorio del extremo de la casa, donde había grandes ventanales en los tres lados de la habitación por donde de noche penetraba la brisa. Cuando se despertaba le agradaba oír los ruidos de las aves nocturnas y estaba despierto y escuchaba cuando oyó a Boise saltar al repecho de la ventana. Boise era un gato muy silencioso. Pero al llegar al repecho llamó al hombre y Thomas Hudson abrió la ventana. Boise saltó dentro de la habitación. Traía dos ratas fruteras en la boca.

A la luz de la luna que entraba por la ventana, proyectando la sombra del tronco del ceibo en la ancha cama blanca, Boise se había entretenido jugando con ellas. Saltando y girando las golpeaba contra el suelo, llevándose a la boca una de ellas y empujando la otra con la pata, y había jugado tan locamente como cuando era pequeño. Por fin se las llevó al cuarto de baño y Thomas Hudson sintió el peso de Boise junto a él cuando el animal saltó a la cama.

— ¿Así que no estuviste cogiendo aguacates por los árboles? —dijo.

Boise frotó la cabeza contra él.

— Sino cazando y cuidando la propiedad —terminó.

— Mi viejo gato y amigo Boise —dijo luego—. ¿Por qué no te las comes ahora que son tuyas?

Boise siguió frotando la cabeza contra el hombre ronroneando suavemente. Luego, fatigado de la cacería, se quedó dormido. Pero su sueño fue intranquilo y a la mañana siguiente no demostró el menor interés por las ratas fruteras.

Ahora amanecía y Thomas Hudson, que no había podido dormir, observó la luz que venía y cómo los troncos grises de las palmeras reales se destacaban en el gris de la primera claridad. Al principio sólo veía el tronco y el perfil de sus copas recortadas en lo alto. Después, a medida que la luz se hacía más intensa, divisó las ramas sacudidas por el fuerte viento y cuando el sol se alzó en el horizonte los troncos de las palmeras de un gris blancuzco y sus ramas agitadas, verde brillante, y la hierba de las colinas de un color castaño a causa de la sequía invernal y el blanco de las cumbres calizas de las colinas lejanas que parecían coronadas de nieve.

Se levantó del suelo y se calzó unos mocasines, se puso un viejo chaquetón y dejando a Boise ovillado sobre la frazada, caminó a través del *living* y llegó a la cocina. La cocina estaba en el extremo norte de un ala de la casa y el viento soplaba con furia salvaje desde el exterior agitando las ramas desnudas de los *flamboyanes*\* contra los muros y las ventanas. En la nevera no había nada para comer y en la fiambra de tela metálica de la despensa sólo encontró algunos condimentos, una lata de café, otra de té Lipton y otra de aceite de cacahuete para guisar. El chino encargado de hacer la comida compraba diariamente los víveres necesarios en el mercado. Como no esperaba que Thomas Hudson llegara, el cocinero debía de estar en el mercado comprando la comida de la servidumbre. «En cuanto llegue alguien —pensó Thomas Hudson—, lo enviaré al pueblo por huevos y fruta.»

Puso agua a hervir y preparó una taza de té y con la tetera y el plato en la mano se dirigió hacia el *living*. El sol estaba alto ya y el recinto estaba inundado de brillante luz. Se sentó en un sillón, bebió té caliente y miró los cuadros que colgaban en las paredes y que bañaba el sol de invierno brillante y limpio. «Quizá debiera cambiar alguno —pensó—. Los mejores están en mi dormitorio y paso pocas horas allí.»

Desde un sillón, el *living* le parecía ahora inmenso después de haber vivido en el barco tanto tiempo. No sabía cuánto medía la habitación de largo. Lo había averiguado cuando tuvo que comprar la estera pero se le había olvidado. No obstante, y fuera lo que fuese, aquella mañana la sala de estar le había parecido más grande. Era una de las cosas que acusaba al estar en tierra sin los efectos del alcohol; eso, y que no hubiera nada para comer en la nevera. El movimiento del barco en la fuerte marejada que había levantado el viento del noroeste había desaparecido por completo. Ahora estaba tan lejos de él como del propio mar. Podía verlo a través de las abiertas puertas de la blanca habitación y por las ventanas, más allá de las colinas pobladas de árboles que bordeaban la carretera principal y veía también las lejanas colinas desnudas de vegetación, las antiguas fortificaciones del pueblo y el puerto y la blancura del pueblo todavía más allá. Thomas Hudson lo veía todo tan lejos como su pasado y así quería que permaneciese, ahora que el movimiento había desaparecido, hasta que llegara el momento de salir de nuevo.

«Los *Krautz* pueden quedarse con el movimiento para ellos solos —pensó—. Me pregunto si los peces se arrimarán por debajo y jugarán a su alrededor cuando estén sumergidos con este tiempo. ¿Hasta qué profundidad llegará el movimiento? Por muy

---

\* En castellano en el original.

hondo que llegue, en estas aguas siempre se hallan peces. Los peces estarán muy interesados probablemente. Algunas quillas de los submarinos deben estar muy sucias y los peces sin duda merodearán cerca de ellas. A lo mejor no están tan sucias, con el programa que llevan. De todas formas, los peces rondarán igual.» Durante unos momentos pensó en el mar y en cómo sería mar afuera un día como aquél, con las montañas de agua azul coronadas de espuma blanca al viento. Luego alejó de sí este pensamiento.

El gato, dormido en la manta, se despertó cuando el hombre estiró el brazo y lo acarició. Bostezó, estiró las patas delanteras. Luego se quedó hecho un ovillo otra vez.

— Nunca tuve a mi lado una mujer que se despertara al mismo tiempo que yo —dijo el hombre— y ahora no tengo siquiera un gato que lo haga. Sigue durmiendo, Boy. Además, he mentido. Hubo una chica en mi vida que se despertaba al mismo tiempo que yo y a veces antes. Tú no la has conocido, Boise. No sabes lo que es una mujer que sirva para algo. Tienes mala suerte. A la mierda con ellas. ¿Sabes qué? Deberíamos conseguir una mujer buena. Podríamos enamorarnos los dos de ella. Si fueras capaz de mantenerla podrías conservarla. Aunque no sé de ninguna que pueda vivir de ratas.

El té había calmado momentáneamente su apetito pero ahora estaba de nuevo hambriento. A bordo habría tomado un enorme desayuno seguramente una hora antes y tomado un buen té una hora antes del desayuno. Como en el viaje había hecho demasiado mal tiempo para pensar en cocinar se había limitado a comer en el puente un par de bocadillos de *corned beef* con gruesas rajadas de cebolla cruda sobre la carne. Ahora tenía hambre y estaba irritado de que en la cocina no hubiera nada para comer. «Tendré que dejar en casa unas latas de conserva de repuesto por si las necesito», pensó. «Pero sería necesario cerrarlas bajo llave para que no acaben con ellas en mi ausencia y no me gusta guardar la comida con llave.»

Por último se sirvió un poco de whisky con agua y empezó a leer los periódicos atrasados y fue sintiendo cómo la bebida calmaba su apetito y el nerviosismo del regreso. «Bebe lo que quieras —pensó—. Estás en tu casa. Con este frío debe de haber poca gente en La Floridita. Con todo, allí se estará bien otra vez.» No se decidía a comer allí o en El Pacífico. «Hará frío también en El Pacífico —pensó— pero llevaré un suéter y un abrigo y hay una mesa junto a la barra al abrigo del viento.»

— Lástima que no te guste viajar, Boy —dijo—. Pasaríamos un gran día en el pueblo.

Pero a Boise no le gustaban los viajes. Siempre tenía miedo de acabar en casa del veterinario, como ocurrió cierta vez. Goats hubiera hecho un buen gato viajero. «Para ir en coche y hasta en barco, a no ser por las mojaduras de la espuma. Tendría que soltar a todos los gatos. Y debería de haber traído un regalo para cada uno. Sobre todo para Goats, Willy y Boy. Veré si queda hierba de gatos en el armario de la habitación de los gatos, a no ser que haya perdido el sabor y la fuerza. Ojalá, nosotros los que no somos gatos tuviéramos algo que fuera tan inofensivo como la hierba de gatos y tuviera tanto efecto —pensó—. ¿Por qué no hay algo parecido para emborracharnos?»

Los gatos reaccionaban de forma distinta ante esta hierba. Goats, Willy, Boise, Solitario, la hermana de Solitario, Sin-pequeños, Peludo y Escuadrón eran adictos. Princesa, que era el nombre que los criados dieron a Baby, el persa azul, ni la tocaba; tampoco lo hacía tío Wolfie. Era incapaz de probar lo que no conocía y husmeaba los alimentos nuevos sin comerlos, hasta que los demás gatos se lo llevaban todo y él se quedaba sin nada. Princesa, que era la abuela de todos los gatos, delicada y aristócrata, inteligente, llena de prejuicios y encantadora, tenía miedo al olor de la menta y huía de ella como del mismo vicio. Princesa era una gata tan delicada, color gris humo, con los ojos dorados, buenos modales y tal dignidad, que sus épocas de celo eran como una introducción, explicación y finalmente revelación de todos los escándalos de una casa real. Desde que vio a Princesa en celo, no la primera vez, tan trágica, sino luego, cuando creció y se hizo hermosa y cambió de su dignidad y

aplomo al más grande de los desenfrenos, Thomas Hudson decidió no morir sin antes haber hecho el amor a una princesa de verdad tan deliciosa como Princesa.

Debería ser tan seria y delicada y bella como Princesa, antes de que se enamoraran e hicieran el amor y volverse luego tan desenfrenada y desvergonzada en la cama como era Princesa. A veces de noche soñaba con una princesa y nada que ocurriera en la realidad podía compararse a esos sueños, pero él lo quería y estaba seguro de obtenerlo si existiera alguna princesa así.

Lo malo estaba en que la única princesa con quien hiciera el amor, aparte de las princesas italianas, que naturalmente no cuentan, era una muchacha vulgar de tobillos no muy finos y piernas no muy hermosas. Tenía sin embargo la piel deliciosamente nórdica, el cabello brillante y bien cepillado y una piel y unos ojos muy agradables y toda ella le gustó y también el roce de su mano cuando se la estrechaba mirando al canal bajo las cercanas luces de Ismailía. Se gustaban mucho y se hallaban muy cerca de estar enamorados; lo bastante cerca como para vigilar el tono de sus voces en presencia de los demás; y lo bastante cerca para que ahora, apoyados es la barandilla con las manos entrelazadas en la oscuridad, él pudiera sentir lo que ocurría entre ellos sin dudas de ninguna clase.

Por sentir lo que sentía y estar seguro de sus sentimientos, habló con ella y le pidió algo, pues habían decidido ser completamente sinceros el uno con el otro.

— Me gustaría mucho, bien lo sabes —dijo ella—. Pero no puedo. Como bien sabes también.

— Tiene que existir un medio —dijo Thomas Hudson—. Siempre existe un medio.

— ¿Quieres decir en un bote salvavidas? —dijo ella—. No me gustaría en un bote.

— Escucha —dijo él y puso una mano sobre un pecho de ella sintiéndolo alzarse palpitante entre sus dedos.

— Hermoso —dijo ella—. Pero tengo dos.

— Lo sé.

— Me gusta —dijo ella—. ¿Sabes que te quiero, Hudson? Lo he descubierto hoy.

— ¿Cómo?

— Lo descubrí. No es muy difícil. ¿Tú has descubierto algo?

— No tengo por qué descubrir nada —mintió él.

— Eso está bien —dijo ella—. Pero el bote salvavidas no sirve. Ni tu camarote, ni el mío.

— Podríamos utilizar el del barón.

— En el camarote del barón siempre hay alguien. El barón es un disoluto. ¿No es divertido tener un barón disoluto como en otros tiempos?

— Sí —dijo él—. Pero podríamos asegurarnos de que no hay nadie.

— No. Eso no sirve. Pero sigue amándome como ahora y sigue haciendo lo que haces.

Él obedeció y luego hizo algo más.

— No —dijo ella—. No hagas eso. No puedo soportarlo.

Entonces ella hizo algo y preguntó:

— ¿Tú lo soportas?

— Sí.

— Muy bien. Entonces sigo. No, no me beses. Si me besas aquí en cubierta lo mismo da seguir y hacer todo lo demás.

- ¿Por qué no hacemos todo lo demás?
- ¿Dónde, Hudson? ¿Dónde? ¡Dime dónde!
- Te diré porqué.
- Eso lo sé muy bien. Sé perfectamente por qué ha de serlo. El problema es dónde.
- Te quiero mucho.
- Sí. Yo también. Y nada bueno ha de traernos aparte de que nos amamos, que ya es bastante.
- Él hizo algo que la obligó a decir:
- Por favor, si vuelves a hacerlo me marchó.
- Sentémonos.
- No. Mejor será quedar de pie como estamos.
- ¿Te gusta lo que estás haciendo ahora?
- Sí; Me encanta. ¿Te molesta?
- No. Pero no puede durar siempre.
- Bueno —dijo ella. Volvió la cabeza y le dio un beso rápido y en seguida siguió mirando el desierto sobre el que se deslizaban en la noche. Era invierno y estaba la noche fría y se apretaron el uno contra el otro mirando hacia el exterior.
- Hazlo ahora. Hazlo. Un abrigo de visón resulta útil incluso en el trópico. ¿No lo harás antes que yo?
- No.
- ¿Lo prometes?
- Sí.
- Hudson, te lo suplico. Ahora. Te lo suplico.
- ¿Tú?
- Sí. Cuando quieras. Ahora. Ahora. ¡Oh, sí! Ahora.
- ¿De verdad ahora?
- ¡Oh, sí! Tienes que creerme. Ahora.
- Después quedaron allí de pie en el mismo sitio. Las luces estaban cerca y la orilla del canal y la lejanía seguía deslizándose al pasar.
- ¿Te avergüenzas de mí? —preguntó ella.
- No. Te quiero mucho.
- Pero es malo para ti. He sido egoísta.
- No creo que me perjudique. Y tú no eres egoísta.
- No pienses que se perdió. Nada se ha perdido. Al menos para mí.
- Entonces nada se ha perdido. Bésame, ¿quieres?
- No puedo. Pero sigue apretando con tu mano.
- Más tarde ella añadió:
- No te importa que le quiera, ¿verdad?
- No. Es muy orgulloso.
- Deja que te diga un secreto.

Le dijo un secreto que no le sorprendió demasiado.

— No —dijo él—. Me parece divertido.

— Oh, Hudson, te amo mucho. Por favor, vete y ponte cómodo y vuelve a mi lado. Te esperaré aquí. ¿Quieres que bebamos una botella de champán en el Ritz?

— Me gustaría. ¿Y tu marido?

— Sigue jugando al bridge. Le veo desde aquí a través de la ventana. En cuanto acabe vendrá a buscarnos.

Fueron al Ritz que estaba a popa del barco y pidieron una botella de Perrier-Jouët Brut 1915 y luego otra. El príncipe no tardó en aparecer. Era un hombre simpático. Hudson lo encontraba excepcionalmente agradable. Habían estado cazando en África oriental lo mismo que él y los conoció en el club de Muthaiga y en casa Torr en Nairobi y juntos habían embarcado, en Mombasa, El barco hacía un crucero alrededor del mundo y había hecho escala allí, en ruta a Suez y el Mediterráneo y, finalmente, Southampton. Un barco de superlujo donde cada camarote era una *suite* privada. El pasaje estaba completo, como ocurría en aquellos años, pero algún pasajero decidió quedarse en la India y uno de esos hombres que lo saben todo se lo dijo a Thomas en el club de Muthaiga, que en el barco había pasajes libres y que no era difícil obtener uno. Él lo había contado al príncipe y a la princesa, a quienes no les había gustado el vuelo a Kenya en aquellos momentos en que los Handley Pages eran demasiado lentos y el vuelo largo y fatigoso, y les entusiasmó la idea del viaje y el precio.

— Será un viaje estupendo y usted es formidable por ocuparse de nosotros —dijo el príncipe—. Mañana mismo le llamaré por teléfono.

Había sido realmente un viaje encantador con el fondo azul del océano índico y el barco saliendo lentamente del muelle nuevo. Luego África quedó atrás. Y la ciudad antigua, blanca, con los inmensos árboles y todo su verdor y el mar rompiendo en los anchos arrecifes y el barco ganó velocidad y se adentró en el océano poblado de peces voladores que rasgaban el agua delante de la embarcación. África fue pronto una línea azulada a sus espaldas y un camarero hizo sonar el gong mientras el príncipe, la princesa, él y el barón, viejo amigo supo que vivía a bordo y era verdaderamente disoluto, se encontraban bebiendo un martini seco en el bar.

— No presten atención a ese gong —dijo el barón—. Almorzaremos en el Ritz. ¿Les parece bien?

Thomas no se había acostado con la princesa a bordo, aunque al llegar a Haifa habían hecho tantas cosas que estaban en un éxtasis de desesperación tan intenso que deberían haber sido obligados por ley a meterse en la cama sólo para descanso de sus pobres nervios. En lugar de ello y desde Haifa fueron en coche a Damasco. Thomas Hudson se sentó en el asiento delantero junto al chófer y el matrimonio iba detrás. Thomas Hudson vio una pequeña parte de Tierra Santa y otra pequeña parte de la tierra de T. E. Lawrence y muchas colinas heladas y mucho terreno desierto. Todo eso a la ida. Durante el viaje de regreso el príncipe se sentó junto al chófer y él detrás con la princesa. Thomas Hudson sólo vio la nuca del príncipe y recordó ahora que el camino de Damasco a Haifa, donde estaba anclado el barco, corría a lo largo de un río. Que había un desfiladero accidentado junto al río que sólo figuraba en un mapa local y que en la garganta había una isleta a su lado. Recordaba esa isla mejor que todo lo demás de la excursión.

La excursión a Damasco no sirvió de gran cosa y cuando dejaron Haifa y el barco navegaba por el Mediterráneo y se encontraban arriba en el puente de botes, donde hacía frío debido al viento del nordeste que alborotaba el mar, hasta el punto de que el barco empezaba a cabecear, ella dijo:

— Tenemos que hacer algo.

— La verdad es que no exageras. Te gustan los eufemismos.

- No. Quiero acostarme contigo y quedarme en la cama toda una semana.
- Una semana es muy poco tiempo.
- Entonces un mes. Pero tenemos que hacerlo en seguida y en seguida no podemos.
- Podríamos utilizar el camarote del barón.
- No. No quiero hacerlo hasta que podamos estar tranquilos.
- ¿Cómo te sientes?
- Como si fuera a volverme loca y no me faltara mucho para estarlo.
- Nos acostaremos en París. Allí será fácil.
- Pero ¿dónde? No tengo experiencia. ¿Cómo me escaparé?
- Puedes decir que vas de compras.
- Tendría que ir acompañada.
- Vas de compras con alguien. ¿No hay nadie en quien puedas confiar de verdad?
- Sí. Pero siempre pensé que no me gustaría recurrir a eso.
- No lo hagas entonces.
- Tengo que hacerlo. Sé que tengo que hacerlo. Pero eso no mejora las cosas.
- ¿Nunca le has sido infiel antes de ahora?
- No. Y creí que no lo sería jamás. Y ahora es la cosa que más deseo del mundo. Pero me molesta que otros lo sepan.
- Veremos qué se nos ocurre.
- Por favor, abrázame fuerte y apriétame contra ti —dijo ella—. No hablemos, ni pensemos, ni nos preocupemos. Apriétame entre tus brazos y quíereme mucho, porque siento que me duele todo.
- Al cabo de un rato él había dicho: —Mira, lo hagas cuando lo hagas, siempre te preocupará. No quieres serle infiel y no quieres que nadie se entere. Pero será igual cada vez que ocurra.
- Yo quiero que ocurra. Pero no quiero hacerle sufrir. Tengo que hacerlo. No está en mis manos evitarlo.
- Entonces hazlo. Ahora mismo.
- Pero ahora es terriblemente peligroso.
- ¿Crees que quien nos vea a bordo y nos oiga no imagina que nos hemos acostado ya? ¿Crees que todo lo que hemos hecho es distinto a meterse en la cama?
- Pues claro que es distinto. Completamente distinto. Con lo que hemos hecho hasta ahora no podemos tener un niño.
- Eres un encanto —dijo él—. Lo eres. De verdad.
- Pero si tenemos un niño me alegraré. Él quiere un hijo pero no viene. Yo me acostaría con él inmediatamente después y no sabría que el hijo era nuestro.
- Yo en tu lugar no me acostaría con él *inmediatamente*.
- No, claro. Pero la noche siguiente sí.
- ¿Cuánto hace que dormiste con él? —Oh, duermo con él todas las noches. Tengo que hacerlo, Hudson. Me excito de tal forma que no tengo más remedio que hacerlo. Creo que por eso juega al bridge hasta tan tarde últimamente. Quisiera encontrarme dormida cuando vuelva. Creo que está un poco cansado. ¡Nos enamoramos hace tanto tiempo!

— ¿Es la primera vez que te enamoras de otro desde que te casaste?

— No. Lo siento, pero no. Me he enamorado varias veces. Pero nunca le he sido infiel; ni lo he pensado. Es tan bueno y amable y tan buen marido y siento afecto por él y él me ama tanto y se porta conmigo tan bien...

— Te diré. Lo mejor que podemos hacer es pasar por el Ritz y beber champán —había dicho Thomas Hudson.

A decir verdad, empezaba a sentir como una confusión en sus sentimientos.

El Ritz estaba desierto y un camarero les sirvió el champán en una mesa del rincón. Tenían siempre Perrier-Jouët Brut 1915 helado y el camarero se limitaba a preguntar:

— ¿Una botella de lo mismo, señor Hudson ?

Brindaron por los dos y la princesa dijo:

— Me gusta este champán. ¿A ti no?

— Sí. Mucho.

— ¿En qué piensas?

— En ti.

— Naturalmente. Yo sólo pienso en ti. Pero ¿en qué precisamente?

— Pensaba que deberíamos bajar a mi camarote. Hablamos demasiado y perdemos el tiempo sin hacer nada. ¿Qué hora es?

— Las once y diez.

— ¿Qué hora tienes ? —preguntó al camarero.

— Las once y cuarto, señor —dijo el camarero mirando el reloj que había en el interior del bar.

Cuando el camarero se alejó y no pudo oírles, añadió:

— ¿Hasta qué hora jugará al bridge ?

— Dijo que jugaría hasta tarde. Añadió que no era necesario que le esperase despierta.

— Terminemos la botella y vamos a mi camarote. Allí tengo otra.

— Pero, Hudson, es muy peligroso.

— Siempre lo será —dijo Thomas Hudson—. Pero no acostarnos creo que acabará siendo más peligroso todavía.

Aquella noche le hizo el amor tres veces y cuando la acompañó a su camarote, ella dijo que no debía hacerlo y él contestó que parecía más normal que lo hiciera. El príncipe seguía jugando al bridge. Thomas Hudson había vuelto al Ritz, donde el bar seguía abierto, y pidió otra botella del mismo vino y leyó la prensa que había llegado a bordo en Haifa y advirtió que era la primera vez que podía leer periódicos en bastante tiempo y leyéndolos se sintió tranquilo y feliz. Cuando la partida de bridge se deshizo, el príncipe pasó por el Ritz a echar una ojeada y Thomas Hudson le invitó a una copa antes de acostarse y sintió más simpatía hacia él. Incluso tuvo una mareada sensación de parentesco con él.

Él y el barón habían dejado el barco en Marsella. Casi todo el pasaje siguió el crucero hasta Southampton. En Marsella, él y el barón estuvieron en la terraza de un restorán en el Vieux Port comiendo *moules marines* y bebiendo una garrafita de *vin rosé*. Tenía mucho apetito y recordó que había estado con hambre casi todo el tiempo desde que dejaron Haifa.

Ahora también tenía mucha, pensó. «¿ Pero dónde diablos se habrán metido los

criados? —se preguntó—. Tendría que haber aparecido uno al menos.» Afuera el viento era más frío. Le hacía recordar el día helado en Marsella, en la calle empinada que bajaba hasta el puerto, donde se habían sentado en un café con los cuellos de las americanas levantados para devorar los mejillones que iban sacando de su concha negra y la caliente salsa que sabía a pimienta y a mantequilla y para beber el vino de Tavel, que sabía a Provenza, mirando cómo el viento levantaba las faldas de las pescadoras y de las pasajeras del crucero y de las mal vestidas prostitutas del puerto que subían la empinada calleja de suelo cubierto de pedruscos, mientras aguantaban los ramalazos del mistral.

- Has sido una malísima persona —dijo el barón—. Verdaderamente te portaste mal.
- ¿Quieres más mejillones?
- No. Quiero algo más sólido.
- ¿Qué te parece una *bouillabaisse*?
- ¿Dos caldos?
- Tengo hambre. Y quién sabe cuándo volveremos aquí.
- No me extraña que tengas hambre. Bien. Comeremos la *bouillabaisse* y después un *Châteaubriand*. Haré que te repongas, pillastre.
- ¿Qué piensas hacer?
- La cuestión es qué piensas hacer tú. ¿La quieres?
- No.
- Mejor. Creo que te conviene ser sincero. Te conviene mucho.
- Prometí quedarme con ellos para la temporada de pesca.
- Si fuera para la temporada de caza lo entendería más —dijo el barón—. Hace un tiempo frío y desagradable para pescar y ella no creo que deba ridiculizar a su marido.
- Supongo que él debe de estar enterado de todo.
- Te equivocas. Sabe que está enamorada de ti. Nada más. Pero tú eres un caballero y te comportarás correctamente y ella no tiene por qué ridiculizar a su esposo. Tú no te casarías con ella, ¿verdad?
- No.
- De todos modos ella no podría casarse contigo y no veo la necesidad de que él sea desgraciado a menos que estés enamorado de ella.
- No lo estoy. Ahora lo sé.
- Entonces lo mejor es que te marches.
- Es precisamente lo que pensaba hacer.
- Me alegro de que estemos de acuerdo. Y ahora dime la verdad. ¿Cómo está ella?
- Muy bien.
- No digas tonterías. Yo conocí a su madre. Debías haber conocido a su madre.
- Siento no haberla conocido.
- Desde luego. Lo que no comprendo es cómo has podido enredarte con esa buena gente tan aburrida. No la necesitas para tu pintura o algo por el estilo, ¿verdad?
- No. No se trata de eso. Me gusta. Me sigue gustando. Pero no estoy enamorado de ella y todo este asunto se está complicando demasiado.
- Me alegro de que lo veas como yo. Y ahora veamos, ¿a dónde piensas ir?

- Acabamos de llegar de África.
- Exacto. ¿Por qué no te vas a Cuba o a las Bahamas? Te haré una visita si consigo algún dinero en casa.
- ¿Te parece posible?
- No.
- Me quedaré en París una temporada. Llevo mucho tiempo sin pisar el asfalto.
- Londres es mejor que París.
- Tengo ganas de ver cómo van las cosas por París.
- Puedo explicártelo si lo deseas.
- No. Me refiero a la pintura. Y también quiero ver a algunos amigos. Quiero ver los Seis Días e ir a Auteuil y Enghien y Le Tremblay. ¿Por qué no vienes conmigo?
- No me gustan las carreras y no puedo permitirme el lujo de jugar.

«¿Pero a qué seguir pensando en todo eso?» —se dijo—. El barón había muerto, los *Krauts* habían conquistado París y la princesa no había tenido un hijo. «No habrá sangre mía en ninguna casa real —pensó—, a menos que algún día me sangre la nariz en el palacio de Buckingham, lo cual parece poco probable.» Decidió que si no se presentaba algún criado antes de veinte minutos, iría él mismo al pueblo a comprar huevos y un poco de pan. «Es ridículo pasar hambre en tu propia casa», se dijo. Y añadió para sí mismo: «En todo caso, me encuentro demasiado cansado para ir a ninguna parte».

En ese preciso momento oyó pasos en la cocina y apretó el timbre que había bajo la mesa y oyó cómo resonaba dos veces a lo lejos.

El segundo criado entró con su vago aspecto afeminado, de falso san Sebastián, tímido, astuto y paciente.

- ¿Ha llamado usted? —preguntó.
- ¿Qué diablos crees que he hecho? ¿Dónde está Mario?
- Ha ido a buscar el correo.
- ¿Qué tal siguen los gatos?
- Muy bien. No hay ninguna novedad. Big Goats sigue peleándose con el Gordo. Tuvimos que curarle las heridas.
- Boise parece más delgado.
- Sale mucho de noche.
- ¿Y Princesa?
- Ha pasado unos días triste pero ahora come bien.
- ¿Tenéis dificultad en comprar carne?
- Vamos a buscarla a Cotorro.
- ¿Y los perros?
- Todos muy bien. Negrita ha tenido cachorros otra vez.
- Ya os dije que la encerraseis.
- Lo hicimos. Pero se escapó.

— ¿Alguna otra novedad?

— Nada. ¿Cómo ha ido el viaje?

— Sin novedad.

Mientras hablaba breve y secamente con el muchacho a quien había despedido dos veces pero que había vuelto a tomar porque el padre se presentó ambas veces a rogar por él, entró Mario, el primer criado, con los periódicos y el correo y su rostro moreno tenía una expresión alegre, amable y bondadosa.

— ¿Cómo fue el viaje?

— Un poco de borrasca al final.

— ¡*Figúrate!*\* No me extraña. El viento del norte sopla muy fuerte. ¿Ha comido algo?

— No hay nada que comer.

— He traído huevos, leche y pan. Tú —gritó al segundo criado—. Prepara el desayuno del señor. ¿Cómo quiere los huevos ?

— Como siempre.

— *Los huevos como siempre*\* —repitió Mario—. ¿Encontró a Boise esperándole?

— Sí.

— Esta vez sufrió mucho. Más que nunca.

— ¿Y los otros?

— Sólo una pelea mala de verdad entre Goats y Fats. —Pronunciaba los nombres en inglés con verdadero orgullo—. La Princesa estaba un poco triste —añadió—. Pero ya pasó.

— ¿Y tú?\* ¿Cómo sigues?

— ¿Yo? —sonrió con timidez y con evidente complacencia—. Muy bien. Muchas gracias.

— ¿Y tu familia?

— Todos muy bien. Gracias. Papá trabaja otra vez.

— Me alegro.

— Él también se alegra. ¿No ha dormido aquí ninguno de los otros caballeros?

— No. Se fueron al pueblo.

— Deben de estar cansados.

— Lo están.

— Hubo llamadas de algunos amigos. He anotado sus nombres. Espero que pueda identificarles. Los nombres ingleses son siempre muy difíciles para mí.

— Escríbelos tal como suenan.

— Es que me suenan de distinta manera que a usted.

— ¿Llamó el coronel?

— No, señor.

— Tráeme un whisky con agua mineral —dijo Thomas Hudson—. Y leche para los gatos, por favor.

---

\* En castellano en el original.

\* En castellano en el original.

— ¿Lo quiere en el comedor o aquí?

— El whisky aquí, la leche para los gatos en el comedor.

— En seguida —dijo Mario. Fue hacia la cocina y volvió con un whisky con agua mineral—. Creo que está bastante fuerte —dijo.

«¿Me afeito ahora o después del desayuno?» —se preguntó Thomas Hudson—. Debería afeitarme. Por eso encargué el whisky, para que me ayudase. A la mierda con el afeitado. Pero no. Será mejor que te afeites. Anda y hazlo. Es bueno para la maldita moral y después del desayuno tienes que ir al pueblo.

Mientras se afeitaba iba bebiendo whisky, en el enjabonado, después del rasurado y durante el proceso de volverse a enjabonar y de cambiar tres veces la hoja de afeitar, a fin de terminar con la barba de tres semanas que cubría sus mejillas, su barbilla y hasta parte de la garganta. El gato iba y venía y le observaba y se restregaba contra sus piernas mientras se afeitaba. De pronto salió precipitadamente del recinto y Thomas Hudson tuvo el convencimiento de que había oído el ruido de las botellas de leche en el piso embaldosado del comedor. Él no había oído el clic, ni oyó entrar a nadie. Pero estaba seguro de que Boise lo oyó.

Thomas Hudson terminó de afeitarse y vertió en su mano derecha una buena cantidad del maravilloso y puro alcohol de noventa grados que era en Cuba tan barato como cualquier pobre alcohol de masaje en los Estados Unidos y lo extendió por su cara experimentando el helado contacto y sintiendo cómo acababa con la irritación del afeitado. «Ni tomo azúcar ni fumo —pensó—, pero, por Dios bendito, que sé extraer un buen placer de lo que se destila en esta tierra.»

La parte inferior de las ventanas del cuarto de baño estaban pintadas, pues el patio pavimentado en piedra daba toda la vuelta a la casa, pero su parte alta era de cristales y a través de ellos se divisaban perfectamente las ramas de las palmeras azotando al viento. «El viento sopla todavía más fuerte de lo que creí», pensó. «Tal vez podríamos zarpar, pero todo depende de lo que haga cuando vire hacia el nordeste. Ha sido estupendo no pensar en la mar durante las últimas horas. Sigamos así. No quiero pensar en el mar ni en lo que hay encima o debajo de su superficie. Ni en nada que con él se relacione. Lo mejor es ni siquiera hacer una lista de aquello en lo que no deseamos pensar. No pensemos en él para nada. Aceptemos únicamente que el mar existe y dejémoslo estar así. Y las demás cosas. Tampoco vamos a pensar en ellas.»

— ¿Dónde prefiere desayunar el señor? —preguntó Mario.

— En cualquier parte con tal de que sea lejos de *la puta*\* mar.

— ¿En la sala de estar o en su dormitorio, señor?

— En el dormitorio. Prepara el sillón de mimbre y deja el desayuno en la mesilla de al lado.

Bebió en seguida el té caliente, el huevo frito y una tostada con mermelada de naranja:

— ¿No hay fruta?

— Sólo plátanos.

— Trae algunos.

— ¿No sientan mal con el alcohol?

— Eso es una superstición.

— Durante su ausencia murió un hombre en el pueblo por comer plátanos mientras bebía ron.

---

\* En castellano en el original.

— ¿Cómo sabes que no era un simple borracho que se estaba comiendo un plátano y se murió a causa del ron?

— No, señor. El hombre murió precisamente después de beber un poco de ron tras un atracón de plátanos. Eran plátanos de su propia cosecha, cogidos en su jardín. Vivía en la colina que hay detrás del pueblo y trabajaba para la ruta número siete de los autobuses.

— Que descanse en paz —dijo Thomas Hudson—. Tráeme unos plátanos.

Mario cumplió la orden. Le sirvió unos plátanos pequeños y en sazón, amarillos, cogidos del árbol del jardín. Pelados no eran mucho más gordos que un dedo de la mano de un hombre pero tenían un sabor delicioso. Thomas Hudson comió cinco.

— Vigila mis síntomas —dijo— y trae a Princesa para que se coma el otro huevo.

— Le di un huevo para celebrar su regreso, señor —dijo el muchacho—. Y también di uno a Boise y otro a Willy.

— ¿Y a Goats?

— Según dice el jardinero, no le conviene comer mucho hasta que se le curen las heridas. Tenían mal aspecto, señor.

— ¿Qué tal fue la lucha?

— Cosa sería, señor. Pelearon durante más de un kilómetro. Los perdimos de vista en el matorral de espino más allá del jardín. Lucharon en silencio. Como luchan ahora. No sé quién ganó. Primero volvió Goats. Le curamos las heridas y quedó tendido en el patio, cerca de la cisterna. No podía subir a ella. Fats llegó una hora después y también le curamos las heridas.

— ¿Te acuerdas cómo se querían cuando eran hermanos ?

— Claro. Pero ahora temo que Fats acabe con Goats. Debe pesar medio kilo más.

— Goats es un gran gato de pelea.

— Sí, señor, pero calcule usted lo que representa medio kilo más de peso.

— No creo que entre gatos tenga tanta importancia como entre gallos de pelea. Tú siempre lo calibras todo a nivel de gallos. Tampoco entre boxeadores tiene tanta importancia, a menos de que sea preciso que uno la adelgace. Jack Dempsey pesaba nada menos que ochenta y cuatro kilos cuando fue campeón del mundo. Willard pesaba ciento cuatro. Tanto Goats como Fats son gatos grandes y fuertes.

— De la manera que luchan, medio kilo de peso más resulta una ventaja enorme —dijo Mario—. Si se admitiesen apuestas, nadie concedería una ventaja de medio kilo. Hasta unos gramos más tendrían su importancia.

— Tráeme más plátanos.

— Por favor, señor.

— ¿Crees de verdad todas esas estupideces?

— Señor, no son estupideces.

— Entonces tráeme otro whisky con agua mineral.

— Si usted lo ordena...

— Te lo pido.

— Lo que usted pide es una orden.

— Muy bien. Tráelo.

El muchacho sirvió el whisky con hielo y agua mineral fría y Thomas Hudson lo tomó y dijo:

— Vigila mis síntomas. —No obstante, la angustiada expresión del moreno rostro del muchacho le hizo abandonar la broma—. Sé perfectamente que no me hará daño.

— El señor sabe lo que hace, pero era mi deber advertirle.

— Muy bien, me has advertido. ¿Ha vuelto Pedro?

— No, señor.

— Cuando vuelva dile que prepare el Cadillac para ir en seguida a la ciudad.

«Y ahora toma un baño», se dijo Thomas Hudson. «Luego vístete para ir a La Habana. Tienes que visitar al coronel. ¿Qué diablos te pasa? ¿De qué te quejas?» «Me quejo de todo», siguió pensando, «porque me pasan muchas cosas. La tierra de la abundancia. El mar de la abundancia. El aire de la abundancia».

Estaba sentado en el sillón de mimbre con las piernas apoyadas en la parte extensible que salía de debajo del asiento y se quedó contemplando los cuadros colgados en las paredes del dormitorio. En la cabecera de la cama —una cama barata de colchón modesto comprado en unas rebajas, porque nunca dormía allí salvo en casos de discusión o pelea— estaba *El guitarrista* de Juan Gris. «*Nostalgia hecha hombre*\* — pensó en español—. La gente no sabe que se puede morir a causa de ella. Morir de nostalgia, sí señor.» Al otro extremo de la habitación, justo encima de la biblioteca, estaba el *Monument in Arbeit* de Paul Klee. No le gustaba tanto como *El guitarrista*, pero le agradaba mirarlo y recordar lo corrompido que se le antojó el día que lo adquirió en Berlín. El colorido era tan indecente como las láminas de los libros de medicina de su padre, mostrando las distintas clases de úlceras venéreas y chancros que tanto habían asustado a su mujer que se acostumbró a aceptar la corrupción y a considerar aquello como una pintura. Ahora no sabía más de ella que cuando la vio por primera vez en la Galería Flechstein, una casa junto al río en el maravilloso y frío otoño de Berlín, cuando habían sido tan felices. Pero seguía siendo un buen lienzo y disfrutaba contemplándolo. En la otra pared, sobre la segunda librería, colgaba una de las selvas de Masson. Era la de Ville d'Avray y la amaba del mismo modo que amaba a *El guitarrista*. Era lo bueno que tenían las pinturas, que podían amarse sin desesperanza y sin dolor. Los buenos artistas tienen la propiedad de hacerle a uno feliz, porque han conseguido lo que uno siempre quiso conseguir. Y porque aquello había sido hecho y muy bien hecho, aunque uno no lograra hacerlo.

Boise entró en la habitación y saltó sobre sus rodillas. Saltaba con elegancia y, sin gran esfuerzo visible, se plantaba a veces de un salto en la cómoda alta del dormitorio grande. Ahora saltando con moderación y pulcritud se instaló sobre las rodillas de Thomas Hudson acariciándole blandamente con las patas delanteras.

— Estaba mirando esos cuadros, Boy. Te sentirías mejor si te gustase la pintura.

«Aunque, quién sabe —pensó—. Es posible que él goce tanto con sus saltos y sus cacerías nocturnas como yo mirando una pintura. Es una lástima que no sepa apreciarla. Pero a lo mejor tendría un gusto atroz en pintura.»

— Me pregunto qué pintor sería tu preferido, Boy —dijo—. Probablemente te agradaría la escuela holandesa, esos magníficos bodegones con pescados, ostras y caza. Pero bueno, termina. No está bien que hagas todo eso de día. Se supone que a estas horas no lo haces.

Boise siguió con sus demostraciones amorosas y Thomas Hudson lo apartó para tranquilizarlo.

— Tienes que ser más decente, Boise —dijo—. Para complacerte ni siquiera he visitado a los demás gatos.

Boise parecía feliz y Thomas Hudson sintió el ronroneo de su garganta en los dedos.

---

\* En castellano en el original.

— Tengo que bañarme, Boise. Tú te pasas media vida lavándote con la lengua y entonces no te preocupas de mí. Cuando te lavas eres como un maldito hombre de negocios en su despacho. Negocios, algo que no puede ser interrumpido. Ahora tengo que bañarme yo y en vez de eso sigo aquí bebiendo como un condenado borracho. Es uno de los factores que nos diferencian. Tú no aguantarías dieciocho horas al timón de un barco. En cambio yo sí. Doce como nada. Y si es necesario, dieciocho. Diecinueve la última vez. En cambio no puedo pasarme la noche saltando y cazando como tú haces. Alguna vez cazo de noche. Pero tú tienes radar en los bigotes. Como quizá lo tenga un palomo en la pequeña excrecencia del pico. En todo caso, los palomos mensajeros también las tienen. ¿Qué clase de ultrafrecuencia tienes tú, Boy?

Boy siguió encima de él, fuerte, largo, sólido, ronroneando silenciosamente y muy feliz.

— ¿Qué dice ahora tu receptor de búsqueda, Boise? ¿Cuál es tu longitud de pulsación? ¿Cuál es la frecuencia de repetición de tu pulsación? Yo tengo un magnetón incorporado a mi organismo. No lo digas a nadie. Pero con el aumento de revolución alcanzado por mi aparato de ultrafrecuencia, las putas enemigas pueden detectarse a distancias enormes. Son microondas, Boy, y tú las estás ronroneando ahora mismo.

«De modo que es así como cumples tu decisión de no pensar en nada hasta marcharme otra vez —se dijo—. No era el mar lo que querías olvidar. Sabes que amas el mar y que no quisieras estar en otro sitio. Sal al porche y contéplalo. No es cruel ni insensible ni ninguna de esas tonterías. El mar se limita a estar y el viento lo mueve y la corriente lo mueve y luchan entre sí en la superficie. Pero allá abajo nada de eso importa. Agradece que vas a volver al mar y que el mar sea tu hogar. Porque es tu hogar, no tu problema. Empiezas a ser más sensato. Aunque no lo eres tanto como cuando estás en tierra. Está bien. Tengo que ser razonable, ya que cuando estás en tierra sólo piensas en perder la sensatez.»

«La tierra firme es un lugar muy hermoso —pensó—. Hoy veremos lo hermosa que puede ser. En cuanto haya visto al maldito coronel. Claro que siempre me gusta verlo porque me levanta la moral. Aunque no debo profundizar con el coronel. Es una de las cosas que pienso olvidar mientras pasamos un día hermoso. Voy a ir a verlo. Pero no me adentraré en él. Bastantes cosas han entrado en él que nunca saldrán otra vez. Hoy sólo iré a verle y a presentar mi informe.»

Terminó el contenido del vaso, se quitó el gato de las rodillas, se levantó y quedó mirando las tres pinturas. Luego se dio una ducha. El calentador sólo estaba encendido desde que llegaron los criados y había poca agua caliente. Pero se enjabonó bien, se lavó la cabeza y se enjuagó con agua fría. Se puso una camisa de franela blanca, corbata oscura, pantalones de franela, calcetines de lana y zapatos ingleses que compró diez años antes, un pullover de cachemira y una vieja americana de *tweed*. Luego llamó a Mario.

— ¿Ha vuelto Pedro? —dijo.

— Sí, señor. Tiene el coche afuera.

— Prepárame un *Tom Collins* con agua de coco y unas gotas de angostura. Ponlo en un portavasos de corcho.

— Sí, señor. ¿Quiere un abrigo?

— Lo llevaré por si hace frío en el viaje de vuelta.

— ¿Volverá a la hora del almuerzo?

— No. Para la cena.

— ¿Quiere ver a los gatos antes de irse? Están sueltos ahora tomando el sol al socaire del viento.

— No. Los veré esta noche. Quiero traerles un regalo.

— Voy a preparar su bebida, señor. Abrir un coco es algo entretenido.

«¿Por qué diablos no has querido ver a los gatos?» —se preguntó—. Tuvo que admitir que no lo sabía: «La verdad es que no lo sé» —dijo—. Era una reacción completamente nueva.

Boise le seguía un poco preocupado porque se iba pero no asustado, puesto que no había equipaje ni maletas por allí.

— Creo que lo hice por ti, Boy —dijo—. No sufras. Volveré esta noche o de madrugada. Bien, espero. Como la gente, espero. Puede que así las cosas marchen mejor aquí. *Vámonos a limpiar la escopeta*\*. —Dejó la grande y bien iluminada habitación, que seguía antojándosele inmensa, y bajó los peldaños de piedra y se encontró en la brillante mañana del invierno cubano. Los perros jugueteaban entre sus piernas y el triste *pointer* se le acercó, arrastrándose y moviendo la cabeza gacha.

— Pobre y desgraciado animal —dijo al *pointer*. El perro no disimuló su satisfacción ante los cariñosos golpecitos que recibía. Los demás perros, de raza indefinida, jugueteaban y saltaban excitados por el viento y el frío. Había ramas del *ceibo* esparcidas por el suelo sobre los escalones, donde las había arrojado el vendaval. El chófer surgió de detrás del coche y dijo tiritando exageradamente:

— Buenos días, señor Hudson. ¿Cómo le fue el viaje?

— Bastante bien. ¿Cómo van los coches?

— Todos en perfectas condiciones.

— Me lo imagino —dijo Thomas Hudson en inglés. Y añadió dirigiéndose a Mario que acababa de salir de la casa y bajaba la pequeña escalinata hasta el coche con el vaso lleno de un líquido oscuro, rojizo y metido dentro de un envase de corcho que rebasaba en una media pulgada el borde de aquél, en la mano—: Coge un suéter para Pedro. Uno de esos abrochados por la parte delantera. Búscalo en el armario del señorito Tom. Ocupate de sacar de los escalones esta basura.

Thomas Hudson dio el vaso al chófer para que lo sostuviera y se agachó para acariciar a los perros. Boise estaba acurrucado en un escalón, observándolos con desprecio. Thomas acarició a Negrita, una perra negra que con los años se iba volviendo gris y que tenía la cola arqueada sobre el lomo y muy brillantes las delicadas patas y los pequeños pies que casi centelleaban mientras jugaba, aparte de un afilado hocico como de *foxterrier* y una mirada inteligente y dulce.

La conoció una noche saliendo de un bar detrás de unas personas y preguntó de qué raza era.

— Cubana, señor —afirmó un camarero—. Lleva aquí cuatro días y sigue a todo el mundo. Pero siempre le dan con la puerta del coche en el hocico.

Se la había llevado a la finca y durante dos años nunca la vio en celo; Thomas Hudson llegó a pensar que era demasiado vieja para parir. Y un día, de pronto, tuvo que separarla violentamente de un perro policía y tiempo después tuvo cachorros policías y cachorros *pointers* y *bulls* y un extraordinario cachorro desconocido de pelo rojo y brillante cuyo padre bien habría podido ser un *setter* irlandés, a no ser porque tenía el pelo y las patas delanteras como los *bull* y la cola caracoleando sobre el lomo como la de Negrita. Ahora estaba rodeada de hijos y preñada otra vez.

— ¿Con qué perro la cruzasteis? —preguntó Thomas Hudson al chófer.

— No lo sé.

Mario, que acababa de salir con un suéter en la mano que entregó al chófer, quien se lo puso inmediatamente, dijo:

---

\* En castellano en el original.

— El padre es el perro más valiente del pueblo.

— Muy bien. Adiós, perros. Hasta la vista, Boy —añadió dirigiéndose al gato que avanzó por entre los perros hasta el coche. Thomas Hudson, acomodado en el interior del vehículo con el vaso envuelto en corcho en la mano, sacó el brazo por la ventanilla y acarició al gato que inmediatamente se alzó sobre sus patas traseras para frotarse la cabeza contra los dedos de él—. No te preocupes, Boy. Volveré.

— Pobre Boise —dijo Mario. Lo alzó del suelo y lo sostuvo en brazos y el gato miró al automóvil que daba la vuelta al parterre y continuaba hacia la carretera accidentada y húmeda, hasta perderse detrás de una colina y los altos árboles de mango. Luego Mario llevó el gato al interior y lo soltó, y el gato se subió al repecho de la ventana sin dejar de mirar el sitio por donde el camino se perdía tras la colina.

Mario le acarició pero el gato siguió tenso.

— Pobre Boise —dijo el muchacho negro—. Pobre. Pobrecillo Boise.

Dentro del coche, Thomas Hudson y el chófer avanzaban por el camino y el chófer bajó un instante y quitó la cadena del portón y volvió al vehículo y atravesó la verja. Un muchacho negro cruzó ante ellos y lo llamó para pedirle que cerrase. El muchacho asintió con una sonrisa.

— Es un hermano menor de Mario —dijo.

— Lo sé —afirmó Thomas Hudson.

Avanzaron por entre la miseria de una calle lateral y girando cogieron la Carretera Central. Dejaron atrás las casas de la villa, los dos almacenes que se abrían a ellas, con sus bares y sus estanterías de botellas y de latas de conserva y dejaron atrás el último bar y el último laurel español, cuyas ramas se extendían casi por toda la anchura del camino, y se encontraron corriendo ladera abajo por la vieja carretera de piedra. La carretera corría ladera abajo durante casi cinco kilómetros con grandes árboles viejos a ambos lados. Había criaderos, granjas pequeñas y granjas grandes, con sus ruinosas casas señoriales de estilo colonial español, que estaban siendo fragmentadas en parcelas, sus antiguos pastos en los montes cortados a manera de calles que terminaban en lomas de césped con hierba de color rojizo a causa de la interminable sequía. Ahora el único verde en aquella tierra de tantos verdes estaba junto al curso de los ríos, donde crecían altas y grises las palmeras reales con sus ramas ondeando al viento. Era un viento del norte fuerte, seco y frío. El estrecho de Florida había sido enfriado por otros vientos del norte que precedieron al actual y no había niebla o lluvia posibles con un viento como aquél.

Thomas Hudson tomó un sorbo del líquido helado que sabía a jugo de lima fresca mezclada a la algo insípida agua de coco, pero con más cuerpo que otra cualquier agua con gas, fuerte con auténtica ginebra Gordon, que la hacía viva al sabor y grata de ser bebida, todo ello realzado por unas gotas de angostura que le daban color. «Sabe como lo mejor del mundo —pensó Thomas Hudson—. Es una excelente bebida.»

La cubierta de corcho que contenía al vaso evitaba que el hielo se fundiese con rapidez, aguando la bebida, y él la apretó con placer entre sus dedos mirando el campo mientras avanzaban hacia la ciudad.

— ¿Por qué no apagas el motor ahora que vamos cuesta abajo ? —preguntó al chófer—. Ahorrarías gasolina.

— Si usted lo ordena se hará —dijo el chófer—. Pero esta gasolina es del Gobierno.

— Sin embargo creo que es mejor bajar en punto muerto —dijo Thomas Hudson—. Aunque sólo sea para hacer prácticas. Así sabrás hacerlo cuando la gasolina la pague yo.

Estaban ahora en el llano, donde a la izquierda se extendían los campos de flores y a

la derecha destacaban las casas de los tejedores de cestas.

— Tengo que avisar a uno de esos tejedores de mimbre. Podría arreglarnos la alfombra de la sala de estar. La he visto gastada por un lado.

— Sí, señor.

— ¿Conoces alguno?

— Sí, señor.

El chófer, por quien Thomas Hudson sentía gran antipatía a causa de su escasa información sobre las cosas, su presunción y su falta de conocimiento en cuestión de motores y su forma pésima de cuidar de los coches y su pereza general, se mostraba muy serio debido a la anterior conversación sobre la gasolina. Pese a sus faltas, era un buen conductor con reflejos magníficos, en el neurótico e ilógico tránsito de Cuba. Por otra parte, conocía demasiado bien las actividades del grupo Hudson para despedirlo.

— ¿Te abriga bastante ese suéter?

— Sí, señor.

«A la mierda contigo —pensó Thomas Hudson—. Algún día te haré un buen agujero.»

— ¿Hizo mucho frío en tu casa ayer noche?

— Fue terrible. Fue *horroroso*<sup>\*</sup>. No puede imaginárselo, señor Hudson.

Habían hecho las paces y atravesaban el puente, donde se había encontrado el tronco de una muchacha descuartizado en seis trozos por su amante, un policía. Los pedazos de cuerpo, envueltos cada uno por separado y en papel oscuro, habían sido hallados en diferentes recodos de la Carretera Central. El río estaba seco ahora. Pero aquella noche bajaba crecido y los coches habían ido alineándose por lo menos en una longitud de más de medio kilómetro bajo la lluvia, mientras los conductores contemplaban el histórico lugar.

A la mañana siguiente los periódicos publicaron fotografías del cuerpo despedazado en primera página y empezaron a circular historias sobre la identidad de la muchacha. Uno de los relatos decía si era una turista norteamericana porque nadie que viviese en el trópico podía estar tan poco desarrollada físicamente a aquella edad. Thomas Hudson nunca pudo saber cómo se había llegado a establecer una edad determinada teniendo en cuenta que la cabeza de la víctima fue descubierta posteriormente en el puerto pesquero de Batabanó. El torso, según la primera página de los periódicos, estaba bastante lejos de las más excelentes piezas de la carretera próxima a la finca, porque cualquiera que fuese norteamericana y que sus encantos, cualesquiera que fuesen, los había desarrollado en el trópico. Pero durante un tiempo Thomas Hudson tuvo que prescindir de sus excursiones por la carretera próxima a la finca, porque cualquiera que fuese corriendo, o caminando de prisa simplemente, corría el peligro de ser perseguido por la gente al grito de: —¡Ahí va! ¡Es él! El hombre que la cortó en pedazos.

Habían rebasado el puente y subían por la colina hacia Luyano, donde había una vista de El Cerro, hacia la izquierda, que a Thomas Hudson siempre le recordaba Toledo. No la Toledo del Greco, sino un determinado sector de la ciudad visto desde una colina cercana. Mirándolo ahora nuevamente con toda atención decidió que en efecto se parecía a Toledo: sólo un momento. Luego la colina se terminó y Cuba volvió a rodearlos por ambos lados.

Aquella era la parte de la carretera que no le gustaba del camino del pueblo. Era en realidad la parte para la cual se traía la bebida. «Bebo para defenderme de la miseria —pensó—, de la suciedad, del polvo de cuatrocientos años, de los mocos, de las palmeras rotas, de los tejados de latón, de la sífilis sin medicar, de las cloacas

---

\* En castellano en el original.

desembocando en los lechos de los arroyos, de los piojos en los cuellos pelados de los pollos enfermos, de las costras en las nuca de los viejos, del hedor que despiden las viejas y de las radios a todo meter. Sé que hago mal. Que debería enfrentarme a todo ello y hacer algo. En cambio tengo mi bebida conmigo, del mismo modo que antaño se llevaban las sales aromáticas. No. No es exactamente eso. Es una especie de combinación entre eso y el modo como bebían en *El callejón de la ginebra* de Hogarth. Bebo también para defenderme del coronel. Siempre bebiendo en contra de algo o por algo. Un cuerno. A veces bebes por beber. Hoy creo que vas a hacerlo de lo lindo.»

Echó un largo trago y lo encontró fresco y limpio en la boca. Era la parte peor del camino, donde corría el tranvía y el tránsito se detenía, parachoques contra parachoques, en el paso a nivel si la barrera no estaba levantada. Más allá de la cadena de coches y camiones estacionados estaba la colina con el castillo de Atares, donde fusilaron al coronel Crittenden y a sus compañeros al fracasar la expedición en Bahía Honda, cuarenta años antes de que él naciera, y donde murieron ciento veintidós voluntarios norteamericanos. A lo lejos, el humo procedente de las altas chimeneas de la Compañía de Electricidad ascendía por el cielo y la Carretera Real se extendía sobre las piedras viejas y bajo el viaducto, paralela al extremo superior del puerto, donde el agua era oscura y llena de grasa como lo que se bombea del fondo de la cisterna de un petrolero. La barrera fue alzada y siguieron avanzando y pronto se situaron al abrigo del frío viento del norte. Los barcos con casco de madera de la pobre y grotesca flota mercante de los tiempos de guerra estaban anclados junto a los pilotes recubiertos de creosota de los muelles; y la espumosa escoria del puerto los cercaba por ambos lados, más oscuros que la creosota misma y maloliente como una cloaca sucia.

Reconoció algunas embarcaciones. Un viejo barco lo bastante grande como para que un submarino se ocupara de él con un cañonazo. Llevaba a bordo un cargamento de troncos y había de recoger otro de azúcar. Thomas Hudson vio todavía el lugar donde había sido tocado, aunque había sido reparado en su día. Recordó los chinos vivos y los chinos muertos sobre cubierta cuando el barco se le amadrinó en el mar. «Creí que no ibas a pensar en el mar» —se dijo—. Y añadió: «Tengo que mirarlo. Los que viven en él están mucho mejor que los que viven en los lugares que acabamos de ver. Y este puerto, siempre contaminado desde hace trescientos o cuatrocientos años, no es el mar. Y este puerto no está mal en la entrada. Ni tampoco por el lado de Casablanca. Has pasado noches estupendas aquí y lo sabes».

— Mira eso —dijo de pronto. El chófer, viéndole mirar, quiso parar el coche. Pero Thomas Hudson se lo impidió.

— Sigue hasta la embajada —dijo.

Había mirado a la vieja pareja que vivía en una especie de cubil de tablas y ramas de palmera que ellos mismos construyeron junto al muro que separaba la vía del tren del terreno donde la Compañía de Electricidad almacenaba el carbón que se descargaba en el muelle. El muro estaba completamente ennegrecido a causa del polvillo de carbón que era trasladado mediante una pequeña grúa, y se hallaba a poco más de un metro de la línea del ferrocarril. La choza estaba montada sobre una pendiente y apenas si cabían dos personas en ella. La pareja que lo habitaba estaba a la puerta, haciendo café en una lata. Los dos eran negros, sucios y llenos de escamosidades. Vestían extrañas ropas hechas con sacos de azúcar y desde luego tenían muchos años. No se veía al perro.

— ¿Y el perro? —preguntó Thomas Hudson al chófer.

— No sé. Hace tiempo que no lo veo.

Hacia varios años que pasaban por allí y veían a aquellos viejos. En cierta ocasión, la mujer cuyas cartas leía Thomas Hudson la noche anterior se enfureció ante el

---

\* En castellano en el original.

espectáculo: «¡Qué vergüenza!», solía exclamar cada vez que pasaban frente a la casucha.

— Y si tanto te indigna, ¿por qué no haces algo? —dijo Thomas Hudson—. ¿Por qué siempre hablas de lo mal que está todo y escribes sobre ello pero no haces nada por remediarlo?

Ella se encolerizó. Hizo parar el coche, bajó, fue hacia la vieja y le dio veinte dólares para ayudarla a encontrar un sitio más decente donde vivir y para comprar algunos víveres.

— *Sí, señorita*<sup>\*</sup> —dijo la anciana—. Es usted muy buena.

La próxima vez que pasaron por allí vieron a la pareja en el mismo sitio saludándoles con la mano alegremente. Se habían comprado un perro. Por si faltaba más, era un perro blanco, pequeño, de pelo rizado, probablemente jamás destinado, al pensar de Hudson, para el negocio del polvo de carbón.

— ¿Qué crees que puede haberle ocurrido al perro? —preguntó al chófer.

— A lo mejor se ha muerto. No tienen qué comer.

— Tendremos que traerles otro —dijo Thomas Hudson.

La choza quedó atrás y más allá, hacia la izquierda, pasaron junto a los muros color de barro, estucados, del cuartel general del ejército de Cuba. Un soldado cubano, con algo de sangre blanca en sus venas, estaba de pie allí, indolente pero orgulloso, con su traje caqui descolorido a fuerza de lavarlos su mujer, su gorro de campaña más airoso que el del general Stillwell, su Springfield en el ángulo más cómodo de los mal recubiertos huesos del hombro. Miró el coche con indiferencia. Thomas Hudson pensó que seguramente estaba pasando frío debido al viento del norte.

«Si caminase en su puesto podría entrar en calor —pensó—. Pero si aguanta hasta que le dé el sol y no pierde energías va a calentarse bien. Debe de llevar poco tiempo en el ejército porque está muy flaco. Cuando en primavera vuelva a verle, si es que vengo otra vez aquí, no le reconoceré. El Springfield le pesa seguramente demasiado. Es una vergüenza que no pueda cumplir su guardia con un ligero fusil de plástico de igual modo que los toreros utilizan una espada de madera en su faena de *muleta*<sup>\*</sup> para no cansarse la muñeca.»

— ¿Qué hay de la división que el general Benítez iba a llevar al combate en Europa? —preguntó al chófer—. ¿Ha marchado ya?

— *Todavía no*<sup>\*</sup> —dijo el chófer—. Pero el general está aprendiendo a conducir una motocicleta. Cada mañana hace prácticas en el malecón.

— En tal caso será una división motorizada —dijo Thomas Hudson—. Y dime, ¿qué son esos paquetes que los soldados y los oficiales llevan todos al salir del Estado Mayor?

— Arroz —dijo el chófer—. Ha llegado un cargamento de arroz.

— ¿Es muy difícil de conseguir?

— Es imposible. Está por las nubes.

— ¿Comes mal ahora?

— Muy mal.

— ¿Por qué? Tú comes en casa y yo pago lo necesario, no importa lo caro que esté todo.

— Me refería a cuando como en mi casa.

— ¿Y cuándo comes en tu casa?

---

<sup>\*</sup> En castellano en el original.

— Los domingos.

— Tendré que comprarte un perro —dijo Thomas Hudson.

— Tenemos uno —dijo el chófer—. Un perro precioso y muy inteligente. Me quiere más que a nada en el mundo. No puedo dar un paso sin que me siga. Pero, señor Hudson, usted no puede saber ni comprender lo que esta guerra está haciendo sufrir al pueblo de Cuba. Usted no puede comprenderlo porque tiene de todo.

— Habrá mucha hambre.

— No puede imaginarlo.

«No. No puedo —pensó Thomas Hudson—. No puedo comprenderlo. No entiendo por qué ha de haber hambre en esta tierra. Y a ti, hijo de perra, a juzgar por lo mal que tratas los motores, merecerías que te fusilasen y no que te diesen de comer. Yo mismo te fusilaría bien a gusto.»

En lugar de eso, dijo:

— Veré si puedo hacer algo para que envíen arroz a tu casa.

— Muchísimas gracias. No puede usted imaginar lo difícil que está la vida ahora para nosotros los cubanos.

— Sí que ha de estarlo —dijo Thomas Hudson—. Es una lástima que no pueda llevarte conmigo a bordo para que te tomes unas vacaciones.

— La vida tampoco será fácil en el mar.

— Desde luego —dijo Thomas Hudson—. Algunos días, por ejemplo como el de hoy, me parece difícil a mí también.

— Cada cual ha de llevar su cruz.

— Me gustaría coger la mía y metérsela en el *culo*\* a mucha gente que conozco.

— Hay que tomar las cosas con calma y paciencia, señor Hudson.

— *Muchas gracias*\* —dijo Thomas Hudson.

Estaban ya en la calle San Isidro, bajo la estación principal de ferrocarril y frente a la entrada de los viejos muelles, donde solían atracar los barcos llegados de Miami y de Cayo Hueso y donde se encontraba la terminal de las líneas aéreas Pan American cuando todavía se usaban los viejos *clippers*. Ahora todo estaba abandonado porque el ejército se había apoderado de todo y la Pan American volaba con DC-2 y DC-3 al aeropuerto de Rancho Boyeros y la guardia costera y la armada cubana tenían sus cazasubmarinos amarrados en el lugar donde antes acuatizaban los *clippers*.

Thomas Hudson recordaba esta parte de La Habana mucho mejor que todo lo demás. El sector que ahora era su preferido, fue entonces sólo una carretera: la de Matanzas. Un feo rincón de ciudad, el castillo de Atares, un suburbio cuyo nombre no conocía y un camino de ladrillo con sucesivos pueblos a lo largo de su extensión. Siempre pasaba de prisa por allí, de modo que ni siquiera los identificaba. En aquellos lejanos tiempos conocía cada casa y cada bar y la calle de San Isidro era la gran calle de las prostitutas y burdeles del barrio del puerto. Ahora estaba muerta, sin una sola casa de prostitutas abierta; murió en el instante de clausurarse los prostíbulos y embarcar para Europa a las rameras. El gran cargamento de mujeres constituyó precisamente el reverso de la medalla de lo que solía ser Villefranche cuando marchaban los barcos americanos de aquella estación mediterránea y las muchachas quedaban en tierra, agitando el brazo en el aire para decir adiós. Cuando el barco francés dejó La Habana llevando a bordo a las prostitutas todo el barrio del puerto se llenó de gente que acudió a despedirlas. En la playa y el muelle y el muro del puerto se agitaban los brazos en el aire a manera de despedida. Y no todo eran hombres. Había también

---

\* En castellano en el original.

muchachas en las lanchas y los botes alquilados que casi rodeaban el barco y que luego le siguieron por el canal. Recordó que había sido un triste espectáculo, aunque mucha gente lo hallara divertido. Nunca se explicó por qué tendrían que hacer gracia las prostitutas. El cargamento se suponía que debió ser cómico, pero muchos quedaron tristes una vez que el barco se alejó y la calle de San Isidro no se recuperó jamás. El nombre todavía lograba emocionarle a pesar de que ahora la de San Isidro resultaba un lugar muerto donde apenas se veían hombres o mujeres blancos, excepto los camioneros y los estibadores del muelle. Había calles alegres en La Habana habitadas por negros y había calles peligrosas, como la de *Jesús y María*, a poca distancia de allí. Pero esta parte de la ciudad tenía siempre un aspecto triste desde que se marcharon las prostitutas.

Ahora el coche había alcanzado el propio barrio portuario, en el sector donde amarraba el transbordador que llevaba a Regla y donde solían anclar los barcos que navegaban a lo largo de la costa. Las aguas del puerto tenían un color algo rojizo y parecían revueltas, pero el mar no tenía crestas blancas. Era un agua demasiado oscura pero fresca y clara a pesar de su color, si se la comparaba con la negra suciedad del interior de la bahía.

Mirando más allá, divisó la bahía en calma, a sotavento de las colinas que coronaban Casablanca, donde estaban anclados los botes de pesca y las cañoneras grises de la armada cubana y donde sabía que estaba su propio barco, aunque desde donde se encontraba no le fuera posible verlo. Al otro lado de la bahía vio la antigua iglesia amarilla y el desparramamiento de las casas de Regla, casas rosadas, verdes y amarillas y los tanques de almacenaje y las chimeneas de las refinerías de Belot, y detrás de todo ello las colinas grises próximas a Cojímar.

— ¿Ve usted el barco? —preguntó el chófer.

— Desde aquí no.

Estaban a barlovento de las humeantes chimeneas de la Compañía de Electricidad y la mañana era tan brillante y clara y el aire tan limpio y recién lavado como en las colinas de la granja. La gente que caminaba por el muelle parecía resentirse del frío y fuerte viento del norte.

— Vamos antes a La Floridita —dijo Thomas Hudson al chófer.

— Estamos sólo a cuatro manzanas de la Embajada.

— He dicho que antes quiero pasar por La Floridita.

— Como usted quiera.

Fueron directamente a la ciudad dejando atrás el viento, pasando entre depósitos y almacenes. Thomas Hudson percibió el olor de los sacos de harina y de su polvillo, el olor de las cajas de embalaje recién abiertas, y de café tostado que era una sensación más fuerte que un buen trago por la mañana y el delicioso olor a tabaco que se hizo todavía más intenso precisamente cuando el coche giró a la derecha, hacia La Floridita. Era una de las calles que más le agradaban aunque no le gustaba caminar por ella durante el día porque las aceras eran demasiado estrechas y había un exceso de tránsito. En cambio de noche, cuando no pasaban coches, no se tostaba café y las ventanas de los almacenes estaban cerradas, no se percibía olor a tabaco.

— Está cerrado —dijo el chófer. Las dos puertas de hierro del café aún no habían sido alzadas.

— Lo imaginaba. Sigue por la chile del Obispo hasta la Embajada.

Era la calle por la que paseó mil veces de noche y de día. No le gustaba recorrerla en coche porque se acababa en seguida, pero tampoco podía justificar un nuevo retraso en presentarse al coronel. Terminó el contenido del vaso y quedó mirando los coches que circulaban y la gente en las aceras y el tránsito que cruzaba por las calles norte y sur, pero no miró la calle en sí misma. La guardó para más tarde para cuando pudiera

recorrerla a pie. El coche se detuvo frente al edificio de la Embajada y el Consulado y Hudson entró.

Una vez dentro era necesario llenar un formulario especificando nombre, dirección y el objeto de la visita. Sentado ante una mesa había un empleado de aspecto triste con las depiladas cejas y un bigote que apenas cubría los extremos del labio superior, que le tendió un papel. Pero Thomas Hudson ni lo miró siquiera. Siguió su camino hacia el ascensor. El empleado se encogió de hombros y se alisó las cejas. Pensó que quizá se las había repelado demasiado con el afán de impresionar. Y sin embargo así estaban más limpias y ordenadas que antes tan pobladas e hirsutas y le iban mejor con el bigote. Estaba seguro que el suyo era la mínima expresión de bigote que se podía alcanzar conservando aún bigote. Pero era un bigote. Ni siquiera Errol Flynn lo tenía más pequeño, ni Pincho Gutiérrez, ni Jorge Negrete. Pese a ello, el hijo de puta de Thomas Hudson no tenía por qué entrar de aquel modo, ignorándole por completo.

— ¿Qué clase de *maricones*\* tenéis ahora en la puerta? —preguntó Thomas Hudson al ascensorista.

— No es ningún *maricón*\*. Eso no es nada.

— ¿Cómo van las cosas aquí?

— Muy bien. Como siempre.

Al llegar al cuarto piso salió del ascensor y cruzó el *hall*. Entró por la puerta de en medio de las tres que había y preguntó al subalterno de marina sentado a la mesa escritorio si estaba el coronel.

— Esta mañana se marchó a Guantánamo en avión.

— ¿Cuándo vuelve?

— Dijo que a lo mejor iba a Haití.

— ¿Hay algo para mí?

— Nada que yo sepa.

— ¿Dejó algún mensaje para mí?

— Encargó que le dijéramos que le esperase.

— ¿Qué humor tenía?

— Horrible.

— ¿Estaba molesto conmigo?

— No creo. Sólo dijo que le esperara.

— ¿Hay algo especial que deba comunicarme?

— No sé. ¿Usted qué cree?

— Basta ya.

— De acuerdo. Supongo que no lo habrá pasado muy bien. Pero al menos no ha trabajado con él en esta oficina. Usted lo que hace es largarse a navegar. Que me maten si...

— Tranquilo...

— ¿Piensa quedarse en la granja?

— Sí, pero hoy y esta noche estaré en la ciudad.

— Pues él no va a volver ni durante el día ni durante la noche de hoy. Lo llamaré a su casa cuando vuelva.

---

\* En castellano en el original.

- ¿Está seguro de que no está molesto conmigo?
- Segurísimo. ¿Qué le ocurre? ¿Tiene remordimientos de conciencia?
- No. ¿Hay alguien que esté molesto conmigo?
- Según mis informes, ni siquiera el almirante. Vaya a emborracharse a mi salud.
- Antes me emborracharé a la mía.
- Pero brinde por mí.
- ¿Qué ocurre? Usted se emborracha cada noche, ¿no?
- Eso no basta. ¿Cómo sigue Henderson?
- Muy bien. ¿Por qué lo pregunta?
- Por nada.
- ¿Qué es nada?
- Pues nada. Acabo de hacerle una pregunta. ¿Algo que objetar?
- No podemos hacer objeciones.
- ¡Qué hombre! ¡Qué líder!
- Formulamos cargos.
- Usted no puede. Es civil.
- ¡Vayase a la mierda!
- No es necesario. Estoy allí.
- Llámeme en cuanto vuelva. Y presente mis respetos al coronel. Dígame que he estado aquí.
- Sí, señor.
- ¿A qué viene eso de señor?
- Buena educación.
- Adiós, señor Hollins.
- Adiós, señor Hudson. Procure tener su gente a mano por si hay un caso de apuro.
- Muchísimas gracias, señor Hollins.

En el corredor encontró a un capitán de corbeta que salía del departamento de mensajes cifrados. Tenía la cara muy morena debido al golf y a la playa de Jaimanitas. Su aspecto era saludable y no parecía desgraciado. Era joven y muy buen elemento del Lejano Oriente. Thomas Hudson le había conocido cuando tenía una agencia de coches en Manila con sucursal en Hong Kong. Hablaba tagalo y un cantonés bastante aceptable. Por supuesto, también hablaba español. Ahora estaba en La Habana.

- Hola, Tommy —dijo—. ¿Desde cuándo estás aquí?
- Desde ayer noche.
- ¿Cómo están los caminos?
- Moderadamente polvorientos.
- Un día de estos vas a tener un accidente con tu maldito coche.
- Soy un conductor muy prudente.
- Siempre lo fuiste.

El capitán, que se llamaba Fred Archer, rodeó con un brazo los hombros de Hudson.

- Deja que te sienta.
- ¿Por qué?
- Me alegra sentirte. Siempre me ha alegrado.
- ¿Has estado últimamente en El Pacífico?
- Llevo dos semanas sin comer allí. ¿Quieres que vayamos?
- Cuando te parezca.
- Este mediodía me es imposible. Si te parece podríamos cenar. ¿Tienes algo que hacer esta noche?
- Sólo después de cenar.
- Después de cenar también yo tengo algo que hacer. ¿Dónde nos citamos? ¿En La Floridita?
- Ve por allá en cuanto cierren esto.
- De acuerdo. He de volver aquí después de cenar. No podremos emborracharnos demasiado.
- No me digas que sois tan idiotas como para trabajar también de noche.
- Trabajamos de noche. Aunque no sea una idea muy popular.
- Me he alegrado mucho de verte, señor Freddy —dijo Thomas Hudson—. Me levantas el ánimo tú también.
- No necesitas que te levanten el ánimo —dijo Fred Archer—. Lo tienes.
- Quieres decir que lo he tenido.
- Lo has tenido. Y lo has vuelto a tener. Y lo tendrás siempre. Doblado.
- No cuando juego espadas.
- No hay espada que te pueda, amigo. Sigues siendo alegre.
- Escríbelo para mí, Freddy. Me gustaría leerlo por la mañana cuando despierto.
- ¿Instalaste por fin un baño a bordo?
- No. Ahora donde había letrina hay cacharrería por valor de unos treinta y cinco mil dólares. He firmado la compra.
- Sé bien lo que has firmado. He podido verlo en contabilidad.
- La verdad es que sois poco discretos.
- Y que lo digas.
- ¿Sois todos igual aquí?
- No. Las cosas van mejor, Tommy. De veras.
- Me alegro —dijo Thomas Hudson—. Eso es todo por hoy.
- ¿Por qué no entras conmigo? Hay gente nueva y estupenda. Sobre todo dos tipos. Uno de ellos realmente espabilado.
- Ya los conoceré otro día —dijo Thomas Hudson.
- De acuerdo, jefe —dijo Archer—. En cuanto cierren estoy contigo.
- Al Floridita.
- Es lo que he querido decir.
- Me estoy poniendo estúpido.

— Idiotez colectiva —dijo Archer—. Somos como un rebaño. ¿Quieres que lleve a alguno de estos personajes?

— No. A menos que lo desees mucho. A lo mejor hay alguien de mi barco por allí.

— Pensaba que no teníais ganas de veros cuando estáis en tierra.

— A veces se sienten un poco solos.

— Habría que atraparlos a todos con una red y encerrarlos.

— Escaparían.

— Muy bien —dijo Archer—. Vas a llegar tarde.

Fred Archer fue hacia la puerta que había frente al departamento de mensajes cifrados y se perdió tras ella. Thomas Hudson siguió por el corredor y bajó por la escalera en lugar de tomar el ascensor. En la calle la luz era tan fuerte que el resplandor casi dañaba los ojos. Seguía soplando con fuerza el viento del nornoroeste.

Subió al coche y dijo al chófer que lo llevase a La Floridita pasando por la calle O'Reilly. Antes de que el vehículo diera la vuelta a la plaza, frente a la Embajada y el Ayuntamiento, y de que enfilase la calle O'Reilly, alcanzó a ver las altas olas que se alzaban en la boca del puerto y el pesado sube y baja de la boya del canal. En la bocana el mar estaba embravecido y turbulento y el agua color verde claro rompía contra la roca en la base del morro, blancas al sol las crestas de las olas.

«Es maravilloso —se dijo—. No sólo parece una maravilla; es una maravilla. Esto se merece un trago. Cristo, que más quisiera yo que ser tan fuerte como Freddy Archer imagina. Fuerte, al diablo. Siempre estoy saliendo con el barco y dispuesto a salir. ¿Qué más pueden querer? ¿Que coma cordita para desayunar? ¿Que lo lleve bajo la axila como si fuera tabaco? Sería un magnífico sistema para coger una ictericia. ¿Por qué habré pensado eso? ¿Te estás volviendo miedoso, Hudson? Tengo algunas reacciones inevitables, muchas de ellas sin clasificar. Al menos por mí. Quisiera ser tan sólido como Freddy cree que soy, en lugar de tan humano. Y no obstante, creo que siendo humano se pasa mejor, aunque se sufra. Ahora mismo sufro como un condenado. Bien quisiera ser igual que ellos imaginan. En fin, mejor es no pensar en eso. Aquello en lo que no se piensa, no existe. ¡Vaya si existe! Pero ese es el razonamiento que quiero seguir.»

La Floridita estaba abierto y Hudson compró los dos periódicos aparecidos, *Alerta* y *Crisol*, y se los llevó al bar. Se sentó en un alto taburete al extremo izquierdo de la barra. Estaba de espaldas a la calle y a la izquierda tenía la pared. Pidió a Pedrico un *daiquiri* doble helado y sin azúcar y Pedrico correspondió con su sonrisa habitual que más parecía la mueca de un hombre muerto por súbita fractura de columna, y era con todo una auténtica sonrisa, y se puso a leer *Crisol*. La guerra se centraba ahora en Italia. No conocía la región donde luchaba el Quinto Ejército pero sí la otra, aquella donde luchaba el Octavo Ejército, al otro lado. Estaba pensando en eso cuando entró en el bar Ignacio Natera Revello y se paró a su lado.

Pedrico sacó una botella de *Victoria Vat*, un vaso con grandes trozos de hielo y una botella de soda *Canadá Dry* y lo puso todo frente a Ignacio Natera Revello, quien rápidamente se preparó un *highball*<sup>20</sup> y se volvió hacia Thomas Hudson, mirándole fijamente con sus gafas de cristal verde y montura de concha y fingiendo que acababa de verle.

Ignacio Natera Revello era alto y delgado, vestía camisa blanca de campesino, pantalones blancos, calcetines de seda negros, viejos zapatos ingleses muy brillantes, bastante usados, de color tostado y de buena calidad. Tenía la cara muy encarnada, un bigotito rubio parecido a un cepillo de dientes y ojos inyectados de sangre y evidentemente algo miopes, protegidos por gafas verdes. Su cabello era desteñido y

<sup>20</sup> *Highball*: Whisky o coñac con soda. (N. del t.)

cepillado hacia atrás. Ante el ansia con que preparaba su *highball* cualquiera hubiera creído que era el primero del día. No lo era.

— Tu embajador se está portando como un estúpido —dijo a Thomas Hudson.

— ¿Quieres que me ponga a llorar?

— No. Hablo en serio. Deja que te lo cuente. Pero que quede entre tú y yo.

— Será mejor que sigas bebiendo. No me interesa nada de lo que vas a decirme.

— Pues deberías saberlo. Y hacer algo por remediar las cosas.

— ¿No tienes frío con ese pantalón y esa camisa tan finos?

— Nunca tengo frío.

«Ni cuando estás sobrio —pensó Thomas Hudson—. Empiezas a beber en un pequeño bar cerca de tu casa y cuando vienes aquí a tomar lo que parece la primera copa, ya estás colocado. Probablemente, cuando te vestiste ni siquiera te diste cuenta del tiempo que hacía.» «Bueno —siguió pensando—. ¿Y tú? ¿Qué pasa contigo? ¿A qué hora tomaste la primera copa esta mañana y cuántas llevabas bebidas al pedir aquí el primer trago? No puedes tirar la primera piedra a un borracho. No se trata de borrachos —decidió—. No me importa que lo sea. Lo que pasa es que resulta aburridísimo. No hay por qué compadecer a una persona porque sea aburrida ni tampoco viene uno obligado a mostrarse bueno con ella. Vamos. Te habías propuesto pasarlo bien. Tranquilízate y procura divertirte.»

— Apuesto a que te gana esta partida —dijo.

— Bueno —dijo Ignacio—. Tira.

Echó los dados, sacó tres reyes, se plantó, naturalmente, y ganó.

Así da gusto. No es que lo que bebía supiese mejor por ello. Pero era una sensación agradable sacar tres reyes de golpe y todavía más agradable ganar a Ignacio Natera Revello. Porque Ignacio Natera Revello era un *snob* y un hombre aburridísimo. Y porque ganarle a él parecía tener cierto significado.

— Juguemos otra —dijo Ignacio Natera Revello.

«Es el tipo de *snob*, el tipo de hombre aburrido con quien uno, teniéndole por aburrido y por *snob*, no se equivoca nunca —pensó Thomas Hudson—. Y á quien se le recuerda por su nombre y sus dos apellidos. Como a esos individuos que se ponen un tres en cifras romanas tras su nombre. Por ejemplo: Thomas Hudson III.»

— ¿No eres por casualidad Ignacio Natera Revello III?

— Claro que no. Conoces perfectamente el nombre de mi padre.

— Desde luego. Lo sé.

— También conoces el de mis dos hermanos y el de mi abuelo. No seas tonto.

— Trataré de no serlo. Haré todo lo posible.

— Hazlo—dijo Ignacio Natera Revello—. Te conviene.

Concentrándose, agitando lo mejor que supo el cubilete de piel con los dados, y realizando su mejor trabajo de la mañana, no logró sacar más de cuatro damas.

— Mi pobre amigo —dijo Thomas Hudson. Agitó rápidamente los dados en el pesado cubilete de piel y le agradó el ruidito que producían: «Dados queridos —dijo—. Bondadosos dados. Daditos laudables y opulentos».

— Tíralos de una vez y no hagas más tonterías.

Thomas Hudson los arrojó sobre la barra ligeramente húmeda. Sacó tres reyes y dos dieces.

— ¿Apuestas algo?

— Ya hicimos la apuesta —dijo Ignacio Natera Revello—. La segunda ronda.

Thomas Hudson agitó de nuevo amorosamente los dados, tiró una reina y una jota.

— ¿Apuestas algo ahora?

— Las probabilidades siguen a tu favor.

— De acuerdo. Me conformo con la ronda.

Tiró un rey y un as y los vio salir del cubilete sólidos y orgullosos.

— ¡Qué bárbaro! ¡Vaya suerte!

— Otro *daiquiri* doble, helado y sin azúcar. Para Ignacio lo que quiera —dijo Thomas Hudson, que empezaba a simpatizar con su compañero.

— Mira, Ignacio. Hasta ahora no sabía de nadie que mirase la vida con cristales verdes. Color de rosa, sí. Pero no verdes. Supongo que para ti todo tendrá aspecto de hierba. ¿No tienes la impresión de estar siempre en las carreras de caballos? ¿O como si te hubieran soltado a pastar?

— Es el color de cristal que más descansa la vista. Lo dicen los oculistas más eminentes del país.

— ¿Tratas mucho a los oculistas eminentes? Deben de ser gente desenfrenada.

— Personalmente sólo conozco al mío. El mejor de Nueva York. Puedo darte una tarjeta de presentación.

— ¿Nos jugamos otra ronda?

— De acuerdo.

Thomas Hudson cogió el cubilete de piel y sintió el peso amable y amigo de los grandes dados de La Floridita. Apenas los agitó, a fin de no irritar su amabilidad, su generosidad y sacó tres reyes, un diez y una dama.

— Tres reyes de un tiro. Es *clásico*<sup>21</sup>.

— Eres un cretino —dijo Ignacio Natera Revello, y tiró a su vez un as, dos reinas y dos jotas.

— Otro *daiquiri* doble, helado y sin pizca de azúcar. Para don Ignacio lo que él desee —dijo Thomas Hudson mirando a Pedrico. Pedrico sonrió y preparó la bebida que le pedían. Dejó la coctelera sobre la barra frente a Thomas Hudson, con por lo menos otro *daiquiri* entero en el fondo de ella.

— Podría seguir así todo un día —dijo Thomas Hudson a Ignacio.

— Lo peor es que me temo que sería posible.

— Los dados me quieren.

— Menos mal que hay alguien que te quiere.

Thomas Hudson sintió el mismo escalofrío que partía de su cráneo y que había sentido repetidamente durante el último mes.

— ¿Qué quieres decir con eso, Ignacio? —preguntó con toda cortesía.

— Que yo sinceramente no te quiero. Me has sacado todo el dinero que llevaba.

¡Oh! —dijo Thomas Hudson. Y añadió—: A tu salud.

— Ojalá te mueras —dijo Ignacio Natera Revello.

---

<sup>21</sup> En castellano en el original.

Thomas Hudson sintió el mismo escalofrío en el cráneo. Apoyó la mano izquierda en la barra, donde Ignacio Natera Revello no pudiera verla, y tamborileó tres veces con la punta de los dedos.

— Muy amable —dijo—. ¿Quieres probar de nuevo?

— No —dijo el otro—. Por un día ya me has ganado bastante dinero.

— No has perdido ningún dinero. Sólo unas copas.

— Tengo costumbre de pagar mis cuentas en este bar.

— Ignacio. Es la tercera frase algo molesta que me dices.

— Estoy fastidiado. Y tú lo estarías también si alguien te hubiese tratado tan rudamente como ese embajador vuestro me trató a mí.

— Sigo sin querer saber lo ocurrido.

— ¿Y encuentras molesto lo que yo digo? Mira, Thomas. Somos amigos. Te conozco a ti y a tu hijo Tom, desde hace años. A propósito, ¿cómo está?

— Ha muerto.

— Lo siento. No estaba enterado.

— Está bien —dijo Thomas Hudson—. Te invito a una copa.

— No sabes cuánto lo siento. Por favor, créeme. ¿Cómo murió?

— Todavía no lo sé —dijo Thomas Hudson—. Cuando me entere te lo explicaré.

— ¿Dónde fue?

— No lo sé. Sé que estaba volando, pero nada más.

— ¿Estuvo en Londres a ver a alguno de nuestros amigos?

— Sí, sí. Estuvo allí varias veces y todas ellas fue a ver a White. Vio a todos los que andaban por allí.

— Bueno. En cierto modo es un consuelo.

— ¿Un qué?

— Quiero decir que es agradable saber que vio a nuestros amigos.

— Desde luego. Estoy seguro de que lo pasó bien. Sabía divertirse bien siempre.

— ¿Brindamos por él?

— Mierda, no —dijo Thomas Hudson. Sentía que todo se le echaba encima otra vez, todo lo que quería olvidar; todo el dolor que apartó de su mente, alzando un muro que lo tapiase y que no recordó durante el viaje ni durante aquella mañana.

— Eso, no —añadió.

— Creo que es lo correcto —dijo Ignacio Natera Revello—. Lo más adecuado, lo único que se puede hacer. Pero yo pago.

— De acuerdo. Beberemos a su memoria.

— ¿Qué grado tenía?

— Teniente de vuelo.

— Probablemente a estas horas habría llegado a comandante de ala o por lo menos a jefe de escuadrilla.

— Olvidemos los grados.

— Como quieras —dijo Ignacio Natera Revello—. A mi buen amigo e hijo tuyo Tom Hudson. *Dulce es morir pro patria.*

- Menos monsergas —gritó Thomas Hudson.
- ¿Qué pasa? ¿Tan malo es mi latín?
- No lo sé, Ignacio.
- Pero el tuyo era excelente. Me lo han dicho algunos de tus compañeros de colegio.
- Mi latín anda mal ahora —dijo Thomas Hudson—. Como mi griego y mi inglés y mi cabeza y mi corazón. Actualmente sólo sé hablar *daiquiri* helado. ¿Tú sabes hablar *daiquiri helado*?<sup>22</sup>.
- Creo que estamos faltando al respeto que merece Tom.
- Tom era muy bromista.
- Es verdad. Su sentido del humor era de los más finos y delicados que he conocido. Era además muy apuesto y tenía excelentes modales. También era un gran atleta. Un atleta de primera línea.
- Cierto. Arrojava el disco a sesenta metros. Jugaba de *full-back* en la ofensiva y de *tackle* izquierdo en la defensa. Jugaba bien al tenis, era un excelente tirador al vuelo y un buen pescador con mosca.
- Era un espléndido atleta y un buen deportista. A mi entender, uno de los mejores.
- No tiene más que un fallo.
- ¿Qué fallo?
- Está muerto.
- No seas morboso, Tommy. Tienes que pensar en Tom tal como era. Su alegría, su carácter radiante, era una maravillosa promesa. Ponerse morboso no tiene sentido.
- Ninguno —convino Thomas Hudson—. Procuraré no serlo.
- Celebro que estés de acuerdo. Ha sido espléndido tener la oportunidad de hablar de Tom. La noticia me ha impresionado mucho. Pero sé que vas a superarla como yo, aunque en tu caso sea mil veces más difícil porque tú eres el padre. ¿En qué volaba?
- Spitfires.
- Spitties. Bien. Tendré que recordarlo volando en un Spitty.
- ¿No crees que es demasiado complicado?
- No. Los he visto en el cine. Además tengo algunos libros sobre la RAF y en casa se reciben las publicaciones de la Oficina Británica de Informaciones. Es un material estupendo. Puedo imaginármelo perfectamente. Usaría probablemente uno de esos Mae Wests, con su paracaídas y su ropa de vuelo y sus grandes botas. Me lo puedo imaginar. Es hora de comer. ¿Vienes conmigo? Lutecia estará encantada de invitarte.
- Imposible. Me cité aquí con un amigo. Te lo agradezco.
- Hasta otra, viejo. Sé que tomarás las cosas como es debido —dijo Ignacio Natera Revello.
- Has sido muy amable tratando de ayudarme.
- No. No he sido amable. Quería a Tom. Como tú. Y como todos.
- Gracias por las copas.
- Otro día te las ganaré.
- Salió. Desde el otro extremo de la barra uno de los muchachos del barco se acercó a Thomas Hudson. Era moreno, tenía el cabello negro y crespo y el ojo izquierdo con el

---

<sup>22</sup> En castellano en el original.

párpado ligeramente caído; el ojo era de cristal, pero apenas se notaba. Además el gobierno le había obsequiado con cuatro ojos distintos: inyectado en sangre, ligeramente inyectado en sangre, casi normal y normal del todo. En aquellos momentos lucía el ligeramente inyectado en sangre y estaba un poco borracho.

— Hola, Tom, ¿cuándo has llegado?

— Ayer —dijo Thomas Hudson despacio y casi sin mover los labios.

Seguidamente añadió:

— Calma, muchacho, ¿a qué viene esta maldita comedia?

— No hago comedia. Me emborracho, eso es todo. Si me abren me encuentran la palabra «secreto» escrita en el hígado. Ya sabes, Tom, soy el rey del secreto. Ahora escúchame. Estaba cerca y no pude evitar oír lo que dijo ese imposible inglés. ¿Es verdad que tu hijo Tommy ha muerto?

— Sí.

— Mierda —dijo el muchacho—. Mierda.

— Prefiero hablar de otra cosa.

— Naturalmente. ¿Pero cuándo lo has sabido?

— Antes de la última salida.

— A la mierda.

— ¿Qué haces hoy?

— Comer en el Bar Vasco con dos tipos y luego vamos todos a acostarnos.

— Y mañana, ¿dónde piensas almorzar?

— En el Vasco.

— Di a Paco que me llame a la hora del almuerzo, ¿quieres?

— Claro. ¿A tu casa?

— Sí. A mi casa.

— ¿Por qué no vienes con nosotros de dormida? Queremos ir a casa de Henry.

— Quizá me dé una vuelta por allí.

— Henry anda buscando chicas. Desde después del desayuno sólo ha hecho eso. Buscar chicas. Se ha acostado con dos. Pero la verdad es que está harto de las dos destartadas que llevábamos a cuestas. No sabía cómo deshacerse de ellas. Las sacamos del Kursaal pero son horribles a la luz del día. La verdad es que no hay nada aprovechable por aquí. Esto es un asco. Henry llevó a los dos tomates a la casa del pecado y salió a buscar chicas con Honesta Lilly. Van en coche.

— ¿Tuvieron suerte?

— No lo creo. Henry anda detrás de una especialmente. La pequeña que acostumbra a ver en El Frontón. Pero Honesta Lilly no logra convencerla. Dice que está muy asustada; que tiene miedo de Henry porque le encuentra demasiado grandote. Dice que conmigo sí se vendría pero no con Henry. Le tiene miedo por su tamaño y su peso y por las cosas que le han dicho de él. Y eso que Henry se comporta bien. Con los dos tomates quedó harto. Sólo le interesa la pequeña. Está enamorado de ella. ¿Te das cuenta? Claro que a lo mejor la olvida y vuelve a meterse en la cama con los dos tomates. Tiene que comer. Nos hemos citado en el Vasco.

— Oblígale a que coma —dijo Thomas Hudson.

— Tú puedes obligarle a lo que sea pero yo no. A mí no me hace caso. Le pediré que coma. Le suplicaré que coma. Y le daré ejemplo comiendo yo.

— Di a Paco que le haga comer.

— Es una buena idea. Probablemente de Paco hará caso.

— Parece lógico que tuviera hambre después de todo eso.

— Lo parece.

En aquel momento apareció en la puerta del bar el hombre más alto de cuantos Thomas Hudson conocía. Era el más alto, el más jovial, el de hombros más anchos y el de los mejores modales. Estaba sonriendo y tenía la frente sudorosa a pesar de que el día era frío. Tenía la mano extendida y saludaba a los del bar. Era tan alto que a su lado todos los clientes parecían insignificantes, y tenía una hermosa sonrisa. Vestía unos viejos pantalones azules, una camisa de campesino cubano y alpargatas.

— Tom —exclamó—. ¿Qué hay, sinvergüenza? He estado buscando chicas guapas.

Su rostro, de hermosas facciones, sudaba todavía más ahora que había entrado en el recinto y no le daba el aire.

— Prepara uno de esos para mí, Pedrico. Doble o más grande si los hay —dijo—. No creía que te encontraría aquí. Oh, había olvidado completamente a Lilly. Ven aquí, Honesta Lilly. Tengo que presentarte, preciosa.

Honesta Lilly acababa de entrar por la otra puerta del establecimiento. Sentada al extremo de un mostrador donde sólo destacaba su lindo rostro moreno, estaba encantadora. La grasa acumulada por todo su cuerpo quedaba disimulada y casi oculta por la pulida madera de la barra. Ahora avanzando desde la puerta hacia ellos no había forma de ocultar su gordura. Se acercó todo lo precipitadamente que pudo, sin echar a correr, contoneándose, para ocupar el taburete que Thomas Hudson acababa de abandonar. Ello lo obligó a desplazarse un sitio más a la derecha y a ella le permitió ocultar el flanco izquierdo.

— Hola, Tom —dijo besando a Thomas Hudson—. Henry es terrible.

— No soy terrible en nada, guapa —dijo Henry.

— Sí. Y cada vez que vuelvo a verte te encuentro más terrible. Thomas, ¿me protegerás de él?

— ¿Por qué es terrible?.

— Quiere conseguir una chica pequeñaja por la que se ha vuelto loco y ella se resiste. Le teme porque es demasiado grande y pesa ciento veinte kilos.

Henry Wood se ruborizó, sudó todavía más y bebió un largo sorbo de su vaso.

— Ciento quince —corrigió.

— ¿Lo estás viendo? —dijo el negro—. ¿No te lo dije?

— ¿Y tú por qué tienes que andar diciendo nada a nadie? —preguntó Henry.

— Dos aventureras. Dos tomates. Dos hembras destartadas de los muelles. Dos putas con una sola idea: el dinero. Nos acostamos con ellas. Las cambiamos y nos volvimos a acostar. Cuestión de poner la cubierta a remojo. Y ahora, porque digo una sola palabra de amistad, resulta que no soy un caballero.

— La verdad es que no eran bonitas —dijo Henry sonrojándose otra vez.

— ¿Bonitas? Estaban como para rociarlas de gasolina y prenderles fuego.

— ¡Qué horror! —dijo Honesta Lilly.

— Muy señora mía —dijo el negro—. Yo soy un horror.

— Willie —dijo Henry—. ¿Quieres la llave de la casa de placer y te das una vuelta a ver si todo anda bien ?

— Nada de eso —dijo el negro—. Evidentemente has olvidado que llevo encima una llave de la casa de placer y que no quiero ir a ver si todo anda bien. La única forma de que las cosas vayan un poco bien es echando a puntapiés a aquellas putas.

— ¿Y si no encontramos nada más?

— Hay que encontrar algo. Lillian, ¿por qué no te bajas del taburete y coges el teléfono? Olvídate de la enana. Y tú, Henry, arráncate de la mente a ese gnomo. Si sigues así te vuelves tarumba. Estoy seguro. He pasado por eso.

— Sigues algo tarumba —dijo Thomas Hudson.

— Puede que sí, Tom. Tú debes saberlo mejor que yo. Pero no quiero nada con enanas. Que Henry haga lo que le parezca. Yo no veo por qué ha de conformarse con una. Es como si se entendiera con una mujer a la que le faltase un brazo o una pierna. Olvidemos al maldito gnomo y a ver si Lillian se pone de una vez al teléfono.

— Contrataremos a todas las chicas buenas que encontremos —dijo Henry—. Cuantas más mejor. ¿No te confundirás, verdad Willie?

— Lo importante es que *no sean* buenas chicas —dijo Willie—. Te lías con ellas y acabas tarumba. Sí, también acabas tarumba, sólo que de otro estilo. ¿Tengo razón o no, Tommy? Las buenas chicas son todavía más peligrosas. Te meten en un lio. Acaban acusándote de violación o de intento de violación. Total, que te convierten en un delincuente. Nada de chicas buenas. Queremos putas. Putas limpias, amables, atractivas, interesantes y baratas, y que conozcan el oficio. Lillian, ¿qué te retiene lejos de ese teléfono?

— Primero, que esté ocupado porque un hombre telefona, y segundo, hay otro esperando junto a la máquina de cigarrillos —dijo Honesta Lilly—. Eres un mal chico, Willie.

— Soy espantoso —admitió Willie—. El peor chico que has conocido en tu vida. Pero creo que debemos organizarnos mejor de lo que estamos.

— De momento echaremos un trago —dijo Henry—. Estoy seguro de que Lilly encontrará alguna amiguita. ¿Verdad que sí, encanto?

— Claro —dijo Honesta Lilly en español—. ¿Por qué no? Pero lo que quiero es telefonar desde una cabina y no desde aquí. Llamar desde aquí me parece poco apropiado.

— Significa retrasarlo todo —dijo Willie—. Pero en fin, acepto. Lo retrasaremos. Y ahora bebamos.

— ¿Qué diablos has estado haciendo hasta ahora? —preguntó Thomas Hudson.

— Tommy, te adoro. ¿Qué diablos has estado haciendo tú también?

— He bebido unas copas con Ignacio Natera Revello.

— Es nombre de crucero italiano —dijo Willie—. ¿No hay un crucero italiano que se llamaba así?

— Yo diría que no.

— Pues se parece.

— Déjame ver la cuenta, Tom. ¿Cuántas copas bebisteis? —preguntó Henry.

— Ha pagado Ignacio. Se las ganó a los dados.

— Pero dime, ¿cuánto has bebido? —preguntó Henry.

— Creo que cuatro *daiquiris*.

— ¿Y antes?

— Un *Tom Collins* viniendo hacia aquí.

— ¿Y en casita?

— Varios.

— Eres un maldito borracho —dijo Willie—. Pedrico, trae otros tres *daiquiris* dobles y helados. Para la dama lo que quiera.

— Un *highbalito*<sup>23</sup> con agua mineral —dijo Honesta Lilly—. Tommy acompáñame al otro extremo del bar. Nos sentaremos allí. No ven bien que me quede sentada en este lado.

— Que se vayan todos al diablo —dijo Willie—. Somos buenos amigos y nos vemos poco. Podemos beber juntos donde nos dé la gana. Al diablo todo lo demás.

— No te preocupes, guapa. Estás bien aquí, te lo aseguro —dijo.

Seguidamente vio a dos conocidos, dueños de una plantación, algo más allá de donde se encontraba y fue a hablar con ellos sin esperar a que le sirviesen lo que había pedido.

— Menos mal —dijo Willie—. Ahora se olvidará de la enana.

— Es muy distraído —dijo Honesta Lilly—. Es terriblemente distraído.

— La culpa es de esta vida que llevamos —dijo Willie—. Vamos siempre en busca del placer por el placer mismo. ¡Maldita sea! Tendríamos que perseguir el placer más en serio.

— Tom no es distraído —dijo Honesta Lilly—. Pero está triste.

— A ver si te callas —gritó Willie—. ¿A qué viene meterte en todo? Primero que si uno es distraído. Luego que otro está triste. Y antes que yo soy malo. ¿Nada más? ¿Desde cuándo una puta como tú se entretiene criticando a la gente? ¿No sabes que parte de tu trabajo es estar siempre alegre?

Honesta Lilly empezó a llorar con lágrimas verdaderas, mucho más grandes y copiosas que las del cine. Podía llorar así siempre que lo deseaba o lo necesitaba o sentía pena.

— Esta tía puta llora más y mejor que mi madre —dijo. Willie.

— Willie, no deberías llamarme eso,

— Basta, Willie —dijo Thomas Hudson.

— Eres un muchacho cruel y malo, Willie. Te odio —dijo. Honesta Lilly—. No entiendo cómo Thomas Hudson y Henry salen contigo. Eres un malvado y hablas como una víbora.

— Tú eres una señora —dijo Willie—. Y no deberías decir palabrotas. Malvado es palabra innoble. Es como escupir sobre la colilla que acabas de tirar.

Thomas Hudson puso una mano en el hombro del muchacho.

— Bebe, Willie. La verdad es que ninguno de nosotros se siente demasiado bien.

— Henry está perfectamente. Si le contara lo que usted me dijo también se sentiría mal.

— Te lo dije porque me lo preguntaste.

— Lo que no entiendo es por qué lo has llevado tú solo. Por qué no compartiste con alguien esa maldita pena. Por qué la guardaste exclusivamente para ti durante dos semanas.

— El dolor no se puede compartir.

— Acaparador de penas —exclamó Willie—. Nunca creí que fueras un maldito

---

<sup>23</sup> Se refiere a un *highball*, o sea whisky con agua. (N. del t.)

acaparador de penas.

— Basta, Willie, no es eso precisamente lo que necesito —dijo Thomas Hudson—. Agradezco tu buena intención. No tienes por qué ocuparte de mí.

— Muy bien. Quédate con tu pena. Pero no ha de favorecerte en nada. Te lo digo yo, que también me crié con pesares.

— Lo mismo que yo —dijo Thomas Hudson—. Pero hay cosas que no se pueden compartir.

— ¿De veras? Después de todo es posible que tu sistema sea mejor. Y sin embargo últimamente te he visto muy raro.

— Es la bebida y el cansancio. Y el no haberme relajado aún.

— ¿Has sabido algo de tu mujer?

— Claro. Tres cartas.

— ¿Cómo van las cosas ?

— No pueden ir peor.

— Bueno —dijo Willie—, pues más te valdría conservarla. Al menos tendrías algo.

— Tengo algo.

— Sí. Tu gato Boise te ama. Lo sé. Le he visto. ¿Qué tal anda el viejo canalla? ¿Tan chiflado como siempre?

— Más chiflado que nunca.

— Me pone malo verlo —dijo Willy—. De verdad.

— No hay duda de que sufre con todo.

— Claro. Si yo sufriera lo que ese gato me habría vuelto loco. ¿Qué bebes, Tom?

— Otra de esas.

Willie rodeó con su brazo el ancho talle de Honesta Lilly.

— Oye, Lilly —dijo—. Tú eres una buena chica. No quise enfadarte. Fue culpa mía. Estaba impresionado.

— ¿No me hablarás más de aquel modo ?

— No. A menos que esté impresionado por algo.

— Coge tu vaso y bebamos —dijo Thomas Hudson—. Quiero brindar por ti, hijo de perra.

— Así me gusta —dijo Willie—. Ahora estás donde debes estar. Tendría que estar aquí el gato Boise. Estaría orgulloso de ti. ¿Comprendes lo que quise decir al hablar de compartir?

— Sí —dijo Thomas Hudson—. Lo comprendo.

— Me alegro —dijo Willie—. Vamos a dejarlo. Hay moros en la costa. Mira a ese condenado Henry. Obsérvalo. ¿Cómo es posible que sude con el frío que hace ?

— Será por una chica —dijo Honesta Lilly—. Está obsesionado con las mujeres.

— Obsesionado. Abres un agujero en su cabeza con un taladro y le salen corriendo mujeres. ¿Por qué no buscas una palabra mejor?

— Obsesionado es una palabra bastante fuerte en castellano.

— ¿Tú crees? Obsesionado no es nada. Si esta tarde tengo un poco de tiempo veré si se me ocurre la palabra.

— Tom, vamos al otro lado del bar donde esté cómoda y podamos charlar. ¿Me invitas a un bocadillo? He estado por ahí toda la mañana con Henry.

— Voy al bar Vasco, Lilly —dijo Willie—. Envíamelo allí.

— Muy bien —dijo Honesta Lilly—. Te lo mandaré.

Lilly avanzó con aire digno hacia el extremo opuesto del establecimiento hablando con muchos hombres al pasar y sonriendo a otros. En general la trataban con respeto. Casi todos los que saludó habían estado enamorados de ella en algún momento durante los últimos veinticinco años. Thomas Hudson fue también hacia el otro lado del bar, con los tickets de caja en la mano, en cuanto vio que ella se sentaba, y le sonrió. Tenía una linda sonrisa, unos maravillosos ojos oscuros y espléndido pelo negro. Cuando las canas empezaban a apuntar por la línea de la frente o la raya, Honesta Lilly pedía dinero a Thomas Hudson para teñírselo y cuando volvía de la peluquería estaba tan reluciente y parecía tan natural como el de una jovencita. Su piel era suave como el marfil de color aceituna, si es que hubiera marfil color aceituna, con un ligero tinte color de rosa. Mirándolo, Thomas Hudson recordaba el tono de un tronco de *mahagua* recién cortado, pulido y apenas encerado. En ninguna otra parte había visto aquel cutis algo verdoso y como difumado. Pero el *mahagua* no tenía el tinte rosado. Ese toque rosado no era más que el color de los polvos que usaba, pero resultaba tan suave como el de una joven china. Vio de lejos su rostro delicioso, mirándole desde el otro lado del bar cada vez más bello a medida que se acercaba. Se encontró junto a ella, y el cuerpo era enorme y el toque de rosa era artificial y nada tenía misterio. A pesar de lo cual, su rostro seguía siendo lindo.

— Estás muy guapa, Honesta —dijo.

— Pero Tom, estoy tan gorda. Me avergüenzo de mí.

Él puso las manos en las anchas caderas y le dijo:

— Eres una gorda guapa.

— Me da vergüenza cruzar el bar.

— Lo haces muy bien. Eres como un barco.

— ¿Qué tal está nuestro amigo?

— Muy bien.

— ¿Cuándo le veré?

— Cuando quieras. ¿Te parece ahora?

— Oh, no, Tom. ¿De qué hablaba Willie? Quiero decir cuando dijo algo que yo no entendí.

— Está un poco chiflado.

— No. No lo está. Hablaba de ti y de un dolor. ¿Es por tu *señora*?\*

— No. Que se la metan a mi *señora*\*.

— Ojalá pudieras. Pero no puedes cuando ella está lejos.

— En efecto. Así es.

— Entonces, ¿cuál es la pena?

— Nada. Sólo una pena.

— Cuéntamelo, por favor.

— No hay nada que contar.

---

\* En castellano en el original.

— Sabes que puedes confiar en mí. Henry me cuenta siempre sus penas y de noche hasta se echa a llorar. Willie me dice cosas horribles. No son penas. Sólo cosas horribles. Cuéntame lo tuyo. Todos lo hacen. Únicamente tú no cuentas nada.

— Contar nunca me hizo bien. Hablar me sienta peor que callar.

— Tom, Willie dice cosas horribles. ¿Por qué lo hace si sabe que me hieren sus palabras? Sabe que yo nunca las uso y también que nunca he hecho una cosa puerca ni pervertida.

— Por eso te llamamos Honesta Lilly.

— Si siendo una pervertida pudiera ser rica y haciendo cosas normales tuviera que ser pobre, preferiría ser pobre.

— Lo sé. ¿Qué hay del bocadillo ?

— No tengo hambre todavía.

— ¿Quieres otra copa?

— Sí, gracias, Tom. ¿Es verdad lo que dijo Willie? Que un gato está enamorado de ti. Eso no es verdad, ¿no?

— Sí. Es verdad.

— Pero eso es espantoso.

— No. No lo es. Yo también estoy enamorado del gato.

— Es horrible oírte decir eso. No te burles de mí, Tom. Willie se burla y me hace llorar.

— Amo al gato —dijo Thomas Hudson.

— No quiero saber nada de eso. Tom, ¿cuándo me llevarás al bar de los locos?

— Cualquiera día de estos.

— ¿Es cierto que los chiflados entran y piden algo normalmente como los clientes de aquí?

— Completamente cierto. La única diferencia es que ellos llevan camisa y pantalón hechos con sacos de azúcar.

— ¿Es verdad que jugaste en el equipo de béisbol de los locos contra el de los leprosos?

— Sí. Es cierto. Y tiré la pelota como nadie. El equipo de los locos nunca tuvo un *pitcher*<sup>24</sup> igual.

— ¿Cómo les conociste ?

— Un día, volviendo de Rancho Boyeros, entré por casualidad en aquel bar y me gustó el sitio.

— ¿De veras me llevarás al bar de los locos?

— Claro. Si no te dan miedo.

— Me darán miedo. Pero no tendré demasiado miedo si estoy contigo. Y por eso precisamente quiero ir. Para asustarme.

— Hay algunos locos estupendos allí. Te gustarán.

— Mi primer marido fue un loco. Pero de los peligrosos.

— ¿Crees que Willie está loco también?

— No. Sólo tiene un carácter difícil.

---

<sup>24</sup> *Pitcher*- el jugador que tira la pelota al que tiene el bate. En el béisbol. (*N. del t.*)

- Ha sufrido mucho.
- ¿Y quién no? Willie presume de sus sufrimientos.
- No lo creo. Le conozco bien. Te lo aseguro.
- Hablemos de otra cosa. ¿Ves ese hombre que está allí junto a la barra hablando con Henry?
- Sí.
- En la cama sólo quiere porquerías.
- Pobrecillo.
- No es pobre. Es rico. Pero sólo le gustan las *porquerías*\*.
- ¿A ti no te ha gustado nunca hacer *porquerías*?\*
- Nunca. Pregúntale a quien quieras. Y nunca en mi vida hice nada con mujeres.
- Honesta Lilly —dijo Thomas Hudson.
- ¿Y no te gusto más así? A ti tampoco te gustan las *porquerías*\*. A ti te gusta hacer el amor y sentirte feliz y quedarte dormido. Te conozco.
- *Todo el mundo me conoce*\*.
- No. No te conocen. Tienen diferentes opiniones sobre ti. Pero yo te conozco.
- Thomas Hudson estaba bebiendo otro *daiquiri* helado sin azúcar y al levantar el vaso para llevárselo a la boca, bajo el hielo que cubría la parte superior se quedó mirando el líquido. Le recordaba el mar. La parte *frappé* se le antojó la estela que va dejando un barco y la parte de abajo, más clara, la comparó al mar tal como queda después de ser cortado por la proa, navegando en aguas poco profundas por una superficie con fondo de arena. Era casi el color exacto.
- Me gustaría que hubiese una bebida del color del mar cuando la profundidad es de ochocientas brazas y hay calma chicha y el sol cae a plomo y en el agua hay bandadas de diminutos peces.
- ¿Qué dices?
- Nada. Déjame beber esta copa de aguas poco profundas.
- ¿Qué ocurre, Tom? ¿Tienes algún problema?
- No.
- Estás tremendamente triste y hoy se te ve hasta algo viejo.
- La culpa es de este fuerte viento del norte.
- Tú siempre has dicho que el viento del norte te alegraba y te ponía en forma. ¿Cuántas veces hemos hecho el amor porque había viento norte?
- Muchas.
- Siempre te ha gustado el viento norte y me compraste este abrigo para que lo llevase cuando sopla.
- Es un lindo abrigo.
- Lo hubiera podido vender media docena de veces —dijo Honesta Lilly—. Muchas han perdido la cabeza por él. Más de las que puedes imaginar.
- El viento del norte que sopla hoy es bueno para llevarlo.
- Sé feliz, Tom. Siempre te pones contento bebiendo. Acaba ese vaso y pide otro.

---

\* En castellano en el original.

— Si lo bebo demasiado de prisa me duele la frente.

— Pues bebe despacio y tranquilo. Yo pediré otro *highbalito*.

Ella misma lo preparó con la botella que Serafín dejó sobre la barra. Thomas Hudson, mirándola, dijo:

— Es una bebida refrescante. Tiene el color del agua del río Firehole antes de unirse al Gibbons para formar el Madison. Si le pones un poco más de whisky tendrá el color del arroyuelo que sale de una plantación de cedros y desemboca en el río Bear, en un lugar llamado Wab-Me-Me.

— Wab-Me-Me. Es divertido —dijo ella—. ¿Qué significa?

— No lo sé. Es el nombre de un recodo en el terreno de los indios Ojibway. Debo de haber sabido su significado pero se me olvidó.

— Hábiame de los indios —dijo Honesta Lilly—. Me gustan más las cosas de los indios que las de los locos.

— Aún quedan indios en esta costa. Son indios de mar y pescan y ponen el pescado a secar y utilizan carbón de leña.

— No quiero oír hablar de indios cubanos. Todos son *mulatos*\*.

— No, no todos. Algunos son indios de verdad. Quizá fueron capturados cuando niños y los trajeron aquí desde Yucatán.

— No me gustan los *yucatecos*\*.

— A mí sí. Mucho.

— Hábiame de Wab-Me-Me. ¿Está en el lejano Oeste?

— No. En el norte. Cerca de Canadá.

— Conozco Canadá. Fui a Montreal una vez en barco por el río. Pero estaba lloviendo y no vimos nada. Aquella misma tarde marchamos a Nueva York en tren.

— ¿Llovió mientras navegabais por el río?

— Siempre. Y antes de navegar por el río todo estaba envuelto en niebla y hasta nevó. Puedes quedarte con Canadá, te lo regalo. Háblame de Wab-Me-Me.

— Era sólo un poblado con un aserradero junto al río cruzado por el tren. Siempre había montones de serrín junto a la vía y unas cadenas de un lado a otro del río para sujetar los troncos que quedaban como una masa sólida sobre él. El río estaba completamente cubierto de troncos hasta muy lejos del pueblo. Una vez que estaba pescando quise cruzarlo por encima de los troncos. Uno de ellos hizo un movimiento circular y caí al agua. Cuando quise salir no pude. Los troncos me rodeaban por completo y me recubrían. No acertaba a sacar la cabeza. El agua era oscura bajo ellos y con las manos sólo tocaba su corteza. No conseguía apartarlos para subir a la superficie y respirar.

— ¿Qué hiciste?

— Me ahogué.

— No digas tonterías, Tom. Cuéntame qué hiciste.

— Quedé pensando unos momentos seguro de que era necesario actuar. Fui tanteando un tronco hasta dar con su extremo, por donde puede decirse que empujaba a otro. Alcé las dos manos y con un esfuerzo los separé un poco. Saqué las manos por la rendija y luego los antebrazos y los codos y con éstos hice más fuerza y separé los troncos, hasta que pude sacar la cabeza y apoyar un brazo sobre cada tronco. Sentí un gran amor por aquellos dos troncos y allí me quedé en aquella

---

\* En castellano en el original.

postura bastante rato. El agua estaba marrón debido a ellos. El agua, que se parece a lo que tú estabas bebiendo, venía de un riachuelo que desembocaba en el río.

— Creo que yo nunca hubiera logrado salir de entre los troncos.

— Durante bastante rato también yo lo creí.

— ¿Cuánto tiempo estuviste bajo el agua?

— No sé. Sólo sé que me quedé un buen rato descansando con los brazos apoyados en los dos troncos sin poder hacer nada más.

— Me gusta esa historia pero me dará pesadillas. Cuéntame algo alegre, Tommy.

— Muy bien —dijo él—. Déjame pensar.

— No. Cuéntame algo en seguida. Sin tanto pensar.

— Bueno —dijo Thomas Hudson—. Cuando el joven Tom era pequeño...

— *¡Qué muchacho tan guapo!*\* —dijo Honesta Lilly interrumpiéndole—. *¿Qué noticias hay de él?\**

— *Muy buenas\**.

— *Me alegre\** —dijo Honesta Lilly con los ojos llenos de lágrimas al pensar en Tom, el aviador—. *Tengo su fotografía, vestido de uniforme, con el Sagrado Corazón de Jesús arriba y a su lado la Virgen del Cobre\**.

— Tienes mucha fe en la *Virgen del Cobre\**, ¿verdad?

— Una fe ciega.

— Consévala.

— Ella cuida de Tom. De noche y de día.

— Bueno —dijo Thomas Hudson—. Serafín, prepárame otro de estos doble. ¿Quieres la historia alegre?

— Sí, por favor —dijo Honesta Lilly—. Quiero una historia feliz. Estoy triste otra vez.

— Pues el cuento feliz es *muy sencillo\** —dijo Thomas Hudson—. La primera vez que llevamos a Tom a Europa sólo tenía tres meses y el barco era viejo, pequeño y lento y hacía muy mala mar. Todo olía a sentina y petróleo y a la grasa acumulada en los ojos de buey, y a lavabos y al desinfectante que solían colocar en grandes panes rosa en los urinarios.

— *Pues\** no parece un cuento muy divertido.

— Sí, mujer, ya verás como sí. Es un cuento feliz, *muy\** alegre. Continúo. El barco también olía a los baños que eran obligatorios a una hora determinada y que vigilaba un mayordomo de a bordo, y al agua de mar que salía de los grifos de bronce y al enrejado de madera del suelo y a la almidonada chaqueta del mayordomo. Olía también a comida barata estilo inglés, que resulta tan horrible, y a colillas apagadas de Woodbines y Players y Gold Flakes, esparcidas por el salón de fumadores y por cualquier parte. Te aseguro que no había ni un solo olor agradable y como tú sabes, todos los ingleses, hombres y mujeres, despiden un especial olor, que ellos notan perfectamente como nosotros el de los negros, y por lo tanto tienen que bañarse a menudo. Un inglés nunca huele bien como el aliento de las vacas. Ni siquiera fumando en pipa pueden disimularlo. El tabaco no hace más que añadir su perfume al primitivo olor. Los *tweed* huelen muy bien y la piel de sus zapatos y sus arreos de montar. Pero no hay arreos de montar en un barco; y los trajes de *tweed* están impregnados de olor a tabaco hecho cenizas. La única manera de conseguir un olor agradable en aquel barco era hundir la nariz en un vaso alto y casi lleno de resplandeciente y seca sidra

---

\* En castellano en el original.

seca y burbujeante de Devon. Eso olía maravillosamente y yo me pasaba todo el tiempo posible con la nariz hundida en un vaso de ella. Quizá más.

— *Pues\** ahora la historia va siendo más alegre.

— Falta la mejor parte. Nuestro camarote era tan bajo que caía sobre la línea de la superficie y el portillo tenía que estar necesariamente cerrado. A través del cristal se veía el mar, un mar verde que casi parecía sólido. Habíamos construido como una barricada de maletas y equipaje junto a la litera donde estaba Tom para que no cayera al suelo. Pues bien, siempre que bajábamos su madre y yo para ver cómo estaba le encontrábamos riendo.

— ¿Cómo podía reír a los tres meses?

— Reía siempre. De pequeño nunca le oí llorar.

— *Qué muchacho tan lindo y tan guapo\**.

— Sí —dijo Thomas Hudson—. De primera calidad. ¿Quieres que te cuente otro cuento alegre sobre Tom?

— ¿Por qué dejaste a su madre?

— Una combinación de circunstancias. ¿Quieres otro cuento feliz?

— Bueno. Pero sin tanto mal olor.

— Este *daiquiri* helado y tan bien mezclado se parece al mar cuando la proa de un barco que navega a treinta nudos, corta una ola. ¿Cómo crees que resultaría un *daiquiri* helado si fuera fosforescente?

— Podrías echar en él algo de fósforo. Pero no sé si sería sano beberlo. Aquí en Cuba hay quien se suicida comiéndose el fósforo de las cabezas de las cerillas.

— Y también con *tinte rápido\**. ¿Qué es eso de tinte rápido ?

— Un tinte para teñir de negro los zapatos. Pero lo más corriente aquí, entre las muchachas, cuando sufren un desengaño amoroso o sus novios han abusado de ellas y luego no quieren casarse, es suicidarse echándose alcohol encima y prendiéndose fuego. Es el sistema clásico.

— Lo sé —dijo Thomas Hudson—. *Auto de fe\**.

— Exactamente. Casi todas mueren —dijo Honesta Lilly—. Tienen quemaduras en la cabeza y en el cuerpo. Lo del tinte rápido es más activo. El iodo *au fond* es también un gesto.

— ¿De qué demonios hablan ustedes dos, necrófilos? —preguntó Serafín el *barman*.

— De suicidios.

— *Hay muchos\** —dijo Serafín—. Especialmente entre la gente pobre. No recuerdo que un cubano rico se haya suicidado. ¿Y ustedes?

— Yo sí —dijo Honesta Lilly—. Sé de muchos casos. Incluso de gente realmente buena.

— Muy tuyo —dijo Serafín. Y añadió—: Señor *Tomás\**, ¿quiere comer algo con eso que está bebiendo? ¿*Un poco de pescado?* ¿*Puerco frito?*\* ¿Carne fría?

— Sí —dijo Thomas Hudson—. Cualquier cosa.

Serafín puso ante él una fuente con trozos de carne de cerdo frita, dorada, crujiente y un plato de pescado frito en mantequilla, con una especie de rubia corteza sobre la rosada piel y la carne blanca y dulce dentro. Era un muchacho de alta estatura, tosco al hablar y caminaba con cierta torpeza con sus zapatos de madera que usaba para protegerse del suelo mojado y sucio que había tras la barra.

---

\* En castellano en el original.

— ¿Le sirvo un poco de carne fría?

— No. Tengo bastante con esto.

— Come todo lo que te pongan, Tom. Ya conoces esto —dijo Honesta Lilly.

Aquel bar tenía fama de no convidar nunca con una copa. Pero en cambio ofrecía a diario gran variedad de tapas calientes gratis. No sólo carne de cerdo y pescado frito, sino carne caliente troceada y bocadillos de pan francés con jamón y queso a la plancha. Además, los camareros mezclaban los *daiquiris* en una gran coctelera y siempre quedaba una copa y media después de servido el encargo.

— ¿Estás menos triste ahora? —preguntó Honesta Lilly.

— Sí.

— Explícame por qué estás triste, Tom.

— *Por el mundo entero*\*.

— ¿Y quién no está triste por el mundo entero? Va cada día peor. Pero no puedes pasarte la vida entera doliéndote de ello.

— No hay ley que lo prohíba.

— No es necesario que haya una ley contra algo para que ese algo esté mal.

«Discutir de ética con Honesta Lilly no es lo que necesito» —pensó Thomas Hudson—. «¿Y qué es lo que tú necesitas, desgraciado? Emborracharte, que es lo que a buen seguro estás haciendo sin darte cuenta. No hay forma posible de alcanzar lo que quieres y nunca, nunca más, tendrás lo que deseas. Pero existen medidas paliativas a tu alcance. Adelante. Procura alguna.»

— *Tomaré otro de estos grandes sin azúcar*\* —dijo a Serafín.

— *En seguida, don Tomás*\* —dijo Serafín—. ¿Piensa batir su propio récord?

— No. Sólo quiero beber tranquilo.

— Bebía muy tranquilo el día que batió el récord —dijo Serafín—. Con calma y serenidad, desde la mañana hasta la noche. Y salió de aquí por su propio pie.

— Al diablo el récord.

— Ahora tiene una buena oportunidad para batirlo —dijo Serafín—. Bebiendo como bebe y comiendo un poco de vez en cuando tiene una oportunidad excelente.

— Inténtalo, Tom. Bate tu propio récord —dijo Honesta Lilly—. Serviré de testigo.

— No necesita testigos —dijo Serafín—. Yo soy el testigo. Cuando salga dejaré la cuenta a Constance. En este mismo instante ya rebasas lo del día del récord.

— A la mierda con eso del récord.

— Está en buena forma. Bebe bien y con firmeza. Y no parece acusar los efectos de lo que ha bebido.

— Me importa un cuerno el récord.

— Muy bien. *Como usted quiera*\*. Sigo llevando la cuenta por si cambia de opinión.

— También él la lleva —dijo Honesta Lilly—. Tiene los tickets de caja.

— ¿Qué buscas, mujer? ¿Un récord auténtico o una farsa completa?

— Ni uno ni otro. Yo sólo quiero un *highbalito con agua mineral*\*.

— *Como siempre*\* —dijo Serafín.

---

\* En castellano en el original.

\* En castellano en el original.

- También bebo coñac.
- No quiero estar presente cuando lo hagas.
- Tom, ¿sabías que la última vez me caí al coger el tranvía y de poco me mato?
- ¡Pobre Honesta Lilly! —dijo Serafín—. Una vida peligrosa y aventurera.
- Mejor que la tuya, siempre detrás de la barra con zapatos de madera y sirviendo a borrachos.
- Es mi oficio —dijo Serafín—. Y es un privilegio servir a borrachas tan distinguidas como tú.
- En ese momento se acercó Henry Wood. Quedó de pie, alto, sudoroso, junto a ellos. Parecía muy excitado por el nuevo cambio de planes. Nada le agradaba tanto, pensó Thomas Hudson, como un cambio de plan.
- Vamos a la casa del pecado de Alfred —dijo—. ¿Nos acompañas, Tom?
- Willie te está esperando en el bar Vasco.
- No creo que necesitemos a Willie para nada.
- Habría que decirle que no vas.
- Le llamaré. ¿Por qué no vienes? Lo vamos a pasar muy bien.
- Tendrías que comer algo.
- Comeré a lo grande. Y tú, ¿qué tal te va?
- Muy bien —dijo Thomas Hudson—. Estupendamente.
- ¿Batirás tu récord?
- No.
- ¿Te veré esta noche?
- No creo.
- Iré a dormir a tu casa contigo si lo prefieres.
- No. Diviértete. Pero procura comer algo.
- Cenaré bien, palabra de honor.
- Hazlo. Y llama a Willie.
- Llamaré a Willie. Puedes estar seguro.
- ¿No crees que Willie puede ofenderse?
- Me es imposible evitarlo, Tom. No puedo pedir a Willie que venga. Tú ya sabes cómo le aprecio pero hay cosas que no le puedo pedir. Lo sabes tan bien como yo.
- De acuerdo, pero llámale.
- Le llamaré. Palabra de honor. Y palabra de honor que voy a zamparme una buena cena.
- Sonrió, dio unos cariñosos golpecitos en el hombro de Honesta Lilly y desapareció. Tenía el andar armonioso para un hombre tan grande.
- ¿Qué pasa con las chicas que hay en casa ? —preguntó Thomas a Honesta Lilly.
- Se han ido todas —dijo Honesta Lilly—. No hay nada que comer. Y creo que también poco que beber. ¿Quieres ir allí o prefieres venir un rato a mi casa?
- A tu casa —dijo Thomas Hudson—, pero más tarde.
- Cuéntame otra historia divertida.

— Muy bien. ¿Sobre qué?

— Serafín, sirve otro igual a Thomas. Doble, helado y sin azúcar. Yo todavía tengo mi *highbalito*. —Se volvió hacia Thomas Hudson para añadir—: Sobre la época más feliz de tu vida. La época más feliz que puedas recordar. Y sin olores.

— A algo tendrá que oler —dijo Thomas Hudson. Observó cómo Henry Wood cruzaba la plaza y subía al coche *sport* del dueño de una plantación de azúcar llamado Alfred. Henry Wood era demasiado grandote para aquel vehículo. En realidad era demasiado grandote para casi todo. Y sin embargo, Thomas Hudson sabía de tres o cuatro cosas para lo cual no era demasiado grandote.

«No —se dijo—. Éste es tu día libre. Tómalo.»

— ¿Qué tema quieres para el cuento?

— Ya te lo he dicho.

Quedó mirando cómo Serafín vertía el líquido de la coctelera en el vaso alto y cómo rebosaba y se derramaba un poco sobre la barra. Serafín lo puso sobre un posavasos para proteger la madera y Thomas Hudson cogió el vaso, lleno y helado, y también el posavasos que sujetó con los dedos. Luego tomó un sorbo largo, reteniendo el líquido en la boca para sentirlo helado entre lengua y dientes antes de ingerirlo.

— Muy bien —dijo—. El día más feliz de mi vida pudo ser cualquier día, ya zagalón, que me despertaba sabiendo que no había que ir al colegio ni a trabajar. Al despertar por la mañana siempre tenía hambre. Oía el rocío sobre la hierba, escuchaba el viento en las ramas más altas de los abetos, si soplaban viento, y si no lo había escuchaba el silencio del bosque y la quietud del lago, esperando los primeros ruidos de la mañana. A veces ese primer ruido era un martín pescador volando sobre el agua tan quieta que hasta podía mirar su reflejo en ella y chillando estruendosamente al volar. Otras era una ardilla moviéndose en lo alto de uno de los árboles que había ante la casa agitando la cola cada vez que emitía un ruido. Y otras era el avefría que llamaba desde la ladera de algún monte. El caso es que en cuanto despertaba y escuchaba los primeros ruidos de la mañana y tenía hambre y sabía que no había de ir al colegio ni a trabajar, me sentía tremendamente dichoso, más feliz que nunca.

— ¿Más aún que en la cama con una mujer?

— He sido muy feliz con las mujeres. Desesperadamente feliz. Irresistiblemente feliz. Tanto que me parecía imposible porque era como estar bebido o algo loco. Pero nunca tan feliz como con mis hijos, cuando éramos felices todos juntos o como cuando me sentía feliz al despertar.

— ¿Cómo es posible que tú solo fueras tan feliz como estando con alguien?

— Todo esto es idiota. Me pediste que te contara lo primero que se me ocurriese.

— No. Te pedí que me contaras un cuento sobre el tiempo más feliz de tu vida. No me lo has contado. Sólo has dicho que te despertabas y que eras feliz. Cuéntame una historia de verdad.

— ¿Qué tema prefieres?

— Ponle un poco de amor.

— ¿Qué clase de amor, sagrado o profano?

— Sólo un poco de amor bueno con un poquito de diversión.

— Recuerdo un buen episodio así.

— Cuéntamelo. ¿Quieres otro de esos?

— Antes he de terminar éste. Bien. Fue cuando vivía en Hong Kong, una ciudad maravillosa donde fui muy feliz y en donde llevaba una vida de locos. Hay una hermosa bahía y hacia la parte del continente se encuentra la ciudad de Kowloon. El

propio Hong Kong está situado en una isla donde abundan las colinas soberbiamente frondosas. Las carreteras se ondulan a través de ellas hasta lo alto y hay casas construidas casi en su cumbre. La ciudad se extiende al pie de las colinas frente a Kowloon. Para trasladarse de un sitio a otro existen modernos y rápidos transbordadores. Kowloon es una ciudad muy linda. Te gustaría. Limpia, bien estructurada, y la selva llega hasta el borde de la ciudad y hay un bosque donde se pueden cazar palomas, muy cerca del edificio de la cárcel de mujeres. Íbamos allí a tirar a las palomas que eran grandes y hermosísimas con deliciosas plumas color púrpura en el cuello y un volar rápido y firme cuando, al caer la tarde, se iban a dormir a las ramas de un enorme laurel que había junto al muro encalado del edificio de la prisión. Más de una vez he disparado sobre uno de aquellos huéspedes, uno retrasado que volaba rápido en la misma dirección del viento y le toqué, exactamente sobre mi cabeza, y la paloma caía al interior del patio de la cárcel, con el consiguiente estallido de gritos de alegría y el jolgorio de las mujeres, que se abalanzaban sobre el ave, y los chillidos de después, cuando los *sikhs* de la guardia se abrían paso entre ellas para coger la pieza que luego nos era entregada solícitamente por el centinela del establecimiento.

A la tierra firme que había alrededor de Kowloon la llamaban los Nuevos Territorios y era empinada y había muchas palomas que se llamaban al anochecer unas a otras.

A menudo se veían mujeres y niños escarbando en la tierra al lado de los caminos y poniéndola en canastos. Cuando le veían a uno con una escopeta corrían a esconderse en el bosque. Me di cuenta de que buscaban en la tierra porque contenía wolframio, el mineral del tungsteno, que por entonces se cotizaba mucho y era muy vendible.

— *Esa historia es un poco pesada*<sup>25</sup>.

— No, Honesta Lilly. No es pesada. Espera y verás. El wolframio sí es pesado. Pero es un negocio de lo más extraño. Donde exista es la mina más sencilla de explotar. Basta con agacharte, coger tierra, sacudir lo que no vale y ya está. O coger unas piedras simplemente y llevártelas. Hay aldeas enteras de Extremadura, una región de España, construidas en piedra que contiene wolframio en proporción muy elevada. Las vallas de piedra de los campos lo contienen también. Sin embargo los campesinos están en la miseria. Por aquel entonces, el wolframio era tan valioso que se utilizaban aviones de transporte DC-2, como los que vuelan de aquí a Miami, para llevarlo desde cierto campo de Nam Yung en la China libre hasta el aeropuerto de Kai Tak en Kowloon. Desde allí era embarcado para los Estados Unidos. Se le creía muy escaso y se lo consideraba de vital importancia para nuestros preparativos de guerra, ya que era necesario para endurecer el acero; sin embargo, cualquiera podía ir a las colinas de los Nuevos Territorios y llevarse tierra en un cesto plano que se ponían sobre la cabeza y trasladarla al almacén donde era vendida clandestinamente. Todo esto lo averigüé cazando palomas y quise comunicarlo a las personas interesadas en la compra de wolframio. Y aunque mi noticia no parecía interesar a nadie yo seguí divulgándola y comunicándola a personas de relieve, hasta que un día, un oficial de alta graduación que no demostró ningún interés por el hecho de que el wolframio estuviera disponible para quien quisiera recogerlo del suelo en los llamados Territorios Nuevos, me dijo: —Pero al fin y al cabo, amigo, lo de Nam Yung marcha bastante bien.

No obstante, cuando por la tarde cazábamos palomas en los alrededores de la cárcel de mujeres y veíamos el viejo bimotor Douglas que cruzaba el cielo por encima de nuestras cabezas en ruta al aeropuerto y sabíamos que iba cargado de sacos de wolframio y que acababa de pasar las líneas japonesas, resultaba muy curioso pensar que muchas de las mujeres encerradas en la prisión, estaban allí por haber sido sorprendidas sacando wolframio de forma ilegal.

— Sí que *es raro*<sup>26</sup> —dijo Honesta Lilly—. Pero ¿dónde entra el amor?

---

<sup>25</sup> En castellano en el original.

— Cuando tú quieras —dijo Thomas Hudson—. Pero creo que te gustará más si te explico cómo era el sitio donde nació. Hay muchas islas y bahías alrededor de Hong Kong y el agua es clara y limpia. Los Nuevos Territorios eran en realidad una península con colinas frondosas que se extendía desde el continente. La isla donde estaba Hong Kong se encontraba en la grande y hermosa bahía azul que se extiende desde el mar de la China del Sur hasta Cantón. El clima en invierno es parecido al que tenemos aquí hoy, si sopla viento fuerte del norte y llueve y el tiempo es desagradable y además hace frío. Por las mañanas me levantaba y en seguida iba al mercado de pescado, aunque lloviese. El pescado es allí parecido al nuestro y los más apreciados son los del grupo rojo, aunque también hay gruesos y relucientes pámpanos y enormes langostinos, los langostinos más grandes que he visto en mi vida. El mercado era algo maravilloso a aquella hora temprana cuando entraban el pescado brillante y recién cogido. Había ejemplares de especie completamente desconocida para mí, aunque pocos. También había patos salvajes recién atrapados. Y ánades de cola larga y cercetas y mareas, machos y hembras, con plumaje de invierno. Y patos salvajes como yo nunca había visto antes, de plumaje delicado, complicadísimo igual que nuestros patos del trópico. Me pasaba el tiempo mirando su increíble plumaje y sus ojos hermosos, y mirando los gordos y brillantes pescados recién cogidos y las magníficas hortalizas cosechadas en huertos abonados con excremento humano que ellos llaman «estiércol nocturno», hortalizas hermosas como serpientes. Iba al mercado todas las mañanas y cada mañana era un deleite nuevo. Por la mañana, además, siempre encontraba entierros en la calle. El muerto era llevado por personas vestidas de blanco y seguido de una banda de música que tocaba tonadas alegres. La canción que por entonces estaba de moda en los entierros era «Happy days are here again»<sup>27</sup>. Ni un solo día dejaba de oírse una y otra vez, pues la verdad es que moría mucha gente.

Se afirmaba que vivían cuatrocientos millonarios en la isla, además de los que pudieran residir en Kowloon.

— ¿Millonarios chinos?<sup>28</sup>

— Chinos casi todos, sí. Pero también los había de otros países. Yo conocí a muchos personalmente y almorzábamos juntos con frecuencia en los grandes restaurantes chinos, porque tienen algunos importantes, tan grandes como los más espaciosos y mejores del mundo, y la cocina cantonesa es formidable. Mis mejores amigos aquel año fueron diez millonarios de quienes sólo conocía las iniciales. H.M., M.Y., T.V., H.J., y así todos. A los chinos importantes se les llama por sus iniciales nada más. Entre mis amigos se contaban también tres generales chinos, uno de los cuales procedía de Whitechapel, en Londres, y era verdaderamente un hombre estupendo; conocí a un inspector de policía; a seis pilotos de la Compañía Nacional China de Aviación, que estaban ganando fabulosas cantidades de dinero; a un policía; a un australiano que no andaba muy bien de la cabeza; algunos oficiales británicos y... pero no quiero cansarte con el detalle, lo cierto es que tuve más amigos íntimos en Hong Kong que en ninguna otra parte del mundo anteriormente y que nunca haya vuelto a tener.

— ¿Cuándo viene el amor?<sup>\*</sup>

— Estoy intentando decidir qué *amor* voy a poner primero. En fin, ya está. Aquí viene un poco de *amor*.

— Procura que valga la pena porque empiezo a estar harta de China.

— No lo creas. Allí te habrías enamorado de China como yo.

— ¿Por qué no te quedabas allí entonces?

---

<sup>26</sup> En castellano en el original.

<sup>27</sup> Los días felices están de vuelta.

<sup>28</sup> En castellano en el original.

\* En castellano en el original.

- No pudo ser. Los japoneses estaban a punto de entrar y quedarse con ella.
- *Todo está jodido por la guerra\**.
- Sí —dijo Thomas Hudson—. Desde luego. —Nunca había oído una palabra tan fuerte en labios de Honesta Lilly. Quedó muy sorprendido.
- *Me cansan con la guerra\**.
- A mí también. Estoy harto de ella —dijo Thomas Hudson—. Pero nunca me canso de pensar en Hong Kong.
- Sigue contando cosas. Es *bastante interesante\**. Por fin quiero saber lo del amor.
- La verdad es que era todo tan interesante que apenas quedaba tiempo para eso.
- ¿Con quién hiciste primero el amor?
- Con una muchacha china alta, muy bella y muy europea y emancipada. Pero no quería acostarse conmigo en mi hotel porque decía que iba a enterarse todo el mundo, y tampoco me dejaba acostarme con ella en su casa para que no se enterasen los criados. Tenía un perro policía que lo sabía todo. Solía hacernos las cosas muy difíciles.
- ¿Dónde os hacíais el amor entonces?
- Como se arreglan los chicos; en donde podíamos y yo lograba convencerla, especialmente en los coches y los vehículos de transporte.
- Eso tuvo que ser muy malo para nuestro amigo el señor X.
- Naturalmente.
- ¿Y nada más? ¿No dormisteis juntos ni una sola noche?
- Nunca.
- Pobre Tom. ¿Valía ella la pena de todo ese cuento?
- No sé. Creo que sí. Debí alquilar un apartamento en vez de quedarme en el hotel.
- Una Casa de citas es lo que deberías haber alquilado, como se hace aquí.
- Las Casas de citas no me gustan.
- Lo sé, pero si tanto te gustaba la chica...
- La cosa se solucionó de otra manera. ¿Te aburro?
- Oh no, Tom. ¿Cómo vas a aburrirme precisamente ahora? ¿Cómo se solucionó el problema ?
- Una noche cenamos juntos y luego alquilamos un bote y dimos una vuelta. Fue maravilloso, aunque incómodo. Tenía una piel deliciosa al tacto, y los preliminares del amor la excitaban mucho. Tenía los labios finos pero espesados de amor. Al bajar del bote la llevé a su casa, donde nos esperaban el perro policía y el problema de entrar sin que nos viesen. Total, que volví solo a mi hotel. Estaba fastidiado. Y cansado de discutir. Porque, aun sabiendo que ella tenía razón, ¿de qué sirve estar emancipada si no puedes meterte en la cama cuando quieres y con quien quieres? Si hay que emanciparse, lo primero es liberar las sábanas, pensé. Pero de todos modos estaba deprimido y *frustrado\**.
- Nunca te he visto así. Ha de ser divertido verte *frustrado\**.
- No lo es. Resulto de lo más mezquino y aquella noche estaba deprimido.
- Sigue contando.

---

\* En castellano en el original.

— Bien. Sintuéndome del todo *frustrado*\* fui a recepci3n y retiré la llave de mi habitaci3n. Estaba decidido a enviarlo todo al diablo. Era un hotel muy grande, de lujo y bastante aburrido. Fui hacia el ascensor para dirigirme a mi cuarto, lujoso, grande y aburrido, sin una muchacha china alta y hermosa en su interior. Recorrí el corredor y abrí la pesada puerta de mi gigantesco dormitorio triste y vi lo que había en ella.

— ¿Qué fue lo que viste?

— Pues tres maravillosas muchachas chinas. Tan hermosas las tres, que la otra, la china que no quería acostarse conmigo, parecía a su lado una maestra de escuela. Eran tan lindas que no pude resistir mirarlas. Y ninguna de las tres hablaba inglés.

— ¿De dónde salieron?

— Las envió uno de mis amigos millonarios. Una de ellas tenía un sobre para mí con una nota escrita en grueso papel. La leí. Sólo decía: «Con el afecto de C.W.»

— ¿Qué hiciste entonces?

— No conocía las costumbres del país, así que estreché las manos de las tres y las besé y les dije que la mejor manera de conocernos un poco era ducharnos juntos.

— ¿Cómo se lo dijiste?

— En inglés.

— ¿Lo entendieron?

— Hice que lo entendieran.

— ¿Qué pasó luego?

— Me sentía un poco confuso pues nunca había hecho el amor con tres chicas a la vez. Con dos resulta divertido, aunque a ti no te gusta, ya lo sé. No es tan estupendo como una sola, pero sí diferente. Y se pasa bien, sobre todo si uno está borracho. Pero tres muchachas a la vez son demasiadas muchachas y me sentí confuso. Pregunté si querían beber algo y dijeron que no. Así pues, me serví una copa y nos sentamos en la cama, que afortunadamente era muy grande, aunque las chinas eran pequeñas y apagué la luz.

— ¿Fue divertido?

— Fue maravilloso. Era una maravilla estar en la cama con una muchacha china que tenía la piel tan suave como la otra y hasta más, y que era tan pronto tímida como desvergonzada y en absoluto emancipada; y multiplicar todo eso por tres y disfrutarlo en la oscuridad. Nunca hasta entonces había abrazado a tres mujeres a la vez. Pero se puede hacer. Estaban acostumbradas y sabían cosas que yo ignoraba y reinaba una completa oscuridad. No hubiera querido dormirme nunca. Pero al fin, me dormí. Cuando desperté por la mañana dormían las tres. Estaban tan bonitas como cuando las vi por primera vez al entrar en la habitaci3n. Eran las tres muchachas más lindas que había visto en mi vida.

— ¿Más bonitas que yo, cuando me conociste hace veinticinco años?

— No, Lilly, eso *no puede ser*\*. Pero eran chinitas y ya sabes lo hermosa que puede ser una china. Además... a mí las chinas me encantan.

— Eso *ya es pervertido*\*.

— No. No lo es.

— Pero con tres a la vez.

— Tres son varias. Y el amor se hizo para gozarlo con una nada más. En eso estoy de acuerdo contigo.

---

\* En castellano en el original.

— De todos modos, me alegro que gozases de las tres. No creas que soy celosa. Tú no lo buscaste y además fue un regalo. Odio a la mujer del perro policía que no quería acostarse contigo. Pero dime, Tom, ¿no estabas hueco a la mañana siguiente?

— No puedes imaginar cuánto. Me sentía rendido. Me sentía corrompido desde la cabeza a los pies, tenía la espalda hueca y me dolía la espina dorsal.

— Entonces bebiste una copa.

— Sí. Entonces tomé un trago y en seguida me sentí mejor y muy feliz.

— ¿Qué hiciste luego?

— Las estuve mirando mientras dormían, deseando sacar una foto de las tres. Así dormidas estaban maravillosas y la foto habría sido muy linda. Pero a mí me dolía todo y además tenía hambre. Fui a la ventana y levanté la cortina para ver qué tiempo hacía. Estaba lloviendo. Por lo tanto pensé que lo mejor iba a ser quedarnos en la cama todo el día. Pero teníamos que desayunar y yo tenía que conseguirles desayuno. Fui pues al baño y me duché con la puerta cerrada. Luego me vestí silenciosamente y salí cerrando con suavidad para no hacer ruido. Una vez abajo desayuné en el salón pequeño que se utilizaba por las mañanas a hora temprana. Tomé salmón, pan con mermelada y tocino ahumado con champiñones. Todo riquísimo. Me bebí una tetera entera de té y un whisky doble con soda, pero seguía sintiéndome cansado. Leí el periódico inglés de la mañana editado en Hong Kong y miré al exterior. Seguía lloviendo fuerte. Fui al bar pero aún estaba cerrado. Me sirvieron el whisky que pedí porque lo prepararon en la cocina. Entonces no pude esperar más. Volví a mi habitación y abrí la puerta. Se habían ido las tres.

— Qué terrible.

— Eso pensé yo.

— ¿Qué hiciste entonces? Supongo que tomarte un trago.

— Sí. Tomé una copa y luego me lavé otra vez, con mucho jabón y agua. Luego empecé a sentir como un doble remordimiento.

— ¿Un doble remordimiento?\*

— No. Dos remordimientos. Uno por haberme acostado con tres muchachas. Otro porque se habían marchado.

— Recuerdo cuando sentías remordimiento después de estar conmigo. Pero al fin lo venciste.

— Sí. Yo siempre lo supero todo. Pero soy hombre propenso a sentir remordimientos.

— Y tomaste otra copa.

— ¿Cómo lo adivinaste? Luego llamé a mi millonario. No estaba en su casa. Ni en su despacho.

— Estaría en su apartamento.

— Sin duda. Allí habrían ido las chicas a reunirse con él y contarle cómo fue todo aquella noche.

— ¿Pero de dónde sacaría tres muchachas tan lindas? En toda La Habana no podrían encontrarse ahora tres mujeres bonitas. Puedo asegurarlo porque me he pasado la mañana buscando alguna digamos presentable para Henry y Willie. Naturalmente la hora no acompañaba.

— Oh, en Hong Kong los millonarios tienen vigías por toda la ciudad. Y por toda China. Es como el equipo de béisbol «Los Brooklyn Dodgers», que siempre andan buscando jugadores. En cuanto es localizada una chica bonita, no importa en qué pueblo o ciudad, sus agentes la compran, la embarcan para Hong Kong, se la cuida, se la instruye y se cuida de ella.

— ¿Pero cómo podían estar bonitas a la mañana siguiente llevando el pelo como las chinas llevan, en pequeña melena tan *estilizada*?\* Cuanto más estilizado el peinado menos favorecidas podían estar por la mañana después de una noche así.

— No iban peinadas como tú crees sino con melena larga que les caía sobre los hombros, como las americanas aquel año, suavemente rizada. Así es como le gustaba el pelo a mi amigo C.W. Había vivido en América y frecuentó el cine.

— ¿Te acostaste con ellas alguna otra vez?

— Sólo con una después de la otra, por separado. C.W. me enviaba una de las chicas de vez en cuando, como un obsequio. Pero nunca más las tres juntas. Hacía poco que las tenía y las quería para él. Además, según dijo, no quería perjudicarme la moral.

— Por todo lo que cuentas debía de ser un tío estupendo. ¿Qué pasó con él?

— Creo que lo fusilaron.

— ¡El pobre! Bueno, ha sido una estupenda historia y teniendo en cuenta el tema, hasta delicada. Tú también pareces más alegre.

«Creo que lo estoy», pensó Thomas Hudson. «Y eso es lo que perseguía. ¿O no lo perseguía?»

— Oye, Lilly, ¿no te parece que hemos bebido bastante?

— ¿Tú cómo te sientes?

— Mejor.

— Prepara otro igual, helado, doble y sin azúcar, para *Tomás*\*. Para mí, nada. Me siento un poco borracha.

«Desde luego me siento mejor», pensó Thomas Hudson. «Eso es la parte curiosa del caso. Que siempre acaba uno sintiéndose mejor y sobreponiéndose al remordimiento. Sólo hay una cosa a la que nadie se sobrepone: la muerte.»

— ¿Has estado muerta alguna vez? —preguntó a Lilly.

— Por supuesto que no.

— *Yo tampoco*\*.

— ¿Por qué has dicho eso? Cuando hablas así me asustas.

— No quiero asustarte, cielo. La verdad es que no quiero asustar a nadie.

— Me gusta que me llames cielo.

«Todo esto a nada conduce», pensó Thomas Hudson.» ¿Es que no puede haber otro sistema para llegar al mismo fin? ¿Algo que no sea sentarme aquí junto a la pobre y baqueteada Honesta Lilly en La Floridita, en el rincón último de la barra donde se sientan las viejas rameritas, y emborracharme? Ya que sólo tienes cuatro días, ¿no harías algo más? ¿Pero dónde? ¿En el apartamento de Alfred? Aquí estás bien. Lo que bebes no podría ser mejor, ni tan bueno, en ninguna parte del mundo. Estás metido en ello, amigo. Vale más resistir lo que puedas. Es todo lo que tienes y será mejor que te guste con todas sus consecuencias. Siempre te ha agradado, te ha entusiasmado y es lo que tienes ahora. Será mejor que te siga entusiasmando.

— Me entusiasma —dijo en voz alta.

— ¿El qué?

— Beber. Es decir beber estos *daiquiris* dobles, helados y sin azúcar. Si los tomase con azúcar ya estaría enfermo.

---

\* En castellano en el original.

\* En castellano en el original.

- *Ya lo creo\**. Y si otros tomasen todos los que tú has tomado sin azúcar estarían muertos.
- Puede que yo acabe muriendo.
- No. No morirás. Batirás tu propio récord, luego iremos a mi casa y te dormirás y lo peor que ocurrirá es que ronques.
- ¿Ronqué la última vez?
- *Horrores\**. Y por la noche me llamaste con diez nombres distintos.
- Lo siento.
- No. Lo encontré divertido. Y aprendí dos o tres cosas que ignoraba. Pero, ¿y tus otras mujeres? ¿Qué dicen si de noche las llamas por otros nombres?
- No tengo otras mujeres. Sólo una esposa.
- He intentado que me sea simpática pero no puedo. Me resulta difícil. No permito que nadie hable mal de ella.
- Yo lo haré.
- No. Por favor, no lo hagas. Es vulgar. Hay dos cosas que odio. Que un hombre lllore, aunque naturalmente sé que en algún momento tiene que llorar. Y que hable mal de su mujer. Casi todos lo hacen. No lo hagas tú, Tom. Piensa en lo bien que lo estamos pasando.
- De acuerdo. Al diablo mi mujer. No hablemos de ella.
- Por favor, Tom. Ya sabes que la encuentro muy hermosa y que lo es verdaderamente. *Pero no es mujer para ti\**. En fin, no hablemos mal de ella.
- Está bien.
- Explícame otro cuento feliz. Y si lo prefieres sin nada de amor. Lo importante es que te guste contarlo.
- Creo que no sé ningún cuento feliz.
- No digas eso. Tú sabes miles de ellos. Toma otra copa y cuéntame uno.
- ¿Por qué no me ayudas?
- ¿Cómo?
- Ayudándome a levantar la maldita moral.
- *La tienes muy baja\**.
- Sí. Lo sé perfectamente. ¿Por qué no cuentas algo que la levante?
- Eso es algo que sólo puedes hacer tú mismo. Lo sabes perfectamente. Yo haré lo que me pidas. Cualquier cosa. Y tú lo sabes.
- Muy bien —dijo Thomas Hudson—. ¿Quieres de verdad otro cuento feliz?
- Sí. Por favor. Bebe un poco más. Otro cuento feliz, otro *daiquiri*, y verás qué bien te sientes.
- ¿Me lo garantizas?
- No —dijo ella. Y se echó a llorar otra vez, mirándole. Sus lágrimas fluían de forma natural y fácil como brota el agua de una fuente—. Tom, ¿por qué no me cuentas lo que te ocurre? Tengo miedo de hacer preguntas. ¿Es eso?
- Sí. Eso es —dijo Thomas Hudson. Ella siguió llorando. Tuvo que abrazarla e intentar consolarla pese a toda la gente que había en el bar. Ahora no lloraba armoniosamente

---

\* En castellano en el original.





- Magnífico. Menos autobuses y peores.
- ¿Y por qué no acabar con todos los medios de transporte? —observó el candidato—. *Es más sencillo*.\*.
- De acuerdo —dijo Thomas Hudson—. *Transporte, cero*\*.
- Breve y noble —dijo el candidato—. Demuestra además que somos imparciales. Claro que se podría ampliar, vestirlo un poco. ¿Qué le parecería: *Transporte, aéreo, terrestre y marítimo, cero*?\*
- Maravilloso. Vamos a conseguir un gran programa. ¿Cómo estamos con la lepra?
- *Por una lepra más grande en Cuba*\* —dijo el candidato.
- *Por el cáncer cubano*\* —dijo Thomas Hudson.
- *Por una tuberculosis ampliada, adecuada y permanente, para Cuba y los cubanos*\* —dijo el candidato—. Esto es un poco demasiado largo pero por radio quedará muy bien. ¿Cómo estamos de sífilis, correligionarios?
- *Por una sífilis criolla ciento por ciento*\*.
- Estupendo —dijo el candidato—. Abajo la *penicilina*\* y demás trucos del imperialismo yanquí.
- Abajo —dijo Thomas Hudson.
- En mi opinión, tendríamos que beber algo —dijo Honesta Lilly—. ¿Qué os parece a vosotros, *correligionarios*?\*
- Es una magnífica idea —dijo el candidato—. ¿Quién si no tú fuera capaz de una idea así?
- Tú —dijo Honesta Lilly.
- Atacan mi crédito —dijo el candidato—. Veamos si mi crédito resiste el fuego de la artillería pesada. Muchacho, barman, para todos lo mismo. Para mi socio político sin azúcar.
- Tengo un *slogan* maravilloso —dijo de pronto Honesta Lilly—: «El azúcar de Cuba para los cubanos».
- Abajo el Coloso del Norte —dijo Thomas Hudson.
- Abajo —repitieron los otros.
- Necesitamos más *slogans* domésticos y más *slogans* municipales. No avanzaremos mucho en el campo internacional luchando en esta guerra como aliados suyos.
- De todos modos insisto en lo de Abajo el Coloso del Norte —dijo Thomas Hudson—. Es el mejor momento porque el Coloso anda metido en una guerra mundial. Tenemos que abatirlo.
- Lo haremos tan pronto como yo haya sido elegido.
- Brindo por *un alcalde peor*\* —dijo Thomas Hudson.
- Y por todos nosotros. Por el partido —dijo el alcalde peor alzando el vaso.
- Tendremos que recordar las circunstancias de la fundación del partido y escribir un manifiesto. ¿A qué día estamos hoy?
- A veinte. Más o menos.
- Veinte ¿de qué?
- El veinte más o menos de Febrero. *El grito de La Floridita*<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> En castellano en el original.

- Es un momento solemne. ¿Sabes escribir, Honesta Lilly? —preguntó Thomas Hudson—. ¿Puedes perpetuar todo esto?
- Sé escribir. Pero no puedo escribir en este momento.
- Tenemos algunos otros problemas que tratar —dijo el alcalde peor—. Oye, Coloso del Norte, ¿por qué no pagas esta ronda? Ya has visto lo valientemente que mi crédito resistió el ataque. Pero no es necesario matar al pobre pájaro viéndole tan mal. Vamos, Coloso.
- No me llames Coloso. Queremos combatir a los malditos Colosos.
- Está bien, jefe. Y a propósito, ¿a qué te dedicas?
- Soy científico.
- *Sobre todo en la cama\** —dijo Honesta Lilly—. Hizo grandes estudios en China.
- Bueno, sea lo que sea esta vez pagas tú —dijo el alcalde peor—. Y ahora sigamos con el programa.
- ¿Qué hacemos con el hogar?
- Ése es un tema sagrado. El hogar es algo tan digno como la religión. Hemos de mostrarnos prudentes y sutiles. ¿Qué os parece: «*Abajo los padres de familia*»?\*
- Resulta digno. Pero ¿por qué no sencillamente: «*Abajo el hogar*»?\*
- Abajo el hogar. Es un sentimiento hermoso. Pero temo que la gente crea que es un equipo de béisbol.
- ¿Y los niños? ¿Qué hacemos con ellos?
- Dejád que se acerquen a mí cuando tengan edad de votar —dijo el alcalde peor.
- ¿Y la cuestión divorcio? —preguntó Thomas Hudson.
- Ése es otro problema emocionantísimo —dijo el alcalde peor—. Y *bastante espinoso\**. ¿Usted qué opina del divorcio ?
- Puede que sea mejor dejar el tema. Se contradice con nuestra campaña en favor del Hogar.
- Bueno, ya está dejado. Y ahora miremos bien las cosas.
- Tú no puedes mirarlas bien. Ya estás bizco —dijo Honesta Lilly.
- No me critiques, mujer —dijo el alcalde peor—. Empezaremos por una cosa. Tenemos que hacerla.
- ¿Qué es lo que tenemos que hacer?
- *Orinar\**.
- Estoy de acuerdo —se oyó decir a sí mismo Thomas Hudson—. Orinar es una cuestión básica.
- Tan básica como la falta de acueducto. Se basa en el agua.
- Se basa en el alcohol.
- Sólo en pequeño porcentaje comparado con el agua. El agua es su elemento base. Dime tú que eres un científico: ¿Qué porcentaje de agua tenemos?
- Ochenta y siete y tres décimas —aventuró Thomas Hudson a sabiendas de que se equivocaba.
- Eso es —dijo el alcalde peor—. ¿Vamos ahora que todavía podemos movernos?
- En el lavabo para caballeros, un negro de aspecto noble y tranquilo leía un folleto de los Rosacruz. Estaba trabajando la lección semanal de un cursillo que seguía.

Thomas Hudson le saludó con gran dignidad y el negro correspondió de igual modo.

— Un día muy frío, ¿verdad, señor? —dijo el negro con el folleto en la mano.

— Muy frío, en efecto —dijo Thomas Hudson—. ¿Qué tal marchan esos estudios?

— Muy bien, señor. Todo lo bien que es posible esperar.

— Me alegro —dijo Thomas Hudson. Y añadió volviéndose al alcalde peor que tenía sus dificultades—: En Londres pertencí a un Club donde una mitad de los socios estaba intentando orinar y la otra mitad intentando parar.

— Muy bien —dijo el alcalde peor que por fin estaba logrando su propósito—. ¿Cómo se llamaba? ¿El *Club Mundial*?<sup>31</sup>

— No. El caso es que no lo recuerdo.

— ¿Has olvidado el nombre de tu club?

— Sí. ¿Por qué no?

— Será mejor ir en busca de otra copa. ¿Cuánto cuesta esta meada?

— La voluntad, señor.

— Deja que yo las pague —dijo Thomas Hudson—. Me encanta comprar meadas. Son como las flores.

— ¿Pudo ser el Royal Automóvil Club? —preguntó el negro, de pie ante ellos, ofreciendo una toalla.

— No pudo ser.

— Lo siento, señor —dijo el estudiante de los Rosacruces—. Tengo entendido que es uno de los clubs más grandes de Londres.

— Eso es cierto —dijo Thomas Hudson—. Es uno de los más grandes. Y ahora toma. Cómprate algo bien lindo —añadió dándole un dólar.

— ¿Por qué le has dado un *peso*? —dijo el alcalde peor, al dejar el recinto y volver al estruendo del bar, el restaurante y el tránsito de la calle.

— En realidad, no me servía para nada.

— *Hombre*\* —dijo el alcalde peor—. ¿Estás bueno? ¿Te sientes bien?

— Muy bien —dijo Thomas Hudson—. Me siento perfectamente. Gracias.

— ¿Qué tal la excursión? —preguntó Honesta Lilly desde lo alto de su taburete. Thomas Hudson la miró y de nuevo fue como si la viese por primera vez y la encontró mucho más morena y más gorda.

— Fue una excursión estupenda —dijo—. Viajando siempre se encuentra gente interesante.

Honesta Lilly le puso una mano sobre el muslo y le pellizcó mientras él miraba más allá de la barra y de Honesta Lilly y de los sombreros panamá y de los rostros cubanos y del ir y venir de las copas de los bebedores. Miraba hacia la puerta abierta y hacia la luz brillante de la plaza. Entonces fue cuando vio cómo paraba el coche y cómo el portero abría la portezuela, gorra en mano, y cómo descendía ella.

Era ella. Ninguna otra persona habría salido así del coche, de aquella forma práctica, armoniosa, ágil y al mismo tiempo como si al bajar le estuviera haciendo un favor a la calle, pisando su suelo. Durante muchos años otras intentaron parecerse a ella y algunas casi llegaron a conseguirlo, pero al verla cualquiera podía advertir que todas las demás que se le parecían no eran más que simples imitaciones. Iba vestida de

---

<sup>31</sup> En castellano en el original.

\* En castellano en el original.



- Sí —dijo él sintiendo como un dolor en la garganta.
- Estupendo —dijo ella—. Lo contrario sería terrible para ti.
- ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?
- Sólo un día.
- Deja que te bese.
- Antes dijiste que nos detendrían.
- Esperaremos. ¿Qué quieres beber?
- ¿Hay champán bueno?
- Sí. Pero preparan un cóctel local magnífico.
- Sí, claro. ¿Cuántos llevas bebidos?
- No sé. Unos doce más o menos.
- Sólo en los ojos se te nota que estás algo borracho. ¿Estás enamorado de alguien?
- No. ¿Y tú?
- Ya hablaremos de eso ¿Dónde está la zorra de tu mujer?
- En el Pacífico.
- Ojalá lo estuviera como a mil brazas de profundidad. Oh, Tommy, Tommy, Tommy, Tommy...
- ¿Estás enamorada de alguien?
- Temo que sí.
- Maldita sea.
- ¿No es terrible? La primera vez que nos encontramos desde que te dejé y resulta que tú no estás enamorado de nadie pero que yo sí.
- ¿Dices que me dejaste? ¿Tú a mí?
- Esa es la historia que me he fabricado.
- ¿Cómo es él?
- Buen chico. Como los niños. Me necesita mucho.
- ¿Dónde está?
- Secreto militar.
- ¿Vas a reunirte con él?
- Sí.
- ¿En qué cuerpo sirves?
- Somos *USO*<sup>33</sup>.
- ¿Tiene algo que ver con la OSS?
- No, tonto, no. No te hagas el bobo ni me guardes rencor porque esté enamorada de otro. Tú nunca me has consultado para enamorarte.
- ¿Le amas mucho ?
- Yo no he dicho que le ame. Dije que estaba enamorada de él. Es más, si tú quieres hoy no estaré enamorada de él; no lo estaré en todo el día. Sólo estaré aquí un día. Quiero portarme bien contigo.

---

<sup>33</sup> *Unit Security Officer*: Oficial de Seguridad Regimentaria.

- ¡Vete al infierno! —dijo él.
- ¿Les parece que coja el coche y me vaya al hotel? —preguntó Ginny.
- No, Ginny. Antes tomaremos una copa de champán. ¿Tienes coche? —preguntó a Thomas Hudson.
- Sí. Ahí afuera en la plaza.
- ¿Te parece bien ir a tu casa?
- Claro. Podríamos comer aquí y luego marchar. O bien comprar algo para comer.
- Qué suerte haber podido llegar hasta aquí.
- Sí —dijo Thomas Hudson—. ¿Cómo supiste que estaba aquí?
- Un muchacho del campamento, en Camagüey, dijo que probablemente estarías. Si no te hubiéramos encontrado habríamos probado en La Habana.
- Podemos visitarla.
- No —dijo ella—. Que la vea Ginny. ¿Conoces a alguien que se preste a acompañarla?
- Por supuesto.
- Hemos de volver a Camagüey esta misma noche.
- ¿A qué hora sale tu avión?
- A las seis, creo.
- Lo arreglaremos —dijo Thomas Hudson.
- Un hombre se acercó a la mesa que ocupaban. Era del país. Un locutor de radio.
- Perdón—dijo—. ¿Me firma un autógrafo?
- Desde luego.
- El desconocido le entregó una fotografía del bar con Constante detrás de la barra preparando un combinado y ella se la firmó, con aquella letra suya excesivamente grande, teatral, que Thomas Hudson conocía perfectamente.
- No la quiero para mi hijita ni para mi hijo que va al colegio —dijo el hombre—. Es para mí.
- Muy bien —dijo ella sonriéndole—. Ha sido muy amable de su parte.
- He visto todas sus películas —dijo él—. Creo que es usted la mujer más hermosa del mundo.
- Magnífico —dijo ella—. Por favor, siga pensando igual.
- ¿Me permite que la invite a una copa?
- Estoy bebiendo con un amigo.
- Lo sé —dijo el locutor de radio—. Hace años que le conozco. ¿Puedo sentarme con ustedes, Tom? Veo que hay una señorita sola.
- Os presento al señor Rodríguez —dijo Thomas Hudson—. ¿Cuál es su apellido, Ginny?
- Watson.
- La señorita Watson.
- Encantado de conocerla, señorita Watson —dijo el locutor de radio. Era un hombre bien parecido, moreno, tostado por el sol, de cabello oscuro, ojos amables y una agradable sonrisa. Tenía las manos grandes y fuertes del jugador de béisbol. Y le











- quedo con ella, valga lo que valga, para retirarla de la circulación.
- Yo te respeto. Y tú no la quieres, ¿verdad?
- Te amo y te respeto y a ella no la quiero.
- Maravilloso. Me alegro de estar enferma y de haber perdido el avión.
- De veras te respeto, ¿sabes? Y respeto todas las malditas tonterías que has hecho en la vida y las que puedas hacer.
- Y me tratas maravillosamente y cumples todas tus promesas.
- ¿Cuál fue la última?
- No recuerdo bien. Faltaste a una promesa.
- ¿Por qué no lo dejamos, encanto?
- Me gustaría.
- A lo mejor podemos. Hasta ahora lo hemos ido dejando casi todo.
- No. Eso no es cierto. Ahora mismo tenemos visible evidencia de que no es cierto. Sólo que tú crees que con hacerle el amor a una mujer basta. Nunca piensas que ella pueda desear estar orgullosa de ti. Ni en las pequeñas ternuras.
- Ni de ser un niño como los hombres que quieres y de quienes cuidas.
- ¿Por qué no me has necesitado más? ¿Por qué no haces que me considere más imprescindible? No tanto toma y daca y llévatelo que no me apetece ahora.
- ¿Para qué estamos aquí? ¿Para escuchar discursos de moral?
- Estamos aquí porque te quiero y porque quiero que seas digno de lo que vales. Digno de ti mismo.
- Y de ti y de Dios y de otras abstracciones. Ni siquiera soy pintor abstracto. Tú le habrías pedido a Toulouse-Lautrec que no frecuentase los prostíbulos, a Gauguin que no se contagiara la sífilis y a Baudelaire que volviese temprano a casa. No soy tan buen pintor como ellos, pero por mí puedes irte al diablo.
- No soy como quieres dar a entender.
- Lo eres. Sí, lo eres. Tú y tu maldito trabajo. Tus malditas horas de trabajo.
- Lo habría dejado todo.
- Sí, claro. Todo. Y hubieras acabado cantando en clubs nocturnos. Yo hubiera sido el que echara a tus borrachos.
- ¿Qué sabes de Tom?
- Está muy bien —dijo el hombre sintiendo un escalofrío recorriéndole la piel.
- Hace tres semanas que no me ha escrito. Bien podría escribir a su madre, ¿no? Escribe tan bien. Siempre se ha portado muy bien en ese sentido.
- Ya sabes lo que pasa con los muchachos en la guerra. O a lo mejor está retenido el correo. A veces ocurre.
- ¿Recuerdas cuando no sabía hablar inglés?
- ¿Y cuando tenía a su grupo en Gstaad? ¿Y en Zug y en Engadine ?
- ¿Tienes alguna foto nueva suya?
- Sólo la que tienes tú.
- ¿Por qué no bebemos algo? ¿Qué se bebe aquí?
- Lo que quieras. Llamaré al criado. El vino está en la bodega.

- No tardes, por favor.
- Es divertido que nos digamos eso.
- Por favor, no tardes —repitió ella—. ¿Lo oíste? Y recuerda que yo nunca te pedí que volvieras temprano. No fue ése el problema. Y tú lo sabes.
- Lo sé —admitió el—. No tardaré.
- Quizás el criado podría preparar algo de comer también.
- Quizá sí —dijo Thomas Hudson. —Y añadió dirigiéndose al gato—: Quédate con ella, Boy.
- «Bueno», pensó seguidamente. «¿Por qué lo dije? ¿Por qué le mentí? ¿Por qué hice esa tontería de decírselo poco a poco? ¿Será que quiero, como dice Willie, guardar para mí solo mi pena? ¿Soy esa clase de tipo?
- «En todo caso», siguió pensando, «ya está hecho. ¿Cómo le dices a una madre que su hijo ha muerto precisamente cuando acaba uno de hacerle el amor? ¿Cómo decirse uno a sí mismo que su hijo ha muerto? Presumes de tener respuesta a todas las preguntas. Responde a ésta. No existe respuesta. Deberías saberlo a estas alturas. No hay ninguna respuesta. Ninguna.»
- Tom —llamó ella—. Me siento sola y el gato no eres tú, aunque él crea lo contrario.
- Déjalo en el suelo. El muchacho está en el pueblo y yo estoy sacando un poco de hielo.
- Tanto me da beber.
- Lo mismo digo —dijo él y volvió a la habitación, pisando el mosaico del suelo hasta que sintió la alfombra. La miró y vio que seguía allí.
- No quieres hablar de él —dijo ella.
- No.
- ¿Por qué? A mí me parece mejor.
- Se parece demasiado a ti.
- No es por eso —dijo ella—. Dime, ¿ha muerto?
- Sí.
- Abrázame fuerte. Ahora me siento mal de verdad. Advirtió que temblaba; se arrodilló junto al sillón, la abrazó y comprobó que seguía temblando. Luego la oyó decir:
- Pobre Tom. Pobre, pobre Tom. Tras una pausa añadió:
- Lamento todo lo que te he hecho y lo que te he dicho en mi vida.
- Yo también. —Pobre de ti y pobre de mí.
- Pobrecillos todos —dijo él. Pero no añadió pobre Tom.
- Dame detalles.
- No tengo. Te he dicho cuanto sé.
- Supongo que aprenderemos a resignarnos.
- Quizás.
- Ojalá pudiera desmoronarme. Pero sólo me siento enferma.
- Lo sé.
- ¿Le ocurre eso a todo el mundo?

- Supongo que sí. De todos modos sólo puede ocurrirnos una vez.
- Y ahora parece la casa de los muertos.
- Siento no habértelo dicho cuando te vi.
- Es igual. Tú siempre lo aplazas todo. No te lo reprocho.
- ¡Te deseaba tanto! Fui egoísta y estúpido.
- No fuiste egoísta. Siempre nos hemos querido. No cometimos más que errores.
- Yo cometí los peores.
- No. Los dos cometimos. Nunca más volveremos a pelearnos. —Algo ocurría en ella. Algo que por fin la obligó a echarse a llorar, exclamando—: ¡Oh, Tommy, de pronto resulta que no puedo soportarlo!
- Lo sé —dijo él—, mi dulce y buen amor. Tampoco yo puedo soportarlo.
- Éramos tan jóvenes y tan estúpidos. Y tan hermosos los dos. Y Tommy era también tan hermoso.
- Como su madre.
- Y ahora ya no existe evidencia visible.
- Mi pobre amor querido.
- ¿Qué vamos a hacer ahora?
- Tú sigue con lo que haces y yo con lo que hago.
- ¿Por qué no vivimos juntos durante un tiempo?
- Hasta que el viento deje de soplar.
- Entonces que siga soplando. ¿Crees que hacer el amor ahora estará mal?
- No creo que Tom lo viese mal.
- No. Seguro que no.
- ¿Te acuerdas cuando esquiabas con él sobre los hombros, y cómo cantábamos recorriendo el huerto que había detrás de la posada al atardecer?
- Lo recuerdo todo.
- Yo también —dijo ella—. ¿Por qué fuimos tan estúpidos?
- Éramos rivales además de amantes.
- Lo sé y no deberíamos haberlo sido. No quieres a otra, ¿verdad? Es todo lo que nos queda.
- No. De verdad.
- En realidad, yo tampoco amo a otro. ¿Crees que podríamos volver a empezar?
- No sé qué tal resultaría. Podríamos probarlo.
- ¿Cuánto va a durar esta guerra?
- Pregunta a los que mandan.
- ¿Años tal vez?
- Dos por lo menos.
- ¿También a ti pueden matarte?
- Sí.
- No quiero pensarlo.

- ¿Y si no me mataran?
- No sé. Ahora que Tom no está, ¿no volveríamos a ser malos y crueles el uno con el otro ?
- Yo haría lo posible porque no fuese así. No estoy amargado y he aprendido a controlar mi parte mala. De veras.
- ¿Cómo? ¿Con putas?
- Quizá sí. Pero si viviésemos juntos, no las necesitaría.
- Siempre has sabido presentar bien las cosas.
- ¿Lo ves? Ya empezamos otra vez.
- No. Aquí no. Estamos en la casa de los muertos.
- Eso ya lo has dicho antes.
- Lo sé —admitió ella—. Y lo siento. Pero es que no sé decirlo de otro modo. Empiezo a sentir como si todo se helase a mi alrededor.
- Es una sensación que irá en aumento —dijo él—. Al principio duele, pero sigue aumentando.
- ¿Por qué no me das todos los detalles feos y así la sensación aumentará antes y todo irá más de prisa?
- Muy bien —dijo él—. ¡Dios, cómo te quiero!
- Siempre me has querido —dijo ella—. Y ahora, cuéntame...
- Thomas Hudson estaba sentado a sus pies y no la miraba. Miró a Boise, el gato, tendido sobre la alfombra aprovechando un recodo donde daba el sol.
- Fue derribado por un buque de ataque antiaéreo durante un vuelo rutinario, cerca de Abbeville.
- ¿Pudo saltar?
- El avión ardió. Él ya debía estar herido.
- Espero que sí —dijo ella—. Quiero esperarlo, Dios mío.
- Es lo más seguro. Tuvo tiempo de tirarse.
- No me estarás mintiendo, ¿verdad? ¿El paracaídas no ardió?
- No —mintió él, pensando que era bastante.
- ¿Quién te dio la noticia ?
- Dio el nombre de la persona.
- En fin —dijo ella—. Es una realidad. Ya no tengo hijo. Ni tú tampoco. Supongo que aprenderemos a soportarlo. ¿Algún otro detalle?
- No —dijo él, con el mayor acento de verdad que pudo.
- Hay que continuar.
- Sí —dijo él.
- ¿Con qué?
- Con nada.
- ¿Me puedo quedar aquí contigo?
- No creo que te sirva de gran cosa. Tengo que irme en cuanto calme el viento. Pero tú, que siempre entierras lo que te digo, puedes enterrar esto también.

- Podría quedarme hasta que te vayas y esperar aquí hasta que vuelvas.
- Tampoco creo que te sirva. Nunca sé cuándo voy a volver y sin trabajar todo se te haría mucho más difícil. Quédate hasta que me vaya si quieres.
- Muy bien. Me quedaré hasta que te marches y pensaremos mucho en Tom. Y nos haremos el amor tan pronto como a ti te parezca.
- Tommy nunca tuvo nada que ver con este dormitorio.
- No. Y yo echaré con exorcismos a cualquiera que lo haya tenido.
- Ahora sí creo que deberíamos comer algo y beber un vaso de vino.
- Una botella —dijo ella—. ¿Verdad que Tom era un chico estupendo? Bueno y gracioso de verdad.
- ¿De qué material estás hecha?
- Del que a ti te gusta. Con un agregado de acero —dijo ella.
- No sé por dónde andan los criados —dijo Thomas Hudson—. No esperaban que yo llegase hoy. Uno habrá ido a telefonar. Voy a buscar el vino. Ya estará frío.
- Abrió la botella y sirvió dos copas. Era vino bueno, el que reservaba para los regresos, y sus burbujas eran diminutas, fieles, ordenadas.
- Brindemos por nosotros. Por nuestros errores y por lo que hemos perdido y por lo que todavía podríamos ganar.
- Hecho —dijo él.
- Hecho —dijo ella. Y añadió—: El buen vino es quizá lo único a lo que siempre fuiste fiel.
- Es una excelente cualidad, ¿no crees?
- Siento lo que dije esta mañana sobre el beber.
- Aunque parezca extraño, me hacen bien esas cosas.
- ¿Te refieres a la bebida o a mi crítica?
- A la bebida. Las copas heladas y bien grandes.
- Quizá tengas razón. Ahora ya no critico nada, excepto que en esta casa comer resulta muy difícil.
- Ten paciencia. Es lo que siempre me decías tú.
- Tengo paciencia. Pero hambre también —dijo ella—. Ahora sé por qué hay quien come en los velatorios y antes de los entierros.
- Tortúrate cuanto quieras si eso te hace bien.
- No te preocupes. Lo haré. Pero, ¿no vamos a estar siempre diciendo lo siento, verdad? Yo lo dije antes.
- Óyeme. Hace tres semanas que lo vengo aguantando y debo de estar en otra fase.
- Seguramente aún te queda una fase, interesantísima por cierto. ¿Por qué no vuelves con tus putas?
- Será mejor que calles. ¿No te parece?
- No. Hablar me hace bien.
- ¿Quién fue quien dijo «Ten piedad de las mujeres, María»?
- Un hombre, claro. Un canalla de hombre.
- ¿Te gustaría oír el poema completo?



al chófer te enviaré un taxi para que te lleve al hotel o al aeropuerto.

— Bien.

— El muchacho cuidará de ti. Puede plancharte la ropa. Y si quieres ponerte alguna prenda mía o lo que haya por ahí, cógelo.

— Bien. ¿Procurarás quererme, Tom? ¿No dejarás que otra como esta última borre este cariño?

— Claro que no. Ninguna significa nada para mí. Tú misma has dicho que no puedo evitar quererte.

— Procura seguir sin poder evitarlo.

— Es más fuerte que yo. Coge todos los libros que quieras y cuanto te guste. Y dale mis huevos, o uno al menos, a Boise. Le gusta cortado pequeño. Más vale que leve anclas. Llevo ya algún retraso.

— Adiós, Tom —dijo ella.

— Adiós, diablo. Cuidate. Probablemente esto no será nada.

Desapareció por la puerta. Pero el gato le siguió sin dejar de mirarle.

— Está bien, Boise. Vuelvo antes de que levemos anclas.

— ¿Dónde vamos? —preguntó el chófer.

— A la ciudad.

«No puedo creer que nos encarguen una misión con tan mala mar.» Claro que quizás hayan encontrado algo. Puede que alguien esté en un apuro en algún sitio. Cristo, ojalá podamos salvarle. He de acordarme de que quiero hacer testamento para dejarle a ella la finca. Lo legalizaré en la embajada y pediré que me lo guarden en la caja fuerte. La verdad es que afrontó bien la noticia. Claro que aún no se ha enfrentado con la realidad. Quisiera poder ayudarla cuando reciba el golpe. Ayudarla de verdad. Quizá sea posible si salimos de ésta y de la otra y la otra.

Por el momento, habrá que salir de ésta. Me pregunto si se llevará algo. Y si se acordará de darle el huevo a Boise. Cuando hace frío tiene más hambre.

No creo que sea difícil dar con los muchachos y el barco puede soportar otra paliza antes de que lo saquemos a dique seco. Otra paliza sin duda. Correremos el riesgo. Casi todo tiene remedio en este mundo. ¿Y qué importa una paliza más si logramos establecer contacto? Habría sido estupendo quedarme. O ¡quién sabe! A lo mejor no. Claro que sí, ¡diablos!

A ver si lo entiendes. Has perdido a tu hijo. Has perdido el amor. El honor es algo que voló hace tiempo. Te queda el deber y lo cumples.

Por cierto, ¿cuál es tu deber? Lo que prometiste que ibas a hacer. ¿Y todo lo demás que has prometido y no has hecho ?

En aquel momento, en el dormitorio de la granja, la habitación que parecía el *Normandie*, ella estaba tendida en la cama con el gato llamado Boise a su lado. No había podido comer los huevos y el champán le resultaba insípido. Cortó todos los huevos para Boise y al abrir los cajones del escritorio y ver la letra de su hijo en el sobre azulado y el membrete de censura, corrió y se tiró boca abajo en la cama.

— Los dos —dijo al gato que se sentía dichoso por los huevos y el aroma de la mujer que yacía a su lado—. Los dos —repitió—. Dime Boise, ¿qué podemos hacer?

El gato ronroneó imperceptible.

— Tú tampoco lo sabes —suspiró ella—. Nadie lo sabe. Nadie.

### III. En la mar

HABÍA UNA LARGA PLAYA BLANCA con un bosque de cocoteros al fondo. El arrecife cruzaba la entrada del puerto y el fuerte viento del este hacía que el mar rompiera sobre él, de modo que era muy fácil divisar la entrada. No había nadie en la playa y la arena era tan blanca que los ojos le dolían al mirarla.

El hombre del puente del barco estudió la costa. No había chozas donde debían haber estado y no se veían botes anclados en la laguna.

— ¿Has estado aquí alguna vez? —preguntó a su segundo.

— Sí.

— ¿Verdad que las chozas estaban allí?

— Estaban allí y en la carta se indica un poblado.

— Pues evidentemente ha desaparecido —dijo el hombre—. ¿Ves algún bote entre los mangles?

— No hay nada. Por lo menos yo no lo veo.

— Voy a entrar y echar anclas —dijo el hombre—. Conozco el lugar. Es como ocho veces más hondo de lo que parece.

Quedó mirando el agua verdosa y calculó el tamaño de la sombra de su barco sobre el fondo.

— Creo que es mejor anclar al este de donde estaba el poblado —dijo el piloto.

— En efecto. Prepara el ancla de estribor y estáte atento. Con este viento soplando día y noche es seguro que no habrá insectos.

— No, señor.

Anclaron y la embarcación, que no era bastante grande para llamarla navío, excepto en la mente de su patrón, quedó fondeada proa al viento, mientras las olas rompían, blanco y verde, sobre el arrecife.

El hombre del puente se aseguró de que el barco borneaba bien y de que el ancla estaba firme. Luego miró a tierra y paró los motores. Siguió observando la costa sin comprender gran cosa.

— Coge tres hombres y baja a echar un vistazo por ahí —dijo—. Yo me acostaré un rato. Y no olvidéis que sois científicos.

Quando eran científicos no llevaban armas a la vista, sólo llevaban machete y grandes sombreros de paja como los que usan los pescadores de esponjas de las Bahamas. La tripulación los llamaba «sombreros científicos»<sup>35</sup>, y cuanto más grandes eran más científicos se les consideraba.

— Alguien ha robado mi sombrero científico —dijo un vasco de anchas espaldas y cejas tan espesas que se le juntaban sobre la nariz—. ¿Llevo un maletín en honor de la ciencia?

— Toma el mío —dijo otro vasco—. Es dos veces más científico que el tuyo.

— Es verdad. Menudo sombrero científico. Con él me siento Einstein —dijo el vasco más corpulento—. Thomas, ¿hay que traer muestras de algo?

— No —dijo el hombre—. Antonio os dirá lo que hay que hacer. Mantened los malditos ojos científicos bien abiertos.

— Veré si encuentro agua.

— La encontrarás detrás de donde estaba el poblado —dijo el hombre—. Examínala bien. Probablemente tendremos que llenar los tanques. Será mejor.

---

<sup>35</sup> En castellano en el original.





El cangrejo quedó igualmente con las patas delanteras alzadas y las pinzas muy abiertas.

— Te pones insolente —dijo el hombre. Volvió el cuchillo a su vaina y la cuchara al bolsillo. Luego cambió las cuatro balas de mano, colocándolas en la izquierda y limpiándose la derecha cuidadosamente sobre los *shorts*. Finalmente sacó su bien engrasado y oscuro Magnum 357.

— Todavía tienes una oportunidad —dijo al cangrejo—. Nadie te hace reproches. Gozas lo que puedes y cumples con tu deber.

El cangrejo ni siquiera se movió y seguía con las pinzas delanteras en alto. Era un cangrejo de gran tamaño, de casi treinta centímetros. El hombre le apuntó entre los ojos y disparó. El cangrejo quedó desintegrado.

— Estos malditos 357 son ahora difíciles de conseguir. Los acaparan los emboscados del FBI que persiguen a otros emboscados —dijo el hombre—. Pero uno tiene que disparar de vez en cuando, aunque sólo sea para no perder puntería.

«Pobre cangrejo —pensó luego—. No hacía más que cumplir su obligación. En todo caso, ¿por qué no siguió su camino?

Volvió a la playa y vio su barco fondeado y la línea de la resaca, y a Willie, que había parado el bote para zambullirse de vez en cuando en busca de caracolas. Limpió cuidadosamente el cuchillo y lavó la cuchara además de las cuatro balas. Las estuvo contemplando sobre la palma de su mano, como lo haría un buscador de oro que esperara hallar sólo desperdicios y de repente se encontrara con cuatro grandes pepitas en el cedazo. Las cuatro balas tenían la punta negra. Ahora que las había limpiado de carne se veían muy claramente las huellas de la espiral del cañón. Munición corriente de la pistola ametralladora 9 para Schmeisser.

El hombre parecía muy contento.

Pensó que los visitantes habían recogido todas las cápsulas vacías, pero que habían olvidado aquéllas. «Ahora tengo que tratar de pensar un poco —se dijo—. Sabemos dos cosas ciertas, que no dejaron a nadie en la aldea y que han desaparecido los botes. Es cuestión de largarse pronto. Se supone que eres capaz de pensar.

Pero no pensó. En lugar de ello se echó en la arena, puso la pistola entre las piernas y observó la escultura que la arena y el viento habían modelado en una rama seca arrojada a la playa por el oleaje. Era una rama grisácea, blanca y harinosa. Creyó encontrarse en una exposición de arte. El Salón de Otoño de París.

Escuchó el rugido del mar estrellándose contra los arrecifes y pensó: «Quisiera pintarlo». Se tumbó para mirar el cielo que sólo le brindaba el viento del este. Las cuatro balas seguían guardadas en el bolsillo abotonado de sus *shorts*. Sabía que eran el resto de su vida. Pero no quería pensar en ellas ni en las cosas prácticas en que debía pensar. «Voy a contemplar esa rama gris —pensó—. Ahora sabemos que el enemigo está cerca y que no puede escapar. Nosotros tampoco. Pero no es necesario pensar en esto mientras no vuelvan Ara y Henry. Ara encontrará algo. Algo hay que encontrar y Ara no es tonto. Una playa cuenta siempre muchas mentiras pero en algún recodo está escrita claramente la verdad.» Palpó las balas en el pequeño bolsillo de los *shorts* y retrocedió hasta donde la arena era más seca y más blanca, si es que se podían hacer comparaciones con tal blancura. Se tumbó en ella apoyando la cabeza en la rama gris y sujetando la pistola entre las piernas.

— ¿Desde cuándo eres mi novia? —preguntó a la pistola. Y añadió sin dejar de dirigirse al arma—: No me contestes. Descansa y procuraré que mates algo mejor que un cangrejo cuando llegue el momento oportuno.

## II

SIGUIÓ TUMBADO, mirando la línea de las rompientes y lo tenía todo resuelto cuando vio a Ara y a Henry acercarse por la playa. Los vio y apartó la mirada para contemplar de nuevo el mar. Había intentado distraerse y relajarse pero no era posible. Decidió descansar hasta que llegasen a su lado y pensar únicamente en el mar contra la rompiente. Pero no tuvo tiempo. Los otros llegaron muy de prisa.

— ¿Visteis algo? —preguntó a Ara que acababa de sentarse junto a la rama gris. Henry se sentó a su lado.

— Un hombre joven. Muerto.

— Un alemán —añadió Henry—. Sólo lleva puestos unos *shorts*. Su cabello es rubio, largo y veteado por el sol, y estaba tendido de bruces sobre la arena.

— ¿Dónde le dispararon?

— En la base de la espina dorsal y en la nuca —explicó Ara—. *Rematado*<sup>36</sup>. Tenga. Aquí están las balas. Las he lavado.

— ¡Ya! —dijo Thomas Hudson—. Tengo otras cuatro iguales.

— Luger 9 mm., ¿verdad? —dijo Henry—. Calibre equivalente a nuestro 38.

— Éstas de punta negra son de pistola ametralladora —dijo Thomas Hudson—. Gracias por extraerlas, doctor.

— A sus órdenes —dijo Ara—. La de la nuca no se incrustó en el cuerpo y la encontré en la arena. Henry extrajo la otra con un cuchillo.

— No me importó hacerlo —dijo Henry—. El sol y el viento habían resecaado el cadáver. Fue como cortar un pastel. Muy distinto a esos otros de ahí. ¿Por qué le matarían, Tom?

— No sé.

— ¿Qué cree que pudo ocurrir? —preguntó Ara—. ¿Vendrían para reparar algo?

— No. Perdieron su nave.

— En efecto —dijo Ara—. Se llevaron los botes.

— ¿Por qué mataron al marinero? —preguntó Henry—. Perdona si no parezco demasiado inteligente, Tom. Pero sabes cuánto deseo ser útil y lo mucho que me agrada haber establecido contacto.

— No hemos establecido contacto —dijo Thomas Hudson—. Pero por Dios que estamos sobre la pista.

— ¿De unos pechos? —preguntó Henry ilusionado.

— No me nombres esa palabra.

— Pero, ¿quién mató al marinero y por qué?

— Asuntos familiares —dijo Thomas Hudson—. ¿Has visto alguna vez que se matara un hombre de un tiro en la base de la espina dorsal por caridad? De todos modos, la persona que le mató fue comprensiva y le disparó el tiro en la nuca.

— Quizá fueron dos —dijo Ara.

— ¿Has encontrado las cápsulas?

— No —dijo Ara—. Las busqué detenidamente. Aunque la pistola fuera ametralladora no pudo lanzarlas más allá de donde yo busqué.

<sup>36</sup> En castellano en el original.

- Pudo ser el mismo metódico hijo de puta que recogió las otras.
- ¿A dónde habrán ido? —dijo Ara—. ¿Dónde podrían llegar con los botes?
- Al sur, sin duda alguna —dijo Thomas—. Sabes perfectamente que no pueden ir al norte.
- ¿Y nosotros?
- Estoy intentando pensar con la cabeza de ellos —dijo Thomas Hudson—. La verdad es que tengo pocos datos.
- Tienes los muertos y los botes desaparecidos —dijo Henry—. Lo demás puedes deducirlo, Tom.
- Y conocemos la clase de pistola, dónde perdieron el submarino y cuántos son. Agita todo eso y añade que no hemos podido comunicar por radio con Guantánamo anoche y el número de cayos que hay hacia el sur y que hemos de llenar los tanques. Agita todo eso, añade unas gotas de Peters y sirve.
- Todo irá bien, Tom.
- Sí, claro. O bien mal. Son hermanos gemelos.
- Sin embargo confías en que acabaremos cogiéndoles, ¿verdad?
- Desde luego —dijo Thomas Hudson—. Ahora haz a Willie la señal convenida para que vuelva a bordo y que Antonio empiece a guisar sus caracoles. Vamos a comer a base de pescado. Ara, carga toda el agua que sea posible en las tres horas próximas. Di a Antonio que se dé prisa con los motores. Quiero salir de aquí antes que oscurezca. ¿No había nada en la isla? ¿Ni cerdos ni aves de corral?
- Nada. Se lo han llevado todo.
- Pues tendrán que comérselo pronto. No tienen pienso que darles ni hielo para conservar. De todos modos son alemanes y gente eficaz y conseguirán tortugas en este tiempo. Creo que los encontraremos en Lobos. Tienen que estar en Lobos. Que Willie meta las conchas y caracolas en el depósito del hielo. Cargaremos el agua justa para llegar al próximo cayo. —Hizo una pausa y reconsideró la situación—. No —terminó diciendo—. Lo siento. He cambiado de opinión. Id trayendo agua hasta que anochezca y zarparemos cuando salga la luna. Ahora perdemos tres horas pero ganaremos seis después.
- ¿Has probado el agua? —preguntó Ara.
- Sí —respondió él—. Era buena y limpia. Tenías razón.
- Gracias —dijo Ara—. Voy a llamar a Willie. Lleva mucho tiempo buceando.
- Tom, ¿qué quieres que haga? —preguntó Henry—. ¿Me quedo contigo o acarreo agua?
- Ve trayendo agua hasta que estés cansado y luego vete a dormir. Esta noche te necesito conmigo en el puente.
- ¿Te traigo una camisa o un suéter? —preguntó Henry.
- Una camisa y una manta de las finas —dijo Thomas Hudson—. Ahora puedo dormir al sol. La arena está seca. Pero luego con el viento hará frío.
- ¿No es una arena maravillosa? Nunca vi una igual de seca y de fina. Como polvo.
- El viento lleva muchos años zarandeándola.
- ¿Los cogeremos, Tommy?
- Naturalmente —dijo Thomas Hudson—. No tengo la menor duda.
- Perdóname si soy tan estúpido —dijo Henry.

— Te perdonaron al nacer —dijo Thomas Hudson—. Eres un valiente, Henry, y yo te aprecio mucho. Y confío en ti. Y no tienes nada de estúpido.

— ¿Crees sinceramente que habrá jaleo?

— Estoy convencido. No pienses más en eso. Piensa en los detalles. Piensa en lo que vamos a hacer y en cómo podremos ser una tripulación divertida hasta que se arme el follón. Yo soy quien debe pensar en el combate.

— Procuraré cumplir mi deber lo mejor posible —dijo Henry—. Y quisiera poder ensayar la batalla para hacerlo lo mejor que pueda a la hora de la verdad.

— Lo harás bien de todos modos —dijo Thomas Hudson—. No veo posibilidad de fracasar.

— ¡Hace tanto tiempo! —dijo Henry.

— Todo requiere tiempo —dijo Thomas Hudson—. Y una persecución cómo ésta más que nada.

— ¿Por qué no te vas a dormir un rato? —preguntó Henry—. No duermes nunca.

— Dormiré —dijo Thomas Hudson.

— ¿Dónde crees que perdieron su barco, Tom? —preguntó Ara.

— Se llevaron los botes y acabaron con la gente de aquí hace más o menos una semana. Así que debe ser la tripulación del submarino que se atribuye Camagüey. Pero tuvieron que fondear en algún sitio cercano antes de perderlo. Con este viento les era imposible utilizar los botes de goma.

— Lo perderían al este de aquí.

— Desde luego. Y estaban prácticamente fuera de peligro cuando lo perdieron —dijo Thomas Hudson.

— Les separaba una gran distancia de su patria —dijo Henry.

— Ahora aún están más lejos de ella —dijo Thomas Hudson—. Son hombres valientes; algunos incluso admirables. Y sin embargo, los hay despreciables como éstos.

— Será mejor que vayamos a trabajar —dijo Ara—. Esta noche charlaremos al hacer la guardia para no dormimos. Descansa un poco, Tom.

— Procura dormir —aconsejó Henry.

— Descansar vale tanto como dormir.

— No lo creas, Tom —dijo Ara—. Necesitas dormir.

— Lo intentaré —dijo Thomas Hudson. Pero al quedarse solo no logró conciliar el sueño.

«¿Por qué han cometido semejante canallada?» —se preguntó. Y siguió pensando: «De todos modos los cogemos. Lo que la gente del poblado hubiera podido decirnos es cuántos son y qué armas llevan. Supongo que, bajo su punto de vista, considerando esa información y el hecho de tratarse de negros, el matarlos no tiene importancia.

Pero la cosa está bastante clara. Si matan así es porque tienen un plan y alguna esperanza de que los recojan. Creo que se suscitaría alguna divergencia entre ellos, de lo contrario el marinero no habría sido asesinado. A lo mejor lo mataron por nada. Quién sabe si quiso hundir el barco cuando aún podía mantenerse a flote y regresar a la base».

«Esta conclusión, ¿a dónde me lleva? —siguió pensando—. No se puede formular una teoría sobre esa base porque a lo mejor ocurrió de otro modo. Si la teoría fuese cierta, significaría que la embarcación se hundió a la vista de tierra y de prisa. Lo cual supone

que no tengan pertrechos de ninguna clase. Quizás el muchacho muerto no lo hundiera y fuera acusado falsamente.»

«En realidad no sabes los barcos que tienen, porque es posible que alguno de los de la aldea pueda estar pescando tortugas por ahí. Nada se puede hacer de momento. Sólo seguir cavilando y explorar detenidamente los cayos.»

«¿Y si hubieran cruzado el canal viejo de Bahama y llegan a la costa de Cuba? Seguro —pensó—. ¿Cómo no se te ha ocurrido antes? Es lo mejor para ellos.»

«Si lo hacen les resultará fácil volver a casa en un barco español que zarpe de La Habana. Hay revisión en Kingston. Pero es un riesgo que hay que correr. Sé de muchos que la burlaron. Y ese maldito Peters con la radio estropeada. FCC<sup>37</sup> —pensó—. *Fracaso Completo al Comunicar*. Cuando le dieron una hermosura de radio resultó ser demasiado aparato para él. No sé cómo diablos lo habrá descompuesto, pero anoche no pudo sintonizar con Guantánamo a nuestra hora de llamada. Si esta noche tampoco lo consigue puede decirse que estamos solos. ¡Al diablo! Hay cosas peores que estar solos.» «Y ahora —se dijo— procura dormir. De momento es lo único sensato.»

Acomodó los hombros en la arena y quedó dormido oyendo el rugir de las olas en los arrecifes.

---

<sup>37</sup> FCC: *Federal Communications Commission*.



Cuando despertó tocó la manta y por un momento no comprendió que había sido un sueño. Luego se volvió hacia un lado y tocó la funda de la pistola que seguía entre sus piernas y supo la verdad y todo el vacío que llevaba dentro se hizo doble y era otro vacío distinto del sueño. Comprobó que todavía era claro y divisó el bote que llevaba agua al barco y contempló las olas blancas al romper sobre el arrecife. Se acomodó otra vez, metió la manta bajo el cuerpo y se durmió con los brazos cruzados. Seguía dormido cuando se acercaron a despertarle y esta vez no había soñado nada.

**IV**

ESTUVO AL TIMÓN toda la noche y tuvo a Ara con él en el puente hasta las doce. Más tarde se quedó Henry. Avanzaban con un fuerte mar de fondo y gobernar era como montar un caballo cuesta abajo, pensó. «Es como un barranco abajo y a veces igual que si cruzara la ladera de una loma. El mar es como muchas lomas seguidas y esta parte es como una tierra quebrada.»

— Cuéntame algo —dijo a Ara.

— ¿De qué, Tom?

— De cualquier cosa.

— Peters no ha podido comunicar con Guantánamo. La radio está estropeada. La nueva grande.

— Lo sé —dijo Thomas Hudson procurando mantener el rumbo al bajar por la ladera de la loma otra vez—. Habrá quemado algo y no sabe repararlo —añadió .

— Sigue a la escucha —prosiguió Ara—. Willie se encarga de mantenerle despierto.

— ¿Y a Willie? ¿Quién le mantiene despierto a él?

— No le cuesta trabajo estar despierto —dijo Ara—. Duerme tan poco como tú.

— ¿Y tú qué tal?

— No tengo sueño esta noche. ¿Quieres que me haga cargo del timón?

— No. No tengo nada más que hacer.

— Tom, ¿cómo te encuentras? No parece estar bien.

— No sé. ¿Qué significa no estar bien?

— Veo que es inútil —dijo Ara—. ¿Te traigo la bota para echar un trago?

— No. Tráeme una botella de té frío y echa un vistazo a Peters y a Willie. Vigíalo todo.

Ara fue abajo a cubierta y Thomas Hudson se quedó solo con la noche y el mar; siguió cabalgando monte abajo demasiado de prisa por entre un terreno quebrado.

Fue Henry quien subió la botella de té.

— ¿Cómo te encuentras, Tom? —preguntó.

— Estamos perfectamente por aquí.

— Peters ha comunicado con la policía de Miami con la radio vieja. Willie quería dar la voz de alarma pero no le dejé.

— Hiciste bien.

— En el aparato de nuestra frecuencia, el UHF<sup>38</sup> interceptó una conversación en alemán, pero dice que está en las frecuencias más altas.

— Total, que no entendió nada.

— Es una noche muy divertida, Tom.

— No tanto como crees.

— No sé. Era sólo una opinión. Dame el rumbo y baja a echar un vistazo.

— ¿Sabes si Peters anotó todo eso en el diario de a bordo?

— Sí, claro.

<sup>38</sup> *Ultra High Frequency*, entre 300 y 3.000 megaciclos.

— Di a Juan que me dé la posición y que Peters la calcule en la carta. ¿A qué hora fue lo de la conversación de ese hijo de puta alemán? ¿Cuándo la oyó ese endiablado Peters?

— Un momento antes de subir yo. Acababa de ocurrir.

— Dile a Juan que verifique la posición y que la calcule en seguida.

— Sí, Tom.

— ¿Qué hacen los otros?

— Duermen. Incluso Gil.

— Sacar el diario de a bordo y di a Peters que anote la posición.

— ¿De verdad lo quieres?

— Sé muy bien dónde estamos.

— Bueno, Tom. Pero procura tomar las cosas con un poco de calma si puedes —dijo Henry.

Henry volvió en seguida pero Thomas Hudson no parecía tener ganas de hablar y se quedó en el puente, con las piernas abiertas para vencer el quiebro. Transcurrida una hora, dijo:

— Veo una luz, Tom. Al lado de estribor, a proa, a unos veinte grados.

— Cierto.

Cuando la tuvo de costado cambió de rumbo y la mar quedó a popa.

— Ahora a casita, como buenos chicos —dijo a Henry—. Estamos en el canal. Despierta a Juan y dile que suba y ten los ojos bien abiertos. Tardaste demasiado en ver la luz.

— Lo siento, Tom. Voy en busca de Juan. ¿Quieres una guardia de cuatro hombres?

— No. Cuando amanezca —dijo Thomas Hudson—. Te avisaré.

«Puede que hayan cortado a través de los bancos —pensaba Hudson—. Aunque no lo creo. Avanzar de noche es poco prudente y de día no les gustaría la idea a esos submarinistas. Supongo que habrán cambiado de rumbo donde yo. Después, exactamente como nosotros vamos a hacer, habrán avanzado hasta el último extremo de la costa de Cuba. No creo que les haya interesado tocar puerto, así que navegarán a favor del viento. Eludirán Confites donde saben que existe una estación de radio. En todo caso, han de abastecerse de víveres y de agua. A mi modo de ver lo mejor para ellos sería acercarse lo más posible a La Habana y desembarcar en los alrededores de Bacuranao para infiltrarse desde allí. Enviaré un mensaje desde Confites. No diciendo lo que han de hacer, sino simplemente informándoles de la situación y explicando lo que he hecho. Que ellos actúen en consecuencia. Y lo mismo haré con Guantánamo y con Camagüey y con La Fe y con el FBI. De este modo puede que dentro de una semana ocurra algo.»

«Diablos —siguió pensando—. Tenemos que cogerles, esta semana. Han de parar para abastecerse de agua y para cocinar lo que tienen antes de que los animales mueran de hambre y se pudran. Puede que sólo naveguen de noche y paren de día. Sería lo más lógico. Es lo que yo haría en su lugar. Hace falta pensar como un inteligente marino alemán, con los problemas que tiene ese comandante de submarino.»

«Ha de tenerlas grandes —siguió pensando Thomas Hudson—. El peor de sus problemas somos nosotros aunque él ni siquiera sabe que existimos. No le parecemos peligrosos. Nos tomaría por gente buena.»

— De todos modos —murmuró para sí—, no has de tomar las cosas a sangre y fuego. Nada de esto puede devolverme lo que he perdido. Usa la cabeza y alégrate de poder

hacer algo y de tener gente buena para trabajar.

— Juan —dijo—. ¿Ves algo, muchacho?

— Sólo el maldito océano.

— ¿Veis algo vosotros, caballeros? —preguntó dirigiéndose a los demás.

— Nada. ¡Maldita sea!

— Mi condenada barriga ve café. La pena es que no se acerca —dijo Ara.

— Pues yo veo tierra —dijo Henry. Acababa de distinguirla en aquel momento. Un pedazo de tierra cuadrada y sin montículos, como si un hombre hubiera metido el pulgar en un bote de tinta y lo hubiera impregnado en el cielo cada vez más claro por fondo.

— Eso está detrás de Romano —dijo Thomas Hudson—. Gracias, Henry. En cuanto a vosotros id abajo a tomar café y mandadme otros cuatro hombres temerarios y capaces de ver cosas extrañas y divertidas.

— ¿Quieres café, Tom? —preguntó Ara.

— No. Tomaré té cuando esté hecho.

— Sólo llevamos dos horas de guardia, Tom —dijo Gil—. Podemos quedarnos un rato más.

— Id abajo a tomar café y dejad a otros hombres temerarios la oportunidad de ganar la gloria.

— Tom, dijiste que seguramente están en Lobos, ¿no?

— Sí, pero he cambiado de opinión.

Los otros hombres habían bajado y se presentaron cuatro más.

— Caballeros —dijo Thomas Hudson—. Repártanse los cuatro cuadrantes. ¿Hay café abajo?

— En abundancia —dijo el segundo de a bordo—. Y té. Los motores están en buenas condiciones y el barco muy bien, teniendo en cuenta la mala mar.

— ¿Cómo está Peter?

— Se ha pasado la noche bebiendo su whisky. Ya sabes. Uno que tiene un corderito en la etiqueta. Pero no se durmió. Willie le obligó a estar despierto y se bebió el whisky —explicó el segundo de a bordo.

— Tendremos que parar en Confites para avituallarnos. Petróleo y lo que encontremos.

— Saben cargar de prisa. Yo puedo matar un cerdo y desollarlo —dijo el segundo—. En la estación de radio me echarán una mano. Tú duerme un rato mientras cargamos. ¿Quieres que me haga cargo del timón?

— No. Tengo que enviar tres mensajes desde Confites y tú cargarás y yo dormiré. Seguidamente continuaremos.

— ¿Hacia casa?

— Naturalmente. Podrán evitarnos durante un tiempo. Pero es imposible que logren escapar. Luego hablaremos de esto. ¿Cómo están todos?

— Ya los conoces. Luego hablaremos. Acércate más, Tom. La contracorriente te favorece.

— ¿Alguna pérdida últimamente?

— Nada de particular. Era un mar jodido —dijo el segundo.

— *Ya lo creo*<sup>39</sup> —dijo Thomas Hudson.

— Ojalá sólo tuviésemos que habérmolas con esa gente del submarino. Seguramente se trata del que dijeron que se había hundido. Deben de andar ahora por La Guaira al norte de Kingston y en las rutas de los petroleros. Están entre las manadas de lobos.

— Algunas veces también están por aquí.

— Sí. Para desgracia nuestra.

— Y para la suya.

— En este caso, nuestra persecución es inteligente.

— Hay que apresurarse no obstante —dijo Thomas Hudson.

— No hemos tenido demoras.

— Pero todo va muy despacio para lo que yo quisiera.

— Sí —dijo el segundo—, pero procura dormir en Confites y te prometo que todo irá más rápido de lo que pudieras imaginar.

THOMAS HUDSON divisó la alta torre de observación que se alzaba en el cayo arenoso y el alto mástil de señales. Estaba todo pintado de blanco y era lo primero que se veía desde el mar. Luego vio los postes de la radio más bajos y gruesos y los restos del buque naufragado que medio hundía su casco a las rocas ocultando casi la barraca de la estación de radio. Visto desde allí, no podía decirse que el cayo fuera un lugar hermoso.

Con el sol a la espalda le fue relativamente fácil encontrar el paso entre los arrecifes y luego, sorteando los corales más altos y los bajos, arrimar hasta el refugio de sotavento. Era una pequeña playa en forma de media luna y la isla estaba cubierta de hierba seca en aquel sector, mientras que a barlovento era rocosa y a veces llana. El agua destacaba verde y límpida sobre el fondo de arena y Thomas Hudson se acercó a la playa y echó el ancla dejando el barco con la proa casi en la orilla. El sol brillaba en lo alto y la bandera cubana ondeaba sobre el garito de la radio y los demás edificios. El mástil de señales destacaba desnudo al viento. No se veía a nadie y la referida bandera cubana, nueva y de colores brillantes, se agitaba al viento.

— Habrán recibido algún relevo —dijo Thomas Hudson—. La antigua bandera estaba muy vieja cuando salimos.

Examinó el paisaje y vio que los bidones de petróleo sequían donde los había dejado y que había huellas en la arena precisamente donde debían estar enterradas las barras de hielo. La arena formaba leves montículos como si fueran tumbas recién excavadas y las grisáceas golondrinas de mar volaban sobre la isla. Anidaban en las rocas a barlovento y algunas incluso lo hacían en el pasto a sotavento.

En aquel instante volaban dejándose llevar por el viento en ángulo agudo y hundiéndose entre la hierba y las rocas. Chillaban todas, como si llamasen a alguien, triste y desesperadamente.

«Alguien debe de andar por ahí cogiendo huevos para el desayuno», pensó Thomas Hudson. Inmediatamente olió a jamón frito que sin duda preparaban en la cocina del barco y se dirigió a popa y dijo que quería desayunar en el puente. Luego estudió cuidadosamente la isla. «Puede que estén aquí —pensó—. A lo mejor han conquistado el puesto.»

Pero cuando un hombre con *shorts* descendió por el sendero que bajaba desde la cabaña de la radio a la playa, vio que se trataba del teniente. Estaba muy moreno y optimista. Llevaba tres meses sin cortarse el pelo y gritó:

— ¿Qué tal el viaje?

---

<sup>39</sup> En castellano en el original.

- Bien —dijo Thomas Hudson—. ¿Quiere tomar una cerveza a bordo?
- Dentro de un rato —dijo el teniente—. Trajeron el hielo y todo lo demás para ustedes hace dos días. El hielo está enterrado. Lo otro guardado en casa.
- ¿Hay novedades?
- Dicen que la aviación hundió un submarino cerca de Guinchos hace unos diez días. Pero eso creo que fue antes de que ustedes se fueran.
- Sí —dijo Thomas Hudson—. Ocurrió hace dos semanas. Es el mismo, ¿no?
- Sí.
- ¿Algo más?
- Parece que otro submarino derribó un dirigible de observación cerca de Cayo Sal anteayer.
- ¿Se ha confirmado la noticia?
- Creo que sí. Finalmente tenemos el episodio de su cerdo.
- ¿Qué ocurrió?
- El mismo día que fue derribado el avión trajeron un cerdo para usted con otros víveres. A la mañana siguiente se nos escapó, cayó al mar y se ahogó. Lo peor es que nosotros le habíamos dado de comer.
- *Un puerco suicida*<sup>40</sup> —dijo Thomas Hudson.
- El teniente se echó a reír. Tenía el rostro moreno, la expresión risueña y no era tonto. Hablaba de aquel modo porque le divertía seguir la broma. Le habían ordenado hacer cuanto pudiera por Thomas Hudson sin formular preguntas. En cuanto a Hudson, tenía orden de aprovechar todas las facilidades que le ofreciera la estación sin decir nada a nadie.
- ¿Nada más? —preguntó—. ¿No han visto ningún bote de pescar tortugas y esponjas por aquí ?
- ¿Qué vendrían a buscar si tienen todas las esponjas y las tortugas que quieren? Pero debo admitir que esta semana vimos dos. Aparecieron por esa curva como si viniesen hacia la playa. Pero siguieron hacia Cayo Cruz.
- ¿Qué cree que venían buscando?
- No sé. Usted navega por asuntos científicos. ¿Por qué habían de dejar el sector donde abundan las tortugas para venir aquí?
- ¿Cuántos hombres vio usted?
- Sólo al que estaba al timón. Había ramas de palmera en el fondo de las dos embarcaciones formando un cobertizo. Para proteger las tortugas, digo yo.
- ¿Cómo era el hombre que estaba al timón? ¿Blanco o negro?
- Blanco y tostado por el sol.
- ¿Pudo distinguir algún nombre o algún número en esos botes?
- No. Estaba demasiado lejos. Di la voz de alarma y todo el puesto quedó alerta aquella noche y el día y la noche siguientes, pero nada ocurrió.
- ¿Cuándo fue todo eso? ¿Cuándo se fueron?
- El día antes de llegar su hielo, sus verduras y su cerdo suicida. Once días después de que el submarino fuese hundido por la aviación de ustedes. Tres días antes de su llegada. ¿Son amigos suyos?

---

<sup>40</sup> En castellano en el original.

- Por supuesto, ¿les haría usted señales?
- Naturalmente, pero no respondieron.
- ¿Podría encargarse de enviar tres mensajes que debo cursar?
- Pues claro. Hágamelos llegar en cuanto los tenga a punto.
- Empezaré a cargar hielo y petróleo y los víveres. ¿Cree que puede serle de utilidad algo de ello?
- No lo sé. Hay una lista. La firmé pero no pude leerla porque estaba en inglés.
- Habría pollos y pavos, ¿no?
- Sí —dijo el teniente—. Los guardaba para darle una sorpresa.
- Los repartiremos —dijo Thomas Hudson—. Y la cerveza también.
- Haré que mis hombres le ayuden a cargar el petróleo y el hielo.
- Bien. Muchas gracias. Quisiera salir dentro de un par de horas.
- Lo comprendo. Nuestro relevo ha sido retrasado un mes.
- ¿Otra vez?
- Otra vez.
- ¿Cómo lo toman sus hombres?
- Están aquí por cuestiones disciplinarias.
- Le agradezco mucho la ayuda que me presta. El mundo de la ciencia le está muy reconocido.
- ¿Guantánamo también?
- Guantánamo, la Atenas de la ciencia.
- Creó que han debido de refugiarse en algún sitio.
- Yo también —dijo Thomas Hudson.
- Las ramas del fondo de las embarcaciones eran de cocotero y además estaban aún verdes.
- Dígame algo más.
- No sé nada más. Prepáreme los mensajes. No quiero subir a bordo y hacerle perder el tiempo ni hacerme pesado.
- Si llega algo que puede estropearse mientras estoy fuera vale más que lo coman ustedes antes de que se pudra.
- Gracias. Siento que su cerdo se suicidase.
- Gracias. Todos tenemos nuestros pequeños problemas.
- Diré a mis hombres que no suban a bordo. Que ayuden a cargar por la parte de popa y echen una mano desde el costado.
- Gracias —dijo Thomas Hudson—. ¿Recuerda algún otro detalle de los barcos tortugueros?
- Sólo que eran típicos. Los dos casi exactamente iguales. Parecían contruidos por la misma mano. Doblaron el arrecife con la evidente intención de entrar aquí. Pero luego viraron viento en popa hacia Cayo Cruz.
- ¿Siempre siguiendo el arrecife?
- Al menos mientras yo los vi navegaban dentro de él.

- ¿Y el submarino de Cayo Sal?
- Estaba en la superficie y empezó a disparar contra el globo.
- Yo de usted mantendría el estado de alarma.
- Lo he hecho —dijo el teniente—. Por eso no ve usted a nadie en estos alrededores.
- Vi volar unos pájaros.
- Pobres pájaros —dijo el teniente.

**VI**

NAVEGABAN RUMBO OESTE dentro de los arrecifes con el viento a popa. Habían llenado los tanques y estibado el hielo y, bajo la cubierta, un hombre seleccionaba y limpiaba pollos. Otra guardia limpiaba las armas. La lona que protegía el puente estaba bien colocada y los dos rótulos que con letras de treinta centímetros anunciaban la misión científica de la embarcación estaban en su lugar. Al mirar sobre la orla para observar la profundidad, Thomas Hudson vio los manchones de plumas de pollo flotando en el mar.

— Sigue la costa lo más cerca posible del acantilado sin chocar con uno de esos bancos —dijo a Ara—. ¿Conoces la costa, verdad?

— Sé que no es buena —dijo Ara—. ¿Dónde vamos a anclar?

— Quiero explorar por la entrada de Cayo Cruz.

— Se puede hacer, pero no creo que sirva de gran cosa. ¿No pensarás que estén allí, verdad?

— No, pero puede que algún pescador les haya visto. O los quemadores del carbón.

— Ojalá acabase de una vez el viento —dijo Ara—. Quisiera tener un par de días de calma chicha.

— Por la parte de Romano hay borrasca.

— Lo sé. Pero este viento sopla aquí como en un paso entre montañas. Si sigue igual nunca los alcanzaremos.

— Hasta ahora todo va bien —dijo Thomas Hudson—. Y quizá tengamos suerte. Podrían haber entrado en Lobos y usar la radio que hay allí para pedir a ese otro submarino que les recogiese.

— Lo que demuestra que no sabían que el otro submarino estuviera por aquí.

— Seguramente. En diez días esas naves cambian mucho de sitio.

— Navegan mucho cuando quieren —dijo Ara—. Dejemos de hacer conjeturas, Tom. Me da dolor de cabeza. Prefiero cargar bidones de petróleo. Tú piensa y dime el rumbo que quieres que tome.

— Continúa el mismo y manten los ojos bien abiertos. Ten cuidado con esa maldita Minerva y procura no encallar en algún banco de arena.

— Bien.

«Me pregunto si perderían la radio junto con la embarcación —pensó Thomas Hudson—. Aunque cabe pensar que tuvieran otro aparato para casos de necesidad. Claro que Peters no localizó nunca nada en el aparato de ultrafrecuencia. Por supuesto esto no prueba nada. Nada prueba nada, excepto que hace tres días que los dos botes fueron avistados siguiendo esta ruta. ¿Le pregunté si vio algún falucho sobre cubierta? No. Lo olvidé. Pero estoy seguro de que lo había, porque el teniente dijo que eran auténticos botes tortugueros de las Bahamas. El único detalle sospechoso era el de las ramas de palmera formando el cobertizo al fondo.»

«¿Cuántos hombres van? —se preguntó—. Lo ignoras. ¿Algún herido? No lo sabes. ¿Qué armas tienen? Sólo sabes de una pistola automática. ¿Qué rumbo siguen? Hasta ahora estamos sobre él.»

«Quizás encontremos algo entre Cayo Cruz y Mégano —pensó—. Lo que seguramente vas a encontrar son abundantes huellas de iguanas y estiércol en la arena, cerca del abrevadero.»

«En fin —siguió pensando—. Todo esto me distrae de pensar cosas. Pero, ¿qué cosas?»

Ya no hay cosas. O sí. Este barco y su tripulación y los canallas a quienes perseguimos. Después vas a ver a tus animales y visitar la ciudad y emborracharte todo lo que puedas y a que te levanten el ánimo y luego a prepararte para otra misión.»

«A lo mejor esta vez puedes pescarlos —resumió—. No les destruiste el submarino pero sí has contribuido vagamente a su destrucción. Si pudieras apresar a su tripulación habrías sido verdaderamente útil.»

«Entonces, ¿por que todo esto no te importa un bledo? ¿Por qué no piensas en ellos como asesinos? ¿Por qué no sientes la sensación del hombre bueno que debes de sentir? ¿Por qué sigues con esa tortura mental, como un caballo sin jinete que sigue como loco la carrera? Porque todos somos asesinos. Somos asesinos los de los dos bandos y todo esto no servirá para nada.»

«Y sin embargo —terminó de reflexionar—, tienes que hacerlo. Pero sin sentirte orgulloso. Lo único que has de hacer es hacerlo bien. No te enrolaste para que te agradase tu trabajo. Ni siquiera te pagan, lo cual es definitivamente peor.»

— Dame el timón, Ara —dijo. Ara se apartó de la rueda para dejarle sitio.

— Vigila a estribor. Procura que el sol no te ciegue.

— Me pondré gafas. Oye, Tom, ¿por qué no dejas que siga al timón y ponemos una guardia de cuatro hombres? Estás rendido. No has descansado nada últimamente.

— Por ahora no hace falta una guardia de cuatro hombres aquí arriba. Más adelante sí.

— Pero estás cansado.

— No tengo sueño. Si siguen avanzando cerca de la playa acabarán teniendo una avería y habrán de parar para repararla. Entonces les sorprendemos y ya está.

— Esa no es una razón para que no descanses nunca, Tom.

— No lo hago para darme importancia.

— A nadie se le ocurrió pensarlo.

— ¿Qué opináis de esos canallas?

— Pues que acabaremos echándoles el guante, cargándonos a algunos y llevándonos a otros.

— ¿Y lo del poblado? ¿Qué os parece ese acto de barbarie?

— No es que yo me crea capaz de hacerlo. Pero supongo que lo consideraron necesario. Seguro que no lo hicieron por el placer de hacerlo nada más.

— ¿Y el muerto? Era uno de sus hombres.

— Henry ha tenido ganas de matar a Peters un montón de veces. Y yo también, en alguna ocasión.

— Sí —admitió Thomas Hudson—. No es un sentimiento raro que digamos.

— Pero yo no pienso en nada de eso. No me preocupa. ¿Por qué no procuras hacer lo mismo y te tumbas a leer como siempre lo has hecho?

— Esta noche pienso dormir. En cuanto anclemos me tumbaré a leer y dormiré. Aunque no lo parezca les hemos ganado cuatro días en poco tiempo. Ahora hay que vigilar con toda atención.

— Les cogemos, o los haremos caer en manos de otros. ¿Qué más da? Tenemos nuestro orgullo, pero también tenemos otro orgullo que nadie conoce.

— Sí. Lo había olvidado —dijo Thomas Hudson.

— Un orgullo sin vanidad —siguió diciendo Ara—. El fracaso es su hermano, y la

mierda es su hermana y la mujer es su muerte.

— Ha de ser un gran orgullo.

— Lo es —admitió Ara—. No lo olvides, Tom. No te destruyas a ti mismo. Todos en este barco tenemos ese orgullo, incluso Peters. Aunque Peters no me gusta.

— Gracias por decírmelo —dijo Thomas Hudson—. Algunas veces me siento desanimado por todo.

— Tom —dijo Ara—. Lo único que tiene el hombre es su orgullo. Algunas veces es tan grande que llega a ser pecado. Todos por orgullo hemos hecho algo que sabíamos imposible. No nos importó. Pero un hombre debe cumplir o realizar su orgullo con inteligencia y cuidado. Ahora que has dejado de cuidar tu salud, yo debo pedirte que lo hagas. Por favor. Hazlo por nosotros y por el barco.

— ¿Quién es nosotros?

— Nosotros. La tripulación.

— De acuerdo —dijo Thomas Hudson—. Ponte las gafas de sol.

— Por favor, Tom. Intenta comprender.

— Comprendo. Gracias por todo. Cenaré mucho y dormiré como un niño.

Ara no encontró que todo aquello tuviese gracia. Y era hombre que siempre encontraba gracioso lo que realmente era gracioso.

— Inténtelo, Tom —dijo.

## VII

ANCLARON A SOTAVENTO de Cayo Cruz en la ensenada de arena entre los cayos.

— Echa otra ancla —dijo Thomas Hudson al segundo de a bordo—. No me gusta este fondo.

El piloto se encogió de hombros y echó la segunda ancla y Thomas Hudson llevó el barco hacia delante contra la marea contemplando cómo la hierba de ambas orillas se inclinaba en la corriente. Fue a popa y allí permaneció hasta asegurarse de que la segunda ancla quedaba bien clavada. El barco quedó con la proa al viento, mientras la marea corría a un lado. Hacía mucho viento incluso allí, a sotavento, y sabía que cuando cambiase la marea el barco viraría hasta presentar el costado al oleaje.

— Maldita sea —dijo—. Por mí puede empezar a bailar.

Pero el segundo ya había bajado un botecillo y estaban largando un ancla a popa. Thomas Hudson vio cómo situaba la pequeña Danforth de manera que protegiese el barco cuando la marea creciese.

— ¿Por qué no le pones una o dos más? —gritó—. Podríamos vender el barco y hacerlo pasar por una maldita araña.

El segundo sonrió mirándole.

— Pon el fuera borda cerca. Quiero bajar.

— No, Tom —protestó el segundo—. Deja que vayan Ara y Willie. Los llevaré a ellos y a los otros a Mégano. ¿Quieres que lleven a los *niños*?<sup>41</sup>.

— Nada de eso. Son científicos.

«Demasiado sobeo —pensó—. Lo estoy soportando y eso debe de querer decir que realmente necesito descanso. Y el caso es que ni estoy cansado ni tengo sueño.»

— Antonio —gritó.

— Sí —dijo el segundo.

— Tráeme la colchoneta de goma, dos cojines y un vaso grande de beber.

— ¿Qué quiere?

— Ginebra con agua de coco, lima y unas gotas de angostura.

— ¿Un *Tomini*? —preguntó el segundo, contento de que Thomas pensase de nuevo en la bebida.

— Doble.

Henry tiró la colchoneta arriba y después subió él con un libro y una revista.

— Aquí estarás al abrigo del viento —dijo—. ¿Quieres que abra una de estas lonas para respirar mejor ?

— ¿A qué viene tanto miramiento?

— Tom, hemos estado hablando y todos convinimos que necesitas descanso. Has abusado de tu salud y exiges de tu salud más de lo que un hombre aguanta. Estás agotado.

— ¡Mierda! —dijo Thomas Hudson.

— Nada —respondió Henry—. Yo dije que en mi opinión estás perfectamente y dispuesto a aguantar lo que sea. Pero los demás están tan preocupados que me convencieron. Tú puedes hacerme cambiar de opinión. Pero tómalo con calma, Tom.

<sup>41</sup> En castellano en el original.

— Nunca me sentí mejor. La verdad es que todo me importa un carajo.

— Pues eso es lo malo. No quieres ni bajar del puente, te empeñas en gobernar el timón durante todas las guardias y todo te importa un carajo.

— Muy bien —dijo Thomas Hudson—. Entiendo lo que dices. Pero hoy por hoy quien manda soy yo.

— No he querido molestarte, te lo aseguro.

— Olvídalo —dijo Thomas Hudson—. Estoy descansando. ¿Sabes explorar un cayó, verdad?

— Supongo que sí.

— Pues averigua lo que ocurre en Mégano.

— Es el mío. Willie y Ara se han marchado ya. Yo espero con los otros hombres a que vuelva Antonio con el bote.

— ¿Qué tal sigue Peters?

— Se pasó la tarde trabajando de firme con la radio grande. Cree que ha conseguido arreglarla.

— Eso sí que sería maravilloso. Si cuando volvéis estoy dormido, despiértame.

— De acuerdo, Tom. —Henry se inclinó para coger algo que le tendían desde abajo. Era un vaso muy alto lleno de hielo y de un líquido color rojizo y envuelto en dos servilletas de papel sujetas en torno a él mediante una goma.

— Un *Tomini* doble —dijo Henry—. Bébelo, lee un poco y duerme. Pon el vaso en una de esas ranuras.

Thomas Hudson bebió un largo trago.

— Me gusta —dijo.

— Siempre te ha gustado. Todo saldrá bien, Tom.

— Procuraremos hacer las cosas lo mejor posible.

— De momento debes descansar.

— Así lo haré.

Henry se fue abajo y Thomas Hudson pudo oír el ruido del fuera borda del bote que se acercaba. Se paró, sonaron unas voces conversando y luego el zumbido volvió a alejarse. Quedó escuchando mientras el bote se alejaba. Luego cogió la bebida y la tiró sobre la borda dejando que el viento la llevase a popa. Dejó el vaso en el hueco que mejor ajustaba y se tumbó boca abajo en la colchoneta de goma rodeándola con ambos brazos.

«Supongo que llevarían heridos debajo del cobertizo del fondo —pensó—. Claro que cabe también que sólo llevaran hombres escondidos, aunque no lo creo. Habrían entrado aquí la primera noche. Debí bajar a tierra yo. Lo haré en lo sucesivo. Pero Ara y Henry son estupendos y Willie es un buen elemento. Tengo que intentar ser bueno yo también. Esta noche lo intentarás con todas tus fuerzas. Y persigúelos incansablemente y sin equivocarte y no los pierdas.»

## VIII

SINTIÓ UNA MANO sobre su hombro. Era Ara, que le decía:

— Hemos cogido a uno, Tom. Entre Willie y yo.

Thomas Hudson se volvió y vio a Ara junto a él. El alemán yacía a popa envuelto en una manta. Tenía la cabeza sobre dos cojines. Peters estaba sentado a su lado con un vaso de agua en la mano.

— Mira lo que hemos traído —dijo.

Era un hombre flaco, con una barba rubia cubriéndole el mentón y parte de las hundidas mejillas. Tenía el cabello largo, enmarañado, y a la luz del atardecer, con el sol casi oculto, parecía un santo.

— No habla —dijo Ara—. Willie y yo hemos querido obligarle pero sin éxito. Será mejor que te ponga a barlovento de él, Tom.

— Algo he oído al bajar —dijo Thomas Hudson—. Pregúntale si quiere algo —ordenó a Peters.

El radiotelegrafista dijo unas palabras en alemán y el prisionero levantó los ojos hacia él pero no movió la cabeza. Thomas Hudson percibió el roncar del fuera borda del bote que parecía ir surgiendo del sol poniente. Estaba hundido hasta la línea de flotación. Seguidamente miró otra vez al alemán.

— Pregúntale cuántos son. Dile que necesitamos saberlo. Dile que es importante.

Peters se dirigió al alemán con voz suave y, en opinión de Thomas Hudson, casi amorosamente.

Tras grandes esfuerzos el alemán logró articular tres palabras.

— No dice nada importante.

— Dile que se equivoca. Tenemos que saber. Pregúntale si necesita morfina.

El alemán miró a Thomas Hudson afectuosamente y dijo otras tres palabras.

— Dice que ya no le duele —informó Peters. Habló rápidamente en alemán y de nuevo Thomas Hudson apreció su tono afectuoso. O quizá sólo fuera el acento acariciador del idioma.

— Basta, Peters —dijo—. Limitate a traducir única y exactamente lo que digo. ¿Me entiendes ?

— Sí, señor —dijo Peters.

— Dile que puedo obligarle a hablar.

Peters se dirigió al alemán y éste volvió los ojos hacia Thomas Hudson. Eran unos ojos viejos, aunque pertenecían al rostro de un muchacho que había envejecido como la leña de la playa y que como ella tenía el color gris.

— *Nein* —dijo despacio el alemán.

— Dice que no —tradujo Peters.

— Sí. Eso entendí —afirmó Thomas Hudson—. Dadle un poco de sopa caliente, Willie, y algo de coñac. Peters, pregúntale si verdaderamente no quiere morfina si se la damos sin exigirle que hable. Dile que la tenemos en abundancia.

Peters tradujo y el alemán miró a Thomas Hudson y sonrió con una leve sonrisa nórdica.

Habló de forma casi inaudible para Peters.

— Dice que gracias, que no la necesita y que es mejor ahorrarla.

El alemán dijo algo en voz muy baja al oído de Peters.

— Dice que la semana pasada la habría aceptado de buen grado.

— Dile que lo admiro —murmuró Thomas Hudson.

Antonio, el segundo de a bordo, estaba al costado en el botecillo con Henry y el resto de los hombres que habían estado en Mégano.

— Subid despacio a bordo. Vamos —gritó Thomas Hudson—. No os acerquéis a popa. Tenemos un *kraut* muriéndose a popa y quiero que muera en paz. ¿Encontrasteis algo?

— Nada —dijo Henry—. Absolutamente nada.

— Peters —dijo Thomas Hudson—. No dejes de hablar con él de lo que sea. A lo mejor le sacas algo. Voy a proa a tomar una copa con Ara y Willie.

Al llegar abajo dijo:

— ¿Qué tal la sopa, Willie?

— La primera era como pasta de almejas —dijo Willie—. Ahora está mejor. La he calentado.

— ¿Por qué no le diste caldo de rabo de buey o carne con *curry*? Es más mortífero para un moribundo. ¿Dónde diablos está el caldo de pollo ?

— No he querido darle el de pollo. Es de Henry.

— Has hecho bien —dijo Henry—. ¿Por qué hemos de mimarle tanto?

— No creo que sea necesario. Cuando ordené que le dieseis un poco de sopa y de coñac pensé que eso le ayudaría a hablar. Pero no hablará. Prepárame una ginebra, Ara.

— Lo habían metido en una especie de cobertizo que hicieron expresamente para él, Tom. Estaba tendido sobre un auténtico lecho hecho de ramas y tenía agua en un cacharro y comida a su disposición. Le acomodaron bien. Incluso abrieron pequeños canales en la arena para el desagué. Vimos muchas huellas claras en la playa y yo diría que son ocho o diez. No más. Willie y yo tuvimos mucho cuidado al trasladarle. Tiene las heridas gangrenadas y en la pierna derecha la gangrena alcanza el muslo. Quizá no debimos traerlo, sino venir a buscarte a ti y a Peters para que le interrogasen en su refugio. Si hicimos mal, el responsable soy yo.

— ¿Tenía algún arma?

— No. Tampoco identificación.

— Dame mi copa —dijo Thomas Hudson—. ¿Cuándo dirías tú que fueron cortadas las ramas para el cobertizo?

— Yo diría que no más tarde de ayer por la mañana. Pero no puedo asegurarlo.

— ¿Os habló?

— No. Cuando nos vio con las pistolas en la mano parecía de madera. Una vez al mirar a Willie no pudo ocultar su temor. Creo que fue al mirarle el ojo. Luego, cuando lo levantamos entre los dos, sonrió.

— Para demostrar que comprendía —dijo Willie.

— Luego se desmayó —añadió Ara—. ¿Crees que tardará en morir, Tom?

— No lo sé.

— Bien. Salgamos a tomar nuestras copas —dijo Henry—. No me fío de Peters.

— Yo voy a tomar un poco de sopa de almejas —dijo Willie—. Tengo hambre. Si es necesario le calentaré caldo de pollo de Henry, si Henry da su permiso.

— Si ha de servir para que hable, hazlo —dijo Henry—, por supuesto.

— Probablemente no hablará —dijo Willie—. Pero es una vergüenza darle un caldo de almejas de la manera que está. Llévale un poco de coñac, Henry. A lo mejor le gusta tanto como a ti y a mí.

— No le importunéis —dijo Thomas Hudson—. Es un buen *kraut*.

— Desde luego —dijo Willie—. Todos los alemanes son buenos cuando se asustan.

— Él no se asusta —dijo Thomas Hudson—. Sencillamente se está muriendo.

— Con mucha dignidad —dijo Ara.

— ¿También tú simpatizas con los *krauts*? —preguntó Willie—. Así seréis dos: tú y Peters.

— Silencio, Willie —dijo Thomas Hudson.

— ¿Y a ti qué te ocurre? —dijo Willie mirando a Thomas Hudson—. No eres más que el exhausto jefe de un pequeño grupo de fervorosos simpatizantes de los *krauts*.

— Ven conmigo, Willie —dijo Thomas Hudson—. Ara, lleva la sopa a popa cuando esté caliente. Los demás podéis ir a ver cómo se muere el *kraut* si os apetece. Pero no le quitéis el aire.

Antonio hizo ademán de seguir a Thomas Hudson y a Willie, que habían echado a andar, pero Thomas le miró moviendo la cabeza negativamente y el alto individuo volvió a la cocina.

Estaban sentados a proa y era casi oscuro. Thomas Hudson apenas veía la cara de Willie, lo cual sin duda le favorecía. Así lo pensó Thomas Hudson y comprendió que era porque veía mejor la parte del ojo sano. Thomas siguió mirando a Willie; luego contempló las dos líneas de las anclas y un árbol que se distinguía aún en la playa. «Es un fondo de arena sumamente traidor», pensó. Y dijo:

— Muy bien, Willie. Suelta lo que tienes dentro.

— Maldita sea. ¿Crees que no me doy cuenta de que te estás matando porque tu hijito ha muerto? ¿No sabes que están muriendo los hijos de todos?

— Lo sé. ¿Tienes algo más que decir?

— Ese cochino de Peters con un *kraut* de mierda pudriéndose a popa. ¿Y qué clase de barco es éste donde el piloto es un cocinero? ¿Dónde se ha visto que un cocinero sea segundo de a bordo ?

— ¿Cómo cocina?

— Maravillosamente. Y entiende más de barcos pequeños que todos juntos, incluyéndote a ti.

— Bastante más.

— Mierda, Tom. Nada se me ha subido a la cabeza, puedes estar seguro. Sólo que estoy acostumbrado a hacer las cosas de otro modo. Me gusta estar a bordo y me gusta la gente que hay en él, menos el maldito Peters. Pero lo que verdaderamente quiero es que dejes de torturarte.

— Yo no me estoy torturando —dijo Thomas Hudson—. Lo que hago es pensar sólo en el trabajo.

— Eres tan noble que deberían crucificarte —dijo Willie—. ¡Piensa en la gran puta!

— Allá vamos ahora derecho.

— Así se habla.

— Willie, ¿te sientes mejor?

— Claro. ¿Por qué no habia de estarlo? Ese maldito *kraut* me puso nervioso. Lo tenían tan bien acomodado como nosotros no lo hubiéramos hecho. O quizá lo haríamos si tuviésemos tiempo. Perdieron mucho rato poniéndole cómodo. No saben que nosotros vamos detrás. Pero podrían sospechar que alguien quiere cazarlos. Todo el mundo los persigue ahora. Pero lo dejaron tan bien arregladito como era posible, dadas las circunstancias.

— Sí —dijo Thomas Hudson—. A la gente de aquel poblado del cayo también la dejaron bien arreglada.

— Sí —dijo Willie—. Hay que joderse.

En aquel momento se presentó Peters. Se conducía siempre como un infante de marina, aunque no estuviera sereno, y estaba muy orgulloso de la auténtica disciplina, sin los formalismos de ésta, que era la norma en el barco y que era ley en él. Era el hombre que más se aprovechaba de tal situación. Dejó de andar, se cuadró y saludó, demostrando con todo ello que estaba borracho.

— Tom, quiero decir, señor: ¡Ha muerto!

— ¿Quién ha muerto?

— El prisionero, señor.

— Muy bien —dijo Thomas Hudson—. Pon el generador en marcha y a ver si comunicas con Guantánamo.

«Pueden tener alguna noticia para nosotros», pensó.

— ¿Habló el prisionero? —preguntó a Peters.

— No, señor.

— Willie —preguntó—, ¿cómo te sientes?

— Estupendamente.

— Saca dos fotos de perfil con *flash* tal como está a popa. Quítale la manta y los *shorts* y saca una de cuerpo entero, tal como está. Luego un primer plano de la cabeza y otra de frente acostado.

— Sí, señor —dijo Willie.

Thomas Hudson volvió al puente. Oyó arrancar el motor del generador y vio los destellos del *flash*.

«Seguramente ni con esto han de creernos. No creerán que es un alemán —pensó—. No tenemos pruebas. Pueden pensar que es un cadáver que recogimos en algún sitio. Debí haberlo hecho fotografiar antes. A la mierda todos. Puede que mañana atrapemos a los demás.»

Ara se acercó a él.

— Tom —dijo—. ¿Quién quieres que le lleve a tierra para enterrarlo ?

— ¿Quién de vosotros ha trabajado menos hoy?

— Todos hemos tenido una jornada dura. Me llevaré a Gil. Entre los dos lo haremos. Podemos enterrarle en la arena lejos de la marea alta.

— Quizá más lejos.

— Te enviaré a Willie. Dile qué quiere que escriba en la tabla. Porque vamos a ponerle un recordatorio aprovechando una caja que hay en el almacén.

— Envíame a Willie.

- ¿Quieres que lo cosamos en una lona?
- No. Envolvedlo en su manta. Y envíame a Willie.
- ¿Qué deseas de mí? —preguntó Willie poco después.
- Escribe en la tabla lo siguiente: «Soldado alemán desconocido». Y pon la fecha debajo.
- Muy bien, Tom. ¿Quieres que vaya con el pelotón de entierro?
- No. Lo harán Ara y Gil. Tú escribe el rótulo. Luego tranquilízate y bebe algo.
- En cuanto Peters pueda comunicar con Guantánamo te avisaré. ¿Por qué no bajas un rato?
- No. Estoy bien aquí, arriba.
- ¿Qué tal sienta estar en el puente de un barco como éste, lleno de responsabilidad y de porquería ?
- Igual que escribir el rótulo sobre la tabla.
- Cuando llegó el mensaje de Guantánamo, una vez descifrado, se leía: CONTINÚE BUSCANDO HACIA EL OESTE.
- «Lo haremos», se dijo Thomas Hudson. Luego se tumbó y quedó inmediatamente dormido y Henry le tapó con una manta fina.

**IX**

UNA HORA ANTES DEL AMANECER estaba abajo consultando el barómetro. Vio que había bajado. Llamó a su segundo y se lo enseñó. El segundo de a bordo le miró y asintió con la cabeza.

— Ayer viste la borrasca del lado de Romano. Evidentemente se mueve hacia el sur — dijo en un susurro.

— Hazme un poco de té, por favor —dijo Thomas Hudson.

— Tengo una botella preparada; estará muy frío. La puse en el hielo.

Fue hacia popa con un cubo y una bayeta y empezó a fregar la cubierta de popa. Aunque había sido barrida ya, quiso fregarla mejor con la bayeta bien escurrida. Luego cogió la botella de té helado y volvió al puente, y esperó a que amaneciese.

Seguidamente, todavía antes de que aclarase el día, fue hacia popa para levar anclas. Luego, con Ara, levó también el ancla de estribor y finalmente con Ara y Gil izaron el bote, dejándolo en su sitio. El segundo de a bordo sondeó el agua de la sentina y revisó los motores. Por último miró hacia arriba y dijo:

— Cuando tú quieras.

— ¿Por qué ha hecho tanta agua?

— Un pequeño percance, pero ya está en orden. En todo caso prefiero que haga agua a que se recaliente.

— Bien. Enviame a Henry y a Ara. Nos vamos.

Subieron el ancla y Thomas Hudson se volvió hacia Ara.

— Enséñame el árbol otra vez —dijo.

Ara indicó un punto de la costa y Thomas Hudson marcó una pequeña cruz con lápiz en la carta.

— ¿Sabes si Peters comunicó otra vez con Guantánamo?

— No. De nuevo tiene el cacharro quemado.

— Bueno, vamos detrás de ellos y otros de los nuestros van delante. Y ya recibimos órdenes.

— ¿Crees que el viento soplará hacia el sur, Tom?

— Lo indica el anemómetro. Estaremos más seguros cuando empiece a subir.

— A las cuatro había caído casi por completo.

— ¿Te han picado los tábanos de los arenales?

— Al amanecer, con la luz del día.

— Vete abajo y límpiate con insecticida. No me gusta tener esos bichos a bordo.

Hacia un día espléndido y mirando a la pequeña ensenada en dirección a la bahía donde habían permanecido anclados y a la playa y a los bajos árboles de Cayo Cruz, que tan bien conocían los dos, Thomas Hudson y Ara vieron las nubes altas amontonadas por encima de la tierra. Cayo Romano aparecía a lo lejos como un continente con nubes augurando viento del sur y algún chubasco procedente de tierra.

— ¿Qué pensarías si fueras un alemán, Ara? —preguntó Thomas Hudson—. ¿Qué pensarías si vieras este panorama y comprendieras que te ibas a quedar sin viento?

— Intentaría ir a tierra —dijo Ara—. Creo que es lo que haría.

— Te haría falta un guía.

— Pues lo buscaría —dijo Ara.

— ¿Puedes decirme dónde?

— Entre los pescadores de Antón, o adentro, en Romano. O en Coco. Ha de haber pescadores allí salando pescado. En Antón buscaría un bote de lujo.

— Probaremos en Antón —dijo Thomas Hudson—. Es magnífico levantarse por la mañana y navegar con el sol a la espalda.

— Si siempre navegáramos con el sol a la espalda y en un día como éste, el océano sería un paraíso.

Hacia verdaderamente un día de verano y aún no se había presentado ningún chaparrón. Todo prometía bonanza absoluta y el mar era una superficie clara y suave. Divisaron el fondo con claridad hasta que la sonda dejó de tocarlo. De pronto, a lo lejos y donde debía estar, vieron la Minerva con el mar rompiendo mansamente en sus arrecifes de coral. Tras dos meses de vientos alisios era el oleaje natural. Pero rompía mansa y dulcemente con una pasiva regularidad.

«Parece como si estuviera diciendo: Ahora todos somos amigos y no habrá más jaleo ni más desastres entre nosotros —pensó Thomas Hudson—. ¿Por qué es tan poco honrado? —se preguntó después—. Un río puede ser cruel y traidor y también bueno y amable. Un arroyo puede ser completamente amistoso y puedes confiar en él toda la vida si no abusas. Pero el océano es capaz de mentirte antes de hacerte la mala pasada.»

Contempló de nuevo el suave vaivén de las olas que dejaba al descubierto las Minervas tan atractivas como si quisiera venderlas y lucirlas ante el mejor postor.

— ¿Quieres traerme un bocadillo? —preguntó a Ara—. De carne de lata y cebolla cruda, o de jamón con huevo y cebolla cruda. Cuando hayas desayunado sube con una guardia de cuatro hombres y haz el favor de revisar todos los gemelos. Voy un momento abajo antes de poner rumbo a Antón.

— Muy bien, Tom.

«Me pregunto qué haría sin Ara», pensó Thomas Hudson. Y añadió para sí: «Has descansado bien y te encuentras perfectamente. Hay que cumplir las órdenes y les vamos a la zaga, empujándolos hacia los demás. Estás cumpliendo la misión que te han encargado y mira qué hermosa mañana tienes para realizarla. Pero parece todo demasiado bonito».

Navegaban por el canal siempre oteando el horizonte, sin ver más que el mar en calma del amanecer con su gentil ondular y la larga línea verde de Romano, al fondo con todos los cayos intermedios.

— No creo que naveguen muy lejos a vela —dijo Henry.

— No llegarán a ninguna parte —dijo Thomas Hudson.

— Nos dirigimos a Antón, ¿verdad?

— Sí. A revisar todo esto.

— Me gusta mucho Antón —dijo Henry—. Es buen lugar para descansar en esta calma. Si los bichos no acaban con nosotros.

— No sé qué pasaría en el interior —dijo Ara. Un pequeño hidroavión apareció en el horizonte volando bajo hacia ellos. Estaba pintado de blanco y era pequeño iluminado por el sol.

— Avión a la vista —dijo Thomas Hudson:—. Da orden de que icen la bandera grande.

— Si fuésemos enemigos lo habrían pasado bastante mal —dijo Henry—. Bastaba un disparo para derribarles.

— Habrá informado nuestra posición y Cayo Francés recogerá el comunicado.

— Puede que sí —dijo Ara. Los otros dos vascos permanecieron silenciosos, apoyados el uno en el otro, espalda contra espalda, consultando sus cuadrantes.

Momentos más tarde, un vasco a quien llamaban Jorke aunque su nombre era Eugenio pero Peters no conseguía pronunciarlo, dijo:

— El avión vuelve hacia aquí. Vuela en dirección este por entre los cayos de afuera y Romano.

— Debe de ir a casita para desayunar —dijo Ara.

— Informará sobre nuestra presencia en esta zona —dijo Thomas Hudson—. De este modo, dentro de un mes puede que todos sepan donde estábamos a esta hora y en esta fecha.

— Si no equivoca la posición en la carta —dijo Ara—. Mire, Tom, ahí está Paredón Grande. Aproximadamente a veinte grados a babor, por proa.

— Tienes buena vista —dijo Thomas Hudson—. Es así exactamente. Será mejor entrar hasta dar con el canal que nos conduzca a Antón.

— Noventa grados a babor y todo en orden.

— Sea como sea, llegaré a la playa, y podremos seguirla hasta dar con el maldito canal.

Siguieron la línea de cayos verdes que parecían negros cercos junto al agua e iban adquiriendo forma y verdor conforme se acercaban, para finalmente mostrar sus playas arenosas. Thomas Hudson abandonó de mala gana el canal abierto, el mar prometedor y la hermosa mañana en el océano para dedicarse a escudriñar los cayos. Pero el avión que avanzaba costeando en la misma dirección y con el sol detrás, decía bien a las claras que no había rastro de los barcos hacia el este. Podía tratarse de un simple vuelo de rutina. Pero la otra posibilidad era más acertada. Una patrulla en vuelo rutinario habría recorrido el canal en ambas direcciones.

Pronto divisó Antón, que era una isla frondosa y agradable que aumentaba de tamaño a su vista, y miró hacia delante en busca de sus puntos de referencia, para situarse en el mar, mientras avanzaba en dirección a los bancos. Debía tomar el árbol más alto que había en la cumbre de la isla y hacerlo coincidir exactamente con la pequeña hendidura sobre Romano. Con tal rumbo podía entrar aunque el sol le cegara los ojos y el agua brillara como el fuego.

Hoy no era necesario todo aquello; pero había decidido hacerlo para practicar, y al divisar su árbol pensó: «Debería buscar algo más real como punto de referencia en una costa donde abundan los huracanes». Avanzó lentamente a lo largo del banco hasta que el árbol quedó situado en la forma adecuada y entonces viró hacia adentro. Se encontró en el canal entre márgenes margosas y apenas cubiertas de agua.

— Di a Antón que prepare una línea. Podríamos pescar algo para la comida. En el fondo de este canal hay unas lubinas estupendas —gritó.

Siguió navegando según los puntos de referencia. Sintió la tentación de no mirar los bancos y seguir adelante por encima de todo. Pero admitió que aquello era una demostración del exagerado orgullo de que antes habló Ara y siguió pilotando con cuidado hacia estribor guiándose por los bancos y no por la segunda marca. La marea se acercaba velozmente, primero rojiza, luego limpia y pura. Poco antes de alcanzar el recodo donde previamente había calculado fondear, oyó gritar a Willie:

— ¡Pez!

Miró a popa y vio un sábalo estremeciéndose en el aire bajo el sol. Tenía la boca abierta y era muy grande, y el sol brillaba en sus escamas plateadas y en el largo y verde látigo de su aleta dorsal. Siguió agitándose desesperadamente al sol y luego se

hundió en el agua con el consiguiente estruendo y salpicaduras.

— *Un sábalo\** —gritó Antonio decepcionado.

— *Un asqueroso sábalo\** —dijeron los vascos.

— Voy a por él si quiere, Tom —dijo Henry—. Quiero cogerlo aunque no sea bueno para comer.

— Si Willie no te tomó la delantera. Y dile a Antonio que vamos a echar el ancla en seguida.

La excitación que había producido el espectáculo del gran sábalo proseguía a popa, sin que nadie se preocupara mucho del sondeo, salvo algunas risas.

— ¿Quieres probar otra vez? —gritó Thomas Hudson. El segundo de a bordo movió la cabeza negativamente. Una vez echada el ancla el segundo subió al puente.

— Ya está. Listo para aguantarlo todo, Tom —dijo—. Resistirá la lluvia y lo que sea. No importa el oleaje ni el balanceo; no se soltará.

— ¿Cuándo crees que empezará a llover?

— Después de las dos —dijo el segundo mirando el cielo.

— Bajad el bote —dijo Thomas Hudson—. Y poned una lata de gasolina de más para el fuera borda. Hay que apretar de lo lindo.

— ¿Quién va contigo, Tom?

— Iremos Ara, Willie y yo. Necesito viajar rápidamente.

---

\* En castellano en el original.

## X

UNA VEZ EN EL BOTE, los tres envolvieron con sus impermeables a los *niños*<sup>42</sup>. Los «niños» eran las ametralladoras guardadas en un estuche forrado de piel de cordero. Los estuches habían sido cortados y cosidos por Ara, que nada tenía de sastre, y Thomas Hudson había impregnado la lana de dentro de un aceite protector que olía ligeramente a carbólico. Como las armas parecían descansar en sus cunas forradas y como los estuches se balanceaban como cunas colgadas en un rincón del puente, los vascos les habían puesto el nombre de «ñiños».

— Trae una botella de agua —dijo Thomas Hudson al piloto. Guando Antonio la trajo, llena, helada y con un tapón de rosca, se la pasó a Willie, quien la dejó en un sitio adecuado a popa. Thomas Hudson ocupaba el centro del bote y Willie iba un poco inclinado a popa.

Ara puso rumbo al próximo cayo, mientras Thomas Hudson observaba cómo las nubes se acumulaban sobre la costa.

A medida que se iban acercando a la orilla iban divisando las jorobas de las caracolas sobresaliendo de la arena medio enterradas. Ara se inclinó hacia delante para preguntar:

— ¿Quieres echar un vistazo, Tom?

— Quizá sea mejor hacerlo antes de que llueva.

Ara llevó el bote a la playa y levantó el fuera borda en el instante preciso. La marea había formado un pequeño canal en la arena y, siguiéndolo, llegó hasta la orilla.

— Ya estamos en casa otra vez —dijo Willie—. ¿Cómo se llama esta condenada isla?

— Antón.

— ¿Antón Grande, o Antón Chico o Antón el Cabrón?

— Únicamente Antón. Tú gira hacia el este y sigue adelante. Te recogeremos. En seguida examinaré esta playa y Ara dejará el bote en cualquier rincón pasado esa punta. Embarcaré y volveremos a por ti.

Willie tenía a su *niño*\* todavía envuelto en el impermeable, en la mano. Seguidamente se lo cargó al hombro.

— Si encuentro un alemán, ¿puedo matarlo?

— El coronel dijo que los matásemos a todos menos a uno —afirmó Thomas Hudson—. Procura que sea el más despierto.

— Descuida. Antes de matarlo le someteré a todos los *tests* de inteligencia que conozco.

— ¿Por qué no te haces uno tú?

— Tengo un coeficiente intelectual muy bajo. De lo contrario no estaría aquí.

Tras la última frase, Willie inició la marcha. Su actitud era desdeñosa, pero examinaba la playa y el interior con todo el cuidado de que pueda ser capaz un hombre.

Thomas Hudson dio ordenes a Ara, en español, y empujó el bote hacia el agua. Seguidamente echó a andar por la playa con su *niño*\* bajo el brazo, sintiendo la arena entre los dedos de los pies descalzos. Algo lejos de allí, el bote doblaba la punta indicada. Se sentía satisfecho de haber bajado a tierra y caminaba rápidamente sin dejar de observar la playa. La playa era agradable y él no tenía malos presentimientos, como los tuvo aquella mañana temprano, en el mar. Era una mañana

---

<sup>42</sup> En castellano en el original.

fantasmal, pensó, quizá por la calma desacostumbrada. Las nubes seguían acumulándose en la distancia. No había tábanos de arenal volando al sol ardiente, ni siquiera mosquitos. Un poco más adelante divisó una alta garza blanca y erguida con la cabeza, el cuello y el pico en posición de alerta. Cuando Ara pasó cerca en el bote no echó a volar.

«Hay que hacer un detenido examen del terreno, aunque estoy seguro de que nada vamos a encontrar —pensó Thomas Hudson—. Hoy, con esta calma, podrán avanzar poco y tomarles la delantera sería una idiotez. ¿Por qué no he podido averiguar algo más sobre ellos? Es culpa mía. Debí ir a la cabaña que construyeron yo mismo y examinar las huellas. Claro que fueron Ara y Willie y los dos son eficaces. Pero en todo caso debí haber ido personalmente yo.»

«Si no lo hice —siguió pensando— es que me repugna la idea de verlos. Sé que es mi deber. Que he de cazarlos y los cazaré. Pero siento como si ellos y yo estuviésemos juntos en capilla. ¿Acaso pueden odiarse los que están juntos en la celda de muerte esperando morir? No lo creo. A menos que hayan perdido la razón.»

En aquel instante la garza levantó el vuelo y se alejó. Frenó en el aire con sus grandes alas blancas y retrocediendo se posó en tierra después de unas torpes zancadas. «Siento haberla molestado», pensó Thomas Hudson.

Examinó la playa en toda la extensión que dejara al descubierto la marea alta pero no encontró huellas aparte de las de una tortuga que se había arrastrado dos veces. Había señalado una amplia huella de ida y vuelta hacia el mar y se notaba perfectamente el lugar donde había puesto los huevos.

«No tengo tiempo para cavar y buscar huevos —pensó. Las nubes empezaban a moverse y eran cada vez más oscuras—. Si hubieran pasado por aquí, seguramente los hubieran buscado y los hubieran encontrado.» Miró hacia el mar pero no pudo divisar el bote porque había otra curva en la costa.

Siguió avanzando por la arena dura y húmeda de la marea alta y vio a los cangrejos ermitaños con la concha auestas y a los cangrejos fantasmas que se deslizaban por el lecho de arena y se metían en el agua. A su derecha, en la poca profundidad del canal, observó el manchón grisáceo de un banco de mújoles y la sombra que se proyectaba en el fondo arenoso. Vio la sombra de una enorme barracuda que acechaba a los mújoles y luego vio las hileras de los peces, pálidos y en apariencia inmóviles. Siguió caminando y pronto pasó los peces y estuvo de nuevo junto a la garza.

«Veré si logro pasar sin hacerla volar», pensó. Pero cuando casi lo había conseguido, el banco de peces se alteró y muchos empezaron a saltar del agua brillando como la plata bajo el sol con sus ojos grandotes pero sin belleza alguna. Thomas Hudson se volvió para ver si divisaba nuevamente la barracuda que los amenazara. No pudo verla; sólo veía los asustados peces que saltaban como alocados. Casi inmediatamente, vio que el bando rehacía sus filas y que formaban de nuevo una masa gris y cuando volvió la cabeza hacia la orilla la garza había desaparecido. La vio volar de nuevo con sus alas blancas sobre el agua verde y a lo lejos divisó la arena amarilla de la playa y la hilera de árboles en la curva que se internaba en el mar. Las nubes eran cada vez más oscuras detrás de Romano y apretó el paso para doblar el cabo y ver dónde estaba Ara con el bote.

El hecho de caminar más de prisa le produjo una erección por lo cual llegó a la conclusión de que no podía haber alemanes por allí. «Con un solo alemán en los alrededores esto no se habría producido —pensó—. No sé. Podría ocurrir si fueras tan idiota que no advirtieses su proximidad.»

Hacia el final de la punta había un espacio de brillante arena blanca y Thomas Hudson pensó que le agradaría tumbarse allí. «Es un maravilloso sitio», se dijo. Después vio el bote al extremo de la larga playa y pensó: «A la mierda todo. Dormiré esta noche en la colchoneta hinchable y en cubierta. Será mejor que me acostumbre a amar la

cubierta del barco. Llevamos juntos tanto tiempo que creo que debería estar casado con ella. Probablemente pensarán que paso muchas horas en el puente y nos criticarán a la cubierta y a mí. Tendrías que comportarte como un caballero y sin embargo, ¿qué es lo que haces? Sólo estar de pie en cubierta y derramar sobre ella el té frío. ¿Qué modo de comportarte es ése? ¿Para qué guardas tu preciosa cubierta? ¿Para morir sobre ella? Seguramente lo apreciaría. Paséate por ella, párate encima de ella y muérete en ella. Trata a tu barco realmente bien. Una cosa que sí puedes hacer; algo práctico: termina con esas tonterías, explora bien esta playa y recoge a Ara en el bote».

Siguió playa arriba intentando no pensar; simplemente ver cosas. Sabía cuál era su deber y no quería eludirlo. Aunque la verdad era que había bajado a la playa para realizar un trabajo que cualquier otro habría podido hacer. Y es que de permanecer en el barco, si los otros nada hubieran hallado, se habría sentido culpable. Lo miró todo con atención, pero no pudo dejar de pensar.

«Puede que Willie encuentre algo interesante por el otro lado —reflexionó—. O quizás Ara vea algo. Me consta que yo, de ser uno de los alemanes, habría venido aquí. Pero a lo mejor dejaron atrás esta isla y siguieron navegando. También han podido quedarse entre Paredón y Cruz. Pero esto parece poco probable porque alguien los habría visto desde el faro y por la noche, con o sin guía, resulta muy difícil navegar en estos lugares. Tal vez demos con ellos en Coco. O aquí mismo, a la vuelta. Habrá que examinar otro puesto. No podemos olvidar que navegan siguiendo la carta. Aunque quizá lleven con ellos un pescador que les muestre la ruta. Personalmente lo dudo. No he visto humo. Nadie anda quemando leña. Bien, me alegro de terminar el reconocimiento antes de que llueva. Me encanta este trabajo. Lo que no me gusta es el final.»

Empujó el bote y saltó a él lavándose al meterse en el agua la arena de los pies. Dejó el *niño*<sup>\*</sup>, todavía envuelto en el impermeable, en un rincón seguro a su alcance y puso en marcha el motor. No le gustaba mucho el fuera borda, contrariamente a Ara, que era un entusiasta de él. Thomas Hudson nunca se servía de él sin soplar los conductos atascados y revisar las bujías y acordarse de las pequeñas delicias de esos motorcitos. Ara en cambio nunca tenía problemas con el encendido. Si alguna vez no funcionaba o funcionaba mal lo observaba como un jugador de ajedrez admiraría una brillante jugada de su contrincante.

Thomas Hudson navegó muy cerca de la orilla buscando a Ara que estaba más lejos. Al principio no pudo verlo y pensó que estaría con Willie a mitad de camino. Pero en seguida distinguió su silueta casi en la bahía de mangles espesos y verdes, que empezaban donde terminaba la arena y cuyas raíces visibles quedaban al descubierto como tentáculos color rojizo.

Casi inmediatamente vio un mástil que surgía entre los árboles. No divisó nada más. Sólo a Ara tendido junto a unas dunas y mirando por encima.

Sintió un hormigueo en el cuero cabelludo, como ocurre cuando al atravesar una calle un coche que avanza rápidamente en dirección contraria se nos echa encima; pero Ara había oído el motor y acababa de volver la cabeza y le estaba agitando la mano haciendo señas de que se acercara. Thomas se acercó a Ara, avanzando por la parte de atrás.

El vasco subió a bordo con su *niño*<sup>\*</sup>, arropado en el impermeable, con el cañón hacia adelante, sobre el hombro de su vieja camisa de playa. Parecía muy contento.

— Aléjate cuanto puedas por el canal —dijo—. Vamos a por Willie.

— ¿Es uno de los botes?

— Sí —dijo Ara—. Pero estoy seguro de que lo abandonaron ahí. Va a llover, Tom.

---

\* En castellano en el original.

— ¿Has visto algo?

— Nada.

— Yo tampoco.

— Es un buen cayo de vigilancia. Encontré una senda que lleva a una aguada. Pero sin huellas.

— Por el lado hacia donde fue Willie hay agua también.

— Ahí está Willie —dijo Ara. Estaba sentado en la arena. Tenía las piernas cruzadas y su *niño*<sup>\*</sup> sobre las rodillas. Thomas Hudson acercó el bote. Willie quedó mirándoles, el cabello negro húmedo de sudor casi cubriéndole la frente. El ojo sano se veía azul y tenía una expresión mezquina.

— ¿Dónde diablos os metisteis ? —preguntó.

— ¿Cuándo estuvieron aquí, Willie?

— Ayer mismo, a juzgar por la mierda —dijo Willie—. ¿O quizá debí decir los excrementos?

— ¿Cuántos eran?

— Ocho que excretasen. Tres de ellos con diarrea.

— ¿Algo más?

— Llevan un guía o puede que un piloto o lo que sea.

El guía que se habían procurado era un pescador que se dedicaba a salar tiras de barracuda en una choza hecha con ramas de palmera para venderlo al chino que a su vez los vendía a los minoristas chinos poseedores de tiendas de comestibles donde finalmente eran vendidos como bacalao. A juzgar por el aspecto de la choza había salado mucho pescado.

— *Krauts* comer muy bacalao ahora.

— ¿A qué viene ese modo de hablar tan complicado?

— Hablo como quiero —dijo Willie—. Por aquí cada cual habla como le da la gana. Y si no mira los vascos. ¿Tienes algo que objetar?

— Cuéntame todo lo que averiguaste.

— Dormir aquí un humo. Comer carne de cerdo. Cerdo que se suicidó. *Kraut* patrón no tener comida en latas.

— Termina de una vez y habla bien.

— Viejo patrón Hudson perder muy tiempo por causa temporal lluvia y viento. Haga caso Willie, famoso explorador Pampas. Willie saber bien qué decir.

— Acaba de una vez.

— Oye, Tom, ¿quién encontró alemanes dos veces?

— ¿Qué me dices del bote?

— Estar liquidado. Tiene tablas podridas, sobre todo a popa.

— Chocarían con algo al entrar con poca luz.

— Seguramente. Muy bien. Prosiqo. Han seguido al oeste hacia el sol. Ocho hombres y el guía. Quizá sean nueve, si el capitán no pudo cagar como los otros, debido a sus grandes responsabilidades, como nuestro jefe también las tiene. Empieza a llover. En cuanto al bote que abandonaron, huele a podrido, seguramente por causa de su

---

\* En castellano en el original.

antiguo cargamento de cerdos y pollos y por ese alemán que enterramos. Llevan otro tipo herido, pero a juzgar por los vendajes no es de gravedad.

— ¿Tiene pus?

— Sí, pero limpio. ¿Quieres verlo o te fias de mi palabra?

— Me fío de tu palabra pero quiero verlo.

Lo examinó todo. Las huellas, la hoguera apagada junto a la que durmieron y en la que quisaron, los matorrales que utilizaron como letrina y la huella que dejó en la arena el bote cuando lo sacaron a la playa. Llovía ahora con bastante fuerza y el viento comenzaba a soplar en ráfagas tortísimas.

— Habrá que ponerse el impermeable y llevar los *niños*\* bajo el brazo para que no se mojen. Esta noche tendré que desarmarlos.

— Yo te ayudaré —dijo Willie—. Creo que estamos pisándoles los talones, Tom.

— El terreno es muy grande y disponen de un guía que conoce el lugar.

— Emplea la lógica, Tom —dijo Willie—. ¿Qué conocimientos del terreno puede tener ese guía que nosotros no tengamos?

— Creo que muchos.

— A la mierda con los conocimientos. Voy a popa a lavarme con jabón. ¡Dios, cómo deseo sentir el agua fresca y el jabón!

Llovía tan fuerte que apenas podían ver el barco cuando doblaron la curva. El vendaval azotaba el océano y era tan violento y la lluvia tan fuerte que pretender distinguir el barco era como querer mirar un objeto a través de una cascada. «Los tanques se van a llenar —pensó Thomas Hudson—. Es muy probable que escape el agua por los grifos de la cocina.»

— ¿Cuánto tiempo llevaba sin llover, Tom? —preguntó Willie.

— Tendría que comprobarlo en el libro de bitácora. Supongo que unos cincuenta días o más.

— Esto es como el monzón —dijo Willie—. Dadme un cubo para achicar.

— Procura que no se te moje ej *niño*\*.

— Tengo la culata en la ingle y el cañón debajo de la nariz y del hombro izquierdo de la americana —dijo Willie—. Nunca lo pasó mejor el *niño*\*. Dadme un cubo.

Los demás estaban a popa bañándose desnudos. Se enjabonaban y se ponían sobre un pie para volverse a enjabonar en seguida e inclinarse del otro aguantando los fuertes azotes de la lluvia. Todos estaban tostados, pero a la extraña claridad reinante casi parecían blancos. Thomas Hudson recordó el cuadro de los bañistas de Cézanne y pensó que le gustaría que Eakins pintara la escena. Luego se dijo que él mismo debería estar pintándola tal como la estaba viendo, con el barco sobre él rugiente fondo de la rompiente, que atravesaba el gris de la cortina de lluvia; con el negro de la nueva tormenta que avanzaba y el sol que se asomaba a intervalos convirtiendo la lluvia en plata e iluminando a los bañistas de popa.

El bote se acercó. Ara arrojó un cabo y de nuevo estuvieron a bordo.

---

\* En castellano en el original.

**XI**

AQUELLA NOCHE, cuando dejó de llover y Thomas Hudson revisó las goteras que se habían producido a causa de la sequía, puso un cacharro debajo de ellas, después de señalar con lápiz el punto exacto de la filtración; se apostaron las guardias, se repartieron los trabajos y cambió impresiones con el piloto y con Ara. Luego, una vez terminada la cena y en marcha ya la partida de póquer, subió al puente. Llevaba consigo el aparato de Flit, una colchoneta hinchable y una manta fina.

Tenía decidido echarse un rato y no pensar en nada. A veces lo conseguía. A veces podía pensar en las estrellas sin formularse preguntas y en el océano sin ponerse problemas y en el amanecer sin lo que éste traería consigo.

Se sentía limpio desde la cabeza a los pies después de la enjabonada bajo la lluvia que azotó la cubierta de popa. «Me tumbaré y pensaré simplemente que estoy limpio», se dijo. Sabía que era inútil pensar en la mujer que fue madre de Tom y en los lugares donde habían estado y el motivo por qué se separaron. Era inútil pensar en Tom. En cuanto supo lo ocurrido, quiso dejar de pensar en él.

Era inútil pensar en los otros. Los había perdido igualmente y de nada servía recordarlos. Había cambiado el caballo del remordimiento por otro. Tumbarse, sentirse limpio gracias a la enjabonada y no pensar en nada. «Has aprendido a hacerlo durante un rato. A lo mejor te duermes y tienes buenos sueños o sueños divertidos. Quédate inmóvil, contempla la noche, no pienses. Ara o Henry te despertarán si Peters logra algún contacto.»

Al cabo de poco estaba dormido. Soñó que de nuevo era muchacho y que cabalgaba por un desfiladero de suelo difícil. El desfiladero se ensanchaba y había como una playa junto al río de agua tan clara que se podían ver las piedras en su lecho. Luego miraba las truchas junto a la laguna dando saltos en el agua para cazar moscas que flotaban en la corriente. Seguía sentado en su caballo mirando cómo saltaban las truchas cuando Ara le despertó.

El mensaje decía: PROSIGAN BÚSQUEDA CUIDADOSAMENTE HACIA EL OESTE. Terminaba con el nombre al final.

— Gracias —dijo—. Tráeme todo lo que llegue.

— Desde luego. Vuelva a dormirse, Tom.

— Estaba soñando algo estupendo.

— No me lo explique —dijo Ara—. Y a lo mejor se convierte en realidad.

Volvió a dormirse y en el momento de conciliar el sueño sonrió porque pensó que estaba cumpliendo órdenes y que seguía la búsqueda hacia el oeste. «Estoy bien al oeste —pensó—. Más hacia el oeste de lo que ellos quisieron decir.»

Quedó dormido y soñó que la cabaña estaba ardiendo y que alguien había matado a su cervatillo que se había convertido en un macho joven. Alguien había matado a su perro y lo encontraba muerto junto a un árbol. Despertó sudando.

«Voy viendo que soñar no es solución —pensó—. Será mejor aceptar los hechos sin buscar ninguna clase de anestesia. Será mejor que pienses en tus cosas.»

«Lo que ocurre es que tienes un problema básico y otros intermedios. Es todo lo que tienes, de manera que vale más que te acostumbres a la idea. Nunca más gozarás de hermosos sueños, de modo que más vale que no duermas. Límitate a descansar y usa tu cabeza hasta que no puedas más y cuando te duermas cuenta con las pesadillas. Eso has ganado en el juego de la vida. Fijas un objetivo, echas la línea, te quedas vigilando y tu botín será sólo unos sueños intranquilos y desagradables. Estás a punto de lograr no dormir nunca. Pero has cambiado eso por lo que tienes, así que más vale

que te guste. Ahora tienes sueño. Duerme, pues, pero cuenta con que te despertarás sudando. Y bien, ¿qué importa? No importa nada. ¿Te acuerdas de cuando dormías toda la noche con la madre de Tom? ¿Te acuerdas de lo feliz que eras y de que sólo despertabas si ella te despertaba para hacer el amor? Piensa en todo eso, Thomas Hudson, a ver de qué sirve.»

«¿Cuántas vendas tendrán para el herido? Si han adquirido vendas habrán podido comprar otras cosas también. ¿Qué clase de cosas? ¿Qué crees que tendrán aparte de lo que ya sabes que tienen? Muchas no puede ser. Tal vez pistolas automáticas. Tal vez algunas cargas de demolición. Debo suponer que tienen una ametralladora, pero no creo que tengan ganas de luchar. Lo que quieren es largarse en un barco español. Si tuvieran ganas de combatir habrían vuelto aquella noche para tomar Confites. O tal vez no. Quizá sospecharon por algún motivo y vieron nuestras luces en la playa y creyeron que íbamos a pasar más de una noche allí. No podían saber quiénes éramos, pero viendo las luces pudieron imaginar que éramos muchos. Además, con heridos a bordo no podían tener ganas de lucha. Pero el bote que transportaba a sus heridos pudo perfectamente anclar de noche y ellos pudieron desembarcar y apoderarse de la estación de radio si es que pretendían huir en ese otro submarino. Me pregunto qué habrá sido de él. Hay algo muy raro en todo esto.»

«Piensa en algo alegre. Piensa en el principio del viaje, cuando navegabas con el sol a tus espaldas. Y recuerda que ahora llevan un guía que conoce bien el lugar y en todo el pescado salado de que disponen. Te va a ser necesario emplear la cabeza.» Durmió bastante bien hasta dos horas antes de que amaneciera cuando le despertaron las moscas de arenal. Pensar en sus problemas le hizo bien; había dormido sin soñar.







— Muy bien. ¿De qué lo quieres?

— Manteca de cacahuete y cebolla. Pero bastante cebolla.

— Lo haré de manteca de cacahuete y de cebolla..

— Y procura sacudirte el mal humor.

— Sí, señor. El mal humor ya no existe, señor.

Cuando se hubo alejado, Thomas Hudson dijo:

— Ten paciencia con él, Henry. Necesito a ese hijo de perra. Es un buen marinero. Lo que le pasa es que tiene un humor de perros.

— Procuro ser comprensivo con él. Pero a veces es difícil.

— Procúralo más. Le tomabas el pelo con lo de los veinte centavos.

Thomas Hudson miró hacia el mar liso y la inocencia mortífera de los arrecifes de estribor. Le gustaba navegar rozando un arrecife y con la luz por detrás. Le compensaba de las ocasiones en que tenía que navegar cara al sol y de otras cosas.

— Lo siento, Tom —dijo Henry—. Procuraré tener más cuidado con lo que digo y con lo que pienso.

Willie volvió con una botella de ron vacía, debidamente llena de té, envuelta en una servilleta de papel con dos bandas de goma sujetándola.

— Está frío, capitán —dijo—. Lo he preparado así para mantener el frío.

Le entregó un bocadillo, también envuelto en una servilleta de papel y dijo:

— Perfecto ejemplar en el arte de los bocadillos. Lo llamamos especial Monte Everest. Sólo para comandantes.

En la calma reinante, incluso estando en el puente, Thomas Hudson percibió su aliento.

— ¿No crees que es muy temprano para beber, Willie?

— No, señor.

Thomas Hudson lo miró pensativo.

— ¿Qué has dicho, Willie?

— He dicho, no señor. ¿No me ha oído?

— Perfectamente —dijo Thomas Hudson—. Te he oído las dos veces. Y ahora escúchame porque sólo te lo diré una vez: Ve abajo. Limpia la cocina y luego subes a proa donde yo te vea. Te quedas allí para hacerte cargo del ancla.

— Sí, señor —dijo Willie—. No me encuentro bien, señor.

— ¡Al diablo tú y tus males! Si no te encuentras bien yo te aseguro que vas a estar peor.

— Sí, señor —dijo Willie—. Pero me encuentro mal. Creo que debería verme el médico de a bordo.

— Le encontraras en proa. Llama a la puerta del retrete y mira si está allí.

— Es precisamente lo que quería, señor.

— ¿Qué estás diciendo?

— Nada, señor.

— Está como una cuba —dijo Henry.

— No. No lo está —dijo Thomas Hudson—. Bebe demasiado pero está más cerca de la

locura.

— Lleva algún tiempo raro —dijo Ara—. Aunque siempre ha sido raro. Ninguno de nosotros ha sufrido lo que él. Yo admito que no he sufrido nunca.

— Tom ha sufrido. Y sin embargo está bebiendo té frío.

— Dejemos de hablar de cosas tristes. Es morboso —dijo Tom—. Nunca he sufrido y el té frío me gusta.

— Antes bebía usted otras cosas.

— Cada día se aprende algo, Henry.

Avanzaban a buena marcha con la luz a la espalda y entonces vio la roca que tenía que evitar. Pensó que aquella conversación no serviría de nada.

— Vete a proa con él, Ara, y vigila sus movimientos. No le dejes solo. Recoge las líneas, Henry. George, ve a ayudar a Antonio a bajar el bote. Acompañale si lo deseas.

Cuando quedó solo en el puente percibió el olor típico de guano de las aves en la roca, dobló la curva y ancló en dos brazas de agua. El fondo estaba claro y la marejada era fuerte. Levantó los ojos hacia la casa pintada de blanco y el alto faro, alto y anticuado, y luego miró más allá de la alta roca, hacia los verdes cayos, y después hacia la punta rocosa y estéril de Cayo Romano. Habían vivido tanto tiempo a la vista de aquel cayo, largo y extraño y lleno de insectos y conocía tan bien una parte de él y habían entrado allí tantas veces, orientados por las marcas del paisaje, en buenas y malas circunstancias, que siempre sentía emoción al avistarlo o al alejarse de él. Ahora estaba allí, más desnudo y estéril, resaltando de la línea del horizonte como un desierto con matorrales.

Había caballos y animales cimarrones y jabalíes en aquel cayo y Thomas Hudson se preguntó por un momento cuánta gente había abrigado la ilusión de colonizarlo. Tenía colinas con abundante hierba y hermosos pastos y excelentes zonas arboladas y en cierta ocasión una colonia llamada Versalles, porque sus miembros eran franceses, intentó vivir en Romano.

Ahora sus casas de madera estaban abandonadas, menos una grande; en cierta ocasión que Thomas Hudson llegó hasta ella en busca de agua vio que los perros de las chozas vivían mezclados con los cerdos que andaban revolcándose en el fango y tanto los cerdos como los perros se veían de un color gris debido a la espesa capa de mosquitos que les cubría. Era un cayo maravilloso cuando soplaban el viento del este noche y día y se podía caminar por él un par de jornadas con un fusil al hombro seguro de pisar tierra sólida. Era un país virgen, tanto como cuando desembarcó en aquellas costas Colón. Pero cuando el viento amainaba, nubes de mosquitos procedentes de los pantanos lo invadían todo por completo. Decir nubes de mosquitos, pensó, no era una metáfora. Era realmente así; los mosquitos podían coger por su cuenta un hombre y desangrarlo. «Los hombres que buscamos no se habrán parado aquí en Romano, con esta calma —pensó Thomas Hudson—. Deben haber seguido costa arriba.»

— Ara —llamó.

— ¿Pasa algo, Tom? —preguntó Ara. Siempre saltaba al puente con agilidad de acróbata, aunque pesaba como si fuera de acero.

— ¿Cómo van las cosas?

— Willie está fuera de sí. Le saqué del sol, le di un trago y le obligué a acostarse. Parece más tranquilo pero mira con demasiada fijeza.

— Quizá tomó demasiado sol en su enferma cabeza.

— Quizá sí. Pero también podría ser otra cosa.

— ¿Alguna otra novedad?

— Gil y Peters duermen. Gil estuvo de guardia para que Peters no se durmiera. Henry duerme también y George fue a tierra con Antonio.

— No pueden tardar.

— Desde luego.

— No dejes que Willie tome el sol. Fui un idiota enviándole a proa pero lo hice por disciplina, sin pensar.

— Estoy desmontando y limpiando las armas grandes. También he revisado los fusiles por si les perjudicó la lluvia y la humedad de anoche. Después de la partida de póquer, antes de irnos a descansar, lo estuvimos engrasando todo.

— Con esta humedad habrá que hacerlo a diario, aunque no hayamos disparado.

— En efecto. Tendríamos que desembarcar a Willie. Pero aquí es imposible.

— Mejor en Cayo Francés.

— Y mejor todavía en La Habana. Para solicitar allí mismo que le licencien. Va a hablar, Tom. Lo hará, con toda seguridad.

Thomas Hudson se quedó pensando algo y se arrepintió.

— No debimos aceptarlo cuando se presentó. Sabíamos que el médico le había dado de alta hacia poco tiempo y por razones de enfermedad mental.

— Es cierto, pero le contraté. ¿Cuántos otros errores hemos cometido?

— No tantos —dijo Ara—. ¿Puedo ir abajo a terminar el trabajo?

— Sí —dijo Tom—. Y gracias por todo.

— *A tus órdenes\** —dijo Ara.

— Sinceramente quisiera que fuesen mejor —dijo Thomas Hudson.

Antonio y George llegaban ya, y Antonio subió en seguida al puente, dejando que George y Henry se ocupasen de izar a bordo el bote y el motor.

— ¿Y bien? —preguntó Thomas Hudson.

— Han debido marcharse con la última brisa —dijo Antonio—. De haber habido claridad les hubieran visto desde el faro. El viejo del bote, el que echaba las redes, no ha visto ningún bote tortuguero. Es un gran charlatán y lo habría contado. Por lo menos eso ha dicho el torrero. ¿No crees que debemos volver para interrogarle?

— No. Seguramente están en Puerto Coco o en Cayo Guillermo.

— Es hasta donde habrán podido llegar con el viento que tenían.

— ¿No crees que hayan podido pasar el estrecho de noche?

— Ni con el mejor piloto del mundo.

— Entonces habrá que buscarlos a sotavento de Coco o en Guillermo. Levemos anclas y vamos.

Era una costa sumamente sucia y se esforzó por mantenerse afuera bordeando la curva de cien brazas. Cerca de la orilla la costa era baja, rocosa y con arrecifes y algún sector de arena que quedaba seca con la marea baja. Habían establecido una guardia de cuatro hombres y Thomas Hudson tenía a Gil a su izquierda. Thomas Hudson miró hacia la orilla y hacia el comienzo de la arboleda y pensó: «Qué infierno de lugar para esta calma». Las nubes se iban amontonando en el cielo, lo que hacía presagiar que la lluvia empezaría antes de lo previsto. «Hay tres sectores después de Puerto Coco que debo inspeccionar» —pensó—. «Será mejor seguir hacia allá

---

\* En castellano en el original.

directamente.»

— Henry —dijo—. Mantente a 285, haz el favor. Quiero ir abajo a ver a Willie. Si ves algo avisa. No es necesario observar la costa, Gil. Mira mejor desde proa a estribor. Es imposible que estén en esa costa tan baja.

— De todos modos, si no te importa, miraré a tierra, Tom —dijo Gil—. No hay que olvidar ese absurdo canal que casi llega a la playa. El guía puede haberlo tomado, ocultando a esa gente entre los mangles.

— Muy bien —dijo Thomas—. Diré a Antonio que suba.

— Con estos gemelos grandes podría ver el mástil de su barco entre los árboles.

— Lo dudo. Pero a lo mejor sí.

— Por favor, Tom. Si no te opones.

— Ya te dije que sí.

— Lo siento, Tom. Pero sigo creyendo que un guía los pudo llevar allí. Nosotros estuvimos por esos contornos una vez.

— Y tuvimos que salir escapados.

— Ya sé. Pero si el viento les hubiera fallado y tuvieron que ocultarse rápidamente... No nos conviene pasar de largo.

— Comprendo. Pero estamos demasiado lejos para que puedas ver un mástil. Además, en ese caso cortarían mangles para ocultar el mástil.

— Lo sé —dijo Gil con española obstinación—. Pero tengo buena vista y con estos gemelos de doce aumentos y la calma reinante, creo que podría...

— Ya te he dicho lo que has de hacer.

— Bien. Pero tenía que explicar mi punto de vista.

— Ya lo has explicado —dijo Thomas Hudson—. Si descubres un mástil te autorizo para que me lo metas en el culo adornado de cacahuetes.

Gil casi se ofendió al oírle, aunque acabó pensando que la broma tenía gracia, sobre todo lo de los cacahuetes y siguió oteando la arboleda hasta que los gemelos casi parecían desorbitar sus ojos.

Abajo, Thomas Hudson hablaba con Willie sin dejar de mirar la tierra y el mar. Era muy curioso comprobar lo que se veía en cuanto se abandonaba el puente, y si las cosas marchaban bien, Thomas Hudson se sentía como un tonto fuera del puente. Procuraba a toda costa mantener contacto con todos para evitar sorpresas. Pero había delegado una creciente autoridad en Antonio, mejor marino que él y en Ara, mejor hombre. «Los dos valen más que yo —pensó— y sin embargo yo soy quien manda, aprovechando los conocimientos, la experiencia y el carácter de los dos.

— Willie —dijo—. Quiero la verdad. ¿Cómo te encuentras?

— Siento haberme portado como un idiota. Pero no estoy del todo bien, Tom.

— Ya sabes cuál es nuestro reglamento sobre la bebida. No tenemos leyes. No voy a recurrir a palabras gastadas. El deber, por ejemplo.

— Lo sé —dijo Willie—. Sabes que no soy un borrachín.

— No admitimos borrachos.

— Menos en el caso de Peters.

— Yo no le contraté. Nos fue enviado. Él también tiene sus problemas.

- Su problema es el *Old Angus*<sup>45</sup>. Lo malo es que los jodidos problemas suyos pasan a ser problemas nuestros con demasiada facilidad —dijo Willie.
- Olvidémosle —dijo Thomas Hudson—. ¿Algo que te preocupe?
- En sentido general.
- ¿Qué quieres decir?
- Pues que yo estoy medio loco y tú estás medio loco y tenemos una tripulación de hombres mitad santos y mitad diablos.
- Ser un hombre mitad capaz de todo y mitad santo no está mal.
- Lo sé. Es maravilloso. Pero yo estaba acostumbrado a cosas más normales.
- Willie, a ti no te pasa nada. Sólo que estuviste demasiado al sol y la cabeza se te resiente. Además, estoy seguro de que la bebida te sienta mal.
- También yo estoy seguro de eso. No quiero ser latoso, Tom —dijo Willie—. Pero, ¿has estado loco alguna vez de verdad?
- No. Nunca llegué a estarlo del todo.
- Es muy desagradable —dijo Willie—. Y dure lo que dure, siempre dura demasiado. Pero dejaré de beber.
- No. Bebe un poco. Como siempre lo has hecho.
- Bebo por algo.
- Siempre bebemos por algo.
- Naturalmente. Pero en mi caso está justificado. No te mentiría, Tom. Créeme.
- Todos mentimos. Pero no te creo capaz de mentir adrede.
- Vuelve a tu puente —dijo Willie—. Siempre estás mirando el agua como si fuera una chica que quisiera dejarte. Te prometo que sólo beberé agua de mar. Me dedicaré a ayudar a Ara a desmontar las piezas para volverlas a montar:
- No bebas, Willie.
- Cuando digo que no, es que no.
- De eso estoy seguro.
- Oye, Tom, ¿puedo hacerte una pregunta?
- Lo que quieras.
- ¿Cómo van las cosas?
- Tan mal como quieras.
- ¿Puedes dormir?
- No mucho.
- ¿Anoche?
- Sí.
- Fue porque anduviste por la playa —dijo Willie—. En fin, vuelve a tu puesto y olvídate de mí. Trabajaré con Ara.

---

<sup>45</sup> Marca de whisky.

## XIII

HABIAN BUSCADO HUELLAS en la playa de Puerto Coco y registraron la costa poblada de árboles con el bote. Vieron sitios adecuados para ocultar un bote tortuguero. Pero todos estaban vacíos y comenzó a llover temprano con un aguacero tan fuerte que parecía que el mar fuera a alcanzar el cielo saltando al aire con su blanca espuma.

Thomas Hudson había reconocido la playa en ambas direcciones hasta detrás de la laguna. Vio el sitio donde se refugiaban los flamencos cuando subía la marea y vio un par de ibis rosados de pico de espátula a orillas de la laguna. Eran hermosos, con sus fuertes tonalidades rosa resaltando sobre el gris de la greda y tenían delicados y ágiles movimientos, aunque su actitud fuera la misma impersonal y hambrienta de la mayoría de las zancudas. Thomas Hudson no tenía tiempo que perder mirándolas porque había de examinar los alrededores y convencerse de si los hombres a quienes perseguía habían dejado el bote entre los mangles y acampados en terreno alto a fin de librarse de los mosquitos.

No encontró nada salvo los restos de una hoguera de carbón de leña y cuando pasó el primer chaparrón salió a la playa. Ara lo recogió en el bote. A Ara le gustaba navegar en el bote bajo la lluvia, en medio de un fuerte temporal, e informó a Thomas Hudson que ninguno de los exploradores había descubierto nada. Todos habían vuelto a bordo, menos Willie, a cuyo cargo corría la extensión más lejana de la playa, más allá de la arboleda.

— ¿Y tú? —preguntó Ara—. ¿Has encontrado algo?

— Nada.

— Esta lluvia le sentará bien a Willie. Le refrescará. En cuanto te deje a bordo iré en su busca. ¿Dónde crees que están los alemanes que andamos buscando, Tom?

— En Guillermo. Es donde estaría yo.

— Y yo. Y creo que lo mismo opina Willie.

— ¿Cómo sigue?

— Tirando. Ya lo conoces.

— Sí —dijo Thomas Hudson. Llegaron al barco y Hudson trepó.

Thomas Hudson vio cómo Ara viraba a popa y lo vio alejarse. Luego pidió una toalla y se secó en la cubierta de popa.

Henry dijo:

— ¿No tomas una copa, Tom? —Estaba realmente empapado.

— Beberé algo.

— ¿Un vaso de ron?

— Estupendo —dijo Thomas Hudson. Fue abajo a por unos *shorts* y una camisa y vio que todos estaban de buen humor.

— Estamos bebiendo ron —dijo Henry. Ofreció un vaso medio lleno a Thomas Hudson y dijo—: Supongo que si te secas bien te librarás de un resfriado. Y todos nosotros.

— Hola, Tom —dijo Peters—. ¿Te has decidido a formar parte de este alegre grupo de bebedores?

— ¿Cuándo despertaste? —preguntó Thomas Hudson.

— Cuando oí el glu-glu.

— Una noche de éstas haré un glu-glu a ver si te despiertas.

— No te preocupes, Tom. De eso se encarga Willie todas las noches.

Thomas Hudson decidió que era mejor no beber ron. Pero luego, viendo que todos habían apurado sus vasos y que parecían contentos pese a lo comprometido de la situación, pensó que sería pedante y engreído rehusarlo. Aparte de que lo necesitaba.

— ¿Nos partimos éste? —dijo a Peters—. Eres el único hijo de madre que conozco capaz de dormir mejor con auriculares que sin ellos.

— Partirnos eso es un mal negocio —dijo Peters escudándose en la trinchera de una disciplina formal—. Nos quedaremos sin beber los dos.

— Entonces sírvete otro —dijo Thomas Hudson—. Me gusta tanto como pueda gustarte a ti.

Los otros hombres no apartaban los ojos de ellos y Thomas Hudson vio cómo los músculos de las mandíbulas de Henry se crispaban.

— Bébelo —dijo Thomas Hudson—. Y esta noche procura manejar tus malditos cacharros lo mejor que sepas. Por tu bien y por el de los demás.

— Por todos nosotros —dijo Peters—. ¿Quién es el hombre que más trabaja a bordo?

— Ara —dijo Thomas Hudson bebiendo por primera vez un sorbo de ron. Luego, mirando a su alrededor, añadió—: Ara y toda la condenada tripulación.

— A tu salud, Tom —dijo Peters.

— A la tuya —dijo Thomas Hudson sintiendo como si las palabras se le helasen en la boca—. Por el rey de los auriculares —añadió para recuperar terreno—. Por todos los gorroteos aunque no sean de agua —dijo finalmente, sintiéndose lejos de todo, como debió sentirse desde el principio.

— Por el comandante —dijo Peters llevando las cosas demasiado lejos.

— Gracias —dijo Thomas Hudson—. Pero sería un condenado hijo de puta si bebiera a tu salud antes de arreglar tus malditos cacharros.

Peters le miró y volvió a su cara la expresión de disciplina y su cuerpo, sin duda en malas condiciones físicas, adoptó la rígida actitud del hombre que había servido tres largas temporadas y que había abandonado, como Willie. Entonces dijo sin ninguna clase de reservas:

— Sí, señor.

— A tu salud —dijo Thomas Hudson—. Y procura que se pongan en marcha tus milagrosos aparatos.

— Muy bien, Tom —dijo Peters sin sombra de ironía.

«Bueno, creo que por hoy basta —pensó Thomas Hudson—. Será mejor dejar así las cosas. Me voy a popa a vigilar la vuelta de mi otro hombre problema. Nunca sentiré por Peters lo que siente el resto de la tripulación. Conozco sus defectos no tan bien como ellos. Pero yo le veo algo más. Es como la mentira llevada tan lejos que por fin se hace realidad. Ciertamente no está a la altura de la gente que traemos. Pero puede que sirva para cosas mejores. Le pasa lo que a Willie. Son dos hombres difíciles. En fin, el caso es que... ya quisiera que estuviesen aquí.»

Vio el bote avanzando por entre la lluvia y la estela blanca que se rizaba a impulsos del viento. Ambos estaban empapados cuando subieron a bordo. No habían utilizado los impermeables, que seguían arrojando a los *niños*\* para protegerlos.

— Hola, Tom —dijo Willie—. Aquí estamos con el culo mojado y la barriga vacía. Eso es todo.

---

\* En castellano en el original.

- Coge los *niños*\* —dijo Ara, tendiendo las dos metralletas envueltas.
- ¿Nada nuevo?
- Nada multiplicado por diez —dijo Willie.
- Había quedado de pie en la cubierta, chorreando agua y Thomas Hudson llamó a Gil pidiéndole un par de toallas.
- Ara acercó el bote con el cabo y subió.
- Nada de nada —dijo—. Tom, ¿cobraremos horas extraordinarias por trabajar lloviendo ?
- Lo primero que hay que hacer es limpiar esas armas —dijo Willie.
- Yo prefiero secarme antes —dijo Ara—. Estoy calado hasta los huesos. Tanto tiempo sin refrescarnos y ahora tengo carne de gallina hasta en el culo.
- Tom —dijo Willie—. Supongo que te has dado cuenta de que esos hijos de puta pueden navegar bajo la lluvia si tienen coraje y se acercan a la costa.
- Sí. Lo he pensado.
- Lo que creo es que duermen de día y navegan de noche aprovechando las ráfagas de lluvia de la tarde.
- ¿Dónde opinas que están?
- No creo que hayan pasado de Guillermo. Pero también pudiera ser que estuvieran allí.
- Zarparemos al amanecer y los atraparemos en Guillermo mañana.
- Puede que sí y puede que no. A lo mejor se han ido.
- Desde luego.
- ¿Por qué diablos no tendremos radar?
- ¿De qué nos serviría ahora? ¿Qué ves en la pantalla, Willie?
- Prefiero callarme —dijo Willie. Y añadió—: Perdona, Tom, pero perseguir a algo que no tiene radio con un UHF que no quiere funcionar...
- Lo entiendo —dijo Thomas Hudson—. Pero, ¿tratas de perseguirlos mejor de lo que lo estamos haciendo?
- Sí. ¿Te importa?
- Está bien.
- Quiero atrapar a esos hijos de puta y matarlos a todos.
- ¿De qué va a servir?
- ¿Has olvidado la última carnicería?
- Nb me vengas con cuentos de miedo, Willie. Eres demasiado mayorcito.
- Bueno. Pero es que tengo ganas de acabar con ellos. ¿Te parece bien?
- Lo prefiero así a hablar de carnicería. Pero el caso es que necesito algún prisionero del submarino que operaba en estas aguas para hacer que hablen.
- El último que tuvimos no puede decirse que hablara mucho.
- No. Tampoco tú hubieras hablado de estar en su lugar.
- Bien —dijo Willie—. ¿Puedo tomar un trago con permiso?
- Naturalmente. Ponte unos *shorts* y una camisa seca y no armes jaleo.

- ¿Con nadie?
- ¡No seas crío! —dijo Thomas Hudson..
- Me callo —dijo Willie y rió mostrando los dientes.
- Así me gustas más —dijo Thomas Hudson—. Sigue así.

**XIV**

AQUELLA NOCHE HUBO TRUENOS y relámpagos y llovió hasta las tres de la madrugada. Peters no pudo captar nada en la radio y todos durmieron, húmedos y acalorados, hasta que acabó de llover y llegaron las primeras moscas despertando a todos uno por uno. Thomas Hudson echó flit profusamente bajo cubierta. Hubo de momento muchas toses, pero más tranquilidad, menos palmadas.

Despertó a Peters rociándolo de insecticida y Peters sacudió la cabeza con los auriculares puestos y dijo en voz baja:

— Lo he intentado todo hora tras hora. Pero no he captado nada.

Thomas Hudson miró el barómetro con una linterna y vio que subía.

«Tendrán brisa —pensó—. Bueno. No podrán decir que no tendrán suerte. He de pensar en eso.»

Volvió a popa y fumigó el camarote sin despertar a nadie.

Se sentó y observó cómo iba aclarando la noche, mientras de vez en cuando se rociaba de flit. Andaban escasos de líquidos contra la presencia de insectos pero no de flit para acabar con ellos. El flit daba una sensación de ardor donde se transpiraba, pero era mejor que los tábanos. El efecto de éstos era distinto al de los mosquitos ya que no se les oía hasta que picaban y la picadura producía una comezón momentánea y repentina. Las picaduras levantaban una roncha del tamaño de un guisante. En algunos lugares de la costa y en los cayos eran más virulentos que en otros parajes. Al menos, las picaduras resultaban más dolorosas. Pero Thomas Hudson lo atribuía al estado de la piel y a su grado de endurecimiento o al sol que hubiera tomado. «No sé cómo las aguantan los nativos. Han de ser gente dura para habituarse a esta costa y a la de las Bahamas cuando el alisio deja de soplar» —pensó.

Siguió a popa mirando y escuchando. Había dos aviones altos en el cielo y estuvo oyendo el roncar de sus motores hasta que se perdieron a lo lejos.

«Bombarderos que irán a Camagüey en ruta hacia el África o algún otro lugar —siguió pensando—. Nada tienen que ver con nosotros. A ellos no les molestan los tábanos. Ni a mí tampoco. ¡A la mierda con ellos! ¡A la mierda y que yo pueda verlo! Pero quisiera que ya fuese de día y encontrarme lejos de aquí. Hemos inspeccionado toda la costa, hasta la misma punta, gracias a Willie; seguiré el canal pequeño cerca de la orilla. Sólo sé de un recodo peligroso, pero cuando amanezca, con la luz del día, aunque siga la calma lo veré muy bien. Después estaremos en Guillermo.»

Por la mañana temprano Gil, el que tenía mejor vista, divisó la verde playa con sus gemelos de doce aumentos. Estaban lo suficientemente cerca de la orilla para ver en ella una rama de mango que evidentemente había sido cortada hacía poco. Thomas Hudson seguía al timón. Henry vigilaba el mar. Willie ayudaba a Gil.

— Posiblemente han pasado por aquí —dijo Willie.

— Hemos de estar seguros —dijo Ara, que estaba ayudando a Henry en la vigilancia que le encomendaron.

— Pues claro. Yo sólo he hecho un comentario.

— ¿Dónde diablos está la Patrulla del Alba de ese maldito barco que vimos en Cayo Francés?

— Los domingos no patrullan —dijo Willie—. Seguramente hoy es domingo.

— Habrá brisa —dijo Ara—. No hay más que mirar los cirros para estar seguros de ello.

— Sólo temo una cosa —dijo Thomas Hudson—. Que hayan entrado por el paso en

















ninguna embarcación.

«Quizá llegaron al canal nuevo y han seguido avanzando —pensó—. Sería estupendo que los cazaran otros. Nosotros ahora no podemos atraparlos sin luchar. De ningún modo se entregarían a los ocupantes de un bote.»

Llevaba tanto tiempo pensando en ellos que estaba como cansado.

«Sí, estoy harto de ellos —se dijo—. Pero al menos sé lo que tengo que hacer, lo cual simplifica las cosas enormemente. El deber es maravilloso. No sé qué habría sido de mí sin un deber que cumplir, desde que murió el joven Tom. Hubiera podido pintarlo, claro. También podría hacer algo útil. Pero a pesar de todo, la cosa más sencilla es cumplir el deber.»

«Lo que hago es útil —siguió pensando—. No debo ponerme en contra de ello. Me ayuda a olvidar, a superar. Por eso lo hago. Dios sabe lo que puede haber más allá. Hemos perseguido sin tregua a esa gente. Ahora descansamos unos diez minutos y luego a seguir cumpliendo el deber. ¡Al diablo todo lo demás! Hemos seguido muy bien la pista.

— ¿Es que no quieres comer, Tom? —gritó Ara.

— No tengo hambre, muchacho —dijo Thomas Hudson—. Súbeme la botella de té que está sobre el hielo.

Ara obedeció, y Thomas Hudson cogió la botella que le tendía y descansó apoyado en un ángulo del puente. Bebió un largo sorbo de té helado y miró el cayo más importante y grande que se veía desde allí. Las raíces de los mangos se divisaban con toda claridad. Por el lado izquierdo se acercaban, volando, unos cuantos flamencos. Volaban bajo, muy cerca del agua, y constituían un bello espectáculo bajo el sol. Volaban con el largo cuello inclinado y las incongruentes patas hacia atrás inmóviles, mientras sus alas negras y rosa se agitaban continuamente para acercarlos a la orilla de barro, a su derecha. Mirándolos, Thomas Hudson se maravilló, de su silueta oscura por abajo, su pico blanco, su presencia color de rosa en el cielo. No eran animales importantes y sin embargo cada uno de ellos constituía un estímulo para él. Cuando llegaron al verde islote, vio que los flamencos giraban bruscamente hacia la derecha en vez de cruzar la extensión de color verdoso

— ¡Ara! —gritó.

Ara acudió diciendo:

— Sí, Tom.

— Prepara tres «niños» y bájalos al bote con media docena de cargas para cada uno y otras municiones. Pon también el botiquín mediano y di a Willie que venga.

Los flamencos se habían instalado al extremo final de la orilla derecha y estaban muy ocupados comiendo. Thomas Hudson seguía mirándolos cuando Willie se acercó y dijo:

— ¡Malditos flamencos!

Y sin dejar de mirarlos continuó diciendo:

— No han querido volar sobre los árboles. Seguro que el barco que andamos buscando o bien otro cualquiera está oculto allí. ¿Quieres que vayamos tú y yo a echar un vistazo, Willie?

— Desde luego que sí.

— ¿Habéis comido?

— Nuestro maldito prisionero no come, devora.

— Entonces ve a ayudar a Ara.

— ¿Ara viene con nosotros?

- No. Llevaremos a Peters porque sabe alemán.
- ¿Por qué no viene Ara? No me gusta Peters como compañero, si hay que pelear.
- Peters puede hablarles y evitar la lucha. Willie, necesito prisioneros. Y no quiero que su piloto muera.
- Creo que pones muchas condiciones, Tom. Pareces haber olvidado que ellos son ocho o nueve y nosotros sólo tres. Además, ¿quién diablos puede saber que nosotros sabemos que su piloto vive ?
- Lo sabemos nosotros.
- ¿A qué viene tanta honradez?
- Te pregunté si querías venir.
- Claro que quiero ir —dijo Willie—. A mí sólo me fastidia que venga Peters.
- Luchará si es necesario. Y ahora, por favor, di a Henry y a Antonio que suban.
- ¿Crees que están ahí, Tom? —preguntó Antonio acercándose.
- Estoy seguro.
- ¿Puedo ir contigo, Tom? —preguntó Henry.
- No. En el bote sólo cabemos tres. Si algo ocurre y veis que su barco intenta alejarse con la marea creciente, disparad sobre él. Luego seguidlo hasta la bahía. Probablemente estará averiado y no podrá seguir. Si es posible coged un prisionero y llevadlo a Cayo Francés para que sea interrogado.
- ¿No podría ir yo en vez de Peters? —preguntó Henry.
- No. Henry, lo siento. Él habla alemán —dijo Thomas Hudson. Y añadió dirigiéndose a Antonio—: Si todo va bien, dejaré a Willie y a Peters en el barco con quien sea y volveré en el bote con el prisionero.
- Nuestro último prisionero duró bien poco.
- Procuraré que este otro sea sano y fuerte. Y ahora ve abajo y revísalo todo. Quiero mirar un rato a los flamencos.
- Quedó de pie en el puente contemplándolos.
- «No es sólo su color —pensó—. No es por su rosa y por su negro, sino por su tamaño y por lo feos que son, en detalle, siendo a la vez malignamente bellos. Deben de ser aves muy antiguas; seguramente de los primeros tiempos.»
- No los miró con los gemelos porque no quería apreciar detalles. Sólo mirar la masa rosada sobre el marrón agrisado del banco. Acababan de llegar otras dos bandadas y la orilla tenía una tonalidad que ni siquiera se hubiese atrevido a pintar.
- «O quizá sí. Quizá me hubiera atrevido y lo habría pintado —pensó—. Es maravilloso mirar flamencos antes de marchar. Pero será mejor no dar a mis hombres tiempo para preocuparse y pensar demasiado.»
- Bajó del puente y dijo:
- Gil, ocupa tu puesto y no dejes de vigilar con los gemelos. No pierdas de vista el cayo. Henry, si oyes mucho jaleo y ves que el barco que perseguimos intenta escapar, haz volar su maldita proa. Y que nadie deje de vigilar con los gemelos en busca de supervivientes. Mañana os dedicáis a cazarlos. Acercaos al bote, esté donde esté, y utilizadlo. Hay otro bote en el barco que ellos llevan. Utilizadlo también, si no nos lo hemos cargado antes.
- ¿Alguna otra orden? —preguntó Antonio.
- Sólo que conservéis corriente el intestino. Sed buenos muchachos. Volveremos en

seguida. Y ahora, vamos de una vez, mis queridos canallas. En marcha.

— Mi abuelita no me tenía por canalla —protestó Peters—. Siempre decía que yo era el chiquillo más guapo y más legítimo de todo el país.

— Igual decía mi madre —afirmó Willie—. ¿Dónde quieres que nos sentemos, Tom?

— El bote va mejor contigo a proa. Pero si lo prefieres iré a proa yo.

— Vamos, vamos, ocupa el timón —dijo Willie—. Tienes un buen buque que gobernar.

— Perfectamente —dijo Thomas Hudson—. Voy a maniobrar. Suba usted a bordo, caballero Peters.

— Me siento feliz por embarcar, almirante —dijo Peters.

— Buena caza —gritó Henry.

— ¡Así te murieras! —dijo Willie.

El motor se puso en marcha y zarparon rumbo al cayó, donde el terreno se confundía con el agua debido a la poca altura del bote.

— Lo abordaremos de costado y sin previo aviso. Quiero decir sin las exclamaciones de rigor.

Los dos hombres asintieron con un movimiento de cabeza, uno a proa y el otro en el centro.

— Agarrad el arma. No me importa que se vea —dijo Thomas Hudson.

— No sé dónde la he metido —dijo Peters—. Me siento ahora como una de las mulas de mi abuela.

— Ser una mula no está del todo mal. Es un buen animal.

— Tom, ¿es necesario que recuerde todo ese maldito cuento de no matar al piloto?

— Recuérdalo, pero usa la cabeza.

— Bien —dijo Peters—. Nuestras preocupaciones tocan a su ñn.

— Será mejor que nos callemos ahora —dijo Thomas Hudson—. Saltaremos a bordo los tres a la vez. Si están abajo, gritas en alemán que suban con las manos en alto. Es mejor no hablar porque pueden oír voces en la distancia por encima del ruido del motor.

— ¿Qué hacemos si no suben?

— Willie arrojará una granada.

— ¿Qué hacemos si están en cubierta?

— Atacarles según el orden que aquí ocupamos. Yo a popa. Peters en el centro. Tú a proa.

— ¿Y arrojo una granada?

— Naturalmente. Luego procuraremos salvar a los heridos. Por eso he traído el botiquín.

— Creí que era para nosotros. Por si nos hacía falta.

— También por eso. Y ahora a callar. ¿Está todo claro?

— Claro como la mierda —dijo Willie.

— Bueno. Supongo que tenemos tapones para el culo —dijo Peters.

— Nos los mandaron esta mañana por avión. ¿No recogiste el tuyo?

— No. Pero mi madre siempre ha dicho que yo era el niño de digestión más lenta de

todo el sur. En el Instituto Smithsonian de la Confederación todavía guardan, expuesto, uno de mis pañales.

— ¡Basta ya de mierda! —dijo Willie echándose hacia atrás para no tener que gritar—. ¿Todo eso hemos de hacerlo de día, Tom?

— Inmediatamente.

— Soy un desdichado hijo de perra —dijo Willie—. He caído en manos de insensatos canallas y ladrones.

— Calla, Willie. Quiero verte luchar.

Willie inclinó afirmativamente la cabeza y miró con su ojo bueno el verde saliente de la costa cubierto de mangos que se alzaban como de puntillas sobre sus raíces de color castaño rojizo.

Sólo hizo una observación más antes de doblar la punta.

— Hay excelentes ostras en esas raíces —dijo.

Thomas Hudson asintió.

**XVI**

DIVISARON EL BOTE TORTUGUERO en cuanto doblaron la punta del cayo y pasaron el canal que los separaba de otro más pequeño. Estaba inmóvil proa a la playa y tenía algunas lianas colgadas del mástil y la cubierta estaba camuflada con ramas recién cortadas.

Willie se echó hacia atrás y acercando los labios al oído de Peters dijo en voz baja:

— El bote no está a bordo. Pasa el mensaje.

Peters volvió la cara pecosa y abotagada para decir:

— El bote no está a bordo, Tom. Seguramente alguien habrá ido a la playa.

— Hay que ir al abordaje. Hundiremos el barco de acuerdo con el plan trazado. Pasa el mensaje.

Peters se inclinó para hablar al oído de Willie y Willie movió la cabeza. Luego alzó una mano formando el consabido cero con el índice y el pulgar.

«O redonda como el agujero del culo», pensó Thomas Hudson. Se acercaron con toda la rapidez que pudo desplegar la cafetera de motor que les conducía y Thomas Hudson maniobró hábilmente para situarlo de costado y sin sacudidas.

Willie lanzó el arpeo sobre la regala y apretó fuerte. Los tres saltaron a cubierta casi a la vez, pisando ramas de mango recién cortadas a juzgar por su olor fresco aún. Thomas Hudson vio las lianas enroscadas al mástil y se preguntó si estaba soñando otra vez. Comprobó que la escotilla estaba abierta y que la otra, en la parte de proa, estaba cubierta de ramajes. No había nadie en cubierta.

Thomas Hudson hizo a Willie señal de que avanzase dejando la primera escotilla atrás y cubriendo la otra con su metralleta. Comprobó el seguro automático. Bajo sus pies desnudos sentía la dura redondez de los tronchos de las ramas y lo resbaloso de sus hojas y el calor de la cubierta de madera.

— Di que vayan subiendo con las manos en alto —dijo a Peters con calma.

Peters gritó algo en rudo y gutural idioma alemán. Nadie respondió y nada ocurrió.

«El nene de la abuelita se comporta bien» —pensó Thomas Hudson. Y dijo:

— Diles que les damos diez segundos para salir y que los trataremos como prisioneros de guerra. Luego cuenta hasta diez.

Peters tomó la palabra y su voz parecía la de todos los alemanes al unísono el día del juicio final. «Tiene una voz magnífica», pensó Thomas Hudson. Y volvió apresuradamente la cabeza para ver si el bote volvía.

Sólo pudo divisar las raíces parduscas y el verde de los mangos.

— Cuenta hasta diez y lanza una granada —dijo—. Y tú, Willie, no pierdas de vista la maldita escotilla de proa.

— Está cubierta con malditas ramas.

— Prepara una granada para cuando Peters haya arrojado la suya. Pero no la tires aún.

Peters contó hasta diez y permaneció de pie, alto, erguido, como un lanzador de béisbol sobre su montículo, con la ametralladora bajo el brazo izquierdo. Arrancó la cinta de la granada con los dientes, la sostuvo humeante unos instantes como si quisiera calentarla, y con un hábil movimiento a lo Carl Mays, la lanzó por la oscuridad de la escotilla.

Viéndole actuar, Thomas Hudson pensó que era un gran artista. «Está seguro de que abajo no hay nadie», se dijo.

Seguidamente se tiró sobre cubierta cubriendo el espacio con su Thompson. La granada que había lanzado Peters explotó con el natural estruendo y Thomas Hudson vio cómo Willie separaba las ramas que cubrían la escotilla de proa para lanzar también una granada a su interior. Entonces, a la derecha del mástil y precisamente por donde colgaba una liana, vio aparecer la boca de un fusil entre las ramas por donde operaba Willie. Disparó sobre él sin poder evitar lo que ocurrió. Sonaron cinco disparos rápidos y seguidos. Fue como si alguien agitase repetidamente una matraca. Y en seguida, la granada de Willie salió disparada con un gran chispazo y Thomas Hudson, al alzar los ojos, vio a Willie que se disponía a lanzar otra. Peters estaba a su lado, con la cabeza en la regala. De su frente manaba un hilo de sangre que iba a parar al imbornal.

Willie arrojó su segunda granada que produjo un sonido distinto, pues rodó un poco dentro del bote antes de explotar.

— ¿Crees que queda algún otro canalla por ahí? —gritó Willie.

— Echaré otra granada por si acaso —dijo Thomas Hudson.

Se agachó para rehuir un posible disparo procedente de la escotilla principal, arrancó la cinta de una granada, gris, pesada, sólida, cuyas muescas sentía entre su mano y la lanzó, por encima de la escotilla, hacia popa. De nuevo el humo se alzó por el aire mientras la madera saltaba hecha astillas.

Willie estaba mirando a Peters y Thomas Hudson se acercó para mirarle también. Su aspecto no era distinto al habitual.

— Bueno. Nos hemos quedado sin intérprete —dijo Willie.

Le temblaba el ojo bueno pero su voz era la de siempre:

— Esto se va a pique rápidamente —dijo Thomas Hudson.

— Estaba encallado ya, pero creo que ahora le fallan los baos.

— Tenemos mucho que hacer todavía, Willie.

— Y algo hemos hecho ya. Hemos hundido el maldito barco.

— Será mejor que vuelvas al nuestro y vengas con Ara y con Henry. Di a Antonio que en cuanto empiece a subir la marea lleve el barco a la punta.

— Antes tendré que echar un vistazo ahí abajo.

— Lo echaré yo.

— No —dijo Willie—. Es asunto mío.

— ¿Qué tal te encuentras, muchacho?

— Estupendamente. Sólo siento haber perdido al señor Peters. Buscaré un trapo o algo para teparle la cara. Habríamos de tenderle en el suelo con la cabeza hacia arriba, ahora que el barco escora.

— ¿Y el alemán de proa?

— Hecho migas.

**XVII**

WILLIE FUE EN BUSCA DE ARA Y DE HENRY. Thomas Hudson quedó tumbado tras el parapeto que la alta regala del barco acababa de formar. Tenía los pies apoyados en la escotilla mientras buscaba el bote con la mirada. Al otro lado de la escotilla yacía Peters con la cara cubierta por una camisa de fajina de marinero alemán. «Nunca me di cuenta de lo alto que era», pensó Thomas Hudson.

Con ayuda de Willie había registrado el tortuguero por completo hallando sólo una gran confusión. Evidentemente sólo había un alemán a bordo, que fue el que mató a Peters, a quien seguramente tomó por el oficial. Dieron con otra pistola Schmeisser y con una abundante cantidad de municiones en una caja de metal que parecía abierta con un abrelatas. Posiblemente los hombres que estaban en tierra iban armados porque no había otras armas a bordo. El bote que utilizaban podía tener una longitud de unos cinco metros a juzgar por las huellas que dejó sobre cubierta.

Quedaban bastantes provisiones a bordo, casi todo pescado en salazón y cerdo asado. El hombre que mató a Peters era un herido que, por estarlo, no desembarcó. Presentaba una grave herida en el muslo, casi curada ya, y otra también prácticamente curada en la parte carnosa del hombro izquierdo. También encontraron excelentes cartas de la costa y de las Indias Occidentales y un cartón de «Camel» marcado con el rótulo: «Suministros para la marina». No había café, ni té, ni bebidas alcohólicas de ninguna clase.

El problema era qué es lo que iban a hacer. ¿Dónde podían estar los otros? Tenían que haber visto o al menos oído el combate desarrollado en el barco y podían volver en busca de sus provisiones. Quizá divisaron el bote, con un hombre nada más, que se alejaba deduciendo que había cadáveres a bordo, teniendo en cuenta los disparos y las explosiones. Sí. A lo mejor volvían en busca de provisiones o de cosas que tuvieran ocultas en el barco para seguidamente y aprovechando la oscuridad ir de nuevo a tierra. Podían hacerlo todo en el bote, teniendo buen cuidado en no encallar.

El bote sería sin duda de sólida construcción. Thomas Hudson no tenía radiotelegrafista por lo que le era imposible dar una descripción detallada del mismo ni tampoco obtenerla. Nadie, pues, podía identificarlo. Además, si los alemanes tenían coraje suficiente podían asaltar de noche su propio barco, aunque esto fuera poco probable.

Thomas Hudson lo fue pensando todo con gran meticulosidad. «Por fin —decidió— creo que deben de andar por entre esos mangos y que allí habrán ocultado el bote. Si vamos en su busca pueden fácilmente tendernos una emboscada. Luego navegarían rápidamente por la bahía y procurarían rebasar de noche Cayo Francés. Les sería fácil avituallarse y seguir hacia el oeste hasta encontrar algún puesto alemán cerca de La Habana en donde ocultarse. Todo eso pueden hacerlo con facilidad y procurarse un bote mejor.»

«Pueden alquilarlo —siguió reflexionando—. O incluso robarlo. En fin... Tengo que parar en Cayo Francés para desembarcar el cadáver de Peters e informar. El problema se presentará al llegar a La Habana. En Cayo Francés tenemos al teniente al mando de las fuerzas; todo irá bien allí. Se harán cargo de Peters.»

»Disponemos de hielo suficiente para conservar el cuerpo hasta llegar allí. Luego cargaremos más en Caibarién.

»El caso es atraparlos sin reparar en dificultades. Pero no estoy dispuesto a poner en peligro la vida de Willie, de Ara, de Henry, y que los maten por ahí entre esos mangos. No vale la pena. Son ocho hombres, a juzgar por lo que hemos visto a bordo. Hoy tuve ocasión de atraparlos, como quien dice con los calzones bajos, y la perdí porque o son demasiado vivos o tienen mucha suerte, pero el caso es que siempre saben lo que han de hacer.»

»Nosotros hemos perdido un hombre, precisamente nuestro radiotelegrafista, pero les hemos dejado con un bote nada más. Y si divisamos ese bote, lo destruiremos también. Y bloquearemos la isla hasta cazarlos y acabar con ellos de una vez. Pero no vamos a meternos en una trampa de ocho contra tres. No arreglaríamos nada. Ahora, sin Peters, las cosas serán aún más difíciles. Si perdiésemos a otro de los nuestros a nadie afectaría excepto a mí. Y al barco.»

«Ojalá vuelvan pronto —razonó—. No quisiera que se presentasen de pronto a ver qué ocurría a bordo obligándonos a librar *la batalla del islote sin nombre* a mí solo. Me pregunto qué pueden estar haciendo en tierra. Puede que hayan ido a buscar ostras. Willie dijo que las hay excelentes por aquí. O tal vez no quieran permanecer a bordo durante el día por miedo a que les ataque un avión. Sin embargo, a estas alturas han de saber forzosamente a qué hora se realizan los vuelos de patrulla. Ojalá salgan pronto de su madriguera y acabemos con esto de una vez. Me pregunto por qué no nos atacaría el herido al ver que nuestro bote se acercaba. Tuvo que oír el motor. O quizá durmiese. Al fin y al cabo los fuera borda hacen poco ruido.

»En este asunto hay demasiados porqués. Ni siquiera estoy seguro de haber reconstruido bien los hechos. Quizá no debí hundir su barco. Aunque creo que sí, que hice bien. Hundimos el barco, perdimos a Peters y matamos un hombre. No es un resultado demasiado brillante pero tiene sentido.»

Percibió el ruido del fuera borda y volvió la cabeza. Divisó el bote cuando doblaba la punta aunque sólo iba un hombre en él. Comprobó que era Ara, mandando el timón. No obstante vio que avanzaba como si fuera bastante cargado y dedujo que Henry y Willie estaban tendidos en el fondo.

«Willie es muy listo —pensó—. Los que están en tierra creerán que sólo viene un hombre hacia aquí y que no es el de antes. No sé si el truco servirá de algo pero es ingenioso. Willie fue seguramente quien trazó el plan.»

El bote avanzaba a sotavento del tortuguero. Thomas Hudson divisó perfectamente el ancho pecho, los largos brazos, el rostro moreno y serio en aquellos momentos, y hasta el temblor de los músculos de las piernas de Ara. También vio a Willie y a Henry tendidos en el fondo con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados.

Cuando llegaron a barlovento junto al tortuguero y lejos del islote, Ara se situó casi pegado a aquél, Willie se volvió hacia su compañero para decir:

— Salta a bordo, Henry. Ara te dará tu equipo. Podrás disponer del de Peters también.

Henry saltó y siempre tendido boca abajo avanzó cautelosamente hacia Hudson arrastrándose por la cubierta escorada hasta quedar junto a él.

— Hola, Tom —dijo.

Thomas Hudson puso una mano sobre el brazo de Henry y dijo en voz baja:

— Vete a proa y no te muevas de allí. Quédate tendido y no dejes que te vean por encima de la regala.

— De acuerdo —dijo el grandullón empezando a arrastrarse y avanzando despacio hacia el lugar indicado. Tuvo que pasar por encima de las piernas de Peters y al hacerlo le cogió el arma y las municiones, poniéndose éstas en su cinturón. Dio unos cariñosos golpecitos en las piernas de Peters y apretando el cañón de ambas ametralladoras siguió hacia proa.

Thomas Hudson le vio mirar por la escotilla de proa mientras se arrastraba por la inclinada popa sobre las ramas de mango. Su cara del todo inexpresiva, no expresó nada de lo que había visto. Al llegar a sotavento de la regala dejó las armas a su derecha y probó si la de Peters funcionaba bien, y le puso otro cargador. Dejó el resto de municiones en la regala y quitó las granadas del cinturón, dejándolas al alcance de su mano. Cuando le vio bien situado y mirando el cielo color verdoso, Thomas Hudson se volvió hacia Willie que seguía tendido en el fondo del bote, con ambos ojos, el

bueno y el malo, cerrados para defenderse del sol. Llevaba una descolorida camisa caqui de manga larga y unos *shorts* viejos y calzaba zapatos de lona con suela de goma. Ara estaba sentado a popa y Thomas Hudson miró su abundante cabello negro y la forma en que se aferraba con sus manazas a la regala. Vio que las piernas le temblaban aún pero sabía, desde hacía mucho tiempo, lo nervioso que estaba siempre Ara antes de entrar en acción y lo magníficamente que se comportaba cuando comenzaba el jaleo.

— Willie —dijo—. ¿Tienes algún plan?

Willie abrió el ojo bueno y siguió con el otro cerrado para seguir luchando contra el sol.

— Solicito permiso para llegar al extremo del cayó y ver qué hay por allí. No podemos dejar que lo alcancen.

— Iré contigo.

— No, Tom. Conozco bien esta mierda de isla. Me toca a mí.

— No quiero que vayas solo.

— Es la única manera. Confía en mí, Tom. Ara volverá y os ayudará, si los empuja hacia vosotros. Que vaya a recogerme a tierra si no lo logro.

Por fin había abierto los dos ojos y miraba fijamente a Thomas Hudson como mira el hombre que quiere vender a otro algo que éste debería comprar de tener dinero.

— Prefiero ir contigo.

— Estamos hablando demasiado, Tom. Repito que conozco bien esta mierda de isla. Soy un maldito experto. Nunca encontrarás otro como yo.

— De acuerdo. Puedes ir —dijo Thomas Hudson—. Pero procura cargarte el bote.

— ¿Qué crees que voy a hacer? ¿Masturbarme?

— Ya que te metes en esto, métete hasta el cuello.

— Tom, tienes dos trampas colocadas: el barco y yo. Ara se encarga del transporte. En cuanto a mí... Un marinero licenciado y con escasa salud, ¿qué importa si muero?

— Hablas demasiado —dijo Thomas Hudson—. Vete de una vez y buena suerte.

— Ya callo, Tom —dijo Willie.

— Estás en excelente forma —dijo Thomas Hudson.

Seguidamente explicó a Ara en español lo que habían planeado.

— No te preocupes —dijo Willie—. Aunque vaya tendido en el fondo puedo perfectamente hablar con él.

— Vuelvo en seguida, Tom —dijo Ara.

Thomas Hudson vio cómo ponía en marcha el motor y cómo se alejaban. Vio la fornida espalda de Ara y su negro cabello, a popa. Y a Willie tumbado en el fondo. Se había colocado en dirección contraria a la de antes de modo que su cabeza casi rozaba los pies de Ara, y estaba hablando con él.

«Ese hijo de puta es un tío que vale —pensó Thomas Hudson—. Willie. Acabo de aclararme perfectamente. Prefiero un buen infante de marina, que sea un hombre acabado, a todos los tíos del mundo, cuando se trata de sacar las castañas del fuego. Y ahora hay que sacarlas. Buena suerte, señor Willie. No te dejes matar.»

— ¿Cómo andas, Henry? —preguntó suavemente.

— Muy bien, Tom. Willie ha estado estupendo ofreciéndose a ir allá, ¿no te parece?

— Él no conoce la palabra estupendo —dijo Thomas Hudson—. Simplemente decidió

que era su deber.

— Siento mucho no ser amigo suyo.

— Cuando las cosas van mal, todos somos amigos.

— De ahora en adelante lo seré de verdad.

— De ahora en adelante todos vamos a hacer un buen montón de cosas —dijo Thomas Hudson—. Me gustaría que ese en adelante hubiera comenzado ya.

## XVIII

ESTABAN TUMBADOS sobre la caliente cubierta vigilando el cayo. El sol quemaba sus espaldas que el viento, afortunadamente, refrescaba. Tenían las espaldas tan morenas como las de las mujeres indias que habían saludado aquella mañana. «Todo eso me parece tan lejano como mi propia vida», pensó Thomas Hudson. Eso y el mar abierto y las largas rompientes y el oscuro y profundo mar del trópico, todo se le antojaba tan lejano como su vida. «Con esta brisa podríamos haber navegado mar adentro hacia Cayo Francés. Peters seguiría manejando la radio y esta noche todos beberíamos cerveza fría», pensó. Y se dijo: «Deja ya de pensar en todo eso. Has hecho lo que debías hacer».

— ¿Qué tal sigues, Henry? —preguntó.

— Estupendamente, Tom —dijo con dulzura—. Una granada no puede explotar si se recalienta con el sol, ¿verdad, Tom?

— Nunca he visto que ocurriera. Pero puede aumentar su potencia.

— Espero que Ara traiga agua —dijo Henry—. ¿Se lo recordaste?

— No, Henry. Estaba tan ocupado con el equipo, que lo olvidé.

Seguidamente, arrastrado por el viento, percibieron el ruido del fuera borda. Thomas Hudson volvió cuidadosamente la cabeza y vio cómo el bote doblaba la punta y cómo avanzaba rápido con Ara a popa. Divisó, pese a la distancia, sus anchos hombros y su negro cabello. Luego nuevamente volvió la cabeza para inspeccionar el islote y vio una garza nocturna que alzaba el vuelo por entre unos árboles del centro. También vio dos ibis del bosque alzarse igualmente y alejarse, en rápido vuelo, siguiendo la costa para dirigirse en vuelo igualmente rápido hacia otro cayo más pequeño.

Henry, que los vio también, dijo:

— Willie debe de andar por allí.

— Sí —dijo Thomas Hudson—. Proceden del cerro más alto del islote.

— Eso quiere decir que no hay nadie más en él. Sólo Willie.

— En efecto. Sólo Willie las espanta.

— Ha de haber llegado a ese sitio, si nada se ha opuesto a su avance.

— No te muevas de como estás. Sigue así, echado, hasta que venga Ara.

Ara llevó el bote hasta sotavento del tortuguero y echó el garfio a bordo, contra la regala. En seguida saltó a cubierta, ágil como un oso. Llevaba una botella de agua y otra de ginebra vacía llena de té, atadas a una línea de pescar y ambas convenientemente atadas al cuello. Avanzó a rastras hacia Thomas Hudson.

— ¿Qué pasa con el agua condenada? —preguntó Henry.

Ara, tumbado junto a Thomas Hudson, procedió a desatar la botella de agua de la línea de pesca y arrastrándose con cuidado recorrió la escorada cubierta por encima de ambas escotillas, hasta donde se encontraba Henry.

— Toma, bebe —dijo—. Pero no te bañes con ella.

Dio un amistoso golpecito en la espalda de Henry y volvió junto a Thomas Hudson para quedar tendido junto a él.

— Tom, no hemos visto nada —dijo en voz muy baja—. Desembarqué a Willie en el último extremo, casi frente a nosotros y luego volví a bordo. Me puse a sotavento lejos del cayo. Expliqué a Antonio cómo van las cosas. Creo que me entendió perfectamente. Por fin llené de gasolina el motor y también una lata de reserva y fui a

buscar el agua y el té.

— Magnífico —dijo Thomas Hudson.

Cambió de posición para beber un largo sorbo de té helado.

— Gracias por el té —dijo.

— Fue cosa de Antonio. Con la prisa del primer momento olvidamos muchas cosas.

— Sitúate más a popa. Será mejor. Podrás cubrirla.

— Bien, Tom —dijo Ara.

Quedaron allí, tendidos al sol, y expuestos al viento, vigilando el islote. De vez en cuando una o dos aves emprendían el vuelo y ambos comprendían que habían sido espantadas por Willie o por los hombres a quienes andaban persiguiendo.

— Willie estará furioso con todas esas aves —dijo Ara—. Cuando marchó no se le había ocurrido esa posibilidad.

— Es como si estuviese soltando globos —observó Thomas Hudson.

Parecía pensativo. Se volvió a mirar por encima de su hombro, hacia la lejanía.

Empezaba a encontrar desagradable la situación. Demasiadas aves iban alzando el vuelo. ¿Por qué había creído que los alemanes tenían que estar allí? Para empezar, ¿qué podían buscar en un sitio como aquél? Tendido en la cubierta le asaltó el repentino temor de que se hubieran equivocado él y Willie. «Puede que ni siquiera nos hayan visto», pensó. Pero lo cierto es que no le gustaba ver tantas aves volar asustadas. Otro par de ibis del bosque alzarón el vuelo bastante cerca de la orilla. Thomas Hudson se volvió hacia Henry para decir:

— Quédate en la escotilla de proa y no pierdas de vista la costa.

— Resulta difícil distinguir lo que está pasando allí.

— Lo sé perfectamente.

— De acuerdo, Tom.

— Deja aquí las granadas y las cargas. Llévate sólo el «niño» y una granada en el bolsillo.

Henry se introdujo por la escotilla de proa y quedó en su interior, vigilando los islotes de la costa que casi tapaban el canal. Su expresión era la de siempre, pero tenía los labios muy apretados para mantener el esfuerzo que ello suponía.

— Lo siento Henry —dijo Thomas Hudson—, pero considero necesario que conserves esa posición. Será sólo un rato.

— No me importa —dijo Henry—. Sólo que no es precisamente ésta la postura que escogería para pasar el verano.

La estudiada severidad de su rostro había desaparecido dando paso a su maravillosa sonrisa de siempre.

— Tampoco yo —admitió Thomas Hudson—, pero... las cosas no se presentan demasiado bien, ¿comprendes?

Un bitor alzó el vuelo en aquel instante de entre los mangos y Thomas Hudson percibió su graznar y miró su nervioso volar a sotavento. Se dedicó a seguir mentalmente los pasos de Willie por entre los árboles, de acuerdo con el vuelo de las aves que iban surgiendo allí. Cuando ya no se alzó ningún pájaro, comprendió que volvía. Pasados unos minutos, al verlas volar de nuevo, se dijo que Willie marchaba a barlovento del cayo. Tres cuartos de hora más tarde divisó una enorme garza blanca que alzaba el vuelo muy asustada moviendo sus lentas y pesadas alas en dirección al viento y dijo a Ara:

- Willie no tardará en aparecer. Será mejor que te llegues hasta la punta a buscarle.
- Ya aparece —dijo Henry casi inmediatamente—. Me está haciendo señales con la mano. Se ha sentado en la playa.
- Ve a buscarlo y tráetelo aquí. Dile que se tumbe en el fondo del bote.
- Ara fue hacia el bote llevando su ametralladora y un par de granadas en el bolsillo. Se situó a popa y puso en marcha el motor.
- Dame la botella de té, por favor, Tom. La cogió con ambas manos para asegurarse de que no cayera en vez de tomarla sólo con una como hubiese hecho en cualquier otro momento. Le gustaba coger las granadas en una sola mano y arrancar la cinta con los dientes. Pero la botella de té era para Willie a quien admiraba por lo que acababa de hacer, aunque de nada hubiese servido, y no quería que se derramase. La dejó bajo popa con la esperanza de que se conservase frío.
- ¿En qué piensa ahora, Tom? —preguntó Henry.
- Pienso en que por el momento estamos jodidos. Poco después el bote avanzaba hacia el tortuguero, con Willie en el fondo estrechando entre las dos manos la botella de té. Tenía la cara y las manos llenas de arañazos y hasta de sangre, a pesar de que se había lavado con agua de mar. Sólo tenía una manga en la camisa y la cara hinchada a causa de las picaduras de mosquitos. Todas las partes del cuerpo no cubiertas aparecían llenas de picaduras también.
- No he encontrado nada, Tom. Ni una maldita pista. Nunca han estado allí. Creo que nos pasamos de listos.
- No.
- ¿En qué piensas ahora, Tom?
- Creo que después de encallar desembarcaron y fueron al interior. Tal vez a descansar. Puede que a efectuar un reconocimiento y decidir qué canal tomar.
- ¿Crees que nos vieron a bordo?
- Puede que sí y puede que no. Estando casi a nivel del mar no pueden abarcar mucha distancia.
- Quizás oyeron algo a barlovento.
- Parece lógico.
- Y ahora, ¿qué vamos a hacer?
- Tú volver al barco. Ara vendrá a buscarnos a Willie y a mí dentro de un rato. Todavía cabe la posibilidad de que se presenten.
- ¿Qué hacemos con Peters? Supongo que llevarlo con nosotros, ¿no?
- Sí.
- Sigues equivocado —dijo Willie—. Nos hemos equivocado. No sé decir más.
- De acuerdo. En cuanto Ara se lleve a Peters bajaré a la escotilla de popa.
- Será mejor que Ara cargue con el cuerpo solo —dijo Henry—. Podrían ver nuestras siluetas. En cambio un cuerpo tendido a cubierta es imposible de distinguir sin prismáticos.
- Thomas Hudson explicó a Ara la situación y Ara subió a bordo, cargó el cuerpo de Peters sin la menor dificultad y ató el pañuelo que le cubría el rostro por detrás de la cabeza. No demostró temor, pero tampoco desagrado, al trasladarlo al bote para dejarlo en él.
- ¡Qué tieso está! —se limitó a decir.

- Por eso les llamamos nosotros *stiffs*. ¿No lo sabes?
- Nosotros los llamamos *fiambres*\* —dijo Ara—, que quiere decir carne fría, como en un restaurante cuando se pide carne o pescado fríos. Resulta raro que sea Peters, siempre tan flexible...
- En seguida vuelvo, Tom. ¿Quieres que te traiga algo?
- Suerte —dijo Thomas Hudson—. Y gracias por el trabajo que has hecho, Willie.
- ¡Bah! Es una mierda, como todo lo demás.
- Haz que Gil te ponga desinfectante en esos arañazos.
- ¡Que se jodan los arañazos! —dijo Willie—. Voy a presentarme candidato al hombre de la selva.
- Thomas Hudson y Henry vigilaban desde las escotillas la costa con todos sus islotes y la ancha bahía que formaba el canal interior. Hablaban en tono normal, seguros de que los otros no podían estar más cerca que aquellos islotes verdes.
- No dejes de vigilar —dijo Thomas Hudson—. Pienso echar al mar sus municiones y dar un vistazo por abajo.
- Encontró cosas que antes no había visto. Llevó la caja de municiones a cubierta y la arrojó por la borda.
- «Quizá debí sacar lo que había dentro y tirarlo todo al agua, ¡Que se vayan al diablo!»
- Cogió una pistola Schmeisser que acababa de encontrar y comprobó que no funcionaba. La dejó junto a sus armas.
- «Diré a Ara que la arregle —pensó—. Al menos ahora sé por qué no se la llevaron. Me pregunto si dejaron al herido para que actuase de comité de recepción o si fueron a efectuar un reconocimiento. ¿Qué pueden haber visto? ¿Qué será lo que han llegado a saber?»
- ¿No crees que habría sido mejor conservar esas municiones como prueba? —preguntó Henry.
- Hemos superado eso de las pruebas, Henry. No es momento para pensar en ello.
- Pero siempre es mejor tenerlas. Ya sabes lo desconfiados que son los de allá y que siempre acaban dudando de todo. Dudarán de nosotros. Y a lo mejor ni siquiera dudan. Puede que nos califiquen mal. ¿Te acuerdas del último asunto, Tom?
- Sí. Lo recuerdo.
- El submarino estaba en el Mississippi y aún seguían dudando.
- Es cierto.
- Creo que hubiese sido mejor guardar las municiones.
- Tranquilízate, Henry, por favor —dijo Thomas Hudson—. Los muertos del poblado siguen allí. Y tenemos las balas de Schmeisser allí recogidas y las que extrajisteis del cuerpo del alemán muerto. Tenemos otro alemán enterrado, con una inscripción en la madera que le sirve de lápida. Y este barco hundido con un alemán muerto a bordo. Y dos pistolas Schmeisser aunque una no funcione y la otra quedase medio destruida por la granada.
- Puede venir un huracán y arrasarlo todo eso y ellos dudar de nuestra palabra.
- Bueno. Admitamos la duda. ¿Qué me dices de Peters?
- Pueden creer que lo hemos matado nosotros. Cualquiera de nosotros.

---

\* En castellano en el original.

— Bueno. Tendremos que afrontarlo.

Percibieron el ruido del motor y vieron cómo Ara doblaba la punta con el bote.

«Corre tanto como una canoa», pensó Thomas Hudson.

— Recoge tus cosas, Henry —dijo—. Volvemos al barco.

— Me gustaría estar aquí.

Pero cuando Ara llegó hasta ellos, había cambiado de idea.

— Quédate un poco más, Henry —dijo—. Enviaré a buscarte dentro de un rato. Y si entretanto se presentan arroja una granada a su bote. Sitúate en la otra escotilla. Es más ancha. Y procura no perder la cabeza.

— Bueno, Tom. Y gracias por dejar que me quede —dijo Henry.

— Casi preferiría quedarme yo y que tú volvieras, al barco, pero tengo que hablar con Antonio.

— Naturalmente, Tom. Pero, ¿no estaría mejor que al llegar les pegara unos cuantos tiros antes de lo de la granada?

— Como quieras. Pero agacha la cabeza siempre y lanza la granada desde la otra escotilla. Y espera hasta el último momento.

Seguía tendido sobre los imbornales de sotavento mientras entregaba sus cosas a Ara. Seguidamente se deslizó por el costado.

— ¿Tienes demasiada agua ahí abajo? —preguntó a Henry.

— No, Tom. Se puede resistir.

— Procura no sentir claustrofobia. Y no dejes de vigilar. Si se presentan de pronto, déjalos que se acerquen cuanto más mejor, antes de empezar la función.

— Desde luego, Tom.

— Piensa que estás cazando patos.

— No es necesario, Tom.

Thomas Hudson estaba ya tendido en el fondo del bote.

— Ara vendrá a buscarte en cuanto yo lo crea oportuno.

— No te preocupes, Tom. Puedo quedarme aquí toda la noche si es necesario. Pero que Ara me traiga algo de comer, un poco de ron y más agua.

— Vendrá pronto a por ti y el ron lo beberemos juntos a bordo.

Ara tiró de la cuerda del motor y puso rumbo al barco. Thomas Hudson sintió el contacto de las granadas en sus piernas y el peso del «niño» sobre su pecho. Rodeó la ametralladora con sus brazos acunándola y Ara se echó a reír. Inclinandose un poco, dijo:

— Ésta no es vida para los buenos chicos.

**XIX**

ESTABAN TODOS A BORDO y la atmósfera era bastante fresca en el viento del atardecer. Los flamencos habían huido del bajío aunque las aguas no lo habían cubierto, y el mar junto a él, en el atardecer, tenía un color gris. Una bandada de aves se afanaba en la arena. Más allá estaba la orilla y los canales que el barro hacía confusos y los cayos como telón de fondo.

De pie en el puente, apoyado en un ángulo, Thomas Hudson escuchaba a Antonio.

— Hasta las once de la noche no subirá la marea —estaba diciendo—. El viento acaba con el agua de la bahía y hasta con la de los bajíos. No sabemos qué profundidad nos va a quedar.

— ¿Crees que se podrá navegar o que habremos de sacarlo con el cabrestante ?

— Flotará. Aunque no tendremos luna.

— Desde luego. Por eso las mareas son fuertes.

— Pero ayer noche tuvo que sacar la nariz —dijo Antonio—. Es luna nueva. No la vimos porque llovía.

— Es cierto.

— He enviado a George y a Gil a estaquear ramas para poner señales en el canal y salir de aquí cuanto antes. Podemos ir en el bote a poner señales en los bajíos.

— Te diré lo que quisiera hacer. Cuando la lancha esté a flote, me gustaría ir a buscar un sitio donde poder instalar el reflector y las ametralladoras apuntando a la lancha tortuguera y poner un centinela en ella para que nos haga una señal luminosa si ellos se acercan con el bote.

— Eso sería lo ideal, Tom. Sólo que no lo puedes hacer con esta oscuridad. Para poder hacerlo tendrías que encender el reflector y navegar siguiendo al bote para que éste fuera sondando y señalando la ruta. Pero entonces no vendría nadie. Ya no volverían nunca por aquí.

— Desde luego. Veo que hoy he cometido dos errores.

— Sí —dijo Antonio—. Pero ha sido cuestión de suerte. Como cuando se juega a las cartas.

— Lo importante es que me equivoqué. Y ahora dime qué piensas tú.

— Yo creo que si no se han ido y nosotros hacemos como si no hubiésemos encallado, se presentarán esta noche y querrán abordarnos. Tenemos aspecto de inofensivos. Estoy seguro de que andaban por uno de esos islotes cuando atacamos su barco y también de que nos consideran unos infelices. Después de todo, siempre han visto un hombre solo en el bote durante todo el día.

— Pues eso es lo que queríamos, ¿no?

— ¿Y cuando vean cómo está su barco? ¿Qué harán entonces?

— Dile a Willie que suba —rogó Tom a Antonio.

Willie se presentó en el puente con la cara todavía hinchada por las picaduras de los mosquitos. De todos modos tenía mejor aspecto. Vestía únicamente *shorts* color caqui.

— ¿Qué tal estás, hombre de la selva?

— Estupendamente, Tom. Me puse cloroformo en las picaduras y ya no duelen. Esos malditos mosquitos miden cerca de siete centímetros de largo y son negros como la tinta.

- La verdad es que estamos jodidos del todo.
- No importa. Lo hemos estado desde el principio.
- ¿Y Peters?
- Lo hemos cosido en una lona, con hielo encima.
- Oye, Willie, le estaba diciendo a Antonio que me gustaría buscar un sitio donde instalar las ametralladoras y el reflector apuntando a este cascarón. Pero él dice que espantaríamos a todo el océano y que resultaría inútil.
- Desde luego —dijo Willie—. Antonio tiene razón. En fin, ya son tres errores. Te gano por uno, Tom.
- ¿Creeí que vendrán y que querrán abordarnos?
- Lo dudo —dijo Willie.
- Podrían hacerlo perfectamente.
- Pero no están locos. Claro que si están desesperados, a lo mejor lo intentan.
- Estaban los dos sentados en la cubierta del puente con la espalda apoyada en la lona. Willie se frotó contra ella el hombro derecho que otra vez le empezaba a escocer.
- A lo mejor lo hacen —dijo—. Recuerda la carnicería que hicieron en la isla. Fue una estupidez.
- Ellos lo ven de otro modo. Recuerda que habían perdido su barco y que estaban desesperados.
- Bueno. Hoy han perdido otro. Y además un compañero. A lo mejor apreciaban de verdad a ese hijo de perra.
- Seguramente. Sólo eso explica que le dejaran a bordo descansando.
- Era un buen chico —dijo Willie—. Nos dejó hablar de rendirse y hasta permitió que echásemos una granada antes de actuar. Seguramente creyó que Peters era el capitán por su actitud dominante y su modo de hablar alemán.
- Sí. Seguramente.
- De todos modos las granadas explotaron abajo. A lo mejor no las oyó. ¿Cuántas veces disparaste, Tom?
- Unas cinco.
- Pues él sólo una ráfaga.
- ¿Oíste el jaleo desde aquí, Antonio? ¿Se armó mucho ruido?
- No mucho —dijo Antonio—. Estamos a sotavento norte y con un islote en medio. Lo oí con toda claridad, pero amortiguado.
- Puede que ellos no oyesen nada —dijo Thomas Hudson—. Pero habrán tenido que ver el bote repetidamente y el barco escorado. Deben de suponer que es una trampa. No creo que se acerquen.
- Estoy de acuerdo contigo —dijo Willie.
- Pero, ¿crees que se atreverán a llegar hasta aquí?
- Sólo Dios y tú podréis saberlo aunque creo que no saben más que yo. ¿No dice usted siempre que intenta pensar con la mente de esos alemanes, poniéndose en su lugar?
- Claro —admitió Thomas Hudson—. Y a veces lo consigo. Sólo que hoy no estoy lúcido.
- Razonas muy bien —dijo Willie—. Lo que pasa es que estamos metidos en un lío.

- ¿Y si les tendemos una trampa?
- Tú quedarías metido en ella tanto como los otros —dijo Willie.
- De todas maneras ve allá y arregla las escotillas. Disimúlalas, mientras hay claridad para hacerlo.
- Ahora vuelves a ser el viejo Tom. Nuestro Tom —dijo Willie—. Arreglaré las escotillas y esconderé al alemán muerto y disimularé hasta la regala. Veo que te has trazado un plan.
- Procura taparlo bien todo. Usa tantas ramas como puedas.
- Te aseguro que ni Cristo lo reconocerá, Tom.
- Ya vuelve el bote —dijo Antonio.
- Ara me llevará —dijo Willie—. A mí y a cuanto necesito.
- Cuidate, Willie. Y no te vueles la cabeza.
- Y tú no pienses tanto —dijo Willie—. Descansa un poco, Tom; recuerda que estarás toda la noche levantado.
- Tú también.
- ¡Nada de eso! Que me despierten cuando me necesiten.
- Déjame la guardia ahora, Antonio —dijo Thomas Hudson—. ¿Cuándo cambia la marea?
- Ha cambiado ya pero está luchando con la corriente que el fuerte viento del este empuja desde la bahía.
- Pon a Gil a cargo de las 50 en el lugar que ocupa George y que éste descanse. Los demás que vayan a dormir un rato.
- ¿Por qué no bebes algo, Tom?
- No quiero. Dime, ¿qué hay esta noche para cenar?
- Un buen cacho de aquel pez con salsa española, alubias negras y arroz. Las latas de frutas en almíbar se nos han terminado.
- Las pusimos en lista al tocar Confites.
- Sí, pero están tachadas.
- ¿No hay fruta seca?
- Albaricoques.
- Pues ponlos en remojo para el desayuno de mañana.
- Henry no querrá comer eso para desayunar.
- Está bien. Dáselos con la comida que haga más a gusto. ¿Hay sopa en abundancia?
- En grandes cantidades.
- ¿Y hielo?
- Bastante para una semana, si no gastamos demasiado para conservar a Peters. Tom, ¿por qué no lo tiramos al mar?
- Puede que acabe haciéndolo. Él siempre decía que le hubiera agradado.
- ¡Decía tantas cosas!
- Es verdad.
- Tom, ¿te preparo una copa?

- Está bien. ¿Tienes ginebra? —preguntó Tom.
- Tu botella está guardada en el armario.
- ¿Tienes también agua de coco?
- Sí.
- Pues prepárame una ginebra con agua de coco y un poco de lima. Si es que tenemos limas.
- Las tenemos. Y muchas por cierto. Pero Peters tenía una botella de whisky escocés. Debe de estar escondida por ahí. ¿No prefieres un whisky?
- No. Pero busca la botella y ciérrala bajo llave. Podemos necesitarla.
- Voy a preparar lo tuyo.
- Gracias. A lo mejor tenemos suerte y se nos presentan esta noche.
- Me parece que no. Yo opino como Willie. Aunque todo puede ocurrir.
- Para ellos somos una tentación. Necesitan un barco.
- Sí, Tom. Pero no son tontos. Si de verdad lo fueran, tú no habrías podido ponerte en su lugar y pensar por ellos.
- De acuerdo. Prepárame la ginebra...

Thomas Hudson estaba inspeccionando los cayos con los gemelos.

- Intentaré ponerme en su lugar una vez más —añadió.

Sin embargo, no lo consiguió. A decir verdad no tenía ganas de pensar en nada. Observó el bote con Ara a popa y Willie oculto, hasta que lo vio doblar la curva del islote cercano. También miró la bandada de aves que por fin alzaron el vuelo para alejarse hacia otro cayo más lejano. Luego, cuando estuvo solo, bebió un sorbo del vaso que Antonio había preparado para él.

Recordó que se había propuesto no beber en todo aquel viaje, ni siquiera algo helado antes de acostarse, a fin de poder pensar en el trabajo y nada más que en eso. Recordó su propósito de trabajar sin descanso, hasta quedar agotado y acostarse realmente exhausto. Pero no se excusó por estar bebiendo ni por haber quebrantado su promesa.

«Cumplí mi compromiso de trabajo —pensó—. Estoy seguro de ello. Y ahora será mejor que beba esto y deje de pensar en los malditos alemanes. Si vienen esta noche todo está a punto para recibirles. Y si no se presentan mañana por la mañana, en cuanto la marea haya subido lo suficiente, nos dedicaremos a perseguirlos.»

Bebió del contenido de su vaso, que estaba helado y agradablemente seco, y miró con atención la línea quebrada de los cayos de la costa hacia el oeste. Beber le despejaba la memoria y le hacía recordar cosas que se había propuesto olvidar. Los islotes que estaban ante él le recordaban aquellos días del pasado, en que solía ir con Tom, muy niño entonces, a pescar sábalos. Eran otros islotes y los canales, bastante más anchos. Y no había flamencos en sus playas, pero sí aves como las otras, con excepción de las grandes avefrías doradas. Recordó también la estación en que las avefrías eran grises y aquellas otras en que sus negras plumas tenían un toque dorado; y el orgullo que sintió el joven Tom la primera vez que llevó una a casa, cazada con su escopeta de un solo cañón, calibre veinte; y cómo Tom había acariciado la blanda y blanca pechuga del ave y su maravilloso plumaje oscuro; y cómo aquella noche le vio en la cama, dormido, abrazado al pájaro y tuvo que retirarlo con todo cuidado para no despertarlo. Tom, en efecto, no despertó. Se limitó a apretar los brazos vacíos, se puso boca arriba y siguió durmiendo.

Y mientras Thomas Hudson se dirigía a la habitación de atrás, donde estaba el refrigerador, llevando consigo la avefría dorada, sintió como si acabase de robarla y

alisando cuidadosamente su plumaje la dejó en un estante de rejilla en el interior de la nevera, y al día siguiente pintó un avefría dorada para el joven Tom, y el chiquillo se llevó la tela cuando se ausentó aquel año para marchar al colegio. En aquel cuadro, Thomas Hudson había procurado reproducir el ágil y rápido vuelo del ave, sobre un fondo de larga playa con cocoteros...

Siguió recordando y pensó en otro día que estuvieron en un *camping* de turistas y que él se levantó temprano mientras el joven Tom seguía durmiendo, boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía la estatua de un joven caballero yacente sobre su tumba y Thomas Hudson sacó un boceto aprovechando las líneas de una tumba que había visto tiempo atrás en la catedral de Salisbury. Su intención al principio fue pintar un cuadro. Pero luego pensó que podía ser de mal agüero y no lo pintó. «Para lo que ha servido», se dijo ahora.

Y miró al sol a punto de ocultarse y vio a Tom en lo alto del cielo volando en su Spitfire. El avión estaba muy alto y brillaba como un pedazo de espejo roto. «Le gustaba estar allí», pensó. Y luego: «Has hecho bien pasando todo este tiempo sin beber».

Pero el vaso estaba aún por la mitad o más y seguía envuelto en la servilleta de papel y todavía tenía hielo dentro.

«Tendré que dar gracias a Peters por no haberlo consumido todo», pensó. Entonces recordó cuando vivían en la isla, en los viejos tiempos; recordó que Tom había estudiado lo de la edad del hielo, en el colegio, y que tenía miedo de que viniera de nuevo.

— Es la única preocupación que tengo, papá —había dicho.

— De ninguna manera llegaría hasta aquí —había dicho Thomas Hudson.

— Lo sé. Pero no puedo resistir la idea del daño que haría entre todas esas gentes de Minnesota y Wisconsin y Michigan; incluso de Indiana e Illinois.

— No creo que tengamos que preocuparnos por eso —dijo Thomas Hudson—. Aun en caso de que el hecho se produjese es un proceso lentísimo.

— Lo sé —dijo el joven Tom—, pero me sigue preocupando. Es lo único que me preocupa. Eso y que se extinga la raza de las palomas mensajeras.

«¡Tenía cada salida!», se dijo, pensando en Tom. Seguidamente dejó el vaso a un lado y siguió inspeccionando cuidadosamente con los gemelos los cayos. No vio nada parecido a un bote a vela y dejó los gemelos y de nuevo rememoró el pasado.

Pensó en sus días felices. «Nuestra época más dichosa fue en la isla y también en el oeste. Descontando Europa, claro está. Si pienso en eso, pensaré forzosamente en la madre de Tom, lo cual será mucho peor. Me pregunto dónde estará ahora. Supongo que en la cama, con algún general. En fin. Espero que sea un hombre importante. Estaba muy hermosa cuando la vi la última vez en La Habana. Podría pasarme toda la noche pensando en ella pero no lo haré. Ya basta con que me haya permitido pensar en Tom. No habría caído en ello de haber seguido sin beber. Pero en todo caso, me alegro de haber quebrantado mi promesa. Hay un momento en que es bueno faltar a ellas, aunque quizá no a todas. Pensaré un poco más en Tom y luego meditaré la situación y nuestros planes para esta noche, cuando hayan vuelto Willie y Ara. Son una gran pareja. Willie aprendió su horrible español en Filipinas. Pero se entienden perfectamente bien. Quizá porque Ara es vasco y también habla mal el español. ¡Cielos! Qué poco me gusta pensar en lo que va a quedar de aquel barco tal como van a dejarlo Ara y Willie. Mejor será acabar mi ginebra y pensar en algo más agradable. Tom ha muerto y te conviene recordarle. Nunca te sobrepondrás a esa pena. No puedes. Pero al menos te sientes firme y sólido sobre la idea. ¿Por qué no pruebas a recordar los días dichosos? Han sido muchos.»

«¿Cuál fue el tiempo más feliz de tu vida?», se preguntó.

Tuvo que admitir que fue feliz siempre, en sus días de inocencia y cuando carecía de dinero inútil y ganaba lo suficiente para comer. Cuando una bicicleta le resultaba mucho más divertida que un automóvil. Desde la bicicleta se veía el paisaje perfectamente bien y además montarla le ayudaba a mantenerse en forma. Volver a casa en bicicleta dejando atrás el Bois y los Champs Elysées y la Rond-Point. Mirar atrás y contemplar el tránsito formando dos hileras o columnas, y ver el Arco destacando su gran silueta gris en el atardecer.

«Ahora los castaños estarán en flor —pensó—. Pedaleando hacia la Place de la Concorde los árboles han de verse negros al atardecer, pero las flores resaltarán blancas como de cera. Podría bajar de la bicicleta y caminar despacio, llevándola del manillar para mejor gozar de los castaños. Y seguir el sendero de grava, sintiendo ésta bajo las finas suelas de los zapatos y saber que las ramas están arriba.»

Recordó aquel par de zapatos de deporte que había comprado de segunda mano a un camarero del Select que había sido campeón olímpico en otro tiempo. Los pagó con un retrato del propietario, que había pintado como éste deseaba.

— Un poco al estilo de Manet, monsieur Hudson. Si es que puede hacerlo —le fue ordenado.

No era un Manet que el propio Manet hubiera firmado pero sí más parecido a un Manet que a un Thomas Hudson y el parecido con el patrón era excelente. Thomas Hudson obtuvo gracias a él el dinero para pagar sus zapatos de ciclista. Y también se le permitió beber de balde en el local durante una temporada bastante larga. Finalmente, una noche, ofreció pagar lo que bebiese y su ofrecimiento fue aceptado y Thomas Hudson comprendió que el pago del retrato había quedado definitivamente saldado.

Tenía un amigo que era camarero en la Closerie des Lilas, que siempre le servía ración doble, de todas las bebidas, de forma que añadiendo un poco de agua pasaba con un solo vaso toda la noche. Así pues, se mudaron a aquel barrio. Acostaban a Tom, le dejaban en la cama y bajaban al viejo café, felices por estar juntos. Y luego paseaban por las calles oscuras de la Montagne Sainte-Geneviève, en donde aún se conservaban las viejas casas luego destruidas, procurando cada noche seguir un camino distinto para volver a casa. Y se metían en la cama, oyendo a Tom respirar en su catre y también el ronroneo del gatazo que dormía con él.

Recordó cómo la gente se horrorizaba al saber que aquel gato dormía con el niño y que les dejaban solos cuando salían. Pero Tom era un chiquillo que siempre dormía bien y si se despertaba, veía al gato cerca. Y el gato era su mejor amigo. No permitía que nadie se acercase a la cama de Tom y se querían mucho. Se querían de verdad.

Ahora Tom había... «¡Al diablo, todo! —se dijo—. Morir es algo que a todos ocurre. Tendría que haberme acostumbrado a la idea. Es verdaderamente la única cosa definitiva.»

«¿Cómo lo sabes? —se preguntó—. Marchar puede ser definitivo. Salir por una puerta, puede ser definitivo. Cualquier forma de auténtica traición, puede ser definitiva. Y también la deslealtad. Pero todo eso son sandeces. La muerte es lo único verdaderamente definitivo. Quisiera que Ara y Willie hubiesen vuelto ya. Estarán dejando lo que queda del barco hecho una pena. No me gusta la idea de matar. Pero a Willie sí. Es un hombre extraño, aunque una excelente persona. No parece conformarse con nada. Siempre cree que todo puede hacerse mucho mejor.»

Distinguió el bote cuando volvía. Percibió el ruido del motor y quedó mirando cómo crecía y crecía en tamaño ante sus ojos hasta situarse junto a él.

Willie subió en seguida. Tenía muy mal aspecto. Su ojo malo casi mostraba únicamente el blanco; la pupila apenas se percibía. Se acercó a Thomas Hudson, se cuadró en saludo marcial y dijo:

— ¿Permiso para hablar al capitán, señor?

- ¿Estás borracho?
- No, Tommy. Estoy entusiasmado.
- Has estado bebiendo.
- Pues claro, Tom. Nos llevamos un poco de ron para animarnos junto al cadáver. Cuando lo terminamos, Ara se meó en la botella y luego la ocultamos cuidadosamente junto a unos explosivos. Resulta una doble trampa, ¿verdad?
- ¿Cumplisteis el encargo?
- Tommy, un pequeño gnomo no mayor que mi mano no podría pisar la cubierta sin volar por los aires hacia gnomolandia. Y lo mismo le ocurriría a una cucaracha, te lo aseguro. Ara temía que las moscas que cubrían el cadáver lo estropeasen todo. Se consiguió. Hemos metido bombas por todas partes.
- ¿Y Ara? ¿Qué está haciendo?
- Desmontando y limpiando armas, loco de entusiasmo.
- ¿Cuánto ron os habéis bebido?
- Menos de media botella. Y fue idea mía, no de Ara.
- De acuerdo. Ve con él, condenado. Ayúdale a limpiar las armas y a revisarlo todo.
- Para revisarlas bien habría que dispararlas.
- Lo sé. Pero es cuestión de revisarlas *sin* dispararlas.
- Y haz el favor de tirar las municiones que había en las recámaras.
- Eres muy listo.
- Di a Henry que suba y que me traiga otro vaso de esta mezcla. Y que se traiga una copa también para él. Antonio sabe de qué va.
- Me alegro de que vuelvas a beber un poco, Tom.
- ¡Por el amor de Dios! Olvídate de si bebo o no bebo. No quiero que te alegres por ninguna de las dos cosas.
- De acuerdo, Tom. Pero es que no me gusta ver que haces el tonto como un caballo que monta sobre otro caballo. ¿Por qué no te dedicas a ser centauro?
- ¿Y tú dónde has oído hablar de centauros?
- He leído un libro, Tommy. Tengo mucha cultura. Una cultura muy superior a mi edad.
- ¡Lo que tú eres es un grandísimo hijo de perra! —dijo Thomas Hudson—. Y ahora lárgate de una vez. Haz lo que te he dicho.
- Sí, señor. Tommy, cuando acabemos este cruceo ¿querrás venderme alguna pintura de aquellas que tienes en tu casa?
- ¡No me jodas más!
- No te jodo. Lo que pasa es que no me comprendes. Nunca me has entendido.
- Eso es verdad. Creo que tienes razón.
- Soy un bromista, Tommy. Pero tú eres un tío estupendo.
- Eso lo veremos mañana. Di a Henry que se suba una copa. Yo no quiero nada.
- Está bien, Tommy. Pero una para ti también. Lo único que queremos esta noche es pelear, y no creo que nos la den.
- Muy bien —dijo Thomas Hudson—. Que me la suba. Y lárgate de una vez de este condenado puente y ponte a trabajar.

**XX**

HENRY ENTREGÓ PRIMERO los dos vasos y luego subió él. Quedó de pie junto a Thomas Hudson y se inclinó hacia delante para mirar la sombra de los cayos lejanos. En el cielo, hacia el oeste, se veía una pálida luna en cuarto creciente.

— A tu salud, Tom —dijo Henry—. Y conste que no he mirado a la luna por encima de mi hombro izquierdo.

— No es luna nueva, Henry. Lo fue anoche.

— Claro. Y no pudimos verla porque llovía.

— Así es. ¿Qué tal van las cosas por abajo?

— Muy bien, Tom. Todos trabajando y muy alegres.

— ¿Cómo están Ara y Willie?

— Bebieron un poco de ron y están alegres. Pero ahora ya no beben, Tom.

— Desde luego. No sería conveniente.

— He esperado mucho este momento —dijo Henry—. Y Willie también.

— Yo no. Pero por eso estamos aquí y para eso hemos venido. Necesito prisioneros, Henry.

— Lo sé.

— Por haber hecho lo que hicieron en el cayo, aquella especie de carnicería, lucharán para que no cojamos ninguno.

— Es decir las cosas con mucha diplomacia, Tom.—dijo Henry—. ¿Crees que nos sorprenderán esta noche?

— No. Pero hemos de estar alerta por si lo hiciesen.

— Lo estaremos. ¿Qué crees que decidirán hacer, Tom?

— No sé qué decir, Henry. Si están desesperados quizá pretendan abordar el barco. Si tienen radiotelegrafista, podrían arreglar nuestros aparatos, llegarse tranquilamente hasta Anquillas y pedir un taxi que les lleve a casita. Tienen todas las razones para abordarnos y quedarse con el barco. A lo mejor tienen confidentes en La Habana y saben perfectamente quiénes somos.

— ¿Quién podría hablar?

— No está bien murmurar de los muertos —dijo Thomas Hudson—, pero temo que él pudo irse de la lengua cuando estaba bebido.

— Willie está seguro de que así lo hizo.

— ¿Sabes algo concreto?

— No. Pero él dice que está seguro.

— Puede que sea cierto. En todo caso, puede ocurrir que decidan ir directamente al continente y atraviesen La Habana y embarquen en un barco español. O argentino. No les conviene que los atrapen a causa de la matanza que hicieron en el cayo. Supongo que intentarán algo desesperado.

— Eso espero.

— Ya veremos si los atrapamos —dijo Thomas Hudson.

Sin embargo, la noche transcurrió sin que ocurriese nada, aparte del movimiento de las estrellas y del continuo soplar del viento del este y de la succión de las corrientes a lo largo del barco. Había una gran fosforescencia en el agua debido a las hierbas que

las fuertes mareas y el mar agitado por el viento arrancaron del fondo y esa fosforescencia flotaba hacia dentro y hacia afuera y hacia dentro otra vez, como tiras y desgarrones de un fuego malsano y frío.

El viento fue amainando al amanecer y cuando se hizo de día Thomas Hudson se tumbó en cubierta para dormir un rato, tendido de bruces con la cara apoyada en un ángulo de la lona. Antonio lo tapó con un trozo de lona, así como a su arma, si bien Thomas Hudson ni pudo advertirlo porque estaba dormido.

Antonio se hizo cargo de la guardia y cuando subió la marea y pudieron desencallar despertó a Thomas Hudson. Levaron anclas enseguida y empezaron a navegar con el bote delante para ir sondeando y estaqueando cada curva dudosa. El agua en la marea creciente era limpia y clara y pilotar el barco resultaba difícil aunque no tanto como lo fue el día anterior. Habían clavado como estaca una rama de árbol en el canal donde habían varado el día anterior y mirando hacia allí Thomas Hudson vio agitarse las verdes hojas en la corriente.

Thomas Hudson miró hacia delante para seguir de cerca el bote que avanzaba por el canal. Pasaron junto a un cayo largo y verde que, visto de lejos, habían creído pequeño y redondo. Seguidamente se destacó una costa que parecía ininterrumpida pero dentada, totalmente cubierta por una plantación de mangos. Gil, que vigilaba con los gemelos, dijo:

— Estaca, Tom. Siempre adelante del bote y frente a los mangos.

— Conforme —dijo Thomas Hudson—. ¿Estamos en el canal?

— Eso parece, pero no veo la abertura.

— Es un paso muy estrecho según la carta de navegar. Casi se rozan los mangos de las dos orillas.

En aquel momento recordó algo. «¿Cómo he podido ser tan idiota? —pensó—. Ahora es mejor seguir por el canal. Luego enviaré a alguien.» Había olvidado decir a Ara y a Willie que volvieran al tortuguero para quitar los explosivos. «Es infernal dejarlo tal como está —pensó—. Puede acercarse algún pobre pescador. Bueno. Haré que vuelvan luego a quitar los detonantes.»

El bote indicaba en aquel momento que siguiese avanzando a la derecha de tres pequeños islotes, casi pegado a la costa de los mangos.

— El canal se extiende a lo largo de esos árboles —gritó Willie—. Abandona la estaca de tu izquierda. Seguimos avanzando. Si no decimos nada continúa también. Es sólo una cala profunda.

— Olvidamos quitar los explosivos del tortuguero.

— Sí —gritó Willie—. Volveremos luego.

Thomas Hudson siguió navegando siguiendo la estela que dejaba el bote. Había mucha agua por aquel sector aunque no figurase en la carta. «Este viejo canal habrá sido barrido por un huracán —pensó—. Desde que el buque norteamericano *Nokomis* estuvo sondeando estas aguas con sus botes, han pasado muchas cosas.»

Vio que por entre los mangos no levantaba el vuelo ningún ave mientras el bote recorría la estrecha corriente del canal. Sin dejar de maniobrar, gritó a Henry por el megáfono:

— En este canal pueden atacarnos fácilmente. Disponte para abrir fuego con las ametralladoras del 50 desde proa y por los lados. Y procura no quedar al descubierto. Vigila los fogonazos y donde veas uno dispara inmediatamente.

— Sí, Tom.

— Es muy posible que nos ataquen en este sector —añadió dirigiéndose a Antonio— Cúbrete. Y si disparan sobre nosotros vigila el fogonazo y abre fuego bajo en esa

dirección. Y todos agachados.

— Y tú deja los gemelos —exclamó mirando a Gil—. Coge dos granadas, dispon las espoletas y déjalas en esta red junto a mi mano derecha. Ten a punto los extintores y ya sabes, deja los gemelos. Seguramente van a atacarnos por los dos lados. Al menos eso creo que deberían hacer.

— Avisame cuando quieras que empiece a tirar confites, Tom.

— Arroja una en cuanto divises un fogonazo, pero procura lanzarla alta. Tiene que atravesar los matorrales —dijo Thomas Hudson.

No se divisaba ningún pájaro y como la marea era alta dedujo que las aves estaban refugiadas entre los mangos. El barco ya entraba en el estrecho surco, y Thomas Hudson, descalzo y sin gorra, con unos *shorts* caqui por todo atuendo, se sintió todo lo desnudo que un hombre se puede sentir.

— Échate en el suelo, Gil —dijo—. Te avisaré cuando tengas que levantarte a actuar.

Gil quedó tendido en cubierta, con los dos lanzallamas cargados y con carga detonante con dinamita y de disparo regulado mediante un gatillo anexionado en la juntura del detonante y con una cápsula de dinamita ajustada con una pinza.

Thomas Hudson observó que estaba sudando. Luego miró la plantación de mangles a ambos lados.

«Quizá podríamos volver atrás —pensó—. Aunque lo creo difícil teniendo en cuenta cómo fluye ahora la marea.\*

De nuevo contempló las dos orillas verdes. El agua era otra vez rojiza y las hojas de los árboles brillaban como si hubieran sido recién barnizadas. Buscó alguna rama cortada o algún sector violentado, en aquéllos. Pero sólo vio las hojas verdes, las ramas oscuras, las raíces que, con la succión ejercida por el barco al avanzar, iban quedando al descubierto. También vio algunos cangrejos en los agujeros que se divisaban bajo las raíces de los mangos con toda claridad.

Siguieron avanzando y el canal se iba haciendo más estrecho, pero Thomas Hudson comprobó que se ensanchaba bastante. «Quizá me alarmé sin motivo», pensó.

En aquel momento divisó un cangrejo que salía rápidamente de uno de los agujeros abiertos bajo las raíces de los altos mangos y se precipitaba en el mar. Escudriñó el sector pero no vio nada. Sólo troncos y ramas. Otro cangrejo salió precipitadamente entre ellos y se metió en el agua.

En ese instante dispararon sobre él. No vio el cegador fogonazo y le dieron antes de escuchar el tableteo del arma y en seguida Gil, que estaba a su lado, se puso de pie. Antonio había abierto fuego sobre el punto en donde había visto el fogonazo. Thomas Hudson sintió como si le hubieran apaleado tres veces con el bate de béisbol. Comprobó que tenía mojada la pierna izquierda.

Gil arrojó la bomba con un movimiento parabólico y Thomas Hudson vio su silueta cilíndrica brillando al sol. Iba girando no de punta por el aire.

— Échate al suelo, Gil —dijo. Y pensó que también él tendría que hacerlo. Pero en seguida decidió que no. Que su deber era seguir al timón maniobrando.

Las ametralladoras del 50 habían abierto fuego y Thomas Hudson sentía que el suelo trepidaba bajo sus pies descalzos. «Demasiado ruido —reflexionó—. Los muy canallas van a replegarse.»

Vio el brillo cegador de la bomba al explotar, aun antes de escuchar su estruendo y divisar la columna de humo. Percibió el olor a humo y a ramas rotas y a hojas verdes quemadas.

— Levántate, Gil, y tira dos granadas. Una a cada lado de la columna de humo.

Gil no hizo filigranas con ellas. Las arrojó como quien tira dos pelotas de béisbol. En el aire fueron como alcachofas de metal grises, con un hilillo de humo.

Antes de que explotasen entre los mangos con el consiguiente estruendo, Thomas Hudson dijo por el tubo de comunicación:

— Acabad con ellos, Henry. Cosedlos. Donde están les es imposible correr.

El humo de las granadas tenía un olor diferente al de la bomba y Thomas Hudson dijo a Gil:

— Lanza dos granadas más. Una detrás de donde explotó la bomba y otra tan cerca como puedas de nosotros.

Vio cómo las granadas cruzaban el aire y entonces cayó al suelo. No sabía exactamente si cayó porque estaba débil o porque había resbalado, pues el suelo de cubierta estaba húmedo debido a la sangre que no dejaba de manar de su pierna izquierda, y se dio un fuerte golpe seco. A la segunda explosión, dos cascos de metralla penetraron a través de la lona desgarrándola. Otros se incrustaban en el casco del barco.

— Ayúdame a levantarme —dijo a Gil—. Tiraste la última bien cerca.

— ¿Dónde estás herido, Tom?

— Creo que en dos sitios.

Entonces vio que el bote se acercaba, con Ara y Willie a bordo, remontando el canal.

Llamó a Antonio por el megáfono y dijo que le entregase a Gil un botiquín de urgencia.

Inmediatamente vio cómo Willie tumbado en el fondo del bote comenzaba a disparar sobre los mangos de la orilla derecha. Percibió con toda claridad el rat-tat-tat de su Thompson. Siguió otra descarga. Thomas Hudson aceleró los motores y salió, disparado a toda velocidad hacia allí. Su sentido de la velocidad no era tan exacto como él creía porque estaba mareado. El malestar le penetraba los huesos, y le dolía el pecho, los intestinos, incluso los testículos. No es que fuera a desmayarse, pero empezaba a sentir la primera oleada de auténtica debilidad.

— Apunta a la orilla derecha —dijo a Henry—. Willie ha dado con ellos.

— Sí, Tom. ¿Cómo te encuentras?

— Estoy herido pero me siento bien. ¿Qué tal estáis tú y George?

— Muy bien.

— Dispara siempre que veas algo que se mueve.

— Sí, Tom.

Thomas Hudson paró los motores y retrocedió despacio para situar el barco fuera del ángulo de tiro de Willie. Sin duda quería localizar al enemigo para facilitar el blanco desde el barco.

— ¿Has dado con él, Henry? —preguntó Thomas Hudson por el tubo de comunicación.

— Sí, Tom.

— Pues dispara sobre ellos con intermitencia.

Oyó el tableteo de las 50 e hizo señas a Ara y a Willie para que se volvieran. En seguida vio que se acercaba a toda la velocidad que el pequeño motor era capaz de sacar. Willie no dejaba de disparar y así continuó hasta situar el bote a sotavento del barco. A continuación saltó a bordo y fue al puente, mientras Ara aseguraba el bote.

Miró a Tom y a Gil, que le estaba aplicando un torniquete en la pierna izquierda muy cerca de la ingle.

- ¡Por Cristo! ¿Qué es esto, Tommy?
- No lo sé —dijo Thomas Hudson. Era cierto. No sabía nada. No podía ni verse las heridas. Sólo distinguía el color de la sangre y al ver que era oscura, no sintió gran inquietud. Pero estaba perdiendo demasiada y empezaba a marearse.
- ¿Qué ocurre por allá, Willie?
- No lo sé. Había un tipo con un fusil disparando sobre nosotros y le tumbé; Estoy casi seguro de que no respira.
- No lo he oído con el ruido que habéis hecho.
- Pues vosotros parecía que explotabais un depósito entero de municiones. ¿Crees que habéis dejado algo en pie?
- Quizá sí. La verdad es que hicimos cuanto pudimos.
- Lo averiguaremos —dijo Willie.
- No podemos dejar que esos hijos de puta sigan en danza —dijo Thomas Hudson—. Tendréis que perseguirlos y acabar con ellos.
- Primero he de cuidar de ti.
- Henry seguía revisando las 50. Con las ametralladoras se mostraba tan cuidadoso como rudo en lo demás, y con un par de ellas duplicaba los cuidados.
- ¿Sabes por dónde andan, Willie?
- Sólo pueden estar en un sitio.
- Entonces vamos allí y caguémoslos a tiros.
- Has hablado como un caballero y como un oficial —dijo Willie—. Los hemos dejado sin bote. Lo hemos hundido.
- Tampoco se ha oído desde aquí —dijo Thomas Hudson.
- Hizo poco ruido —dijo Willie—. Ara se acercó, lo abordó y con su machete rasgó la vela y destrozó el fondo. Ni Cristo, cuando vivía en la carpintería de su padre, hubiera podido repararlo por lo menos en un mes.
- No dejes que se escapen. Lleva contigo, a Henry y a George a proa y deja que Ara y Antonio vigilen a estribor —dijo Thomas Hudson. Estaba mareado y cansado, aunque no experimentaba mareos. El vendaje que le había puesto Gil contenía aparentemente la hemorragia, pero él sabía que ésta continuaba, porque era interna.
- Disparad sin cesar. Y tenedme al corriente de vuestros movimientos. ¿Están muy cerca?
- Casi en la misma playa, detrás de esa pequeña loma.
- ¿Crees que Gil les alcanzaría con una bomba?
- Procuraré disparar proyectiles trazadores para indicarle el blanco exacto.
- ¿Te parece que seguirán allí?
- No pueden moverse. Nos vieron destrozarse el bote. Han de librar, ahí entre los mangos, el último combate de Custer. ¡Cómo disfrutaría con una cerveza!
- Helada y de lata, ¿verdad? —dijo Thomas Hudson—. Vamos.
- Estás muy pálido, Tommy —protestó Willie—. Y has perdido mucha sangre.
- Mayor motivo para darnos prisa —dijo Thomas Hudson—. Todavía estoy bien.
- Avanzaron; Willie vigilaba a proa y ordenando de vez en cuando una rectificación de rumbo.

Henry vigilaba la pequeña loma que se alzaba entre los altos árboles, inspeccionando los sectores laterales, mientras George se ocupaba de su parte superior.

— ¿Cómo va eso, Willie? —preguntó Thomas Hudson por el tubo de comunicación.

— Tiene municiones como para abrir una fundición de bronce —gritó Willie—. Pon proa a la orilla y acércate a ella, para que Ara y Antonio puedan hacer fuego.

Gil creyó ver algo en la costa y disparó. Pero era sólo una rama de árbol que Henry había casi desgajado del tronco.

Thomas Hudson vio que la orilla se iba acercando más y más, hasta que pudo ver con todo detalle las hojas de los árboles. Puso el barco de costado y oyó cómo Antonio disparaba las balas trazadores a la derecha de Willie. Ara también había empezado a disparar. Manióbró a popa de los motores acercándose todavía más a la orilla, aunque no tan cerca como para que Gil pudiera seguir lanzando bombas.

— Arroja ahora un lanzallamas —gritó—. Al mismo sitio donde disparaba Willie.

Gil lo hizo y Thomas Hudson se maravilló de su pericia y del espectáculo del cilindro de cobre reluciendo en el aire para caer por fin exactamente donde había de caer. Vio el fognazo y oyó el estampido y por fin divisó la columna de humo. Casi inmediatamente surgió un hombre entre el humo y avanzó hacia ellos con las manos enlazadas sobre la cabeza.

— ¡Que cese el fuego! —gritó todo lo rápidamente que pudo a través de los dos tubos.

Pero Ara había disparado ya y vio cómo el hombre se desplomaba de rodillas para caer seguidamente de bruces entre los árboles de cabeza contra el suelo.

— Seguid disparando —dijo otra vez. Y añadió, sin ocultar su gran fatiga y dirigiéndose a Gil—: Arroja otra al mismo sitio, si te es posible. Y también un par de granadas.

Tenía un prisionero. Pero lo había perdido.

— Willie —dijo poco después—, ¿querrás ir con Ara a echar un vistazo a ese sector?

— Pues claro. Pero da orden de que nos cubran mientras avanzamos —dijo Willie—. Quisiera saltar desde el otro extremo.

— Di a Henry lo que quieres que haga. ¿Cuándo paramos el fuego?

— En cuanto quede libre la entrada.

— De acuerdo, hombre de la selva —dijo Thomas Hudson.

Y por primera vez tuvo tiempo de darse cuenta de que probablemente iba a morir.

**XXI**

OYÓ EL RUIDO DE LA GRANADA que explotaba tras la pequeña loma. En seguida cesaron los ruidos y los disparos. Se apoyó pesadamente sobre la rueda del timón y observó cómo el humo de la granada se desvanecía al viento.

— En cuanto divise el bote nos largamos de aquí —dijo a Gil.

Sintió un brazo de Antonio alrededor de su cintura y le oyó decir:

— Échate un poco, Tom. Yo me haré cargo del timón.

— Bueno —respondió, y echó una última mirada hacia la estrecha corriente de orillas verdes. El agua era rojiza pero clara y la marea subía con fuerza.

Gil y Antonio le ayudaron a tenderse sobre las tablas del puente. Luego Antonio se hizo cargo del timón. Avanzó un poco más a popa para protegerse de la marea y Thomas Hudson percibió el ritmo suave de los grandes motores.

— Afloja un poco el torniquete —rogó a Gil.

— Voy a buscar la colchoneta de goma —dijo Gil.

— Prefiero estar sobre cubierta —dijo Thomas Hudson—, y creo que es mejor que no me mováis mucho.

— Ponle un cojín bajo la cabeza —dijo Antonio sin dejar de mirar hacia el canal.

Después añadió:

— Nos hacen señas, Tom» —Y Thomas Hudson escuchó el roncar de los motores y sintió cómo avanzaba el barco.

— Fondea en cuanto salgamos del canal.

— Está bien, Tom. No hables.

En seguida se presentó Henry y se hizo cargo de la rueda y de los controles al anclar. Ahora que estaban otra vez en mar abierto, Thomas Hudson sintió cómo el barco se ponía proa al viento.

— Hay mucha agua por aquí, Tom —dijo Henry.

— Lo sé. La hay hasta Caibarién y los dos canales están limpios y bien señalados.

— Por favor, Tom. No hables. Quédate quieto y callado.

— Dile a Gil que me traiga una manta fina.

— Iré yo mismo a buscarla. Espero que no te duela mucho, Tom.

— Duele —dijo Thomas Hudson—. Pero no demasiado. No más que muchas de las cosas sobre las cuales disparamos tú y yo.

— Aquí viene Willie —dijo Henry.

— ¡Maldito hijo de perra! —dijo Willie—. No hables. Había cuatro hombres allí contando el guía. Un grupo importante. Y el hombre sobre el que Ara disparó por error. Se siente culpable por lo que hizo; sabe lo mucho que deseabas un prisionero. Está llorando y le he dicho que se quede abajo. Perdió la cabeza y apretó el gatillo como hubiera podido ocurrir a cualquiera.

— ¿A quién arrojaste la granada?

— Al sitio que me dio más asco. Pero procura no hablar, Tom.

— Tienes que volver atrás y quitar los explosivos del barco naufragado.

— Iremos ahora mismo y además inspeccionaremos los alrededores. Ojalá tuviésemos

una lancha rápida. Tommy, esos malditos extintores son más eficaces que un mortero de 83 milímetros.

— No en cuestión de alcance, claro.

— ¿Y qué mierda nos importa ahora el alcance? Gil tiraba sus explosivos como quien tira a una cesta.

— Bueno. Vete.

— ¿Estás mal, Tommy?

— Bastante mal.

— ¿Crees que saldrás de ésta?

— Lo intentaré.

— Quédate completamente quieto. No te muevas para nada.

A poco de marchar los otros, Thomas Hudson creyó que llevaban ausentes muchas horas. Estaba tumbado boca arriba a la sombra de un toldaje que Antonio había preparado para él. Gil y George se encargaron de alzar la lona por la parte de barlovento del puente y sentía el aire como una caricia fresca y amistosa. No era tan fuerte como el día anterior, pero sí continuo y del este. En cuanto a las nubes, eran leves y estaban muy altas. El cielo era el característico cielo azul de la parte oriental de la isla, donde los alisios soplan con más fuerza y Thomas siguió tendido en cubierta observándolo atentamente mientras procuraba dominar el dolor. Había rehusado la inyección de morfina que Henry le ofreció momentos antes, por creer que aún tenía necesidad de pensar. Sabía que siempre podía utilizarla más tarde.

Siguió tendido bajo la fina manta con sus tres heridas vendadas. Gil las había espolvoreado con sulfamidas abundantemente antes de colocar las vendas y se podían ver los polvos diseminados por cubierta, como si fuera azúcar, en el rincón junto a la rueda del timón donde estuvo mientras Gil efectuaba la cura. Cuando alzaron la lona para que tuviera un poco más de aire, Thomas Hudson advirtió en ella los tres pequeños agujeros por donde habían penetrado las balas y los otros a derecha e izquierda. También había visto los desgarrones de la lona abiertos por los fragmentos de granada.

Allí tumbado, Gil observó los cabellos de Thomas Hudson, desteñidos por el sol, y su rostro grisáceo asomando sobre la manta. Gil era un hombre sencillo. Era un gran atleta casi tan fornido como Ara y si hubiera sabido pegarle a una pelota en plena trayectoria parabólica, hubiera llegado a ser un excelente jugador de béisbol. Thomas Hudson sonrió mirándole al recordar las granadas. Y siguió sonriendo mientras observaba los músculos de sus brazos.

— Tendrías que haber sido lanzador de béisbol —dijo. Y su propia voz le pareció extraña.

— Nunca he logrado controlarme.

— Hoy lo has hecho.

— Quizá porque era necesario. Y quizá nunca había sido necesario en ninguna ocasión anterior —dijo Gil sonriendo—. ¿Quieres un poco de agua en la boca, Tommy? Di que sí con la cabeza.

Pero Thomas Hudson la movió en sentido negativo y luego miró el lago que se formaba en el paraje interior. Unas pequeñas olas blancas se rizaban en él. Olas pequeñas de una excelente brisa marinera y más allá de ellas podía ver las sierras azules de Turiguaño.

«Ya sé lo que vamos a hacer —pensó—. Iremos a la Central o hacia otro sitio. Puede que haya un médico por allí. Aunque es poco probable a estas alturas. No obstante podrían ir a buscarlo a otro sitio en avión. Son buena gente. Un mal cirujano es peor

que nada. Puedo seguir inmóvil hasta que llegue el médico y me trasladen. Y tendría que tomar sulfamidas. Y no beber agua. No te preocupes, muchacho. Tu vida ha de seguir su curso y yo lo sé. Pero, ¿por qué diablos tuvo que matar Ara a aquel hijo de perra? ¿Por qué ha tenido que dejarnos sin una prueba real del trabajo que hemos venido haciendo? Podía haber hecho mucho bien. Quiero decir que el testigo habría sido muy útil. ¡Mierda! ¡Si llegan a tener las municiones que nosotros teníamos! Seguramente quitaron las estacas señalizadoras de los demás canales para hacernos caer en la trampa. Aunque, pensándolo mejor, el prisionero quizás habría sido completamente idiota; quizá no sabía nada. De todos modos, su presencia habría sido útil. Nosotros no servimos para gran cosa en estos momentos. O sí somos útiles. Estamos quitando los explosivos de aquel pobre tortuguero.

»Piensa ahora en cuando acabe la guerra y puedas volver a pintar. ¡Hay tanta cosa hermosa que pintar! Y si pintas todo lo bien que puedes y te dejas de todas las demás cosas, estarás en lo cierto. Puedes pintar el mar como nadie es capaz actualmente si quieres pintarlo y olvidas otras cosas. Piensa ahora en lo mucho que te gustaría hacerlo. Agárrate a la vida para poder hacerlo. Aunque la vida es algo muy barato comparada con la obra de un hombre. Sólo que la precisas. Agárrate fuerte a ella. Ahora es el momento. Hazlo sin esperar nada. Siempre ha coagulado bien tu sangre y esta vez también puedes triunfar. No somos la chusma. Somos lo mejor y lo hacemos gratis.

— ¿Quieres ún poco de agua, Tom? —volvió a preguntar Gil.

Thomas Hudson movió la cabeza negativamente.

«Tres miserables balas —pensó—, pueden estropear cualquier pintura pero no prueban nada. ¿Por qué tuvieron que cometer aquel error esta pobre gente? ¿Por qué todos aquellos asesinatos a mansalva en el islote? De no haber cometido ese disparate habrían podido entregarse y nada habría ocurrido. Me pregunto quién sería el hombre que venía a entregarse cuando Ara lo mató. Pudo muy bien ser como el otro chico que mataron en Cayo Masacre. ¿Por qué diablos son tan cochinemente fanáticos? Nosotros podemos cazar bien al enemigo y sabemos luchar. Pero confío en, que no somos fanáticos.»

En este momento oyó el ruido del fuera borda que se acercaba. Desde donde yacía era imposible verlo llegar pero en seguida subieron Ara y Willie. Ara estaba sudando y los dos tenían la cara llena de arañazos por la maleza.

— Lo siento, Tom —dijo Ara.

— ¿Qué mierda te pasa? —dijo Thomas Hudson.

— Hay que salir de aquí en seguida —dijo Willie—. Ara, ocúpate de las anclas y di a Antonio que suba a hacerse cargo del timón.

— He pensado ir por la Central. Es el camino más rápido.

— Estupendo —dijo Willie—. Y ahora cállate, Tom. Deja que te lo cuente todo. —Hizo una pausa y puso la mano sobre la frente de Thomas Hudson; luego buscó bajo la manta su muñeca para tomarle el pulso con precisión pero suavemente.

— Hazme el favor de no morirme, desgraciado —dijo—. Aguanta y no te muevas.

— Roger —dijo Thomas Hudson.

— En el primer asalto matamos a tres —explicó Willie. Estaba a barlovento de Thomas Hudson, sentado sobre cubierta, y olía muy mal debido al sudor. Su ojo postizo se había desplazado y toda la cirugía plástica de su cara resaltaba en tonos blancuzcos. Thomas Hudson siguió inmóvil, escuchándole.

— Sólo disponían de dos metralletas pero estaban muy bien parapetados. El primer extintor lanzado por Gil les alcanzó y las 50 los destrozaron. Antonio también les dio lo suyo. En cuanto a Henry, sabe manejar las 50.

— Siempre ha sabido.

— Quiero decir en pleno jaleo. Inutilizamos el «barco trampa». Ara y yo desconectamos todos los explosivos que quedaron allí. Todo está en orden y marcaré en la carta el lugar donde quedan esos otros *krauts*.

Habían levado anclas y los motores empezaban a roncar.

— No ha sido una actuación muy brillante que digamos —dijo Thomas Hudson.

— Ellos fueron más astutos. Pero nosotros teníamos más armas de fuego. Tampoco a ellos les fueron las cosas demasiado bien. No le digas a Ara nada del prisionero. Se siente culpable. Dice que se le fue el gatillo sin darle tiempo a pensar.

El barco navegaba hacia las montañas azules y ganaba velocidad.

— Tommy —dijo Willie—. Te quiero, hijo de perra, y no vayas a morirte.

Thomas Hudson lo miró sin mover la cabeza.

— Trata de entenderlo si puedes.

Thomas Hudson lo miró otra vez. Se sentía ahora muy lejos y no tenía problemas de ninguna clase. Notó que el barco iba ganando velocidad y percibió bajo los omóplatos, que descansaban en las tablas, el hermoso latido de sus motores. Miró a lo alto y allí estaba el cielo que tanto había amado siempre y miró a través de la gran laguna, que ahora estaba seguro que nunca pintaría y cambió un poco de postura para aliviar el dolor. «Los motores estarán por las tres mil», pensó, y su vibración atravesaba el puente y lo penetraba todo.

— Creo que lo entiendo, Willie —dijo.

— ¡Oh, mierda! —dijo Willie—. Tú nunca entiendes a los que te quieren.

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>